

# Leonardo Padura

## PAISAJE DE OTOÑO

*colección andanzas*

serie  
MARIO  
CONDE



TUSQUETS  
EDITORES

## Índice

Portada

Dedicatoria

Nota del autor

Otoño de 1989

—¡Acaba de venir...! —gritó al fin...

—¿Qué tú haces aquí, Manolo?...

Ahora todo podía quedar mucho...

Abrió los ojos sin miedo...

El fin del mundo había llegado...

Créditos

Para Ambrosio Fornet, el mejor lector  
de la historia literaria cubana.

Para Dashiell Hammett,  
por *El halcón maltés*.

Para los amigos que, lejos o cerca,  
son parte de esta historia.

Y, afortunadamente, para ti, Lucía

## NOTA DEL AUTOR

En 1990, cuando comencé a escribir la novela *Pasado perfecto*, nació el teniente investigador Mario Conde, protagonista de aquel libro. Un año y medio después, publicada ya la novela, una noche el Conde me susurró al oído algo que, después de pensarlo unos días, terminó por parecerme una buena idea: ¿por qué no hacemos otras novelas? Y decidimos, entonces, escribir otras tres piezas que, unidas a *Pasado perfecto* (que transcurría en el invierno de 1989), conformaran la tetralogía de «Las cuatro estaciones». Así concebimos *Vientos de cuaresma* (primavera), *Máscaras* (verano) y este *Paisaje de otoño*, cuya redacción concluimos en el otoño de 1997, unos días antes del cumpleaños del Conde y del mío, que por cierto nacimos el mismo día pero no en el mismo año.

Quiero decir con esta confesión apenas dos cosas: que le debo al Conde (personaje literario, nunca real) la suerte de haber transitado por todo un año de su vida, siguiéndolo tras sus cavilaciones y aventuras; y que sus historias, como siempre advierto, son ficticias, aunque se parezcan bastante a algunas historias de la realidad.

Por último, debo agradecer a un grupo de amigos-lectores su paciencia deglutiendo y analizando cada una de las versiones de *Paisaje de otoño*, ejercicio sin el cual el libro nunca sería lo que es —para bien o para mal. Ellos son, fieles como siempre, Helena Núñez, Ambrosio Fornet, Álex Fleites, Arturo Arango, Lourdes Gómez, Vivian Lechuga, Beatriz Pérez, Dalia Acosta, Wilfredo Cancio, Gerardo Arreola y José Antonio Michelena. También mi agradecimiento a Greco Cid, que me regaló al personaje del doctor Alfonso Forcade. A Daniel Chavarría, que

me inspiró la historia del Galeón de Manila. A Steve Wilkinson, que vio los errores que nadie había visto. A mis editores Beatriz de Moura y Marco Tropea, que me obligaron a escribir con el hacha, como recomendaba Rulfo. Y, por supuesto, mi gratitud a la persona que ha sostenido y soportado, más que nadie, todo este empeño: Lucía López Coll, mi esposa.

OTOÑO DE 1989

... Recapacitó y dijo:  
—Prefiero los cuentos que tratan de la escualidez.  
—¿De qué? —dije, inclinándome hacia delante.  
—Escualidez. Estoy sumamente interesada en la escualidez.

J.D. Salinger

Huracán, huracán, venir te siento.

José María Heredia

—¡Acaba de venir...! —gritó al fin hacia un cielo que encontró lánguido y apacible, todavía pintado con aquella engañosa paleta azul del mes de octubre: gritó con los brazos en cruz, el pecho desnudo, expulsando su reclamo desesperado con todas las fuerzas de sus pulmones, para que su voz viajara y también para comprobar que su voz existía, después de tres días sin pronunciar una sola palabra.

Su garganta, lacerada por cigarros y alcoholes desmesurados, sintió al fin el alivio del alumbramiento, y su espíritu disfrutó aquel mínimo acto libertario, capaz de provocarle una efervescencia interior que lo puso al borde de un segundo grito.

Desde la altura de su azotea, Mario Conde había oteado el firmamento limpio de brisas y de nubes, como el vigía de la nave perdida, con la esperanza malsana de que su encumbramiento le permitiera ver al fin, en el último recodo del horizonte, aquellas dos aspas agresivas que durante varios días había seguido en su tránsito por los mapas meteorológicos, mientras se aproximaba a su destino prescrito: la ciudad, el barrio y aquella misma azotea desde la cual él las convocaba.

Al principio había sido una muesca remota, todavía innombrada en su incipiente escala de depresión tropical, que se alejaba de las costas africanas atrayendo nubes calientes para su danza macabra; dos días después adquiriría la categoría inquietante de perturbación ciclónica, y era ya una flecha envenenada en medio del Atlántico, con la proa dirigida hacia el mar Caribe y con derecho prepotente a ser bautizado: *Félix*; sin embargo, la noche anterior, cebado hasta convertirse en huracán, apareció como un remolino grotescamente encimado sobre el archipiélago de la Guadalupe, azocado por aquel desolador abrazo eólico de doscientos

kilómetros por hora, que avanzaba dispuesto a derribar árboles y casas, a trastocar el curso histórico de los ríos y las altitudes milenarias de las montañas, a matar animales y personas, como una maldición venida de un cielo que seguía sospechosamente lánguido y apacible, como una mujer lista para el engaño.

Pero Mario Conde sabía que ninguno de aquellos accidentes y falacias alteraría su destino ni su misión: desde que lo vio nacer en los mapas, había sentido una extraña afinidad con aquel engendro de huracán: ese cabrón llega hasta aquí, se dijo, mientras lo veía avanzar y crecer, porque algo en la atmósfera exterior o en su propia depresión interior —cargada de cirros, nimbos, estratos y cúmulos relampagueantes, aunque siempre incapaces de transformarse en huracán— le había advertido de las intenciones y necesidades verdaderas de esa masa de lluvias y vientos enloquecidos que el destino cósmico había creado con el propósito marcado de atravesar aquella precisa ciudad para ejecutar una purificación esperada y necesaria.

Pero esa tarde, hastiado de tanta vigilia pasiva, el Conde optó por el llamado verbal. Sin camisa, con los pantalones apenas abrochados y portando una carga ética que ponía en combustión sus motores más ocultos, escaló por una ventana hacia la azotea para encontrarse con aquel atardecer otoñal, agradablemente cálido, donde por más que lo deseaba no pudo descubrir la menor huella de un agazapamiento ciclónico. Bajo aquel cielo engañoso, y olvidado por un instante de sus propósitos, el Conde se dedicó entonces a observar la topografía del barrio, poblada de antenas, palomares, tendederas de ropa y tanques de agua que reflejaban una cotidianidad simple y agreste a la que él, sin embargo, no parecía tener acceso. Sobre la única colina del barrio, como siempre, encontró la corona de tejas rojas de aquel falso castillo inglés en cuya construcción había trabajado su abuelo Rufino el Conde hacía casi un siglo. Aquella permanencia empecinada de ciertas obras, más allá de la vida de sus creadores, resistiendo incluso el paso de huracanes o tormentas o ciclones



o tifones o tornados o hasta vendavales le pareció la única razón válida de la existencia. ¿Y qué quedaría de él si ahora mismo se lanzaba al aire como la paloma que una vez imaginara? Un olvido infinito, debió de responderse, un vacío rampante como el de todas aquellas gentes anodinas que iban y venían por la serpiente negra de la Calzada, cargados de jabas y esperanzas, o con las manos vacías y las mentes llenas de incertidumbres, quizás ajenos a la cercanía de huracanes terribles y necesarios, aquellas personas indiferentes incluso a la vacuidad de la muerte, sin voluntad de memoria ni expectativas de futuro, a quienes alarmó con el grito desesperado que lanzó hacia el más lejano horizonte:

—¡Acaba de venir, coño...!

Como si fuera carne viva imaginó el dolor posible del corcho al ser penetrado por la implacable espiral metálica. La hundió hasta las últimas consecuencias, con precisión de cirujano y decidido a no fallar: conteniendo la respiración tiró hacia arriba, delicadamente, y el corcho salió como un pez abrazado al anzuelo de su perdición. El vaho alcohólico que escapó de la botella subió hasta él, rotundo y provocador, y sin reparar en medidas, vertió una larga dosis del líquido en un vaso, para tragarla de un solo golpe, con ímpetu de cosaco perseguido por los aullidos del invierno.

Entonces la observó con angustia: aquélla era la última botella de una reserva apresurada, hecha tres días antes, cuando el teniente investigador Mario Conde abandonó la Central después de haber firmado la solicitud de licenciamiento y decidió encerrarse a morir de rones, de cigarros, de penas y de rencores. Siempre había pensado que cuando cumpliera sus deseos de dejar la policía iba a sentir un alivio capaz de hacerlo cantar, bailar y por supuesto, beber, pero sin remordimientos ni pesares, pues no hacía más que cumplir una voluntad de emancipación postergada por demasiado tiempo. A estas profundidades de su vida se

decía que nunca había sabido exactamente por qué dijo sí y se hizo policía, y después tampoco pudo saber con certeza por qué demoraba su escape de aquel mundo al cual, a pesar de todas las contaminaciones, jamás había pertenecido cabalmente. Quizá su argumento de que era policía porque no le gustaba que los hijos de puta se quedaran sin castigo le había complacido tanto que llegó a creerlo y a convencerse. Tal vez aquella falta de capacidad para tomar decisiones que había guiado toda su vida errática, lo amarró a una rutina coronada por la satisfacción de sus éxitos más que dudosos: atrapar a asesinos, violadores, ladrones o estafadores que ya lo eran, sin remedio. Pero de lo que no tenía dudas era de que el mayor Antonio Rangel, su jefe desde hacía ocho años, había sido el principal culpable de la postergación casi infinita de su voluntad de fuga. La relación de tensiones fingidas y respetos verdaderos que estableció con el Viejo, había funcionado como una técnica dilatoria demasiado eficaz y sabía que jamás habría tenido el valor necesario para llegar a la oficina del quinto piso con su planilla de licenciamiento en las manos. Por eso fundaba sus esperanzas de estampida en la jubilación del Mayor, que ya había cumplido los cincuenta y ocho y podía ser efectiva en dos años más.

Pero aquel último viernes, de un solo golpe, habían caído todos los parapetos reales y ficticios. La noticia de la sustitución del mayor Rangel había corrido con la intensidad de la peste por los pasillos de la Central, y al escucharla el Conde sintió cómo el movimiento quemante del miedo y la impotencia atenazaban su espalda y tocaban su cerebro. La comentada pero nunca concebible salida del Viejo no iba a ser el último capítulo de aquella historia de persecuciones, interrogatorios y castigos a la cual habían sido sometidos los investigadores de la Central por otros investigadores encargados del acto contra natura de espiar e investigar a la policía. Los largos meses que duraba aquella inquisición habían servido para ver la caída de cabezas al parecer intocables, mientras el miedo se alzaba como protagonista de una tragedia con sabor a farsa que

venía dispuesta a cumplir sus tres actos reglamentarios y hasta el fin: un fin imprevisible que arrastraba en su desenlace, incluso, a lo que todos creyeron invulnerable y sagrado.

Y sin pensarlo dos veces Mario Conde optó por la solución de la renuncia. Sin querer oír ninguna de las viperinas razones que se comentaban como factibles para la salida del Viejo, escribió en un papel la solicitud de licenciamiento por motivos personales, esperó pacientemente el elevador que lo llevaría hasta el quinto piso y, luego de firmar su carta, la entregó a la oficial que encontró en el vestíbulo de la que había sido —y ya nunca volvería a ser— la oficina de su amigo, el mayor Antonio Rangel.

Pero, en lugar de alivio, el Conde se sorprendió invadido de dolor. No, claro que no: aquélla no era la vía del escape victorioso y autosuficiente que siempre había imaginado, sino un escabullimiento réptil que ni el mismo Rangel le perdonaría jamás. Por eso, en lugar de cantar y bailar, optó sólo por beber y tratar de olvidar, y de regreso a su casa gastó toda su economía en la compra de siete botellas de ron y doce cajetillas de cigarros.

—¿Qué?, ¿tienes fiesta? —le preguntó con sonriente confianza el chino que trabajaba como dependiente de la bodega, y Mario Conde lo miró a los ojos.

—No, paisano, un velorio —y salió a la calle.

Mientras se desnudaba y bebía un vaso de la primera botella desvirgada, el Conde descubrió cómo se había concretado la muerte anunciada de *Rufino*, su pez peleador: flotaba en una media agua que siempre parecía media tinta, oscura y enferma, abiertas sus aletas como una flor envejecida y a punto de perder sus pétalos.

—Me cago en Dios, *Rufino*, cómo se te ocurre morirte ahora y dejarme solo... si ya te iba a cambiar el agua —le dijo al cuerpo estático, y terminó el trago antes de lanzar líquido y cadáver a la voracidad del inodoro.

Ya con el segundo vaso en la mano y sin sospechar que estaría casi tres días sin pronunciar palabra, Mario Conde desconectó su teléfono y recogió el periódico doblado debajo de la puerta, para colocarlo junto al inodoro y darle en su momento el uso que merecía aquel papel manchado de tinta. Y fue entonces cuando lo vio, discreto, en una esquina de la segunda página: era una muesca, aún innombrada, dibujada al oeste de Cabo Verde y que desde la latitud fría del mapa le produjo el temblor eléctrico de un presentimiento: ese cabrón llega hasta aquí, pensó de inmediato, y empezó a desearlo con todas sus fuerzas, como si resultara posible atraer con la mente a aquel engendro catastrófico y purificador. Y se sirvió un tercer vaso de ron, para esperar en paz la venida del ciclón.

Se despertó con la certeza de que el huracán había llegado. Los truenos retumbaban tan cercanos que no se explicó cómo había encontrado un cielo apacible apenas unas horas antes. La tarde apresurada del otoño se había hundido bajo el peso de la oscuridad y, convencido de estar escuchando truenos, todavía se sorprendió por la ausencia de lluvia y de viento, cuando tras los últimos ecos retumbantes le llegó la voz:

—Oye, Mario, que soy yo. Abre, dale, yo sé que tú estás ahí.

Una brecha de lucidez rasgó la resaca ética compactada en su cerebro, y una luz de alarma iluminó su conciencia. Sin ocultar sus desnudeces reducidas por el temor, el Conde corrió hacia la puerta de la calle y la abrió.

—¿Qué tú haces aquí, salvaje? —preguntó con la puerta abierta y un mal presentimiento en el pecho—. ¿Le pasó algo a Josefina?

Una risa explosiva devolvió al Conde a la noción de sus actos irreparables, y la voz del flaco Carlos le advirtió de las magnitudes del desastre que acababa de cometer:

—Coño, bestia, qué pichicorto tú eres... —para dejar espacio otra vez a la risa, que se multiplicó con las de Andrés y el Conejo, cuyas

cabezas se habían asomado para comprobar la afirmación del Flaco.

—Más pichicorta será tu madre —fue lo único que pudo decir, mientras se batía en retirada, mostrando al adversario la palidez incongruente de sus nalgas.

El Conde debió tragarse dos duralginas para espantar el dolor de cabeza amenazante, que prefirió achacar al susto antes que al ron: la presencia imprevista del flaco Carlos, en su silla de ruedas, le había hecho temer que algo le hubiera ocurrido a Josefina. Hacía mucho tiempo que su mejor amigo no iba a su casa y había pensado que aquella visita sólo podía tener en su origen alguna desgracia. La imagen enfermiza que tuvo esa tarde, cuando se vio romper el vacío sin la solución de unas alas, le pareció definitivamente inalcanzable: ¿irse así y dejar a sus amigos? ¿Dejar solo a Carlos sobre su silla de ruedas y matar de tristeza a la vieja Jose? El agua que corrió por su cara arrastró los últimos lodos de sueño y de dudas. No, él no podía, al menos por ahora.

—Es que pensé lo peor —dijo cuando al fin regresó a la sala con un cigarro en la boca y vio que Carlos, el Conejo y Andrés ya se habían servido los restos mortales de su última botella de ron.

—¿Y qué tú crees que pensamos nosotros? —lo agredió el Flaco y tragó un poco de ron—. Tres días sin saber dónde coño estabas metido, con el teléfono sin funcionar, sin avisar ni un carajo... Te la comiste, salvaje, ahora sí te la comiste, tú.

—Oye, está bueno ya, que yo no soy un muchacho —intentó defenderse el policía.

Andrés, como siempre, trató de imponer la conciliación.

—Bueno, caballeros, si no pasó nada —y mirando al Conde—. Es que Josefina y Carlos estaban preocupados por ti, Mario. Por eso lo traje hasta aquí, él no quiso que yo viniera solo.

El Conde observó a su mejor y más viejo amigo, convertido en una masa amorfa, desbordada sobre los brazos del sillón, donde se cebaba como un animal destinado al sacrificio. Nada quedaba ya de la figura

descarnada del que fuera el flaco Carlos, porque su destino había sido revertido por una bala de mala entraña que lo dejó inválido para siempre. Pero allí estaba también, íntegra e invencible, toda la bondad de aquel hombre que cada vez más convencía al Conde de las injusticias del mundo. ¿Por qué tuvo que pasarle algo así a un tipo como Carlos? ¿Por qué alguien como él tenía que ir a una guerra lejana y oscura a perder lo mejor de su vida? Dios no puede existir si pasan estas cosas, pensó, y el alma en pena del policía se sintió conmovida, casi a punto de partirse en dos cuando el Flaco le dijo:

—Hubieras llamado y ya.

—Anjá, tenía que haber llamado. Para decirte que renuncié a la policía.

—Menos mal, mi hijo, me tenías de lo más preocupada —suspiró Josefina y le dio un beso en la frente—. Pero mira eso, qué cara tienes. Y ese olor. ¿Cuánto ron has tomado? Y estás flaco que das miedo...

—Y lo que descubrimos —intervino Carlos, marcando entre sus dedos la reducida virilidad visible del Conde, y volvió a reír.

—Conde, Conde —intervino preocupado el Conejo—, tú que eres medio escritor, sácame de esta duda semántica: ¿cuál es la diferencia entre lástima y lastima?

El Conde miró a su interrogador, que apenas podía ocultar sus dientes descomunales tras el labio superior. Como siempre fue incapaz de saber si la mueca escondía una sonrisa o simplemente unos dientes de conejo.

—No sé... el acento, ¿no?

—No: el tamaño —dijo el Conejo y liberó su dentadura, para reír larga y sonoramente, convocando la burla de los demás.

—No le hagas caso, Condesito —se lanzó Josefina al rescate y le tomó las manos—. Mira, como yo me imaginé que a lo mejor estos tres

que dicen ser tus amigos te traían para acá, y como también me imaginé que tendrías hambre, porque se ve que tienes hambre, me puse a pensar y a pensar, qué le hago de comida a estos muchachos, y, sabes, no se me ocurría nada especial. Es que cuesta un trabajo conseguir cualquier cosa... Y ahí mismo: pam... se me encendió el bombillo y me fui por lo más fácil: un arroz con pollo a la chorrera. ¿Qué te parece?

—¿Con cuántos pollos, Jose? —indagó el Conde.

—Tres y medio.

—¿Y le pusiste pimientos?

—Sí, para decorarlo. Y lo cociné con cerveza.

—Así que tres pollos y medio... ¿Y tú crees que nos alcance? —siguió preguntando el Conde, mientras empujaba la silla del Flaco hacia el comedor, con la habilidad adquirida por los años de ejercicio.

El juicio final de los comensales fue unánime: a este arroz le faltan los guisantes verdes, dijeron, aunque sabe bien, también dijeron, después de ingerir tres platos hondos de aquel arroz transfigurado con la grasa y los sabores del pollo.

Para hacer la sobremesa con ron se encerraron en el cuarto del Flaco, mientras Josefina se sentaba a dormitar frente al televisor.

—Pon algo ahí en la grabadora, Mario —exigió el Flaco y el Conde sonrió.

—¿Igual que siempre? —preguntó, por puro gusto retórico y recibió la sonrisa y la respuesta de su amigo.

—Igualito...

—Bueno, vamos a ver, ¿qué te gustaría oír? —dijo uno.

—¿Los Beatles? —siguió el otro.

—¿Chicago?

—¿Fórmula V?

—¿Los Pasos?

—¿Credence?

—Anjá, Credence —dijeron los dos, a coro, con la perfección de una

secuencia ensayada mil veces y representada otras mil, a través de incontables años de complicidad—: Pero no me digas que Tom Foggerty canta como un negro, ya te dije que canta como Dios, ¿verdad? —y los dos asintieron, admitiendo su más raigal conformidad, pues ambos sabían perfectamente que sí: aquel cabrón tipo cantaba como Dios, y lo empezó a demostrar cuando el Conde oprimió el *play* y Foggerty, con los Credence Clearwater Revival, atacó su versión irrepetible de *Proud Mary*... ¿Cuántas veces había vivido esa misma escena?

Sentado en el piso, con el trago de ron a su lado y el cigarro vivo en el cenicero, el Conde cedió a la exigencia de sus amigos y les contó los últimos acontecimientos en la Central y su decisión irrevocable de dejar la policía.

—Ya ni me importa qué pueda pasar con los hijos de puta... Total, cada día hay más. Batallones de hijos de puta...

—Regimientos... ejércitos —fue la opinión de Andrés, que extendió el poderío logístico y cuantitativo de aquellos invasores, más resistentes y fecundos que las cucarachas.

—Tú estás loco, Conde —fue la conclusión de Carlos.

—Y si te vas de la policía ¿qué cosa vas a hacer? —fue la pregunta del Conejo, sujeto visceralmente histórico, siempre necesitado de razones, causas y consecuencias hasta para los acontecimientos más nimios.

—Eso es lo que menos me importa. Lo que quiero es irme...

—Oye, salvaje —intervino Carlos, colocando entre sus piernas el vaso con ron—, haz lo que tú quieras, que sea lo que sea, para mí va a estar bien, porque

para eso soy tu amigo, ¿no? Pero si te vas a ir, vete con ganas, sin esconderte detrás de un pomo de alcohol. Párate en el medio de la Central y grita: «Me voy porque me sale de los cojones», pero no te escabullas, como si debieras algo, porque tú no le debes nada a nadie, ¿verdad?...

—Pues yo me alegro por ti, Conde —dijo entonces Andrés mientras



se miraba las manos con las que se dedicaba, tres veces a la semana, a abrir abdómenes y cajas torácicas enfermas, con la misión de reparar lo que fuera reparable y cortar y botar lo enfermo y lo inservible—. Me gusta eso de que alguno de nosotros mande todo a la mierda y se decida a esperar que venga lo que quiera venir.

—Un ciclón —susurró el Conde, después de un trago, pero su amigo continuó, como si no lo hubiera oído.

—Porque tú sabes que somos una generación de mandados y ése es nuestro pecado y nuestro delito. Primero nos mandaron los padres, para que fuéramos buenos estudiantes y buenas personas. Después nos mandaron en la escuela, también para que fuéramos muy buenos, y nos mandaron a trabajar después, porque ya todos éramos buenos y podían mandarnos a trabajar donde quisieran mandarnos a trabajar. Pero a nadie se le ocurrió nunca preguntarnos qué queríamos hacer: nos mandaron a estudiar en la escuela que nos tocaba estudiar, a hacer la carrera que teníamos que hacer, a trabajar en el trabajo en que teníamos que trabajar y siguieron mandándonos, sin preguntarnos ni una cabrona vez en la repañetera vida si eso era lo que queríamos hacer... Para nosotros ya todo está previsto, ¿no? Desde el círculo infantil hasta la tumba del cementerio que nos va a tocar, todo lo escogieron, sin preguntarnos nunca ni de qué mal nos queríamos morir. Por eso somos la mierda que somos, que ya no tenemos ni sueños y si acaso servimos para hacer lo que nos mandan...

—Oye, Andrés, así tampoco —trató de salvar algo el flaco Carlos, mientras se servía más ron.

—Así tampoco ¿qué, Carlos? ¿Tú no fuiste a la guerra de Angola porque te mandaron? ¿No se te jodió la vida encaramado en esa silla de mierda por ser bueno y obedecer? ¿Alguna vez se te ocurrió que podías decir que no ibas? Nos dijeron que históricamente nos tocaba obedecer y tú ni siquiera pensaste en negarte, Carlos, porque nos enseñaron a decir siempre que sí, que sí, que sí... Y éste —señaló al Conejo, que había

logrado el milagro de ocultar sus dientes y por una vez parecía realmente serio ante la inminencia de una andanada mortífera—: además de jugar con la historia y cambiar de mujer cada seis meses, ¿qué cosa ha hecho con su vida? ¿Dónde coño están los libros de historia que iba a escribir? ¿Dónde se le perdió todo lo que siempre dijo que quería ser y que nunca ha sido en su vida? No me jodas, Carlos, por lo menos déjame estar convencido de que mi vida es un desastre...

El flaco Carlos, que hacía mucho había dejado de ser flaco, miró a Andrés. La amistad que existía entre ellos cuatro tenía más de veinte años de antigüedad sedimentada y muy pocos secretos por descubrir. Pero en los últimos tiempos algo había ocurrido en el cerebro de Andrés. Aquel hombre a quien admiraron primero cuando había sido el mejor jugador de pelota del Pre, aupado por los aplausos de sus compañeros, con el mérito viril de haber perdido la virginidad con una mujer tan hermosa y tan loca y tan envolvente que todos hubieran deseado perder con ella hasta la vida, aquel mismo Andrés que luego sería el médico eficiente al cual todos acudían, el único que había logrado un matrimonio envidiable, con dos hijos incluidos, y había recibido el privilegio de tener casa propia y auto particular, se estaba revelando como un ser lleno de frustraciones y rencores, capaces de amargarlo y de envenenar el ambiente que lo rodeaba. Porque Andrés no era feliz, ni se sentía satisfecho con su vida y se encargaba de que todos sus amigos lo supieran: algo en sus proyectos más íntimos había fallado y su camino vital —como el de todos ellos—, se había torcido por rumbos indeseables aunque ya trazados, sin el consentimiento de su individualidad.

—Está bien, vamos a decir que tienes razón —admitió resignado Carlos, bebió un trago largo y agregó—: Pero no se puede vivir pensando así.

—¿Por qué, bestia? —terció el Conde lanzando el humo de su cigarro y recordando otra vez sus alcohólicos impulsos suicidas de aquella tarde.

—Porque entonces uno tiene que aceptar que todo es una mierda.

—¿Y no lo es?

—Tú sabes que no, Conde —afirmó Carlos y miró hacia el techo desde su silla de ruedas—. No todo, ¿verdad?

Cayó en la cama con la cabeza poblada de vapores aguardentosos y de los lamentos generacionales de Andrés. Acostado, empezó a desvestirse y lanzó al suelo cada prenda de ropa. Presentía ya el dolor de cabeza que lo acompañaría al amanecer, justo castigo por sus excesos, pero advirtió cómo su mente disfrutaba en ese instante de una extraña actividad, capaz de poner en marcha ideas, recuerdos, obsesiones, dotadas de una corporeidad agitada. Por eso abandonó la cama, con un esfuerzo físico supremo, y fue hasta el baño en busca de las duralginas capaces de abortar la recurrente cefalea. Calculó que bastaba con dos y las deglutió con agua. Después caminó hacia el inodoro y dejó caer un chorro ámbar y débil que se escurrió por los bordes ya manchados de la taza y lo hizo fijarse en las proporciones de su miembro: siempre había sospechado que era demasiado breve y ahora tenía la certeza —y la lástima—, después del desnudo que esa tarde ofreció a sus amigos. Pero levantó los hombros mentales de la no importancia, pues aun así aquella tripa ahora moribunda había resultado siempre un eficaz compañero para sus combates eróticos binarios o unitarios, consiguiendo incluso rápidas alzadas cuando la necesidad la reclamaba en pie de guerra. No le hagas caso a esos hijos de puta, le dijo, mirándola cara a cara, directo a los ojos: tú no lastimas porque eres buena, ¿verdad? Y le concedió una última sacudida.

La conciencia de que al día siguiente no tenía que ir al trabajo lo sorprendió agradablemente, y con los pulmones llenos de aires de libertad y humo de cigarro, decidió que no debía perder más tiempo en la cama solitaria. Ahora mismo vas a cambiar tu vida, Mario Conde, se

recriminó y optó por la vigilia útil. Ejercitar su independencia era uno de los privilegios de su nueva situación. Se dirigió deprisa hacia la cocina y puso al fuego la cafetera, dispuesto a beber la infusión mañanera capaz de engañar a su organismo y devolverle la vitalidad necesaria para lo que deseaba hacer: sentarse a escribir. Pero ¿de qué coño vas a escribir, tú? Pues de lo que había dicho Andrés: escribiría una historia de la frustración y el engaño, del desencanto y la inutilidad, del dolor que produce el descubrimiento de haber trastocado todos los caminos, con y sin culpa. Aquélla era su gran experiencia generacional, tan bien plantada y alimentada que seguía creciendo con los años, y concluyó que valdría la pena ponerla en blanco y negro, como único antídoto contra el más patético de los olvidos y como vía factible para llegar, de una vez, al núcleo difuso de aquella equivocación inequívoca: ¿cuándo, cómo, por qué, dónde había empezado a joderse todo? ¿Cuánta culpa tenían (si es que la tenían) cada uno de ellos? ¿Cuánta él mismo? Bebió el café lentamente, ya sentado frente a la cuartilla en blanco, mordida por el rodillo de la Underwood, y comprendió que iba a ser difícil convertir aquellas certidumbres y vivencias, que se le revolvían como lombrices, en la historia escuálida y conmovedora que necesitaba contar. Una historia apacible como la del hombre que narra a un niño las costumbres del pezplátano y después se vuela los sesos, pues no tiene otra cosa mejor que hacer con su vida. Miró el papel, impoluto, y comprendió cómo sus deseos no bastaban para vencer aquel eterno desafío de ocho y media por trece pulgadas donde podía caber la crónica de toda una vida malgastada. Hacía falta una iluminación como las de Josefina, capaz de provocar el milagro poético de extraer algo nuevo con la mezcla atrevida de componentes olvidados y perdidos. Y por eso volvió a pensar en el ciclón, visible sólo en el mapa del periódico: era necesario algo así, arrasante y devastador, purificante y justiciero, para que alguien como él reconquistara la posibilidad de ser él mismo, yo mismo, tú mismo, Mario Conde, y renaciera la condición postergada de engendrar un poco de

belleza o de dolor o de sinceridad sobre aquel papel, mudo y vacío y retador, sobre el que al fin escribió, como desbordado por una eyaculación incontenible: «Cayó de bruces, como si lo empujaran, y antes que el dolor sintió el vaho milenario a pescado podrido que brotaba de aquella tierra gris y ajena».

—¿Qué tú haces aquí, Manolo? —preguntó el Conde cuando abrió la puerta y encontró la figura esquelética e inesperada del sargento Manuel Palacios, su compañero de investigaciones en los últimos años.

Algo en su rostro denotaba sorpresa —el ojo que bizqueaba andaba más perdido tras el tabique nasal— y el Conde supo inmediatamente que la causa estaba en su propia cara.

—¿Estás enfermo, Conde?

—Qué enfermo ni qué niño muerto. Estuve toda la noche escribiendo —respondió, y sintió un bienestar estético al dar aquella razón: imaginó sus ojeras maceradas y sus párpados vencidos de cansancio, pero le complació tener aquella poética justificación, aunque no era del todo cierta: varias cuartillas llenas de cicatrices eran el saldo real de empecinadas horas de trabajo.

—Así que otra vez te dio por eso. Allá tú —le advirtió el sargento, amonestándolo incluso con un dedo.

—¿Y se puede saber qué tú haces aquí?

Manolo sonrió levemente.

—Vine a buscarte.

—Hace tres días que no soy policía.

—Que te crees tú eso. Dice el jefe nuevo que vayas a discutir lo de tu baja.

—Dile que hoy no puedo, explícale que estoy escribiendo.

Manolo volvió a sonreír, ahora abiertamente.

—Me dijo que sin excusas ni pretextos. —¿Y qué me hacen si no voy? ¿Me botan de la policía?

—O te meten preso, por desacato. Eso fue lo que me dijo... —siguió Manolo, hasta el límite de sus instrucciones y recuperó al fin su

individualidad—. ¿De verdad te quieres ir, Conde?

—Sí, de verdad. Entra, vamos a hacer café.

Se acomodaron en la cocina a esperar la colada, mientras Manolo le contaba las últimas incidencias de la Central. De los dieciséis investigadores sólo quedaban once y aquello parecía un avispero revuelto. Los expedientes de todos los que seguían con vida eran revisados y vueltos a revisar, y se hablaba de nuevos interrogatorios a cada uno de ellos: era una cacería despiadada, a muerte, como si se hubiera decretado la extinción necesaria de una especie prescindible.

—¿Y qué se dice del mayor Rangel?

—Que él no hizo nada, y que por eso mismo es culpable. Creo que no ha vuelto por allá, pero oí decir que lo van a retirar con todos los honores.

—De esa forma él no quiere los honores —terció el Conde.

Finalmente, contó Manolo, el nuevo jefe los había reunido esa mañana para pedirles un esfuerzo mientras la situación se normalizaba. Lo que ocurría en la Central no impedía que afuera la vida siguiera igual —o más o menos igual, tal vez peor— y se cometieran todo tipo de delitos...

—Ya nunca va a ser normal —dijo el Conde, y sirvió dos tazas grandes de café—. Por lo menos para mí.

—Pero ven conmigo, Conde, hablas con él y después haces lo que quieras. No tires por el balcón lo que has hecho durante diez años. ¿No te gustaba que la gente dijera que eras el mejor investigador de la Central? No jodas, Conde, demuéstrales quién tú eres...

—¿Y qué gano yo con eso, Manolo?

El sargento miró a su amigo y trató de sonreír. Ambos se conocían demasiado y el Conde sabía perfectamente de los miedos que había sufrido Manolo en los últimos meses de investigaciones, purgas y expulsiones, durante los cuales todos habían sido interrogados en varias ocasiones, para que saltaran las liebres más inesperadas: colegas de

veinte años traicionándose enconadamente, viejos policías intachables descubiertos como malandrines consuetudinarios, casos sepultados bajo cantidades insospechadas de billetes, favores consentidos a cambio de las más disímiles mercancías: desde un sexo joven y abultado hasta un título universitario obtenido sin asistir a clases, pasando por un simple apretón de manos de Alguien que sabría retribuir el favor en el momento oportuno, y la mecha seguía encendida, al parecer dispuesta a quemar a todo el que estuviera en su camino. Manolo miró entonces al Conde, bebió todo su café y le dio la mejor de sus respuestas:

—Ganas que te dejen ir sin que te boten. Ganas salir limpio de entre toda esa mierda. Ganas que te respeten. Y creo que también ganas cuando sepan que el mayor Rangel no se equivocó contigo... ni conmigo.

La imagen fabricada del Mayor, solitario, mirando el atardecer en el patio de su casa, calzado con chancletas mientras fumaba un largo habano y decidía cuál era el mejor modo de invertir su ocio obligado, conmovió otra vez la sensibilidad del Conde. Después de tanto trabajo aquel hombre no merecía terminar así.

—Está bien, voy a ir... pero dime una cosa: ¿dónde está hoy *Félix*?  
—¿Félix? ¿Qué Félix, Conde?

—*Félix*, el ciclón, viejo.

—Ah, qué sé yo...

Manolo negó con la cabeza, después de apurar el último sorbo de café.

—¿Qué clase de policía eres tú que ni siquiera sabes dónde está hoy ese cabrón! Eres un desastre, Manolo...

Podría tener cuarenta y cinco años. Quizás un poco más. Las canas ponían el más, pero el rostro cetrino y liso de blanco amulatado o de mulato blanconazo, afeitado con esmero y hasta con encono, contribuía a la sustracción de edades calculables. Lucía un uniforme con ínfulas de



haber sido cortado en una sastrería y no escogido entre tallas prefabricadas: la chaquetilla se ajustaba al pecho, bajaba por un abdomen sin protuberancias y cubría la cintura del pantalón, que caía con suavidad de fino guarandol equivocado de historia y de lugar... Y además estaba aquel olor: llevaba un perfume sutil pero inequívoco, bien seco, viril, capaz de crearle un halo de pulcritud a quince centímetros de su silueta uniformada con tanto esmero. Observándolo, el Conde se dijo que ese hombre podía conducirlo a confundir todos sus prejuicios: esperaba encontrar un ogro y no aquel tipo fragante y de aspecto cuidado, quería ver un déspota negado a concederle su independencia donde descubriría un hombre de gestos apacibles, estaba convencido de toparse con un fiscal iracundo en el sitio en que ahora estaba aquel ser humano dispuesto a desarmarlo con una sonrisa y una pregunta:

—¿Usted fuma, teniente? Ah, me alegro, pues así puedo fumar yo también — y extrajo otro cigarro de su cajetilla de H. Upmanns exportables, luego de ofrecerle el primero a Mario Conde.

—Gracias, coronel.

—Coronel Molina. Mi nombre es Alberto Molina... Pero siéntese, por favor, porque creo que vamos a hablar bastante. Pero antes déjeme pedir dos tazas de café.

Teniente, parece que usted no durmió bien anoche, ¿verdad?... Pues déjeme decirle que yo tampoco. Me pasé la noche dando vueltas en la cama hasta que mi mujer se encabronó porque no la dejaba dormir y tuve que irme para la sala. Tiré una frazada en el piso y me puse a pensar en todo lo que está pasando y en el compromiso en que me han metido. Porque la verdad es que yo no sé si voy a poder cumplir con esto. Casi creo que no... Y tampoco es agradable saber que uno está sustituyendo a un oficial como el mayor Rangel, que es el hombre que más sabe en este país de investigaciones y procesos y todo este trabajo que hacen ustedes.

Yo no. ¿Usted sabe de dónde yo vengo? Pues de la Dirección de Análisis de la Inteligencia Militar, que no tiene nada que ver con lo de ustedes. ¿Sabe otra cosa? Durante años soñé con ser espía. Pero un espía de verdad, no como los de las novelas de John Le Carré, que parecen de verdad pero son de literatura. Me parecía el mejor de los destinos, y soñando con eso me pasé veinte años en una oficina, procesando lo que averiguaban los verdaderos espías: en fin, yo era el burócrata que parecía un personaje de Le Carré... Pero si uno se mete en este juego, enseguida aprende que está obligado a obedecer órdenes, teniente, y cuando a uno lo mandan, no queda más remedio que joderse y obedecer. Por eso ahora estoy aquí y no en Tel Aviv o en Nueva York, y por eso quise hablar con usted, que no por gusto debe tener esa fama de buen investigador, aunque se comenten algunas cosas... No, no, pero a mí esas cosas no me importan, se lo juro: yo no vine aquí a juzgar a nadie, sino a tratar que esto siga funcionando más o menos como lo hacía funcionar el mayor Rangel... Para juzgar están esos otros que andan por allá afuera, y déjeme decirle también que yo, personalmente, lamento muchísimo que varios de sus compañeros hayan hecho las cosas que hicieron y provocaran la investigación en que terminó todo esto y que hasta le costó su cargo a Rangel. Y aunque lo lamento, tampoco dejo de entender que era necesario actuar así: porque un policía que se corrompe es peor que el peor de los delincuentes, y creo que usted va a estar de acuerdo conmigo en eso, ¿o no? La verdad es que últimamente están pasando cosas rarísimas... Además, teniente, eso de pedir su licenciamiento en medio de todo este lío puede dar que pensar, y eso usted lo sabe bien. Aunque déjeme decirle que yo no estoy aquí para sospechar de nadie y por eso quiero entender sus razones para pedir el licenciamiento. Este lugar ya no es lo que me imagino que era, aunque deba seguir siendo el mismo: una central de investigaciones criminales, y precisamente por eso fue que lo llamé. Ahora mismo tengo a todos los investigadores de plantilla, los viejos y los nuevos, con algún trabajo, y lo necesito a usted, teniente. Y aunque le

parezca poco ortodoxo lo que le voy a decir, lo llamé para hacerle una propuesta bien simple: resuélvame un caso y le firmo la baja... No, no, no se imagine que lo estoy chantajeando con su licenciamiento: digamos mejor que lo estoy obligando a que me ayude, porque ahora me hace falta su ayuda y porque usted sabe que si yo no firmo ese papel que está en mi buró, usted puede estar varios meses sin lograr la baja... Ya le dije que no dormí anoche, ¿verdad? Pues déjeme decirle ahora que la verdad es que no dormí por culpa suya: no sabía cómo proponerle esto que puede sonar a chantaje y convencerlo por las buenas de que coja este caso en específico. Y decidí que lo mejor era ser totalmente sincero con usted... Pero antes voy a explicarle y después me dice sí o no, y ya veremos qué pasa, pues aunque me oiga hablando así, tan calmado y educado, yo también sé cerrarme de bandas y ponerme impertinente. Se lo aseguro... El problema es que el sábado por la noche encontraron el cadáver de un hombre, un cubano con ciudadanía norteamericana que había venido a visitar a su familia... Un problema, ¿verdad? El hombre salió el jueves por la tarde en el carro de su cuñado, él solo, pues dijo que quería dar unas vueltas por La Habana, y desde ese momento no apareció, hasta que el sábado a las once de la noche unos pescadores descubrieron el cadáver en la Playa del Chivo, a la salida del túnel de la bahía. ¿Ya se ubica? Según el forense, el hombre murió antes de ser lanzado al mar, a causa de un golpe en la cabeza que le dieron con un objeto contundente. Murió por una fractura craneana y derrame cerebral. Por las características del golpe, el forense piensa que el objeto pudo ser algo así como un bate de jugar pelota, pero de los antiguos, los de madera... Hasta ahí todo está razonablemente misterioso y políticamente complicado, pero hay que sumar un detalle que pone las cosas más difíciles: al muerto le habían cortado el pene y los testículos, al parecer con un cuchillo común y no muy afilado... Dígame, ¿qué le parece? ¿Le está interesando la historia? Por supuesto, eso tiene que ser una venganza, pero debemos demostrarlo y encontrar al culpable, antes de que se desate el escándalo en Miami y

acusen al gobierno de haberle hecho lo que le hicieron. Porque este hombre muerto con varios golpes en la cabeza y mutilado de sus genitales tiene un nombre y una historia: se llamaba Miguel Forcade Mier y fue en los años sesenta el segundo jefe de la dirección provincial de Bienes Expropiados, y era el subdirector nacional de Planificación y Economía cuando se quedó en Madrid en 1978, en una escala de regreso de la Unión Soviética... Dígame, ¿no le interesa este caso?

En los diez años que Mario Conde llevaba en la policía había memorizado algunas lecciones básicas que le garantizaban la supervivencia: y la primera de todas era el concepto de la fidelidad. Solamente conservando el espíritu de grupo, protegiendo a los otros miembros de la tribu policiaca a la que él mismo pertenecía, podía garantizar que los demás le dieran similar protección y que su fuerza tuviera un valor real. Aun cuando nunca se sintió un verdadero policía, y prefería andar sin pistola y sin uniforme y odiaba hasta la idea de tener que aplicar la violencia, mientras soñaba que pronto dejaría todo aquello y emprendería una vida normal —¿qué coño es la normalidad?, también solía preguntarse, imaginando aquella casa de madera y tejas, frente al mar, donde viviría escribiendo—, el Conde practicó siempre aquella regla, quizás hasta límites excesivos, como también la ejerció el mayor Rangel, para terminar traicionado por aquellos infames a quienes defendió hasta la obstinación y hasta poner su propio cuello en la picota de las sentencias. Por eso ahora la ética policiaca y callejera de Mario Conde estaba en el equilibrio más dramático: o mantenía su decisión de irse de la Central porque habían sacado al mayor Rangel, o aceptaba aquel caso de olores rancios que ya había empezado a gustarle y obtenía así la libertad que lo esperaba con la posible solución y demostraba, de paso, las razones del Viejo para distinguirlo entre sus investigadores. Mientras pensaba en las alternativas ofrecidas por su nuevo jefe, tan

odorífero y bien uniformado, el Conde encendió otro cigarro y observó la carpeta blanca, posada sobre sus piernas, donde se resumía la vida conocida y parte de la muerte develada del desertor Miguel Forcade Mier. Miró hacia el ventanal de la oficina y comprobó que el cielo seguía azul y sosegado, ajeno a la existencia de *Félix*, y se decidió a buscar una salida:

—Coronel, como estamos fraguando un trato entre caballeros, antes de responderle quiero hacerle dos o tres preguntas y una exigencia.

El hombre bien afeitado y mejor vestido que ahora era su jefe, sonrió.

—Usted está equivocado, teniente, no es un trato entre caballeros, porque yo ahora soy su jefe. Pero de todas maneras acepto. ¿Cuál es la primera pregunta?

—¿Por qué dejaron entrar otra vez a Cuba a un hombre como Miguel Forcade? Por lo que usted me dice era un dirigente bastante alto y desertó cuando regresaba de una misión oficial, ¿no? Que yo sepa, no es frecuente que alguien así haga el intento de volver y menos que consiga el permiso para entrar de nuevo en Cuba. Sé de gentes que por menos que eso no los han dejado volver... Cuando ese hombre se fue ¿no se llevó documentos, dinero, ni nada que lo incriminara legalmente?

El coronel Molina fue quien encendió ahora uno de sus cigarros, antes de responder.

—No, estaba increíblemente limpio. Pero la verdad es que lo dejaron regresar para vigilarlo y ver qué quería hacer. Tramitó su permiso por la Cruz Roja Internacional, pues su padre está bastante enfermo. Y se decidió que era mejor dejarlo venir.

—Como esperaba una respuesta más o menos así, puedo hacer la segunda pregunta. ¿Burló la vigilancia?

—Para nosotros y sobre todo para él, lamentablemente sí, burló la cola que le habían puesto. ¿Está satisfecho por esa parte?

El Conde movió la cabeza, afirmativamente, mientras levantaba la

mano, como alumno suspicaz.

—Pero quiero hacerle ahora una tercera pregunta: ¿alguna vez se supo o se sospechó por qué Forcade se quedó en Madrid? Porque este tipo de hombres no es de los que suelen quedarse por razones más o menos normales, ¿no?

—Sospechas hubo varias, como siempre sucede en esos casos. Por ejemplo, a finales del 78 se descubrió un caso de malversación en la Dirección Nacional de Economía y Planificación, pero nunca se pudo probar que él estuviera vinculado con eso. Se pensó que podía haber sacado algo que obtuvo cuando trabajó en Bienes Expropiados, pero tampoco se supo que vendiera nada de valor. También se sospechó de que tuviera alguna información para ofrecer, aunque nunca se probó nada en ese aspecto y Forcade jamás hizo una declaración política en público... Ya se lo dije: parecía que estaba limpio y por eso se atrevió a regresar. Ahora quiero oír su exigencia, para decirle si la acepto.

El Conde miró a los ojos del coronel y depositó la carpeta en su buró, antes de decir:

—No creo que sea nada difícil de concederme: lo que yo quiero es hablar con el mayor Rangel antes de darle mi respuesta. Y si acepto, quiero que él me ayude si lo necesito...

El coronel Molina apagó suavemente su cigarro, matando la brasa contra las paredes del cenicero de metal y observó a Mario Conde.

—Usted es un hombre admirable, teniente... La verdad es que yo creía que ya no existían fidelidades de ese tipo. Por supuesto, hable con su amigo el Mayor, consúltele lo que quiera y de mi parte dígame que siento lo sucedido y que me disculpe por no ir yo mismo a decírselo, pero quizás eso sería inconveniente, sobre todo para mí. Como están las cosas... Bueno, lo espero en dos horas, teniente —y se cuadró, en un preciso y fluido saludo militar.

El Conde, sorprendido por el gesto marcial, se puso de pie y movió la mano sobre su frente, en un intento de saludo que más parecía

despedida o, quizás, un simple gesto para espantar la mosca taladrante de la incertidumbre.

Ana Luisa hizo un gesto de sorpresa al abrir la puerta y encontrarse con la cara del teniente Mario Conde.

—¿Pero que tú haces aquí, muchacho?

El Conde la miró, satisfecho con el primer efecto que provocaba su visita y transitó una vertiente habitual:

—Vine para saber si alguna de tus hijas quiere casarse conmigo. Me da igual cualquiera de las dos y no me importa el suegro que me va a tocar.

La mujer al fin sonrió, mientras le dejaba paso y le palmeaba el hombro.

—Con esa cara que tienes hoy, no creo que ninguna de ellas se enamore de ti.

—Debo de estar terrible: eres la tercera persona que me dice eso —se resignó el Conde—. ¿Y dónde está tu marido?

—Sigue para allá, está en la biblioteca. Ahora les llevo una taza de té.

—Oye, Ana Luisa, ¿vino alguien a verlo?

La mujer lo miró y él descubrió en sus ojos una alarmante concentración de tristezas.

—No, Conde, no ha venido ni uno de los que eran sus amigos. Bueno, tú sabes cómo es eso: si caes en desgracia... Menos mal que tú... —trató de decir y salió con prisa hacia la cocina.

El Conde atravesó la sala comedor y se detuvo ante la puerta corrediza de la biblioteca y tocó dos veces con el nudillo.

—Dale, Mario, acaba de entrar —dijo una voz más allá de las puertas cerradas.

Empujó una de las hojas y encontró al mayor Rangel tras el buró: la

situación parecía una réplica apenas transformada de sus entrevistas en la Central, pero esta vez el Conde se preguntó cómo habría sabido el Viejo que era él: las puertas eran de madera y no de cristal opaco como las de la oficina y su diálogo con Ana Luisa había sido a demasiada distancia para los oídos casi sexagenarios del Mayor.

—Dime una cosa, Viejo. ¿Cómo tú sabes cuándo soy yo? ¿Acaso me hueles o qué...? Mira que yo sí soy hombre y no uso perfume.

—Qué perfume ni perfume: te vi llegar por esta ventana —y señaló las persianas que daban al jardín—. ¿Ana Luisa te prometió café?

—No, ella me habló de té.

—Me cago en su estampa —soltó el Mayor, casi como si le doliera algo—. ¿Tú sabes por lo que le ha dado a esa mujer, Mario? Por decir que debo tener una vida más sana, que fumo mucho y que tomo mucho café... Y ahora nada más quiere darme té: y lo hace de cualquier cosa, de hojas de naranja, de cañasanta, de anís estrellado, qué sé yo, porque también dice que el té de verdad da estreñimiento y ansiedad... Ansiedad a mí.

—¿Y no tienes tabacos?

Rangel desplegó su más amplia sonrisa: un movimiento leve del labio superior, que ni siquiera dejó ver un reflejo de sus dientes.

—Tengo, tengo. Mira esto —y abrió el pequeño humidor de caoba que reposaba sobre el buró—. ¿Sabes qué son éstos? Pues nada más y nada menos que Cohibas Lanceros. Te juro que casi son los mejores tabacos del mundo. Coge uno, anda. Mira bien eso, qué capa, qué color, qué obra de arte... ¿No son lindos?

El Conde estudió los tabacos, formados en fila estricta en el humidor, con sus lomos parejos y brillosos de animales saludables, anillados a la altura del cuello, y pensó que el Mayor se estaba volviendo loco con su jubilación precipitada: jamás creyó que alguna vez lo viera regalar un puro de esa categoría. En cuestión de habanos, además de un excéntrico conocedor, el Viejo solía ser un redomado tacaño.

—Si tú lo dices —aceptó al fin y tomó uno de los Lanceros, el



primero de la fila, mientras el Mayor observaba los otros y se decidía por uno que estaba al centro, después de tantear dos o tres posibilidades.

—Ahora ten cuidado cómo lo cortas —le advirtió Rangel cuando lo vio morder la boquilla del tabaco—. Mira que ahí es donde se decide todo: si lo cortas mal, seguro que desgracias al tabaco... A ver, ¿cómo prefieres cortarlo? ¿Con la tijera o con la guillotina?

—No sé, siempre lo corto con los dientes, ¿no?

—Bueno, pues mójalo primero para que no rompas la capa. Mira, así —y continuó la lección humedeciendo el tabaco y haciéndolo girar entre sus labios, para morderlo después como si fuera un pezón, con delicadeza de amante experimentado—. ¿Viste?

Ana Luisa entró con una infusión, dulce y de origen desconocido, y luego de beberla los dos hombres encendieron los habanos, que instalaron una nube perfumada y azulosa en la atmósfera de la biblioteca. Sólo entonces el Conde se decidió a hablar:

—¿Cómo te sientes, Viejo?

—¿No lo ves? Jodido y tomando cocimiento, como si tuviera diarreas. Pero no te preocupes, que no voy a morirme por lo que pasó. Son los riesgos de la profesión.

—Qué riesgos ni riesgos: es una mierda —soltó el Conde y casi se atora con el humo de su tabaco—. Tú eres el mejor jefe de investigadores criminales de este país...

—¿Tú crees, Mario? ¿Y cómo te explicas que varios de mis investigadores fueran unos delincuentes y que utilizaran su posición y su cargo para su propio beneficio?

—Tú no tenías por qué saberlo...

—Sí tenía que saberlo, Mario, claro que tenía... Pero es que nunca pensé que toda esa gente pudiera hacer cosas así... Y no se te ocurra decirme que si la naturaleza humana o que los muertos salen... El caso es que metí las manos en la candela por ellos y mira —extendió los brazos—: me achicharré.

—¿Y por qué confiabas en un tipo como yo? —se aventuró el Conde, queriendo escuchar alguno de aquellos elogios que muy pocas veces dispensaba el mayor Rangel.

—Porque debo de estar loco —respondió el Viejo, y sonrió otra vez: ahora sólo despegó el labio superior del borde del tabaco—. Oye, Mario, lo que nunca me dijiste en todos estos años fue por qué coño te metiste a policía. ¿Me lo vas a decir ahora?

El Conde movió la cabeza, aliviado por encontrar allí al mismo Rangel de siempre y no al hombre derrotado y vencido que había imaginado. Seguía aparentando menos edad de la que tenía, vestido con aquel pullover ajustado a sus pectorales de nadador y canchista empecinado. Ni siquiera el rechazo o el miedo de los que fueran sus colegas y amigos parecía afectar demasiado la esencia dura de aquel hombre nacido para ser policía.

—Ahora mismo no. Ahora lo que te voy a decir es que de ti depende que yo siga o no siendo policía.

—¿De qué cosa estás hablando, Mario Conde?

—Pues muy fácil: cuando me enteré de que te tronaban, entregué mi renuncia, y ahora nada más me la dan si resuelvo un caso. Por cierto, un buen caso. Pero sólo lo voy a coger si tú me dices que lo acepte...

El Viejo se puso de pie y caminó hasta las persianas. Miró hacia la calle tranquila, hirviente bajo el sol del mediodía, y observó el jardín, que necesitaba bastante trabajo, y chupó suavemente de su Cohiba Lancero.

—Mario, hazme el favor —empezó con su voz más apacible y de pronto cambió el tono, con aquella facilidad de modulación que el Conde siempre le había envidiado—: no hables más sandeces y dime qué caso es ese que está tan bueno. Acuérdate que hasta hace tres días yo también fui policía. A ver, ¿por qué tú dices que es un buen caso? Cuéntame.

Un solo golpe, preciso y brutal, había bastado para acabar con la vida de

Miguel Forcade Mier: su cerebro, como la pelota rechazada con saña por un bateador poderoso, se reventó dentro del cráneo, acabando con las ideas, los recuerdos, las emociones del hombre que transitó en un instante de la vida a la muerte. Pero luego se había cumplido la segunda parte de aquel sacrificio brutal: su pene y sus testículos fueron cortados de raíz por una mano inexperta aunque ensañada, que laceró la carne, tironeó de ella, cortó con movimientos de serrucho, hasta desprender toda la masculinidad de aquel hombre vuelto del más allá. Finalmente, como posible ofrenda a ciertos dioses letales, el cuerpo fue lanzado a un mar infecto, en la zona donde desembocaban las aguas negras de mierda, orine, vómitos y menstruaciones de aquella ciudad a la que Miguel Forcade había vuelto sin la sospecha de que ya nunca la volvería a abandonar.

El Conde y el mayor Rangel se miraron, asqueados: la crueldad infinita de aquel asesinato tenía algo de sacrificio enfurecido, de venganza profunda, tal vez calculada durante muchos años y por fin ejecutada cuando el olvido parecía haber enterrado para siempre los orígenes impredecibles de aquel odio ahora desatado como un ciclón tropical del mes de octubre.

Y pensaron: Miguel Forcade Mier debía de haber muerto por una culpa antigua: quizá provenía de sus tiempos como recuperador de bienes expropiados, cuando tantas riquezas abandonadas por la burguesía cubana, puesta en fuga estrepitosa, fueron confiscadas en nombre del pueblo y su gobierno, que ahora serían los dueños de todo. Muebles, joyas, obras de arte, monedas antiguas y modernas, acumuladas durante más de dos siglos por la clase social dialécticamente derrotada, debieron pasar por las manos del Expropiador Oficial responsabilizado con la misión de darles un destino más justo. ¿Lo haría siempre? La lógica empezaba a decir que no: las brillantes tentaciones de aquellas fortunas históricamente condenadas pudieron corromper la ideología de vanguardia del hombre que casi treinta años después, con el signo de la

traición en la frente, moriría castrado. Quizá podía pensarse que una parte de aquellas riquezas recicladas, tal vez mínima pero demasiado valiosa (¿qué tal un Degas que nunca apareció, un ánfora griega tragada por el mediterráneo del olvido, una cabeza romana perdida de la memoria o una colección de monedas bizantinas nunca vueltas a cambiar entre los mercaderes dueños de todos los templos?), pasaron por sus manos con la promesa de una revolucionaria redistribución jamás efectuada pero tal vez cobrada al fin con aquella muerte a sangre, madera y hierro... Pero ¿por qué tenían que castrarlo?

Aunque la culpa quizá no era tan remota ni tan valiosa, y sin embargo no menos olvidable para una memoria perversamente enquistada en las consecuencias físicas o morales de aquel pecado: Miguel Forcade Mier había ascendido después en la escala del poder por la vía tecnocrática, a la sombra propicia de planes quinquenales importados desde las llanuras asiáticas pobladas de eficientes *koljoses* y *sovjoses* —ni el Conde ni el Mayor recordaban cuál podía ser la diferencia— y de la infalible organización económica democrática y alemana, tan perfecta que parecía eterna, trasplantadas a un Caribe insular subdesarrollado y monocultivado pero en condiciones —muchas veces se dijo— de intentar el gran salto de un verdadero milagro económico socialista... Aquel poder en la Dirección Nacional de Planificación y Economía no fue poco poder: por las manos del que luego sería un cadáver sin sexo, con los ojos comidos por los peces, pasaron decisiones mercantiles y proyectos de vida, inversiones millonarias y posibilidades de futuros personales y colectivos, con la autoridad para dar, mover, poner, quitar y posponer, desde una altura casi olímpica. Pero de aquella brillante Dirección Nacional, justo en sus tiempos de gloria que luego serían de escarnio, Miguel Forcade había dado el salto mortal hacia el exilio, sin mayores motivos, aparentes: nunca se supo qué lo había impulsado a la desertión, pues jamás se le oyó decir una palabra, en público, de las que solían utilizar los personajes de su categoría: ellos

siempre huían de una dictadura, aspiraban a la libertad y a la democracia, no deseaban ser cómplices por más tiempo luego de haber comprendido... ¿Y cómo, a quién le rompió la vida por esa época, de un modo tan despiadado que su víctima nunca conoció el reposo del olvido ni el alivio del perdón?

Los orígenes de aquel asesinato perverso tenían todos los condimentos de la venganza, pero faltaba conocer lo más importante: qué receta había fraguado aquel cocido y quién había sido el cocinero.

—¿Y si todo fue por una cuestión de celos y de tarros? —preguntó el Conde, y el mayor Rangel, detrás de la brasa infernal de su Lancero, lo miró a los ojos antes de decir:

—Entonces lo mejor es no meterse con la mujer de ese tipo que le corta los cojones a los demás, ¿no?

Siempre que viajaba en guaguas, Mario Conde hacía lo posible por ocupar una ventanilla. En su época de estudiante en la universidad, solía levantarse veinte minutos antes de lo necesario para hacer la cola y esperar un ómnibus vacío. Sin prisa, escogía al azar cualquiera de los lados del vehículo y se pegaba contra la pared de metal para defender el privilegio de la ventanilla. Allí, apartado del pasillo, tenía las ventajas concretas de evitar que le rozaran el hombro con órganos poco agradables, le pisaran un pie o lo martirizaran con una jaba. Pero tenía otras dos prebendas mucho más valiosas, que solía alternar según necesidades, estados de ánimo e intereses: o leía durante los treinta y cinco minutos del trayecto desde el barrio hasta la parada más cercana a la facultad (sólo lo hacía en días de examen o cuando tenía un libro que lo merecía), o se dedicaba (como prefería) a estudiar los edificios que el ómnibus encontraba a su paso, para disfrutar el descubrimiento de aquella otra ciudad existente en las segundas y terceras plantas de las antiguas calzadas de Jesús del Monte y de la Infanta, ocultas para quien

no estuviera dispuesto a levantar los ojos hacia sus alturas escurridizas. Aquella costumbre el Conde la había adquirido de su amigo Andrés — que a su vez la aprendió de la bella Cristina, aquel ser sexual del que todos ellos estuvieron enamorados—, y le llegó a ser tan necesaria y orgánica que cuando miraba los edificios, solía sentir cómo su físico y su mente dividían sus átomos más intrincados, para que una parte de su yo se elevara desde el asiento y flotara a varios metros del suelo oscuro y grasiento de la calle, penetrando en misterios olvidados, en historias remotas, en sueños perdidos tras las paredes de aquellos sitios con los que dialogaba, como si fueran otras almas en pena, liberadas también de su materia lastrante y perecedera. Así había descubierto los más hermosos y atrevidos balcones de la ciudad, frontones esculpidos con los motivos más extravagantes, aleros bordados con ribetes de *cake* de boda, enrejados guardavecinos con los hierros tejidos por orfebres militantes en todos los barroquismos, y también había descubierto que una muerte cada vez más cercana acechaba a todas esas centenarias maravillas de hierro, cemento, yeso y madera capaces de darle el mejor rostro a unas calzadas sucias de negligencias ya históricas, polvos petrificados y desidias inmemoriales, donde los vecinos se arracimaban en casas de solera y dignidad perdidas, degradadas por la necesidad a cuarterías huérfanas de agua, con baños colectivos y promiscuidades hereditarias. Y aunque sabía que a la altura del auto el disfrute no es igual que desde el podio de la ventanilla del ómnibus, más propicio para liberaciones espirituales, aquella tarde el Conde le pidió al sargento Manuel Palacios dos favores por los que iba a estarle agradecido durante el resto de su vida: primero, que no hablara; segundo, que condujera a treinta kilómetros por hora. Sólo quería silencio y velocidades humanas para observar otra vez aquellos paisajes esquivos, pero que él ya conocía y hasta quería, mientras se sentía abrasado por el temor de que quizás ése podía ser su último encuentro con la arquitectura más ignorada y maltratada de la ciudad donde él había nacido: el furibundo huracán que al mediodía ya

avanzaba hacia el sur de La Española, después de abatir a la diminuta Guadalupe —arrancando incluso algunos de los árboles que el mismísimo Victor Hugues había mandado a plantar casi dos siglos antes en aquella Place de la Victoire de los ideales revolucionarios—, aquel preciso y cabrón ciclón podía entrar dentro de pocos días por estas calles y demoler la belleza decrepita de esas segundas y terceras plantas, a las que sólo él —estaba convencido— observaba ahora pensando en su lamentable y segura defunción, preparada por los años y el abandono. ¿Cuál podía ser el destino de aquella ciudad sino esa muerte violenta, fraguada por la prolongada agonía del olvido? ¿O también moriría castrada, nueva Atlántida hundida en el mar por un pecado imperdonable aunque todavía desconocido? Al carajo, se dijo en estas profundidades tétricas de su reflexión: da igual cómo se muera, si al final todos nos vamos a morir. Hasta tú te vas a morir. Y para acercar el trámite encendió otro cigarro y lo fumó con la avidez de un condenado que cumple su última voluntad.

Cuando regresó a la Central y le dijo al coronel Molina: Acepto el caso, su nuevo jefe lo palmeó complacido y le concedió otra exigencia: el sargento Palacios podía trabajar con él. Pero fue ahora el coronel quien empezó a enumerar sus condiciones: tenía un máximo de tres días para resolver el misterio de la muerte castrada de Miguel Forcade; debía actuar con la mayor discreción, pues ya conocía las implicaciones políticas de un asunto que era un manjar amarillo para la prensa internacional, siempre empeñada en desacreditar al gobierno; debía reportarle dos veces al día a él, personalmente, aunque hablara cuanto quisiera con el mayor Rangel, pues él tenía que llamar todas las tardes a Alguien que a su vez debía llamar a otro Alguien encargado por el Ministerio de Relaciones Exteriores de hablar con el cónsul norteamericano para decirle cómo iban las investigaciones; y debía

procurar ser lo más ortodoxo posible en sus métodos, aunque tenía carta blanca para hacer lo que fuera necesario: todo con la condición de que en los tres días previstos llegara a la verdad, fuera cual fuera la verdad: aquella historia podía convertirse en otro escándalo internacional, que aprovecharía la prensa amarilla, remachó el coronel, obsesionado con los medios de difusión y su cromatismo, y el único modo de cortarlo era entregando la verdad. Y repitió su orgánico saludo militar.

Ahora, frente a la casona del Vedado de donde había salido hacia un destino imprevisto y adonde había vuelto, once años después, el ya norteamericano y ahora difunto Miguel Forcade, Mario Conde se preguntaba qué precio podría tener el hallazgo de aquella verdad exigida por su jefe... Para empezar, ¿por qué te mataron como a un animal, Miguel Forcade?

—¿Y cómo le entramos, Conde? —preguntó al fin el sargento Manuel Palacios, después de guardar la antena y cerrar el auto, ante la mirada displicente de su superior.

—Aquí viven los padres del muerto y aquí debe de estar la mujer, que también vino en el viaje de visita... Por ahora vamos a tratar de enterarnos un poco de quién era el tal Miguel Forcade.

—¿Un hijo de puta?

—Eso no se discute, pero hace falta saber de qué marca y categoría —remachó el Conde mientras abría la reja que conducía a una mansión, levantada hacia los años veinte, y también mordida de olvidos y desidias, clamando por el beneficio de una mano de pintura.

El jardín que la rodeaba era una fronda tupida, húmeda, con una extraña mezcla de arbustos, flores, trepadoras, hierbas y árboles vigorosos, aunque todo aquel desorden floral parecía cuidado con un peculiar esmero, como lo advertían los precisos caminos trazados entre la fronda que se desparramaba en toda la extensión del terreno. La obra de una mano rigurosa pero a la vez tolerante con la voluntad de las plantas se advertía en aquel breve bosque tropical, donde el Conde pudo



contabilizar la copa majestuosa de una ceiba, la frutación oscura y rugosa de un mamey y el milagro prehistórico de dos anonales, cargados aún con sus agresivas granadas verdes, dueñas de un corazón blanco y delicado, dividido en cien semillas negras. Mientras recorría la acera que conducía a la casa, el Conde se topó con una picuala desbordada y, al pasar cerca de ella, se atrevió a tomar una de sus pequeñísimas flores, que vivían en extraña convivencia de colores, entre el rojo y el blanco.

—A Josefina le encanta el olor de la picuala —dijo y tocó a la puerta, después de guardarse la flor en un bolsillo.

La anciana que abrió tenía en el rostro la misma acumulación de sueño exhibida por el Conde: las arrugas que rodeaban sus ojos poseían un tono marrón profundo y su mirada venía cubierta por el velo gris y ardiente de un largo cansancio o de varias horas de llanto. En la comisura de sus labios había restos de una magnesia blanca, capaz de estremecer el estómago vacío de Mario Conde. Los policías se presentaron, pidieron disculpas por llegar sin previo aviso y explicaron el motivo de su visita: hablar con los familiares de Miguel Forcade.

—Yo soy su madre —dijo la anciana y su voz parecía más joven que su cara. Para alivio del Conde, la mujer ejecutó un preciso barrido con la lengua y la nata blanca desapareció de su boca—. Pasen y siéntense, voy a llamar a su mujer. Mi esposo es el que no puede bajar, hoy se siente muy mal. Él está muy enfermo, ¿saben?, y esto que ha pasado lo ha puesto peor, el pobre —concluyó, mientras su voz se iba apagando, pero sin perder aquel brillo juvenil que sorprendiera al Conde.

—¿Y quién cuida el jardín, él o usted?

La anciana sonrió, como si recuperara algo de su energía agotada.

—Él... Alfonso es botánico y ese jardín es su jardín. ¿De verdad que es bonito?

—Un poeta que conozco diría que es el sitio en que tan bien se está —dijo el Conde, recordando a su amigo Eligio Riego.

—A Alfonso le encantaría oír eso... —admitió la anciana, con los

ojos humedecidos.

—¿Quién es, Caruca?

Desde el corredor que debía de conducir a las habitaciones, brotó aquella voz, perseguida por la figura de su dueña.

—Ay, perdón —dijo la recién llegada, tras la que venía un hombre rojizo y cejijunto, que tosía levemente, con la insistencia seca e incontrolable de los fumadores.

—Ella es Miriam, mi nuera —advirtió la anciana—. Y él es un viejo amigo suyo...

—Adrián Riverón, para servirle —dijo el hombre, y volvió a toser.

Incluso antes de saludar y de presentarse a sí mismo, la primera reacción del Conde fue ponerse a contar con los dedos, pero tuvo la entereza aritmética de contenerse: según había leído en el informe, Miguel Forcade tenía cuarenta y dos años al salir de Cuba, por lo que había muerto con cincuenta y tres, ¿no? Pero ante él había una mujer rubia —quizá demasiado rubia y sospechó que el exceso podía ser hijo de una vigorosa decoloración—, de muslos macizos apenas ocultos por un *short* y de senos empinados bajo el pullover ligero, punteado por unos pezones dispuestos a perforar la tela. Pero el Conde también tuvo que mirar su cara, decididamente joven, donde lograban brillar unos ojos grises (¿o verdes?, ¿o azules?), que se abrían camino entre unas pestañas negras y rizadas: si acaso treinta años, estimó el policía cuando pudo volver a pensar, mientras tragaba en seco, contando ahora con los dedos de la mente para calcular que antes de irse de Cuba el cuarentón Forcade se había casado con aquella mujer cuando ella tenía menos de veinte. En fin, que él no debía perder las esperanzas, comenzaba a especular cuando se llamó al orden.

—Le explicaba a su suegra que veníamos para saber algunas cosas sobre Miguel... Sé que es un mal momento para ustedes, pero estamos muy interesados en resolver cuanto antes este caso.

—¿De verdad están interesados? —dijo Miriam, destilando ironía,

mientras ocupaba una de las butacas.

Su amigo, que volvió a toser, revoloteó como una gaviota aturdida en busca de orientación hasta que fue a apoyarse en el alto respaldo del asiento elegido por Miriam, como si fuera preciso cuidar las espaldas de la joven. La mirada del Conde, inhibida por el proteccionismo de Adrián, se apartó de aquellas piernas macizas, y sólo entonces el policía reparó en que no había hecho su habitual estudio escenográfico del lugar y descubrió que, como pocas veces, aquella sala lo merecía con el mismo esmero científico prodigado a la mujer. Porque el pasado de Miguel Forcade como segundo jefe provincial de Bienes Expropiados tenía allí sus más seguras evidencias: muebles de estilos historiables, espejos con marcos labrados, porcelanas de diversas edades, procedencias y escuelas, dos enormes relojes de péndulo, vivos y actuantes, varios lienzos con escenas de caza, bodegones, estampas mitológicas y desnudos decimonónicos —datables por la abundancia de carnes expuestas—, además de un par de alfombras —¿persas?, ¿voladoras?— y unas lámparas a las que sólo les faltaba gritar soy Tiffany para demostrar cuánto lo eran: sobre todo aquélla, empinada sobre un pie de metal, que imitaba el tronco de un árbol sobre el que descansaba una fronda de vidrio abierta y cansada, quizá por el exceso de frutas visibles, cálidas y maduras entre el rojo y el violeta. El Conde, impactado por la acumulación de tanta reliquia sin duda valiosa, supuso el origen expropiatorio de aquellas joyas abandonadas por la burguesía cubana y vueltas a abandonar después por Miguel Forcade en su inexplicada deserción. Un hombre que sabía aprovechar sus oportunidades, pensó, corroborándolo con los ojos devueltos a la carne prensada de Miriam, a quien decidió regresarle la pelota mojada de la ironía:

—Es bonito ver que una familia pueda reunir tantas cosas agradables y valiosas, ¿verdad? —y movió su mano, en un círculo que terminaba en la mujer.

—¿Le interesa saber de dónde salió todo esto? —ripostó ella, y el

Conde ya supo que sería un bocado difícil de tragar.

—Me interesa. Tal vez eso ayude a saber esa verdad de cuyo interés usted sospecha.

—Yo no sospecho de nada, teniente. Yo sólo sé que a Miguel lo mutilaron y lo mataron, aquí en Cuba. Y eso es un hecho.

El Conde observó el rostro endurecido de Miriam y vio las lágrimas que empezaban a correr por las mejillas roturadas de la anciana. Aquel silencioso llanto materno podía desarmarlo y por eso se concentró en la viuda hermosa.

—Por eso mismo es que estamos aquí... Y porque ese hecho huele a venganza debemos saber más del pasado de su esposo... Mi compañero y yo tenemos la misión de llegar a la verdad, y creo que si usted nos ayuda va a ser más fácil, ¿no le parece?

Miriam dio un suspiro largo y cansado. Al parecer aceptaba la tregua, pero no le concedió al Conde la ventaja de escuchar su claudicación temporal.

—Ahora no importa mucho lo que a mí me parezca. Dígame, ¿qué quieren saber?

—¿Dónde dijo Miguel que iba y por qué salió solo? —preguntó el Conde, mirando a los ojos de la joven, pero fue la anciana la que tomó la palabra.

—Desde que llegó, él apenas salió a la calle, porque... bueno, ustedes saben la historia: él tenía miedo de que lo retuvieran, o algo así, por haberse ido de la forma en que se fue... Pero ese día, el jueves, nos dijo que quería dar unas vueltas, ver un poco La Habana, y que prefería hacerlo solo, porque Miriam iba a estar en casa de su hermana, en Miramar. Y salió de aquí como a las cinco.

Manolo miró al Conde, como pidiendo autorización, y el teniente aceptó con los ojos. Sabía que su compañero era más hábil en aquella clase de indagaciones verbales y su silencio, además, le permitiría observar con más detenimiento las riquezas acumuladas en aquella sala:

por eso volvió a mirar las lámparas de Tiffany y luego las piernas, los senos y los ojos de Miriam, con una ansiedad febril, porque fue en ese instante cuando tuvo la mejor conciencia valorativa sobre la mujer: Miriam era exactamente un fruto maduro, con su piel brillante, tersa, como una cáscara preciosa encargada de proteger todas las pulposidades elaboradas a lo largo de su existencia: y ahora estaba lista para ser comida, con una plenitud de sabores, olores y texturas colocados en un cenit, más allá del cual no había otros ascensos imaginables. Aquella maduración total y alarmante tenía el riesgo cercano de la flaccidez y la descomposición en cuanto pasara el momento climático, pero mientras tanto podía ser un manjar de dioses. Lástima que la fruta no fuera a caer en sus manos, terminó de pensar el Conde y trató de volver al hilo de la conversación, empujado por la mirada insistente de Adrián Riverón.

—¿Podría existir alguna persona que quisiera vengarse de él por algo que ocurrió en Cuba antes de que Miguel se fuera?

—Eso es muy difícil de saber, compañero —dijo la anciana y buscó la aprobación de su nuera—. Él aquí trabajó en cosas importantes, pero como ustedes deben saber él no se llevó nada de Cuba, ni se metió en nada allá afuera...

—Ni le interesaba venir —terció Miriam, descruzando sus piernas: el Conde estudió, vampiresco, el círculo rojo de sangre visible en el muslo que había soportado el peso de la otra pierna—. Vino porque su padre está muy mal y Miguel siempre lo quiso mucho. Pero vino con miedo de que le hicieran algo. Sabía muy bien que aquí no se habían olvidado de él. Y tenía razón, ¿no? Por eso da que pensar que le pasara lo que le pasó...

—Por favor, Miriam —intervino indeciso el llamado Adrián Riverón, que esta vez no tosió, aunque permanecía de pie, guardando con eficiencia la retaguardia quizá vulnerable de la mujer.

—Déjame decir lo que quiero decir... —le exigió ella, sin dejar de mirar al Conde.

—Por favor, discúlpenla —volvió a terciar Adrián el defensor, sonriendo a los policías—. Ella está nerviosa y siempre ha tenido ese carácter —y carraspeó un par de veces.

—No hay nada que disculpar —dijo el Conde y sonrió, con su mirada prendida de los ojos de Miriam: ojos secos y magnéticos—. Señora, ya que usted tiene tantas dudas, quiero que sea sincera conmigo y me diga algo: ¿a quién fue a ver su esposo la tarde del jueves? ¿Y por qué prefirió hacerlo solo, si es que tenía tanto miedo de salir a la calle?

El nombre de Gerardo Gómez de la Peña removi6, como otro huracán, el mar de las Nostalgias Sumergidas de Mario Conde. Todavía podía recordarlo, vestido con aquella guayabera de un azul fresco y liviano, con su pantalón color mamoncillo claro, de tela tan suave pero corp6rea, cayendo con precisión elegantemente milimétrica sobre los zapatos: aquellos precisos, inolvidables zapatos. El Conde cerró los ojos y los vio otra vez: eran unos mocasines, cómodos hasta de mirarlos, de un caoba que se enfurecía hacia el marrón, con la paleta tejida y las suelas levísimas, y una denominación de origen al parecer indiscutible: tenían que ser italianos. Gerardo Gómez de la Peña entró en el teatro de la universidad, aquella tarde, y sus zapatos entraron para siempre en los deseos del Conde: 6sos eran los zapatos que 6l quería, concluy6 sin apenas pensarlo, mientras observaba sus botas rusas, rígidas, pesadas, bolas (como la cabeza de los hermanos soviéticos, decían ellos) con las que debía asistir a clases cada día ante la soledad aterradora de su zapatera. Su padre había muerto hacía un año y la familia estaba en quiebra absoluta. La idea de abandonar la universidad y buscarse un trabajo había dejado ya de ser una posibilidad para convertirse en una urgencia, y ahora Mario Conde pensaba si aquellos zapatos que vio pasar por su lado y con los cuales todavía soñaba —y que nunca había llegado a tener: ni siquiera unos parecidos— no fueron la causa de que terminara

siendo policía, enfrentado a la necesidad de tener dinero lo antes posible y darle unos compañeros menos proletarios a sus botas rusas, más propicias para andar por las estepas, la tundra o la mismísima taiga.

Gómez de la Peña subió al estrado, seguido por el decano de la facultad y por el secretario general de la Juventud. El superministro era el protagonista de la velada, pues desde la altura de su responsabilidad histórico-económica parecía ser el genio maravilloso encargado de materializar todos los milagros productivos de la isla: desde llevar a sus últimas y magníficas consecuencias la economía socialista hasta —a través de esas consecuencias y esa economía— convertir al país en territorio libre de subdesarrollo, monocultivo, desempleo, escaseces, diferencias sociales y hasta de baches en las calles, eufemísticos faltantes en la gastronomía y listas de espera en las terminales de ómnibus.

Y sobre aquella tierra prometida disertó el alquimista planificador, el profeta de la prosperidad, ante un público literalmente cautivo: al que no asista se le pondrá una amonestación en el expediente, habían aclarado todos los presidentes de aula, y el Conde no lamentó demasiado haber oído por casi dos horas las realidades futuras que él mismo iba a disfrutar, en dos quinquenios como plazo máximo, porque según el discurso del compañero ministro, hasta era seguro que el compañero Mario Conde muy pronto tuviera cuantos zapatos necesitara, ¿no?

Doce años después la historia había demostrado cómo ninguna de aquellas promesas tuvo la más remota posibilidad de haberse cumplido, y que ni siquiera varias toneladas de fe y comercio preferencial hubieran bastado para concretar el milagro salvador. Y por eso Gerardo Gómez de la Peña vestía ahora un pijama y unas chancletas de playa, que dejaban ver unos dedos mal articulados, flacos y definitivamente feos. Lo que pueden unos zapatos, pensó el Conde, y sólo entonces miró el rostro del hombre que sonreía ante la llegada de dos policías. Del pelo entrecano pero abundante que recordaba, el Conde sólo vio ahora unos flecos mal dispuestos, dejados crecer hasta longitudes admirables para que, peinados

desde la altura de la oreja izquierda, cubrieran el cráneo liso y cayeran sobre la oreja derecha para bajar después hacia la nuca, como si aquel acto de malabarismo capilar evitara que su dueño fuera un simple calvo, asumido estoica y dignamente. La cara rosada de antes se había convertido en un pergamino muy antiguo y mal guardado, cruzado de grietas y rajaduras: diez años de marginación social, política y alimentaria habían sido suficientes para envejecer a aquel ángel caído, convertido de un día para otro en el demonio del mimetismo económico y el entreguismo comercial que habían devastado cualquier crecimiento planificado de las esferas productivas del país, introduciendo cortes australianos para la caña, botellas checas para las cervecerías y técnicas siberianas para la agricultura, entre otros horrores todavía recordables pero de los que jamás se había vuelto a hablar. El trueno estrepitoso de Gómez de la Peña había mantenido sonido y eco sólo por un par de semanas, porque sobre su cabeza de frío tecnócrata abominado habían caído todas las culpas de un desastre previsible: al fin y al cabo la bonanza económica nunca había estado planificada para las actuales generaciones, a las cuales sólo les correspondía una inagotable austeridad y un siempre renovado y casi cristiano espíritu de sacrificio. Además, copiar modelos foráneos era un disparate, con el sol y el calor que siempre había en la isla, ¿no? Sólo se debía trabajar mirando hacia el futuro y con un pensamiento independiente, fue la conclusión de aquel juicio sumario, capaz de sacar de circulación a Gerardo Gómez de la Peña, y de decretar el fin de la posibilidad de que un tipo como Mario Conde llegara a tener un par de zapatos como los que había visto cierta noche inolvidable: marrones, suaves, italianos...

Sin embargo, el dirigente destronado había conservado algunos de sus antiguos privilegios de superministro: aquella casa en el Nuevo Vedado, por ejemplo, a la que el Conde se prometía dedicarle mayor atención, pues en verdad la requería, con su estructura de bloques asimétricos, sus paredes de ladrillos descubiertos, sus vitrales



multicolores, sus espacios inusuales y propios de un futurismo de los cincuenta que encontró en aquel coto cerrado de la burguesía media alta uno de sus terrenos más fértiles, lejos de la chusma que había llegado al mismísimo barrio del Vedado. Por cierto, se preguntó el Conde, ¿quién habría sido el dueño original de aquella mansión?

Los policías le comentaron el motivo de su visita y Gómez de la Peña, el execrado, les respondió que ya sabía de la muerte de Miguel Forcade y los invitó a pasar a lo que llamó la sala-recibidor. Un sofá y cuatro sillones de mimbre, blanqueados y acogedores, se distribuían alrededor de una mesa de la misma fibra y color, y en la pared contra la que descansaba el sofá, el Conde se admiró con la magnífica reproducción de una posible obra de Cézanne que, fuera de las plantas, era el único adorno de la habitación: sobre el lienzo se extendía una calle —que no parecía del viejo París, sino de un pequeño pueblo costero o provinciano—, bordeada de árboles que eran acariciados por un viento insistente, capaz de inclinar sus copas, fundiendo sus follajes en una paleta rotunda de verdes otoñales y ocrees vespertinos, de los que, gracias a una magia recóndita, brotaba una luz propia, sabiamente extraída a la mezcla de aire invisible y hojas a punto de ser arrastradas por el viento, hacia un cielo azul, envolvente, rayado de brochazos magentas.

—¿Le gusta, teniente? —preguntó en voz muy baja Gómez de la Peña, al observar la atención que el policía le prestaba a la pintura.

—En general me gustan Cézanne y los impresionistas, aunque no conocía esta obra. ¿Es de Cézanne?

—Pues no, no es de Cézanne... Es un Matisse de su primera época, pero casi nadie la conoce porque no está en ningún catálogo del mundo.

—¿Y dónde está el original?

Gómez de la Peña se pasó la mano por los hilos largos que cubrían su cabeza.

—Todo el mundo pregunta lo mismo... —y sonrió, mientras alargaba la pausa y movía el brazo como buscando la dirección en que se

hallaba el lienzo—. Ése es el original —afirmó rotundo, señalando el cuadro.

Ahora fue Mario Conde quien tuvo que sonreír: aquel viejo estigmatizado y pecador también había conservado su sentido del humor.

—No se ría, teniente. Ése es el original —insistió Gómez de la Peña—. Si quiere mírelo de cerca..., pero si no es un especialista, va a tener que creermelo... Es un Matisse.

El Conde observó a su anfitrión, mordido ya por la duda. ¿Sería un Matisse de verdad? Que él supiera, en el país no había ninguna pieza de aquel pintor cotizadísimo en el mundo y le parecía ridículo encontrar una obra suya, por demás impresionista, colgada de la pared de una casa. Si era el original, debía valer una verdadera fortuna: ¿un millón, dos millones, tres...?, se preguntaba, mientras se acercaba a la pintura y disfrutaba su textura empastada, de colores planos y vigorosos, capaces de lograr aquel efecto mágico de generar luz propia, mientras encontraba en una esquina, discreta y alarmante, la firma torpe y valiosa del maestro, sin datación alguna, y ya sin posibilidades de contener al policía que llevaba dentro se decía que valdría la pena saber cómo había llegado aquella maravilla hasta la sala-recibidor del ángel caído Gerardo Gómez de la Peña.

Veo que le gusta el cuadro, teniente, pero todavía duda de su autenticidad. Y si sabe algo de pintura su recelo es lógico, porque éste es el único Matisse que existe en Cuba. Todo el que sabe algo de pintura reacciona como usted cuando lo ve por primera vez: y precisamente por eso fue que me decidí a ponerlo ahí, para que la gente lo vea, dude, se convenza después y termine asombrado de que yo sea el dueño de una belleza así... Porque déjeme decirle que ese cuadro es algo único. Por lo que he podido saber, Matisse lo pintó por 1904, antes de su famoso periodo *fauve*, que ya está anunciado aquí: ¿no ven esa libertad en el

color, esos tonos puros, esa fuerza en el dibujo que le da toda su expresividad?... En fin, la clarinada alarmante de un genio, colgada en esa humilde pared. Claro, que tener ahí esa tela me hace sentirme importante, y no me da vergüenza decirlo. Aunque ahora no soy nada y mis libros de economía política no los edita nadie ni los lee nadie, todavía mucha gente se acuerda de mí y conservé unos cuantos amigos por allá arriba. Por eso, cada vez que alguien viene a la casa, lo traigo hasta aquí, y si sabe algo de arte me pregunta lo que usted, y yo siempre le respondo igual: sí, ése es el original... y gozo viendo cómo se les cae la baba. Durante casi veinte años lo tuve en mi habitación particular, sin que casi nadie lo viera, porque me parecía ostentoso eso de exhibir un Matisse en la sala de la casa de un dirigente como yo, con una misión histórica, ¿no?, y además porque quería evitar la tentación de los ladrones y de los puristas ideológicos, dos razas por igual temibles. ¿Sabe cuánto dinero hay colgando de esa pared? Pues no menos de tres millones y medio de dólares... Pero me gusta más ver su expresión de asombro que tener el cuadro escondido en mi cuarto o venderlo y guardar en un banco suizo ese dinero, porque además tener ese dinero sería un delito de acuerdo a las leyes de nuestro país, ¿no es cierto? Claro, haber puesto en exhibición una pieza así provoca sus molestias: todos los días hay que descolgarlo y guardarlo y uno siempre tiene un poco de miedo de que un loco venga en pleno día con una pistola y haga cualquier cosa por llevárselo. Aunque decidí asumir ese riesgo, con tal de que les pase a otros lo que le está pasando a usted... Es una pequeña y estética venganza contra el olvido y la ingratitud social. Pero lo que más les va a interesar saber a ustedes es que el responsable de que ese óleo esté ahí fue el difunto Miguel Forcade. Sí, como lo oyen. El problema es que Miguel siempre fue un hombre bastante inculto, y lo era más cuando tenía veinticinco años y trabajaba en la Dirección de Bienes Expropiados. Me acuerdo que para él nada más tenían valor los cuadros que pudieran parecer antiguos y tuvieran personajes o paisajes clásicos. Fíjese si es así que un día casi se vuelve

loco porque encontró *Las Meninas* en una casa del Vedado... El pobre. Pues yo por esa época estaba trabajando en el Instituto Nacional de la Reforma Urbana y tenía la responsabilidad de distribuir las casas abandonadas por los gusanos que se iban para el Norte. Mi instituto trabajaba después que terminaba la dirección a la que pertenecía Miguel. Ellos confiscaban todo lo de valor, le daban diversos destinos, y, después nosotros decidíamos qué hacer con las casas: si eran para oficinas, si para albergues de becados, si para una persona en específico o si se les daba a varias familias para que la dividieran. Pero el día que nos encontramos ese Matisse y yo, ellos se habían retrasado en su trabajo y cuando llegué a aquella casa de Miramar todavía los de Bienes Expropiados estaban allí. Recuerdo que fue apenas un mes después de Girón, en mayo del 61, y aquellos pobres burgueses se iban en masa, huyendo de la amenaza roja y dejando atrás las riquezas acumuladas en varias vidas... Pero todo fue una gran casualidad, se lo juro, porque casi nunca yo participaba personalmente en la selección de las casas. El problema era que hacían falta con urgencia varios locales para unos muchachos que venían becados desde Oriente y que se iban a concentrar en Miramar. Por eso me estaba moviendo por la zona y llegué sin avisar hasta aquella casa donde había verdaderas maravillas del arte. Mire, que yo recuerde, había un Goya, un Murillo, varias piezas menores del impresionismo y este Matisse. Pero la gente que trabajaba con Miguel, que eran más incultos que él, decidieron que esta pieza no tenía ningún valor artístico y que seguramente la había pintado el hijo del dueño de la casa, pues el muchacho era un paisajista tropical y tardío que imitaba a los maestros con esa inocencia perfeccionista que tienen los imitadores eternos. Y como yo les dije que me gustaba el cuadro, allí mismo certificaron la obra como decomisada y me la vendieron por quinientos pesos... Ahí dentro tengo la propiedad, por si quiere verla, junto con los certificados de autenticidad firmados por especialistas de Nueva York y París, que estaban prendidos detrás del lienzo. De esa forma entraron tres millones

de dólares en esta humilde casa, ¿qué les parece?... Pues déjeme decirle ahora que fue ese mismo Miguel Forcade que me benefició aquel día de 1961, quien me movió el piso cuando se quedó en España en el 78. Porque después que salió del negocio de los Bienes Expropiados, lo mandaron a estudiar economía a la Unión Soviética y regresó en el 68 con un brillante expediente. Entonces se vinculó a la Dirección de Planificación y Economía y cuando me designaron para dirigirla, en el 75, yo pedí que él trabajara conmigo y llegó a ser mi brazo derecho. Por eso, como mismo les digo que era un inculto en pintura francesa moderna, les aseguro que como economista era casi un genio, tanto que muchas veces le tuve miedo: él podía ser mi relevo. Pero un buen día, sin que nadie lo esperara, Miguel Forcade desertó y se perdió en España para saltar después a los Estados Unidos. Aquello provocó toda una investigación, como ustedes se imaginarán, y aunque nunca se encontró nada que lo incriminara y motivara su desertión, aparecieron varias irregularidades en la Dirección que me obligaron a dar las explicaciones más largas que he debido dar en mi vida... El avispero se quedó revuelto y cuando los planes económicos empezaron a fallar por la indisciplina de los cuadros y la falta de cultura del trabajo que hay en este país, pues se decidió que una cabeza debía rodar y ninguna era mejor que la mía... que hasta sin pelo se quedó.

—¿Qué les parece esa historia? —preguntó Gómez de la Peña cuando su esposa se retiró, luego de servir el café.

—Típica —dijo el Conde, buscando un adjetivo preciso, significativo, pero que no le resultara ofensivo a aquel hombre en condiciones de conducirlo hasta el pasado de Miguel Forcade, hacia donde trató de moverse—. ¿Y por qué Miguel vino a verlo después de lo que le hizo?

—Dentro de los límites posibles, Miguel y yo fuimos amigos.

Quizás ustedes sepan que la amistad no es muy frecuente cuando el poder está por el medio: cualquiera puede ser el magnicida y Miguel tenía todas las condiciones para ser mi sucesor. Pero aun así yo confiaba en él. Hasta donde podía confiar, claro está. Y ahora que ya no somos nada, él vino para ver cómo yo estaba y para disculparse conmigo por lo que había hecho.

—¿Sólo para eso? —insistió Manolo, acomodándose en el borde de su butaca.

—Creo que sí... A menos que quisiera ver cómo es la vida de un dirigente tronado. También puede ser, ¿verdad?

—¿Por casualidad le dijo la razón por la que se había quedado en España?

Gómez de la Peña sonrió levemente, y sacudió la cabeza.

—No se lo pregunté directamente, pero algo hablamos... Y no dijo nada en concreto: que él se esperaba lo que pasó tres años después, que él sabía que los programas de desarrollo no iban a funcionar... En fin, una exhibición de facultades adivinatorias que no me convencieron.

—¿Y no le comentó por qué había venido a Cuba? —siguió el sargento, sin dignarse mirar a su jefe.

—Pues me comentó lo de la enfermedad de su padre. Ya estaba muy anciano. Incluso yo pensaba que se había muerto.

—¿Y usted le creyó?

—¿Debía no creerle, sargento?

—Quizá, porque usted lo conocía bien... ¿Y no le dijo adónde iba cuando salió de aquí?

—Él se fue como a eso de las siete, un poquito después, porque ya había oscurecido. Me dijo que quería ver a un pariente suyo, pero no me comentó quién era. Pero sí me dijo que era algo muy importante para él.

—¿Dijo así, importante para él?

—Sí, estoy seguro de que lo dijo.

—¿Le habló de que tuviera miedo de volver a Cuba?

—Algo me dijo, claro. Pero yo traté de tranquilizarlo. Al fin y al cabo, lo que hizo él lo han hecho otros mil... Últimamente casi que se ha puesto de moda, ¿no? Y, bueno, él no tenía causas pendientes ni nada por el estilo. Incluso, que se sepa, él ni siquiera se llevó nada.

—¿Ni siquiera algunas de las cosas que expropió en los años sesenta y que podían valer tantos dólares como ese cuadro?

—Que yo sepa, no. Pero yo no registré su maleta en el aeropuerto, aunque dio la casualidad que yo lo acompañé ese día.

—¿Y recuerda si alguien de la aduana se la registró?

Gómez de la Peña miró hacia el techo antes de responder.

—Discúlpeme, sargento, pero su inocencia me conmueve... Como dirigente que era, Miguel Forcade salía por protocolo.

Manolo asimiló con elegancia su conmovedora inocencia y continuó:

—Entonces no lo registraron y pudo sacar lo que quiso.

—Perdón, Manolo —se impuso el Conde, molesto por la ingenuidad de su subordinado y por la suya propia al creer que una simple copia de Matisse podía estar en el sitio de privilegio de aquella residencia también privilegiada, tomada en usufructo permanente por un funcionario lógicamente privilegiado, que en algún sitio seguro de la casa debía tener, también a su nombre, el documento que lo acreditaba como propietario del inmueble—. Dígame algo, Gerardo, pero por favor, dígame la verdad: la casa donde vivía Miguel Forcade ¿se la dio usted?

El viejo ministro decapitado controló su sonrisa, pero no la desterró de su cara:

—Era previsible, ¿no?

—Sí, como también que usted se asignó a sí mismo esta casa, ¿verdad?

—Verdad —admitió Gómez de la Peña, pero continuó—. Como también es verdad que durante varios años asigné casi todas las casas de los gusanos que se quedaron vacías en este reparto, en Miramar, en

Siboney, en el Vedado, en el Casino Deportivo, etcétera, etcétera, etcétera... Era nuestro turno, al fin y al cabo. Justicia histórica, recompensa por el sacrificio y la lucha, el momento de los desposeídos, ¿no

El Conde respiró para aliviar su tensión. Sentía deseos de apretar el cuello de aquel experto en cinismo que había tenido el privilegio socio-histórico-político concreto de dar, otorgar, conceder, decidir, administrar, repartir y favorecer desde su posición de dirigente confiable y en nombre de todo un país. Le parecía insultante la arrogancia con que admitía el modo en que ejercitó su poder, creando compromisos y deudas, corrompiendo los caminos por donde dejaba su estela babosa. Por tipos como Gómez de la Peña, sin duda, había estado en la policía durante más de diez años, postergando su propia vida, con tal de arañarles al menos la seguridad prepotente y, si era posible, hacerlos pagar algunas de aquellas culpas impagables. Pero este cabrón se me va de las manos, pensó, observando el pijama que representaba la cómoda condena a que fuera sometido: la lejanía del poder, la cual no lo privaba, sin embargo, de aquella casa en el mejor lugar de La Habana, del auto soviético que guardaba en el garaje y ni siquiera de un Matisse de tres millones y medio, legalmente adquirido —y ya nunca se sabría si eso era cierto— por quinientos pesos cubanos, para su disfrute personal y para la trampa malsana de asombrar a sus visitantes. Si pudiera cogerte en algo, hijo de puta, se dijo, pero trató de sonreír cuando le habló:

—Si puede volver a ser sincero conmigo, respóndame otra pregunta: ¿no le parece realmente bochornoso tener en esa pared de esta casa un cuadro millonario, comprado con su cargo, mientras allá abajo hay gentes que se pasan la semana comiendo arroz y frijoles después de trabajar ocho o diez horas y a veces no tienen ni una pared para colgar un almanaque?

Gerardo Gómez de la Peña volvió a alisar la triste cobertura de su calva vergonzante y miró rectamente a los ojos del teniente investigador:



—¿Por qué debía abochornarme, precisamente yo, que soy un viejo retirado al que le gusta mirar ese cuadro? Por lo que veo, teniente, usted no conoce muy bien este barrio, donde en casas tan confortables como ésta hay otros cuadros tan bellos como ése y adquiridos por caminos más o menos similares y donde se acumulan además esculturas de marfil y de maderas preciosas africanas, donde están de moda los muebles nicaragüenses, donde a las sirvientas se les llama «compañeras» y se crían perros de razas exóticas que comen mejor que el sesenta por ciento de la población mundial y que el ochenta y cinco de la nacional... No, claro que no me abochorno. Porque la vida es como dijo el viejo congo: al que le *cocó*, le *cocó*... Y al que no le tocó, lástima, pero ése se jodió, ¿no?

En dos minutos la noche se desplomó sobre la ciudad, pero el cielo oscuro seguía limpio, totalmente ajeno al remolino de nubes que debía de seguir su predestinada trayectoria hacia la isla. Con la boca impregnada por la acidez morbosa que le dejaban las entrevistas con personajes de aquella especie, el Conde le pidió a Manolo regresar a la Central para cumplir uno de los acuerdos pactados: rendir el primero de sus informes diarios al coronel Molina.

—¿Y qué le vas a decir, eh, Conde? —Que estoy empezando a agradecerle que me diera este caso. Porque ya estoy convencido de que a algún hijo de puta le voy a partir las patas.

—Ojalá fuera a éste. Mira que decirme inocente...

—Pero te cogió movido de verdad.

—¿Y a ti? Te jodió completo con el cuadro ese...

Manolo al fin sonrió y le pidió un cigarro a su jefe. No perdía su costumbre de fumar poco, sin realizar inversiones previas.

—¿Y tú crees que tenga algo que ver con la muerte de Forcade?

—No sé, creo que diría que no. ¿Y tú? —Todavía no diría nada,

porque si Forcade vino a reclamarle ese cuadro o cualquier otra cosa de valor que le pudo haber entregado a Gómez de la Peña, este hombre sería capaz de cualquier cosa, ¿no? Pero ahora lo que haría falta saber es quién es el pariente con el que Forcade tenía un asunto importante que resolver. Digo, si es verdad lo que dice De la Peña y ese pariente existe...

Mario Conde encendió su propio cigarro cuando el sargento doblaba hacia el parqueo de la Central.

—Quizá Miriam lo sepa... —dijo.

El frenazo de Manolo fue elocuente:

—Conde, Conde, ¿te quieres meter en esa candela?

—¿Qué candela, Manolo? Me hace falta hablar con ella y ya...

—Como si yo no te conociera —masculló, y detuvo el auto en su lugar—. Se te iban los ojos con esa rubia.

—Porque valía la pena, ¿o no?

La noticia de que el coronel Molina se había retirado a las cinco de la tarde no sorprendió a Mario Conde. El nuevo jefe era demasiado nuevo para saber que allí los horarios no existían y que el mayor Rangel iba todos los días a la Central, incluidos los domingos y los Primero de Mayo. Pero quizá si lo hubieran dejado escoger habría resultado un buen espía...

En su cubículo, el Conde redactó la nota donde le decía al coronel que había comenzado la investigación, que pasó por la Central a las seis y media y que esa noche trataría de hacer otra entrevista. Tomó aire, descolgó el teléfono y marcó el número de la antigua casa de Miguel Forcade.

—Oigo, ¿es usted, Miriam?

Subir o bajar: ésa fue siempre la cuestión. Porque bajar y subir, subir y bajar la Rampa había sido la primera experiencia extraterritorial del Conde y sus amigos. Tomar la guagua en el barrio y hacer el largo

recorrido hasta el Vedado, con el único propósito de subir y bajar, o bajar y subir aquella pendiente luminosa que nacía —o moría— en el mar, decretó para ellos el fin de la niñez y el inicio de la adolescencia como lo había marcado la Campaña de Alfabetización para los hermanos mayores o la iniciación sexual en los barrios de Pajarito y Colón para la generación de sus padres: venía a ser como firmar un acta de Independencia, como sentir que habían crecido alas propias, como saberse física y espiritualmente adultos, aunque en realidad no lo fueran: ni entonces ni nunca. Pero llegaron a creer que todas las fronteras hacia la adultez estaban marcadas por aquella avenida prometedora, levemente pecaminosa para su mística adolescentaria, una pendiente por la cual debían bajar o subir —o subir y bajar— en manadas, con la meta de un helado en la cúspide y el premio del mar —siempre el mar, como la maldita circunstancia— en la cima, aunque sólo con el verdadero empeño de subir y bajar La Rampa sin compañías paternas y con la ilusión de encontrar un amor en alguna de sus esquinas. Fue como un segundo bautismo aquel acto lleno de significados del ascenso y el descenso por esa calle que era como la vida, la única avenida de la ciudad con las aceras alfombradas de granito pulido, donde hollaban sin conciencia estética mosaicos irrepetibles de Wifredo Lam, de Amelia Peláez, de René Portocarrero, de Mariano Rodríguez y de Martínez Pedro, por andar con la vista fija en los neones magnetizantes de los *night clubs*, prohibidos hasta la cifra enorme de dieciséis años —La Zorra y el Cuervo, Club 23, La Gruta, Coctel Club—; por querer observar el misterio del Pabellón Cuba y aquel Salón de Mayo con el último grito de la vanguardia, escoltado por los dos mejores cines de La Habana, donde ponían unas películas extrañas tituladas *Pedrito el Loco*, *Ciudadano Kane*, *Besos robados* o *Cenizas y diamantes*, que se empeñaron en ver aunque fueran incapaces de disfrutarlas. Y también practicaban aquel alpinismo citadino por obtener la visión fugaz de unos mal alimentados hippies tropicales, miméticos y condenados, alternada con los

descubrimientos burlescos de aquellos maricones que se empeñaban en serlo y en demostrarlo, y por la golosa observación de las minifaldas recién llegadas a la isla, estrenadas precisamente en aquel plano inclinado por el cual parecían rodar todos los ríos de los nuevos tiempos: incluso los primeros rápidos de la intolerancia, de cuyos arrastres debieron huir también ellos, todavía tan jóvenes y correctos y estudiantes y deslumbrados, cuando se desataron las cacerías de mancebos emprendidas por las hordas de la corrección políticaideológica, armadas de tijeras dispuestas a devorar cualquier cabello que cayera más abajo de las orejas o a ensanchar pantalones por cuyos muslos no pudiera pasar un limón pequeño: triste recuerdo de tijeras y carros enjaulados para exorcizar una perniciosa penetración cultural, liderada por cuatro ingleses peludos que repetían consignas tan reaccionarias y perniciosas como aquella de que todo lo que tú necesitas es amor... La política y el pelo, la conciencia y la moda, la ideología y el uso del culo, los Beatles y la decadencia burguesa, y al final del camino las Unidades Militares de Ayuda a la Producción con sus rigores cuasi carcelarios como correctivo formador del hombre nuevo.

La exagerada candidez de su propia iniciación juvenil sorprendió al Conde en aquel imprevisto ascenso de otoño, al filo de sus treinta y seis años, más de veinte después de realizada la primera subida —¿o fue bajada?—, en compañía del Conejo, el Enano, Andrés, quizá también el Pello, armados cada uno de un cigarro, un pedazo de liga masticado como si fuera el chicle del enemigo y una ilusión en el pecho —o un poco más abajo, quizás. (*All you need is love*, ¿no?) Y en aquella misma Rampa, que Heráclito de Éfeso habría calificado, dialécticamente, de diferente, encontró el Conde otra vez sus deslumbramientos de aquellos tiempos, ahora a oscuras, con los clubes cerrados, el Pabellón mustio, la pizzería abarrotada y la ausencia de aquella novia remota a la que solía esperar en la esquina de la tienda Indochina, donde ahora se vendían los que quizá fueran los últimos relojes soviéticos enviados desde un Moscú cada día

más alejado y más inmune a las lágrimas. Todo era excesivamente patético, pero a la vez escuálido y conmovedor, y en la evocación de aquella inocencia compacta de su propio florecimiento a la vida, el policía en funciones creyó encontrar algunas causas remotas de posteriores desengaños y frustraciones: la realidad no había resultado una cuestión de caprichosos y voluntarios ascensos y descensos, inconscientemente alternados, con mares y helados en las metas, sino una lucha por subir y no bajar, por subir y seguir subiendo, por subir y quedarse arriba, por los siglos de los siglos, con una filosofía trepadora de la cual ellos habían sido excluidos, definitivamente relegados — Andrés volvía a tener razón— y condenados todos —o casi todos— al eterno ejercicio de Sísifo: subir para tener que bajar, bajar para tener que subir, sabiendo que nunca se quedaría arriba, cada vez más viejos y más cansados, como subía esa noche, después de haber descendido, en busca de aquella rubia que ahora movía el brazo en la esquina de Coppelia y que al llegar el Conde le decía:

—¿Qué le pasa, teniente? Cualquiera diría que usted tiene ganas de llorar.

—Tengo, pero no voy a hacerlo... Es que me acabo de enterar de la muerte de unos niños buenos que conocí hace tiempo. Pero eso no importa... En fin, ¿dónde quiere que hablemos?

La mujer se acarició el pelo y miró a los cuatro vientos, reclamando un destino:

—El Coppelia está imposible, aunque me gustaría tomarme un helado. ¿Bajamos hasta el Malecón?

—Pues bajemos una vez más —dijo el Conde, y abrió la marcha, en busca del mar.

—Me parece que hice una mala elección, ¿no cree? Hace dos días sacaron de ese mismo mar el cadáver de mi marido y todavía no hemos podido ni

enterrarlo. Dicen que mañana... Qué locura es todo esto... ¿Sabe una cosa? Lo peor de la muerte de Miguel fue que lo tiraran al mar: él tenía un trauma o no sé qué, pero no le gustaba ni bañarse en la playa. Pero a mí sí me gusta el mar, cualquier mar...

El Conde también miró hacia la costa, al otro lado del muro, y vio las olas socavando suavemente las rocas.

—El ciclón viene para acá —dijo, y observó a la mujer.

—¿Usted cree que llegue?

—Estoy seguro.

—Pues yo me voy en cuanto lo entierren. Digo, si ustedes me dejan.

—Por mí no hay problemas —aceptó el Conde casi sin pensar lo que decía.

En realidad hubiera preferido que Miriam se quedara: algo en su fuerza —y en sus muslos, y en su cara, y también en su pelo y en aquellos ojos protegidos por sus pestañas como barrotes torcidos, que le hicieron pensar, poético el Conde, si ella iría a ser sorda, y por eso Dios le dio aquellos ojos— lo atraían como una predestinación: la rubia, presumiblemente falsa, tenía olor a cama, como las rosas olían a rosas. Era algo que presentía natural y endémico y lo hacía imaginar la posibilidad de respirar aquel olor justamente en una cama, cuyas cuatro patas flaquearon cuando ella comentó:

—Total, ya no tengo nada que hacer aquí —y observó sus pies, empeñados en un péndulo insistente.

Levantándose del piso donde yacía sobre la cama soñada y destrozada, el policía buscó una salida:

—¿Y su familia?

El suspiro de Miriam fue largo, quizá teatral.

—Mi hermano Fermín es el único que me importa de toda la familia. Los demás se disgustaron cuando empecé con Miguel, y después, cuando me fui para Miami, por poco hasta me excomulgan... Comemierdas —dijo, con rabia casi incontenible—. Pero como ahora

vine con dólares, no saben en qué altar me van a poner... Todo por unos jeans, unas camisetas con un letrero y un par de ventiladores chinos.

—¿Y por qué le importa su hermano?

—Por él conocí a Miguel... ellos trabajaban juntos. Y siempre se llevaron bien. Fue el único que no me condenó... Además, siempre ha sido el de peor suerte en la familia. Estuvo diez años preso.

—¿Qué fue lo que hizo? —Un lío con un dinero de la empresa en que trabajaba.

—¿Malversación?

—¿Estamos hablando de Miguel o de Fermín?

—De Miguel, claro... Pero debo saber más cosas. ¿Quién es Adrián, por ejemplo?

—¿Y él qué tiene que ver con todo esto?

El Conde no tuvo que hacer esfuerzos para que la paciencia acudiera en su ayuda. Debía capear aquel miura en cada embestida y, sin aguijonearlo, tratar de conducirlo al corral preciso.

—Que yo sepa no tiene nada que ver. Pero como hoy estaba con usted...

—Adrián fue mi novio, hace miles de años. Mi primer novio —y algo pareció aflojarse en las amarras de la mujer milenaria.

—¿Han seguido siendo amigos?

Ella hasta sonrió, al decir:

—Qué amigos... Si hacía diez años que no nos veíamos. Aquí no me queda nada, y allá tampoco tengo nada. Pero me gusta hablar con él: Adrián es un hombre tranquilo y me recuerda lo que fui y me hace pensar lo que pude haber sido. Nada más.

—Tengo entendido que el carro que usaba su esposo era el de su hermano Fermín, ¿es así?

—Sí —dijo ella y miró al Conde—. Un Chevrolet del 56 que Fermín heredó de un tío mío, hermano de mi madre. El que le dio el gobierno se lo confiscaron cuando cayó preso, para dar el ejemplo... ¿Esas cosas eran

las que quería saber?

Él encendió un cigarro. Era agradable estar allí, de espaldas al mar, lejos del huracán, frente a la Rampa y con toda la noche por delante, acompañado por aquella mujer rubia y comestible. Pero un muerto flotaba sobre aquel océano todavía apacible, como un manto infinito y oscuro.

—Esas cosas y otras más... Por ejemplo, ¿no piensa que la muerte de su esposo tenga que ver con un marido celoso o algo así?

—¿Pero usted está loco? Eso no sería un marido celoso, sino un salvaje que...

—Es una posibilidad, ¿no cree?

—No, claro que no lo creo. Miguel no tenía ese estilo. Siempre fue un tipo más bien romántico y además..., bueno, últimamente él ya no podía, ¿me entiende?

—Quizá fue por algo que ocurrió hace mucho tiempo y que él resucitó ahora... —siguió el Conde, aprovechando el tono confidencial de Miriam.

—Ya le dije que no, pero piense lo que usted quiera. Para eso es policía y hasta le pagan por serlo.

—Sí, aunque no lo suficiente —admitió el Conde tratando de aliviar otra vez la tensión para lanzarse hacia un nuevo rumbo—. ¿Y qué otra razón tenía Miguel, aparte de su padre enfermo, para arriesgarse y volver a Cuba después de irse como se fue?

Ella lo miró a los ojos y el policía vio una mirada tan profunda que podía perderse tras ella.

—No lo entiendo.

Ahora fue él quien suspiró, buscando el camino menos pedregoso:

—Quiero decir que si volvió para resolver algo que dejó pendiente cuando se fue... O quizá para recoger algo muy importante que dejó abandonado...

—Ya sé por dónde viene. ¿Qué signo es usted?



El Conde exhaló antes de responder:

—Libra... ¿Le conviene?

—Parcialmente. Parece más un sagitario.

—Pero soy un libra clásico, se lo juro... ¿Vino a buscar algo?

—¿Algo como qué?

—Un cuadro muy extraño de Matisse, por ejemplo. O quizás hasta un Goya. No sé, algo que tuviera mucho más valor que unas lámparas Tiffanys...

Ella volteó la cabeza para mirar por un instante hacia el mar. El mar seguía allí, pareció comprobar antes de decir:

—Si hubiera venido por eso, él me lo habría dicho... ¿Y usted cree que yo se lo iba a decir a usted?

—No sé, todo depende... Digamos que depende de qué cosa es más valiosa: la que él venía a buscar o hacer justicia.

—Discúlpeme, pero está hablando tonterías... Yo sigo pensando que a Miguel lo mataron, bueno, los que querían matarlo... A ver, ¿qué más?

—Bueno, hay algo que quizás usted sepa... Hoy hablé con Gómez de la Peña y dice que Miguel se fue de su casa diciendo que debía ver a un pariente suyo por algo muy importante. ¿Sabe algo de eso

Ella cerró los párpados y sus pestañas carnívoras casi se tragan a Mario Conde.

—No, él no me habló de eso. No sé qué pariente podía ser y menos qué cosa importante debía ver con él...

—¿Y por qué Miguel fue a ver a Gómez de la Peña?

—Ellos se conocían desde hace años, ¿no? Pero no creo que fueran amigos. No sé por qué él insistió en verlo. ¿Gómez no se lo dijo?

—Me dijo algo que no me convenció y creo que además me agregó algunas mentiras... Y si es así, por ahí puede andar la verdad.

—Así que quiere saber la verdad...

El Conde lanzó la colilla al mar y expulsó todo el humo de sus pulmones:

—También quisiera saber qué edad tenía usted cuando se casó con Miguel.

—Dieciocho. Y Miguel, cuarenta. ¿Qué más?

El Conde volvió a sonreír: —Miriam, ¿por qué lo toma todo como un agravio?

Fue ahora ella quien intentó sonreír, pero la risa no llegó a sus labios: la mueca del llanto se asomó entonces a su boca, estirándola hacia abajo. Siempre bajando, como una cascada que ya parecía indetenible. Pero las lágrimas que se asomaron a sus ojos, gruesas y brillantes, tenían un matiz irreal: era como si vinieran de otra cara, o de otra persona, o de otros sentimientos, que estuvieran muy lejos de allí, quizás al otro lado del mar. Perlas huecas, fue el juicio del Conde.

—¿Pero usted no entiende nada? ¿No se da cuenta de que no sé qué cosa voy a hacer con mi vida cuando regrese a Miami?

Lo primero que quise ver fue la Calle 8. Antes de llegar a la casa, antes de acostarme con él. En mi cabeza yo había fabricado la Calle 8, y era como una fiesta y un museo, ¿no? Es que no me la podía imaginar de otra manera: un lugar divertido, lleno de luces y algarabía, donde se escuchaba música a todo volumen y la gente caminaba por las aceras, despreocupados y felices de la vida, disfrutando de aquella Pequeña Habana donde sobrevivía lo bueno y lo malo que se extinguió en esta otra Habana. Por eso también debía ser un sitio detenido en el tiempo, donde iba a encontrar un país que no conocí y que siempre tuve curiosidad por ver cómo había sido: este mismo país, antes de 1959, con un café en cada esquina, una victrola tocando boleros en cada bar, un juego de dominó en cada portal, una calle donde se podía conseguir cualquier cosa sin necesidad de hacer cola y sin averiguar si te tocaba o no por la libreta. Como todo el mundo, desde aquí yo oía los cuentos y había mitificado la dichosa Calle 8, y la había convertido en mi mente en algo así como el

corazón del Miami de los cubanos... Me acuerdo que ya había oscurecido cuando salimos del aeropuerto y después de tres años sin vernos le dije mi primer deseo a Miguel y él me preguntó qué cosa quería ver en la Calle 8 que fuera tan urgente, y yo le dije: Eso mismo, la Calle 8, la Pequeña Habana... Y hacer algo tan natural como comerme un pan con bistec en una esquina.

Pero la Calle 8 no es más que eso: una calle fabricada con la nostalgia de los de Miami y con los sueños de los que queremos ir a Miami. Es como las ruinas falsas de un país que no existe ni existió, y lo que queda de él está enfermo de agonía y prosperidad, de odio y de olvido. Y por eso lo que encontré, donde debía de estar la Calle 8 que fui fabricando mientras esperaba mi permiso de salida, fue una avenida fea, sin espíritu ni vida, donde casi no había gentes caminando por las aceras, ni escuché la música que quería oír, ni encontré la diversión despreocupada que me había imaginado, ni el puesto de fritas que vendiera el pan con bistec que yo quería. Ni siquiera unos portales con muchas columnas, porque en Miami no hay portales... Tres borrachos en una esquina gritaban groserías a los carros que pasaban, «Ésos son marielitos», me advirtió Miguel, casi con desprecio, y dos viejos parecidos a mi abuelo, con sombrero y todo, tomaban café al lado de un restaurant... El resto era silencio. Un silencio como muerto.

«Miami es un lugar raro que no se parece a lo que uno cree que debe parecerse, ¿no?», me comentó Miguel cuando dobló al final de la Pequeña Habana y buscó por Flager el rumbo de la casa. «Míralo bien: Miami es nada. Porque lo tiene todo pero le falta lo más importante: le falta el corazón.»

El la había pasado muy mal en aquellos primeros años. En Madrid casi tuvo que vivir de la caridad de unas monjas y cuando logró pasar a los Estados Unidos y se fue a Miami, tuvo que trabajar de portero de hotel, de cobrador en el *free-way*, de cajero en un *market*, hasta que consiguió un puesto en una empresa que importaba y exportaba productos

desde Santo Domingo y las cosas mejoraron. Pero nunca se metió en política, a pesar de que fueron a verlo varias veces para que lo hiciera. Sabe, con el puesto que él había tenido en Cuba, quizás hubiera resuelto muchas cosas con haber hecho unas cuantas declaraciones y congraciarse con unos cuantos magnates de la política, pero ya me había dicho en una carta que tenía miedo de que alguien descubriera que él mismo había sido el interventor de las propiedades de muchas personas que precisamente estaban en Miami. Y la gente de Miami no son de los que olvidan y perdonan, se lo aseguro, aunque les gusta hacerse los de la vista gorda con los renegados dispuestos a subirse a su carro: es una cuestión aritmética, de simple suma de factores, ¿no?

Aquella noche, en la casa, al fin Miguel y yo pudimos conversar de por qué se había quedado en España sin hablar antes conmigo y sin preparar nada. Yo nunca quise reprocharle su decisión, pues sabía que alguna causa importante habría detrás de aquella salida imprevista, viviendo como nosotros vivíamos aquí en Cuba, donde teníamos casi todo lo que se podía tener. Por fin me contó que la situación en su trabajo ya no era como antes y que cualquier día todo se venía abajo, como se vino abajo un poco después, y también me contó que mi hermano Fermín estaba reuniendo dinero para comprar una lancha y salir conmigo hacia Miami mientras él se quedaba en España, porque no quería irse por el mar. Su trauma con el mar, ¿sabe? Pero después descubrieron la malversación de Fermín y lo cogieron preso y todo el plan se derrumbó... sin que yo me enterara de nada.

Y allí estábamos nosotros, en Miami, una ciudad que Miguel no resistía, viviendo de un salario y tratando de armar otra vez la vida, y le juro que es algo bien difícil. Lo de la Calle 8 fue como el presagio de todo lo que iba y lo que no iba a encontrar en Miami y enseguida entendí por qué Miguel decía que no se parecía a lo que uno cree que debe parecerse. Aunque aquello esté lleno de cubanos, la gente ya no vive como vivían en Cuba y no se comportan como se comportaban en Cuba.

Los que aquí no trabajaban allá nada más piensan en trabajar y en tener cosas: cada día una cosa nueva, sea cual sea, aunque tengan que matarse trabajando. Los que aquí eran ateos allá se vuelven religiosos y no se pierden una misa. Los que fueron comunistas militantes se transforman en anticomunistas más militantes todavía, y cuando no pueden esconder lo que fueron, entonces lo pregonan, exhibiendo como un trofeo su renuncia con un conocimiento de causa, ¿me entiende? Y hasta hay gente que se fue de aquí echando pestes y allá están más jodidos todavía y empiezan a decir que lo mejor es que haya diálogo y que todo se arregle. Además, allá pasa algo parecido a lo que sucede desde acá con la imagen de Miami: allá la gente empieza a mitificar a Cuba, a imaginarla como un deseo, más que a recordarla como una realidad, y viven en una media tinta que no lleva a ninguna parte: ni se deciden a olvidarse de Cuba ni a ser personas nuevas, en un país nuevo, y al final no son ni una cosa ni la otra, como me pasa a mí, que después de ocho años viviendo allá no sé dónde quiero estar ni qué quiero ser... Es una tragedia nacional, ¿no?... Miami es nada y Cuba es un sueño que nunca existió... La verdad, no sé por qué le cuento todas estas cosas de mi vida, de Miguel, de Fermín. Quizá porque usted me ofrece alguna confianza. O a lo mejor porque siento miedo y sé que lo peor de todo esto es que ahora tengo que volver y no va a estar Miguel para ayudarme a vivir esa vida extraña que él me obligó a escoger. ¿Y todavía a usted le parece raro que maldiga la hora en que decidimos volver por diez días a este dichoso país?

Después de siete intentos fallidos, el Conde escuchó como música celestial el tono de discar que le ofrecía el octavo teléfono público interrogado. Con el alma en vilo puso en la alcancía su última moneda y marcó el número de Manolo y el timbre que le llegó del infinito le pareció una merecida recompensa laboral.

—Soy yo, Manolo. Óyeme bien, no vaya a ser que se caiga la

comunicación.

—Canta, Conde.

—Me ha pasado algo extrañísimo...

—¿Viste un fantasma?

—Cállate y oye, que no tengo más medios: hablé con Miriam y me contó la mitad de su vida. Hace falta que mañana temprano te pongas en órbita y resuelvas dos cosas lo más rápido posible: que la gente de Inmigración hagan algo para que no la dejen salir hasta dentro de tres o cuatro días por cualquier motivo, pero sin que parezca que la estamos reteniendo. Que la gente de la línea por donde vino le digan que no hay asientos, que no hay vuelos, que los aviones no tienen gasolina, cualquier cosa, pero que se convenza de que no es porque la estamos obligando a quedarse, ¿anjá? Porque me hace falta que ella siga hablando... Lo otro es que busques la información que haya sobre Fermín Bodes Álvarez, el hermano de ella. Por lo que me dijo Miriam, creo que ese hombre puede saber qué vino a buscar Miguel Forcade a Cuba, porque ahora estoy seguro de que vino a buscar algo que no se pudo llevar en el 78 y que por ese algo fue que lo mataron. ¿Me entendiste?

—Coño, Conde, ni que yo fuera anormal. ¿Y qué hago después?

—Me vas a buscar a casa del Viejo, voy a estar hablando con él. Allá te espero.

Y Mario Conde colgó, con un suspiro de alivio, cuando de la lejanía le llegó el retumbar del cañonazo que marcaba las nueve en punto de la noche. Era tiempo de cerrar las puertas de la ciudad para protegerla de los piratas y el policía miró su reloj retrasado, como si le importara su precisión, y a sus ojos volvió la retirada de Miriam, Rampa arriba, contemplada por primera vez de espaldas y libremente, con aquellas nalgas que se revelaron perfectas desde la nueva perspectiva, magnéticas, con su dureza de carne firme y abundante, que como un imán arrastraban en su ascenso las premoniciones y deseos del Conde, abandonado a la orilla del mar, con una afirmación llena de dudas en los oídos: No sé qué

voy a hacer con mi vida, había dicho ella antes de su huida y ahora él pensó que hubiera podido decirle: Subir por la Rampa hasta el cielo, y yo te acompaño, pero no lo dijo y lo que vio ahora a sus pies fue la sucia Calzada de Infanta, por donde se acercaba su guagua, como un animal oscuro y rabioso, preñado de todos los olores, las iras y los deseos que se movían por la ciudad. Al abordaje, gritó para sí mismo, y corrió hasta engancharse de una puerta.

—Menos mal que viniste, tú.

—¿Qué?, ¿te hacía falta un policía?

—¿Vienes cabrón?

—Todavía no sé.

El flaco Carlos sonrió desde su silla de ruedas y encendió el cigarro que tenía entre los labios.

—¿Cómo se come eso, salvaje?

—Con mierda, como me lo trago yo... Estoy destoletado, tengo hambre, tengo sueño, tengo que seguir siendo policía y no tengo suerte con las mujeres. Es decir, no tengo nada de lo que tenía que tener, ¿qué más quieres?

—Que no te hagas el poeta y te acuerdes que pasado mañana es tu cumpleaños y sí tenemos que hacer algo.

—¿Tú estás seguro, Flaco?

—¿De qué, Conde?

—De que tenemos que hacer algo.

—¿Tú no quieres?

—No sé.

—Pues yo sí... Bueno, una sola vez en la vida se cumplen treinta y seis años, ¿no?

—Y una sola vez dieciocho, cuarenta y nueve y sesenta y dos. Y casi nunca ochenta y ocho.

—Eso es lo que yo digo. Por eso ya hablé con los socios y todo el mundo viene para acá el miércoles. Andrés, el Conejo, hasta Miki... y falta avisar a Candito el Rojo, aunque no sé si venga.

—¿Y eso por qué?

—¿Cómo que por qué, salvaje? ¿Tú no sabes que Candito ahora es adventista o bautista o una descarga de ésas?

El asombro de Mario Conde fue compacto.

—No jodas, tú. ¿Desde cuándo es eso?

—Bueno, eso me dijeron. Que se quitó de la piloto clandestina de cervezas, que ya no hace *bisnes* y que se pasa el día hablando de que Jehová es su salvador.

—No lo creo —ripostó el Conde—. Él siempre fue medio místico, pero de ahí a adventista, ¿o es nazareno...? Oye, eso hay que verlo y de todas maneras a mí me hacía falta hablar con él. Mira, llama a Andrés a ver si puede llevarnos hasta casa del Rojo mientras yo me como lo que Jose me guardó.

Cuando el Conde entró en la cocina, desde la sala llegaron los acordes finales del tema de despedida de la telenovela de las nueve. Sobre el fogón, tapado con un plato, encontró la comida que Josefina le había reservado por pura precaución. Sobre un cimientito de arroz blanco, la mujer había vertido frijoles negros y, arrinconado en una esquina, estaba el muslo de pollo frito.

—La ensalada está en el refrigerador —oyó a sus espaldas y el Conde demoró un instante en volverse

La fidelidad del Flaco y su madre siempre lo desarmaban por su simplicidad elemental pero inmovible: él tenía un sitio en aquella casa, como quizá no lo había tenido ni en la suya propia cuando vivían sus padres, y comprobar aquella pertenencia lo reblandecía hasta colocarlo, en noches como ésas, cuando acumulaba fatigas, decepciones, rencores, preocupaciones, carencias y hasta dolores, al borde tangible del llanto y por eso al voltearse prefirió decir:



—¿Y esa bestia que está allí se comió todas las papas fritas, como siempre?

—Yo le dije que te guardara, pero él dijo que seguro tú no venías...

—Si no fuera por ti, diría que es un hijo..., no, mejor no lo digo, ¿no?

—Eso es cuestión de ustedes —aceptó Josefina, sonriendo, como siempre.

El Conde dejó los platos sobre la mesa y miró a la mujer.

—Siéntate un momentico, Jose.

Ella obedeció y lanzó un suspiro adolorido.

—¿Qué te pasa? ¿Estás cansada?

—Sí, cada día me canso más.

—Oye, Jose, déjame decirte una cosa: la idea de celebrar aquí mi cumpleaños es de tu hijo.

Josefina volvió a sonreír, ahora con verdaderos deseos.

—¿Él te lo dijo? Voy a tener que creer lo que tú dices de que es un hijo de eso que tú piensas. Porque la idea fue mía.

—¿Pero tú estás loca, vieja? ¿Tú sabes lo que es meter aquí en la casa a todos los borrachos esos que son amigos de tu hijo?

—Y tuyos... No es ningún problema. Ya tengo hasta las cosas que me hacen falta para la comida.

—¿Y con qué dinero las compraste?

—No te preocupes, que ya todo está resuelto.

—¿Y qué vas a hacer?

—Eso es una sorpresa.

—Ya estás igual que tu hijo —aseguró el Conde y abandonó el hueso limpio del pollo sobre el borde del plato.

—¿Tenías hambre?

—Y cuándo no —dijo el Flaco mientras entraba en la cocina.

—Te comiste mis papas fritas, salvaje.

—Deja eso de las papas fritas y lávate las manos que ya Andrés

viene para acá.

—¿Y adónde van? Digo, si se puede saber —preguntó Josefina recogiendo los platos de la mesa.

—A casa del Rojo —dijo Mario, mientras encendía su cigarro—. Dice tu hijo que se metió a bautista. ¿O a mormón? Y mira, por mi madre que no lo creo.

Al borde descendente de los cuarenta años, Candito el Rojo estaba convencido de que su destino inapelable era morir en el mismo solar donde había nacido: una cuartería promiscua de Santos Suárez, con las paredes desconchadas y las tendederas de la electricidad prendidas a los aleros como tentáculos venenosos. Haber nacido y crecido en un sitio así había moldeado, con un fatalismo domiciliario irremisible, una buena parte de su forma de ser: desde niño había aprendido que hasta el mínimo espacio del juego hay que defenderlo, si es preciso a golpes, y cuando creció también aprendió cómo los golpes pueden abrir otras puertas de la vida: la del respeto entre los hombres, por ejemplo. Tal vez por eso se hizo amigo del Conde y lo siguió siendo incluso cuando Mario entró en el clan difícil de la policía: una vez lo había visto defender a golpes su dignidad mancillada por el robo de una lata de leche, cuando fueron juntos a una escuela en el campo, y Candito salió en su defensa desde aquel día y para siempre. Porque la fidelidad también era parte de su código solariego, y sabía practicarla, en todas las circunstancias.

Cuando se conocieron, Candito ya había repetido dos veces el primer año del Pre y fue de los primeros en dejarse crecer el pelo, para formar con sus pasas rojas y rebeldes aquel afro azafranado que le valió el mote que todavía arrastraba: era el Rojo, y lo seguiría siendo, aun cuando militara en una secta protestante, luterana o calvinista. Por la época en que se conocieron, Candito se expresaba con una violencia peculiar y comedida que también tenía una ética: nunca nadie lo vio abusar de

alguien más pequeño o desvalido y el respeto que sus amigos sentían por él creció, hasta convertirse en una amistad sosegada. Luego, mientras el Conde y sus otros compañeros estudiaban en la universidad, la vida, la fatalidad o el destino colocaron al Rojo al borde de un marginalismo siempre cercano a la ilegalidad, desde el cual se ganaba la existencia por los resquicios de las escaseces y la ineficiencia estatal: y el Conde, como policía, se había aprovechado de aquella circunstancia. A cambio del conocimiento de la calle aportado por el Rojo y de informaciones útiles para resolver algunos de sus casos, el teniente le ofrecía, con su amistad, el compromiso de una protección incondicional si ésta fuera necesaria por conflictos con la ley. Fue un pacto entre unos caballeros que, como única e inmejorable garantía, daban su sentido de la honra y la amistad, aprendido en los solares y barrios de La Habana, cuando todavía aquellas palabras tenían un sentido profundo.

En los últimos tiempos, sin embargo, Candito debía de haber tenido algún tipo de revelación mística. Al contrario de lo que ocurría en su medio, donde imperaban las religiones africanas, tan pragmáticas y comprensivas, que prometían todo tipo de protección y ayuda en el mundo material (lo mismo en cuestiones de justicia que de amor, de odio que de venganza), el Rojo había empezado a acercarse a la Iglesia católica, según él, buscando la paz que el mundo exterior, agresivo y hostil, era incapaz de ofrecerle. Entonces, de vez en cuando, iba a una misa o pasaba un rato en la iglesia, sin confesarse jamás, pero rezando a su manera, que se caracterizaba por pedirle a Dios que le diera paz y salud, para él y para sus seres queridos, entre los cuales estaban aquellos tres hombres que irrumpieron en su casa pasadas las diez de la noche.

Cuqui, la mulatica fibrosa y obediente que ahora vivía con el Rojo, abrió la puerta y sonrió al reconocer a los recién llegados, que la saludaron con un beso.

—¿Y dónde está tu marido? —preguntó al fin Carlos, mirando hacia el interior de la pequeña sala donde alguien monologaba en el televisor

sobre las excelentes perspectivas de la próxima zafra azucarera.

—Está en el templo.

—¿A esta hora?

—Sí, a veces viene a eso de las once...

—Le dio fuerte —intervino el Conde, y Cuqui inclinó la cabeza.

La muchacha sabía que los amigos de Candito tenían derecho a ciertas confianzas que estaban vedadas para ella.

—Si quieren pueden ir a buscarlo, es aquí al doblar.

—¿Qué tú crees, Conde? —dudó Carlos—. A lo mejor no le gusta.

—Yo me paso la vida sacando a Candito de las iglesias. Vamos...

Cuqui, ve preparando el café que ahorita lo traemos —aseguró el policía, y volvió a poner en marcha el sillón de Carlos.

El templo cristiano nunca hubiera sido identificable por su arquitectura; apenas parecía un cuartón, destinado a almacenar mercancías, con un alto techo de tejas y una puerta doble que al ser abierta se tragaba la cruz colocada allí para advertir de sus funciones. Sin embargo, el júbilo religioso que desbordaba el sitio se escuchaba a muchos metros de distancia: las voces y palmas de los fieles, entonando un acompasado himno de amor a Jehová, corría por la calle, con el impulso indetenible de una fe demasiado vehemente, y con la fuerza suficiente para detener a los tres amigos en la acera.

—Tiene que ser ahí —corroboró el flaco Carlos.

—¿De verdad tú crees que debemos entrar, Conde? —preguntó Andrés, siempre comedido, mientras Carlos y Mario se miraban. Ahora el cántico había subido dos tonos más y las palmadas acrecentaron su ritmo, como si el Jehová invocado estuviera a punto de llegar.

—No, mejor no entramos. Yo voy a asomarme a ver si el Rojo me ve.

Sin meditar por qué lo hacía, el policía se estiró la camisa, como si necesitara componer en algo su maltratado aspecto, y atravesó el breve portal para introducir su cabeza en el recinto sagrado. Y lo que vio le

pareció conmovedor: aquella iglesia nada tenía que ver con los conceptos de iglesia almacenados en el cerebro católicamente entrenado del Conde. Para empezar, faltaba el altar, siempre precedido por la imagen del santo rector del templo, pues sobre la pared limpia, blanqueada con cal, sólo colgaba una rústica cruz de madera sin ningún Cristo sacrificado sobre ella. Las paredes, también desprovistas de santos o adornos, tenían grandes ventanas abiertas a la noche. No obstante, la ventilación resultaba insuficiente, pues contra el rostro del Conde se estrelló una atmósfera caliente y sudorosa, expulsada por la masa de fieles allí reunidos, que palmeaban como seres enfebrecidos, moviendo sus cuerpos a un lado y otro, mientras cantaban a coro con el negro bajito y delgado que, sin sotana ni alzacuellos, fungía como director de aquella comunicación con la divinidad y periódicamente gritaba: «¡Sí, tú eres, Jehová!», para entusiasmar al rebaño que vociferaba «¡Sí, aleluya!». En las primeras filas el Conde descubrió al fin la cabeza roja de Candito y dio un primer paso hacia el interior del templo, cuando lo sorprendió una brutal incongruencia: saberse rodeado de aquellas personas que conocían de la existencia de Dios, y lo alababan con una vehemencia espiritual y física al parecer inagotable, lo devolvió al portal, empujado por su evidente incapacidad de pertenencia a aquella horda de creyentes y salvables. Acomodándose nuevamente la camisa, bajo la que llevaba un arma, el Conde salió a la calle, alarmado por la duda: ¿quién estaba equivocado: él o todas las personas reunidas dentro de esa iglesia sin altares ni Cristos? ¿Aquellos que creían en algo capaz de salvarlos o él, que apenas si creía aún en un par de cosas que podían ser salvables?

—Del carajo —dijo, al llegar junto a sus amigos, y Carlos lo observó, alarmado.

—¿Qué te pasó, Conde, te botaron de ahí?

—No... sí... Mira, yo creo que mejor esperamos aquí afuera, ¿eh?

—Oye, Candito, ¿y cómo coño es que te dio por meterte a adventista si tú eras medio católico y cuando tenías líos ibas a ver a un babalao? —preguntó el Conde, cuando al fin pudieron reubicar los muebles en la pequeña sala para hacer espacio al sillón de ruedas del flaco Carlos.

De la cocina les llegaba el olor del café que Cuqui estaba colando, y en la mente del Conde, todavía impresionada por la prueba de fe que había observado, vagaba ahora la imagen de un Candito vestido todo de blanco y lanzando imprecaciones al maligno ante una legión de fieles.

—No jodas, Conde, no empieces a averiguarle la vida a la gente —intervino Carlos, y se dirigió a Candito—: Oye, Rojo, ¿entonces ya no puedes meterte un trago, ni fumar, ni decir malas palabras, ni... —y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, ni echar un palo por ahí con cualquier virulilla que se te ponga a tiro?

Candito movió la cabeza: aquellos personajes no tenían solución.

—No es así como ustedes creen. Todavía no me he bautizado. Creo que no estoy preparado. Lo que pasa es que a cada rato voy al templo y me siento bien ahí.

—¿Cantando y dando palmadas? —indagó ahora el Conde, incrédulo.

—Sí, y oyendo a la gente hablar de amor, de paz, de bondad, de limpieza de espíritu, de esperanzas de salvación, de sosiego, de perdón... Oyendo decir lo que no se dice en ninguna otra parte y dicho por gentes que creen en lo que dicen. Eso es mejor que vender cerveza o comprar piel robada para hacer zapatos, ¿o no?

—Sí, eso es verdad. Haces bien, Rojo —sentenció Andrés.

—¿Qué, tú también te vas a meter en ese rollo? —quiso saber el Conde, y se lamentó de inmediato por la carga de sorna que llevaba su pregunta.

—¿Qué coño es lo que te pasa, Conde? Yo dije que el Rojo tenía razón. Más nada. ¿Verdad, Candito?

El dueño de la casa sonrió. El Conde lo miró, buscando

transformaciones físicas visibles y le pareció que la sonrisa del Rojo era diferente: quizá más apacible, más condescendiente: sostenida y a prueba de burlas. En aquella sonrisa había una esperanza para creer.

—Es lógico que el Conde se ponga así, Andrés. Bueno, tú lo conoces mejor que yo... Una vez le dije que tuviera cuidado, porque se estaba volviendo cínico, ¿no te lo dije, Conde?

—Perdona, Rojo, no es lo que piensa Andrés, pero es que ni después de verte ahí me imagino que estés en eso —dijo el Conde, tratando de salvar la situación.

—¿Y por qué no me imaginas en eso? ¿Es que te parece mejor que sea medio delincuente toda la vida y me pase el día con el sobresalto de que llegue a esa puerta un policía que no vas a ser tú? ¿O que para olvidarme de lo jodido que estoy me sople una botella de ron por la mañana y otra por la noche como haces tú? ¿No es mejor rezar y cantar un poco, eh, Conde, y pensar que hay alguien en alguna parte que sólo te exige que tengas fe y que seas bueno? Mira, Mario, creo que estoy cansado de toda la mierda que hay...

—Dijiste mierda, Candito —anotó el Flaco, y Candito sonrió. La paz de su espíritu empezaba a ser evidente, pensó el Conde.

—Sí, de toda la mierda que hay por todas partes. Tú sabes cómo he sido yo. Pero creo que uno puede cambiar si está a tiempo y yo quiero cambiar, aunque tenga que olvidarme de muchas cosas que he sido por mucho tiempo. Además, ya no me siento vacío, como antes, y ahora estoy aprendiendo que uno no puede vivir vacío toda la vida. ¿Tú me entiendes?

—Yo te entiendo, Candito —respondió Andrés—. Yo sé lo que es sentirse vacío...

Como si no hubiera oído al médico, el Conde miró a los ojos de Candito y extrajo un cigarro. Hizo un gesto, indagando si podía encenderlo y el otro afirmó con la cabeza. El Conde pensó que su amigo había dicho algo capaz de convencerlo y ahora envidiaba aquella

posibilidad de cambio y plenitud que el Rojo había vislumbrado por vía de la fe religiosa. ¿Todos los que estaban en la iglesia eran mejores que él? La certidumbre de que eso fuera cierto alarmó más el espíritu incrédulo de Mario Conde.

—¿Y cómo se siente ese cambio, Rojo?

—No se siente, Conde, se busca. Lo primero de todo es querer. Por ejemplo, querer cambiar, o querer al prójimo, o querer vivir limpio de ira y de rencor.

—¿Y perdonar a todo el mundo? —indagó el Conde, como un interés personal.

—Sí, y perdonar. Nadie debe juzgar...

—Ahí sí que estoy jodido. Pero que muy jodido. ¿Tú quieres que uno se olvide de todo? No, mi hermano, hay cosas que no se pueden perdonar, y tú lo sabes...

—Se puede, Conde, se puede.

—Pues si es así me alegro por ti. Ojalá yo pudiera cambiar, querer y creer y hasta amar a todos los prójimos, incluidos los dos millones de hijos de puta que conozco. Lo que pasa es que a veces ya no creo ni en mí mismo. Estoy descalificado. Y no quiero perdonar: no, ni cojones. Es que no quiero...

—No te voy a decir que vayas al templo, porque te respeto como amigo y no me gusta decirle a nadie lo que debe o no debe hacer en este tipo de cosas. Ni siquiera a mi mujer... Pero ojalá pudieras.

—Olvídate de eso, que lo mío no tiene remedio, pero si tú te sientes bien, eso me alegra, y tú lo sabes, porque no soy tan cínico como a veces tú piensas, y yo te quiero más de lo que tú te imaginas... Pero dime una cosa: ¿los de tu religión pueden ir al cumpleaños de un socio suyo?

Candito volvió a mover la cabeza y siguió sonriendo. La gracia de Dios, si es que lo había tocado, parecía hacerlo en los nudos nerviosos que generaban la risa, pensó el Conde, herético y anatómico.

—Claro que sí. Y si es muy amigo creo que hasta puedo tomarme un



par de tragos. Tú sabes que yo nunca voy a ser un fanático. Lo que quiero cambiar son otras cosas que están aquí dentro —y se tocó la testa, de un rojo ya fileteado por las canas—, porque no puedo cambiar algunas que están allá afuera...

—Bueno, pasado mañana, en casa del Flaco. Es mi cumpleaños y dice éste que treinta y seis años se cumplen una sola vez.

—Pues claro que voy. Y no se preocupen. Yo sé lo que tengo que llevar, ¿verdad, Conde?

—Que Dios te mantenga esa sabiduría, Rojo... Pero de todas maneras también vine porque quiero preguntarte una cosa, a ver cómo te suena, porque a lo mejor tú me puedes ayudar a entender el lío en que ando ahora. Mira, un tipo viene de Miami a ver a su familia. Viene con su mujer, que es veinte años más joven que él. El tipo fue un pincho alto en los años setenta y se quedó en España, pero lo dejan entrar, para ver si viene a buscar algo, aunque cuando se fue parecía que estaba limpio. Pero el tipo un día despista a los que le pusieron detrás y se pierde, luego de ver a un personaje terrible que fue su antiguo jefe... Y aparece dos días después, en la Playa del Chivo, medio comido por los peces. Lo mataron de un batazo que le dieron en la cabeza, pero además, y esto es lo que quiero que proceses, además le cortaron el rabo y los güevos con un cuchillo... ¿Te suena que eso sea por celos o te parece otra cosa? ¿Tú crees que eso tenga algo que ver con los abakuás o algo así?

Candito el Rojo se movió en su sillón, tratando de que sus piernas protegieran la zona de los genitales. Había perdido la risa y parecía otra vez el Candito de siempre, dueño de aquella desconfianza felina con la que miró a sus amigos y respondió:

—Eso no fue por celos, y tú sabes que los abakuás no hacen eso, Conde... Ahí tiene que haber otra cosa, pero muy jodida...

—A mí me parece lo mismo.

—Huele a venganza.

—Pero una venganza cabrona...

—Ves, Conde, y todavía tú dices que no se debe perdonar... Lo que le hicieron a ese tipo es terrible.

—Bueno, me hace falta que sin mucha bulla me averigües qué puede significar esto y si se ha comentado algo por ahí.

Candito se miró las manos, concentradamente.

—Yo estoy fuera del ambiente, Conde, pero deja ver qué se sabe por ahí de esa historia. Pero lo que más falta haría es saber qué vino a buscar ese tipo...

El Conde miró al Rojo y pensó que, a pesar del respeto y la envidia que ahora le tenía, aquella oportunidad no se le iba a escapar.

—Eso nada más lo saben el muerto, el que lo mató y Jehová. Oye, Rojo, ¿por qué tú no hablas con ese socio tuyo que lo sabe todo a ver si me ayuda a resolver este rollo?

Ahora todo podía quedar mucho más claro: pues sí, un ciclón tropical no es la rebelión de todas las fuerzas de la naturaleza contra el hombre, ni una maldición celestial, ni siquiera una venganza de la atmósfera contra sus depredadores. «Es, simplemente, un fenómeno atmosférico común del océano Atlántico y el mar Caribe en esta época del año, formado por sistemas de bajas presiones, alrededor de cuyo centro el viento gira a gran velocidad, en sentido contrario a las manecillas del reloj cuando se desarrolla en el hemisferio norte», dijo el locutor de Radio Reloj y agregó: «Ocho y seis minutos, hora oficial». El Conde comprobó que su reloj estaba atrasado, como siempre, quizá giraba a la inversa como el ciclón septentrional, pero lo dejó en su tiempo propio y subió un poco el volumen de la radio: «La región central, llamada ojo del huracán, alcanza un diámetro entre los diez y los sesenta kilómetros, y en ese perímetro el cielo está despejado, sin corrientes de aire, pero alrededor del ojo se forma una especie de anillo donde giran los vientos más fuertes... Casi siempre los ciclones tropicales se forman en el mar, a partir de agrupaciones de nubes asociadas a diferentes sistemas atmosféricos, como pueden ser ondas tropicales, bajas frías y en la porción sur de los frentes fríos». Y agregó: «Radio Reloj, ocho siete minutos, hora oficial», y no dijo nada del miedo. Porque en su discurso el locutor debió haber recordado, como el Conde, que en la memoria histórica de la isla, aun antes de que se tuviera noción de la historia misma, el huracán había sido el dios más temido por los primeros hombres que allí habían vivido, quienes lo consideraron el Padre de los Vientos y le dieron capacidades de inteligencia y voluntad, de poder y perversidad. Su imagen posible, perpetuada en pequeñas figuras de barro y piedra por la imaginería de aquellos bárbaros, apacibles y nudistas, fumadores de tabaco y otras

hierbas más alegres, tenía brazos aspados e inequívocos que les brotaban del vientre y siempre una expresión de terror en el rostro: era el engendro del miedo a lo conocido y lo sufrido, el más tangible de los miedos, que luego fue heredado y aprendido por otros hombres que durante otros siglos llegaron y se quedaron en aquellas costas que los deslumbraron con su hermosura, a pesar del terrible azote otoñal que, en memorias difusas, se aseguraba que había provocado lluvias de sangre, fuego, arenas, peces, árboles, frutos y hasta de extraños seres antropomorfos, distintos a cualquiera de los residentes de la Tierra, traídos desde parajes ignotos por la furia del huracán. Y el miedo siguió su curso, porque los nuevos isleños también aprendieron de la maléfica capacidad de engaño de los ciclones, la misma que ahora constataba Mario Conde, observando aquel trozo de cielo, visible por la ventana de su cocina, que seguía azul, encarnizadamente azul, como si estuviera en el ojo del huracán, aun cuando ahora el hombre de la radio afirmaba que *Félix*, con vientos máximos de 210 kilómetros por hora y una presión mínima de 910 hectopascales —¿qué coño serán esos hectopascales?— se encontraba, según el reporte de las seis de la mañana de ese día, 8 de octubre de 1989, en los 81,6 grados de latitud norte y los 18,1 de longitud oeste, a unos ciento veinte kilómetros casi al sur de Georgetown, isla Gran Caimán, y a unos cuatrocientos cincuenta al sur de Cienfuegos, en el centro de Cuba, y que su rumbo estimado para las próximas doce a veinticuatro horas lo llevaría hacia norte-noroeste, a una velocidad de translación que se había reducido a unos doce kilómetros por hora, quizá para que el fenómeno ganara en organización e intensidad, como el ladino corredor de fondo que reserva su mejor energía para el remate decisivo. Por eso se decía que su movilidad podía ser mayor a partir de la tarde, y que las provincias occidentales de la isla debían estar alerta al desplazamiento del organismo meteorológico, en especial la provincia de La Habana, Radio Reloj, agregó otra vez, y el Conde no escuchó la hora porque dijo, en voz alta:

—Yo lo sabía. Ese cabrón va a pasar por aquí.

Y calculó, con un esfuerzo aritmético digno de Héctor Pascal: a doce por hora, son ciento veinte en diez horas, doscientos cuarenta en veinte horas, doscientos sesenta y cuatro en un día. No, son doscientos ochenta y ocho kilómetros en un día, y en dos días suman quinientos setenta y seis, así que en la mañana del día 10 el Conde podía estar viendo al ciclón caminar como *Félix* por su casa, atravesando la Calzada del barrio y acabando con todo y con todos, como una rebelión de las fuerzas destructoras de la naturaleza contra el hombre, como una maldición celestial, como una justa venganza de la atmósfera contra sus depredadores, a pesar de lo que dijera aquel infeliz locutor que leía lo escrito por un también infeliz meteorólogo que nada debía saber de maldiciones, castigos, deudas y pecados sólo expiables de un modo terrible y temible: un huracán, por ejemplo. Un terremoto, por otro ejemplo. ¿El Armagedón o el Apocalipsis como prefacio de un Juicio Final?

El Conde encendió el cigarro cuando terminó su taza gigante de café, la única poción mágica capaz de sacarlo del estado de escarabajo y convertirlo otra vez en persona, luego de cada despertar, y recordó que, oficialmente, aquél podía ser su penúltimo día como policía y, con toda certeza, su última jornada como habitante de los treinta y cinco años, y lo que vio a su alrededor y en su interior no le pareció especialmente satisfactorio.

—Mi mujer quiere que hoy arregle el jardín, ¿qué tú crees?

—Que estás loco si lo haces... Por ahí se empieza: después va a querer que pintes la casa, que limpies la cisterna y hasta que bañes al perro feo ese que tienen ustedes. Entonces vas a estar jodido para siempre, porque te va a dar una jaba con la libreta de la comida y te voy a ver en la cola de la bodega, cogiendo el pan todos los días y averiguando

en la carnicería si vino el pollo o el pescado. Y ya no vas a tener salvación: vas a ser lo que mundialmente se conoce como un viejo de mierda.

—Tú tienes razón —afirmó el mayor Rangel, luego de escuchar con atención inusual en él la síntesis de peligros concretos que le fue dibujando el Conde y que tan fácil resultaba de prever—. ¿Tú sabes lo que descubrí ahora que estoy siempre en la casa? Pues que Ana Luisa guarda hasta una semana completa un plato de yucas cocinadas. Mira, las pone en un plato y las mete en el refrigerador y siempre hay que mover el cabrón plato con cuatro yucas duras para sacar la jarra del agua... Y ayer ya no podía más con las dichas yucas y le pregunté para qué las guardaba y dice que quiere freír las yucas pero que todavía no ha venido el aceite a la bodega. Así que van a estar ahí hasta que aparezca el aceite... ¿No te parece que eso es demasiado?

—Es lo que yo digo: tienes que rebelarte —siguió el teniente, hundiendo la mano y hasta el brazo en la llaga donde había puesto el dedo —: dile que tú no eres un viejo de mierda y si ya no eres más policía vas a ser, no sé, catador de tabacos.

—Ya estás hablando sandeces, Mario Conde.

—Bueno, estaré hablando sandeces, pero te imaginas qué buen trabajo sería ése. Mira, tú estarías en una oficina de la fábrica de Montecristos, de H. Upmanns o de Cohibas, o la que más roña te dé, y allí te llevan los tabacos hechos en el día, todos en sus cajas. Y tú los vas cogiendo, uno a uno, los enciendes, le das dos o tres fumadas, no muchas porque te nos mueres a la semana, y si el tabaco está bueno, lo apagas y como lo aprobaste, lo pones otra vez en la caja. Y así con todos los que vayan torciendo en el día. Las cajas van a quedar un poco apestosas con tantos tabacos apagados, pero el comprador tendrá la garantía única en el mundo de que esos tabacos fueron catados por un experto fumador de habanos.

El Viejo sonrió, con toda la amplitud con que podía sonreír.

—Yo no sé cómo es que te dejo entrar en esta casa. Y si Ana Luisa te oye, me obliga a retirarte el saludo.

—Las mujeres no entienden de estas sutilezas

—Pero saben de otras... Ahora se ha dado cuenta de que estoy en baja y se está aprovechando para pasarse el día mandándome a hacer cosas.

—Es del carajo —admitió el teniente—. Tú que te pasaste la vida mandando a los demás... ¿Extrañas no tener ese poder, verdad, Viejo?

Rangel miró la tabla limpia de su buró y tosió antes de responder.

—Eso de mandar es como una enfermedad. Después que te acostumbras casi que prefieres vivir con ella, aunque sepas que te lleva a la tumba, ¿no...? Creo que es un vicio terrible, que no te lo puedes quitar así como así.

—¿Pero te gustaba?

—En cierta forma sí, lo disfrutaba, aunque tú sabes que nunca fui injusto con los demás. Les exigía igual que me exigía a mí mismo. ¿Quieres saber una cosa, ya que estoy soltando todo esto? Hace veintiocho años que no me acuesto con otra mujer que no sea Ana Luisa. Y no fue por falta de proposiciones, no te creas. Fue por falta de tiempo, por no querer complicarme, por no ser vulnerable, para seguir siendo jefe... Fue como si cogiera todas las otras cosas de la vida y las metiera en un saco y las tirara en el fondo de un closet: y dejé fuera nada más que las que necesitaba para ser un buen jefe... Y mira cómo terminó todo. Me botan por no haber sido un buen jefe y ahora soy como uno de esos tabacos apagados, que ya nadie quiere fumar.

—Te sientes vacío, ¿no?

El Viejo intentó sonreír, pero la risa debió ser una de las cosas confinadas en el saco escondido: la intención abortó en sus labios y sus últimos resabios de jefe vinieron en su ayuda.

—Oye, ni una estupidez más. ¿Qué hubo del caso?

El Conde miró el jardín del frente y comprobó que le hacía falta una

buena limpieza, como era necesaria una mano de pintura en las paredes de la casa y, según su pobre olfato, un baño profundo al perro sicótico del Mayor, un maltés de patas largas que huía ante la presencia de un desconocido: y sintió una blanda compasión por el Viejo y su vacío vital. Ni el Jehová de Candito tenía el poder de devolverle aquellas satisfacciones históricas pospuestas por otras necesidades histórico-concretas: triste destino final para un monógamo como Antonio Rangel, condenado ahora a vivir entre yucas postergadas por falta de aceite.

—Ayer hablé con la familia del muerto, sobre todo con la mujer, y me contó algunas cosas bien interesantes. Lo más raro es que casi me dijo que debía investigar a su hermano, un tal Fermín Bodes. Y también entrevisté a su antiguo jefe acá en Cuba, Gerardo Gómez de la Peña, ¿te acuerdas de él?

El Viejo asintió y el Conde le contó detalles de sus encuentros con aquellos personajes y de la historia de la fuga planificada por Fermín Bodes y Miguel Forcade, doce años atrás.

—Y estoy por descartar la historia de una represalia por celos.

—Descártala ya —ordenó el Mayor, como si otra vez estuviera al frente de la Central de Investigaciones Criminales—. Concéntrate ahora en Fermín Bodes: ése puede ser el hilo que te lleve a la madeja.

—¿Y el dueño del Matisse?

—Te gustaría joderlo, ¿verdad?

—Tú sabes que me encantaría.

—Pero no te prejuicies. No le quites el ojo de arriba, porque quizá también sepa algo, pero ése es un hueso bien duro. Así que un cuadro de tres millones, coñó. Bueno, ahora métete una cosa en la cabeza, Mario Conde: tienes dos días para resolver esta historia y vas a resolverla en dos días: demuéstrole al coronel de los espías que yo no me equivoqué cuando dije que tú eras el peor desastre de mi vida laboral pero el mejor policía que había trabajado conmigo. Hazlo por mí, ¿está bien?

—¿Y si fallo esta vez?



—Olvídate de eso. No puedes fallar.

—¿Y si fallo, Viejo?

El mayor Antonio Rangel miró a los ojos del Conde.

—Me habrás decepcionado...

—Oye, no es para tanto.

—Para mí sí lo es. Dale, que ahí llegó Manolo: y no dejes de llamarme si te hace falta.

El Conde se puso de pie y la pistola que llevaba en la cintura se le cayó al suelo. La recogió, le sopló el polvo y la devolvió a su sitio.

—Si me sigo poniendo flaco voy a tener que llevarla amarrada como si fuera un perro. Bueno, ¿lo resuelvo entre hoy y mañana?

—Acaba de irte, Mario, antes de que te bote de aquí. Ah, y oye bien esto: ten cuidado con Miriam. No te compliques en esa historia, ¿está bien?

—Como usted diga, jefe —y lo saludó, con una marcialidad casi perfecta y que hubiera encantado al oloroso coronel Molina.

Rolando Fermín Bodes Álvarez había recibido en 1979 una condena de quince años por malversación continuada, tráfico de prebendas desde su posición en un organismo central del Estado y falsificación de documentos. De todos los delitos el que más le gustaba al Conde era el de malversador: le recordaba aquel chiste de Miki Cara de Jeva, su viejo amigo mal escritor, sobre cierto escribano en otro tiempo muy conocido y hasta premiado por sus estrofas de ocasión, homenaje, salutación, aniversarios y oportunidades propicias, el cual había sido condenado a que le cortaran las manos por malversador y que, acusado de ser poeta, había sido absuelto por falta de pruebas... De los años certificados por el juez, Fermín había cumplido diez —dos tercios de la condena, por buena conducta— y había salido de la cárcel hacía apenas tres meses. ¿Sólo tres meses?, pensó el Conde y le pareció excesivamente revelador: uno salía

de la cárcel y el otro regresaba a Cuba... Al ser detenido, Fermín Bodes había estafado a su empresa una cantidad calculada en ciento cincuenta mil pesos, de los cuales le habían sido decomisados ochenta mil, pues el resto los había gastado, entre otras veleidades, en la fabricación de su casa —decomisada—, en retribuir favores y en la compra de un motor fuera de borda — también decomisado—, que nunca había sido asociado con una salida clandestina del país. ¿Y para qué lo quería entonces? El intercambio de favores, sin embargo, tampoco fue investigado a fondo, o por lo menos no se aclaraba en el expediente que el sargento Manuel Palacios había obtenido esa mañana. Lo más espectacular del caso era que Fermín hubiera llegado tranquilamente a los ciento cincuenta mil pesos obtenidos por aquella esforzada vía, sin que nadie se percatara de ello. Simplemente descojonante, pensó el policía, y cerró la carpeta.

Desde su pequeña oficina en la Central, el Conde volvió a observar el paisaje casi inamovible que se le ofrecía desde la ventana. Aquel mar de copas de árboles, roto por las cúpulas de la iglesia cercana, siempre lo había ayudado a pensar y ahora necesitaba hacerlo como pocas veces en su carrera: su próximo paso sería interrogar a Fermín, pero presentía que aquella conversación apenas lo reafirmaría en las informaciones y prejuicios que ya poseía. El hermano de Miriam debía de ser lo suficientemente astuto como para no revelar datos que condujeran hacia su inculpación si era cierto que Miguel había regresado a Cuba por algo que sólo su cuñado le podía dar o ayudar a conseguir. Claro, pensó el Conde: quizá Miguel prefirió evitar todo riesgo en el aeropuerto, a pesar de sus privilegios aduaneros y protocolarios de 1978, pues lo que necesitaba sacar del país podía ser demasiado grande, evidente o peligroso. ¿Pero qué cosa sería? Un hombre por cuyas manos había pasado un Matisse de tres millones, cedido a cambio de una residencia en el Vedado, debía de haber encontrado en sus expropiaciones sucesivas algunas cosas capaces de cambiarle la vida a una persona —o incluso a varias personas. La huida acelerada de la burguesía cubana, compelida a

realizar su deseo o necesidad de irse con sólo unos pocos objetos personales, había propiciado el abandono de verdaderas joyas, muchas veces escondidas en el interior de un armario con doble fondo o dentro de un colchón, con la esperanza de recuperarlas luego de un rápido retorno a sus privilegios perdidos. ¿Diamantes? ¿Perlas? ¿Joyas de oro? No, todo eso podía haberlo sacado Miguel si estaba seguro de salir por los senderos burocráticamente privilegiados del protocolo. ¿Algo más voluminoso? Aquel extraño Matisse colgado en la pared de Gerardo Gómez de la Peña no se le quitaba de la cabeza cuando buscaba el objeto posible. Sí, podía ser un lienzo grande, especialmente valioso. ¿Pero dónde coño estaba? Los que el Conde vio en su casa no parecían demasiado cotizables, pero ¿cómo podía saberlo a ciencia cierta? ¿Y si no era un lienzo? ¿O sería precisamente el Matisse de Gerardo Gómez de la Peña? Sí, claro que sí, podía ser, pensó el Conde, y le agradeció a Candito su nuevo fervor místico, que hasta le impedía beber alcohol: si la noche anterior hubieran hecho lo que solían hacer (un litro por persona era el promedio mínimo) ahora su cabeza hubiera estallado, con aquel fárrago de posibilidades escondidas detrás de un hombre castrado y lanzado al mar —al mar que tanto temía—, después de que su cabeza fuera bateada con furia de jonronero... Sí, el mar tenía que ver con aquella historia: el mar por el cual Miguel hubiera huido, con su botín probable, casi seguro, de no haberle tenido un miedo irrefrenable al mismo océano donde había sido arrojado, como metáfora póstuma de una fobia que lo puso al borde de la ruina y a merced de unas monjas caritativas en el frío Madrid de aquel invierno de 1978. El océano que también abrió su abismo entre Miriam y Fermín, en la isla, y Miguel, en la península de la Florida: un mar que en treinta años se había cobrado tantas vidas y que vomitó, quizá repugnado, el cadáver de Miguel Forcade, el cuñado del ex presidiario y ex dirigente Rolando Fermín Bodes Álvarez que ahora entraba en el cubículo, mientras el gentil sargento Manuel Palacios le sostenía la puerta abierta y le decía:

—Pase, por favor.

Fermín tenía cuarenta años y ninguna traza visible de haber pasado la cuarta parte de su vida en una cárcel, de la cual había salido sólo unos meses antes. Su piel todavía era tersa, con un matiz rosado que se enrojecía hacia el cuello, y su cuerpo lucía compacto, con un pecho amplio y unos brazos de músculos trabajados que delataban una evidente afición fisiculturista. Sus manos, para el gusto del Conde, eran demasiado finas, de dedos cuidados, y tenía los mismos ojos de su hermana: de un gris confuso hacia el verde o el azul, con aquellas pestañas espesas y rizadas. Seguramente había tenido mucho éxito con las mujeres en sus días de dirigente enriquecido, y el policía sintió cómo se despertaba su rencor de frustrado ante un hombre que podía haber hecho lo que él más hubiera deseado en el mundo: llegar a un sitio y escoger una mujer, bien linda y bien buena, y decir: entra en el saco... y echársela al hombro, sin más complicaciones. Además, con aquellos brazos seguramente era capaz de batear una pelota y sacarla del terreno...

—¿A usted le gusta jugar pelota? —empezó el Conde, mirando los brazos de Fermín.

—Cuando muchacho jugaba, igual que cualquiera, ¿por qué?

—No, por nada —comentó el policía y lanzó un suspiro de cansancio—. Vi en su expediente que hace tres meses salió de la cárcel. ¿Qué hacía usted en prisión?

—No lo entiendo.

—Quiero decir que si trabajaba en algo.

—Yo soy arquitecto y trabajé en eso casi todo el tiempo.

—Comprendo —dijo el Conde, y aunque se lo propuso, no se pudo contener—. ¿Y hacía pesas en la cárcel?

—No, yo nunca he hecho pesas. Hago gimnasia... ¿Para preguntarme eso fue que me mandó a buscar?

El Conde lo ignoró, como si no le preocupara la pregunta de Fermín que casi calcaba a la de su hermana. Volvió a mirar por la ventana y desde allí se dirigió al arquitecto gimnasta que de muchacho había jugado pelota: sin duda era un hombre bien cujeado por la vida y mostraba una adquirida habilidad de puerco espín: el olor del peligro lo hacía envolverse, dejando visibles sólo unas púas agresivas.

—Usted sabe por qué lo mandé a buscar y ojalá pueda ayudarme en algo... La muerte de su cuñado sigue siendo un misterio para nosotros, sobre todo por algo que no sabemos. ¿Qué vino a buscar Miguel a Cuba? ¿Vino a ver a alguien, a recuperar algo que dejó cuando se quedó en Madrid?

—Sigo sin entenderlo —dijo Fermín después de observar al Conde por unos instantes.

—No me imaginé que fuera tan difícil para usted, Fermín. Eso me obliga a ser explícito... Vamos a ver: ¿no le parece muy casual, excesivamente casual, ese asesinato, si no hubiera una razón muy poderosa en el pasado de Miguel Forcade? ¿No le parece que Miguel vino a buscar algo, a reclamar algo, una cosa muy valiosa que estuvo en sus manos cuando trabajó como expropiador y que no podía sacar cuando se fue de Cuba en el 78?

—No lo había pensado, la verdad —dijo ahora Fermín, después de una pausa más larga.

El Conde sintió cómo sus nervios se tensaban. Aquel cabrón iba a sacarlo de paso y eso era algo que él no se podía permitir. Miriam y Fermín seguían siendo sus únicos caminos visibles hacia la verdad y a él no debía importarle la arrogancia de aquel delincuente, sino la verdad.

—¿Cuándo fue que vio a Miguel por última vez?

—El día antes de que lo mataran. Yo fui a su casa y le dejé mi carro por si le hacía falta.

—¿Y no quedaron en verse por la noche del día siguiente?

—No.

—Él iba a ver a un pariente suyo esa noche.

—No sé qué pariente sería.

—¿Debo pensar que usted no tiene ninguna idea de por qué asesinaron a Forcade?

El arquitecto sonrió ahora. Una sonrisa que hacía presumir la posibilidad de que tuviera las cartas de triunfo en sus manos.

—Yo diría que lo asaltaron para robarle, ¿no?

—¿Y los ladrones lo caparon después? ¿Y dejaron su carro sin llevarse ni una goma? Eso no se lo cree nadie, Fermín... Y, por cierto, ¿ustedes no volvieron a hablar de su salida clandestina del país, la que estuvieron proyectando para cuando él se quedara en España?

El Conde esperó una reacción visible a su pregunta intempestiva, pero Fermín seguía inmutable. Diez años en una cárcel debían de haberle enseñado algunas cosas de la vida.

—No sé de qué salida me habla.

—De la suya y la de su hermana Miriam. Ella me lo contó todo.

—No sé por qué razón ella le contó algo que no ocurrió nunca.

—¿Y para qué quería usted el motor fuera de borda que había en su casa cuando lo detuvieron en el año 79?

—Para ponérselo a una lancha, por supuesto. A mí me gusta pescar, como a mucha otra gente en este país que tiene lanchas y otras cosas más y hace con ellas cosas permitidas y a veces hasta indebidas... Todavía se habla de eso en el periódico y todos eran dirigentes o militares y hasta había algunos que eran policías, como usted... O más policías que usted —remató, mientras tocaba uno de sus hombros con dos dedos.

—Sí, tiene razón —admitió el Conde, con los músculos rígidos por la ira que se le acumulaba. Aquel hombre le había dicho ahora la única verdad comprobable de toda la conversación y aquella verdad había tocado fibras demasiado sensibles: volvió a ver a su amigo el Mayor, vacío y olvidado, y sintió cómo caían los diques de la contención, para que la ira se desbordara: al carajo con todo, pensó, aunque habló

pausadamente—: Pero ya que llegamos a este punto, me obliga usted a decirle una cosa: procure no tener nada que ver con la muerte de Miguel Forcade, porque si está mezclado en eso voy a hacer lo posible para que se pase el resto de su vida haciendo gimnasia en una cárcel. Para algo soy policía, como usted me recordó. Puede irse.

Fermín Bodes se puso de pie y observó al sargento Manuel Palacios, que había permanecido en obediente silencio, y luego al teniente Mario Conde.

—Muchas gracias por el consejo —dijo, y salió, cerrando suavemente la puerta.

El Conde sintió cómo los pasos de Fermín se alejaban hacia los elevadores, y soltó un bufido, mientras se oprimía las sienes con las yemas de los pulgares.

—¿Qué te parece el personaje, Manolo?

—Ese tipo sabe más que las cucarachas y tiene mierda hasta en los bolsillos, Conde. Pero te sacó de paso. Nunca te había oído decirle una cosa así a nadie...

—Bah, Manolo, quería ver si por lo menos lo ponía nervioso...

—Bueno, ¿y qué hacemos, le ponemos gente atrás?

El Conde lo pensó un instante.

—No, no tiene sentido... Bueno, parece que nada tiene sentido en esta historia.

—¿Y por dónde seguimos ahora?

—Por lo que pudo haber venido a buscar Miguel Forcade... Mira, llama a esta persona —y apuntó un nombre y un número de teléfono en una hoja—. Pregúntale si podemos verlo en una hora. Yo voy a ver si por fin está en su oficina el coronel Molina para decirle que espere sentado por la solución de este caso...

—No, espérate, chico, no me digas más nada. A ver si sé cuál es: ¿es un

Matisse bastante impresionista, en el que se ven unos árboles movidos por el viento en una calle desierta, y al fondo hay una pequeña mancha amarilla que puede ser un perro?

—Al perro no lo vi, pero creo que ése es el cuadro.

—Ése es el *Paisaje de otoño*. ¡Mira dónde estaba! ¿Y cómo yo nunca me enteré de que lo tenía ese hombre? ¿Cómo dices que se llama?

—Gerardo Gómez de la Peña, el que fue director de Planificación y Economía. ¿Ya no te acuerdas de él?

—Levemente —admitió el viejo Juan Emilio Friguens, y sonrió, con aquel gesto suyo de esconder la boca y la ironía tras la mano, colocada en posición de paraguas cerrado: sus dedos eran tan largos que debían tener más huesos de los necesarios, y se movían como los de un esqueleto animado por algún mal de San Vito. La longitud de sus falanges, no obstante, apenas alcanzaba para ocultar los dientes lupinos del anciano, siempre dispuesto a reír de sus propios chistes—. Es que debo reservar mi memoria para cosas más importantes, ¿sabes? Cada día tengo menos neuronas útiles... —y volvió a cubrir la boca riendo.

El Conde también sonrió: sentía una limpia admiración por aquel hombre sarcástico y sosegado. Lo había conocido durante la investigación de un robo de varios lienzos en el Museo Nacional, cuando el subdirector de Bellas Artes le recomendó que hablara con él: Friguens era el hombre mejor informado en Cuba sobre obras de arte perdidas y posibles mercados para ellas y en su mente tenía el más confiable catálogo de todas las piezas importantes que alguna vez hubieran traspasado las costas de la isla, en uno u otro sentido.

—La noticia de que existe ese Matisse merece un trago. Tengo Havana Club blanco y añejo, ¿con cuál se van hacia la perdición?

—Blanco sin hielo —pidió el Conde.

—Añejo, pero poquito —aceptó Manolo.

—Yo también prefiero el añejo, pero sin las limitantes del muchacho. Total... —dijo Friguens y salió hacia el interior de la casa



repitiendo: «Total, total».

Verlo caminar también era un espectáculo: a sus ochenta años mantenía una postura erecta, quizás ayudado por la escasez de carnes que lo envolvían, y caminaba sacando los pies hacia afuera, con una prisa tan irrenunciable como las guayaberas claras que usaba en verano y los trajes oscuros portados en invierno: Friguens era el último ejemplar de la especie de los caballeros elegantes y aun en su propia casa los había recibido con aquella guayabera gris, de mangas largas, propia de la estación otoñal.

Durante treinta años aquel hombre, convertido ahora en un viejo casi seco, había sido el crítico de arte del *Diario de la Marina*, lo cual le había otorgado un verdadero poder en los medios artísticos cubanos: Friguens funcionó entonces como una especie de gurú y una opinión suya desfavorable, lanzada desde las páginas de aquel periódico centenario, católico y conservador, podía arruinar hasta una exposición conjunta de Picasso y El Greco. Su prestigio, sin embargo, superaba la plataforma desde la cual lanzaba sus elogios o anatemas, pues era sabido que Friguens se comportaba como un verdadero incorruptible: al contrario de la práctica habitual de sus colegas, él jamás aceptó recompensas en metálico o en especies por ninguno de los pintores, galeristas o *marchands* con los que se relacionó y las paredes de su casa daban muestra de aquel ascetismo esencial: los únicos dibujos visibles eran aquellas copias idílicamente comerciales de *La última cena* y el Sagrado Corazón de Jesús que podían estar en la sala de cualquier católico cubano de la vieja escuela.

Cuando se produjo el cierre definitivo del periódico, poco después del triunfo de la Revolución, casi todos los compañeros de Friguens tomaron el camino del exilio político. Él, en cambio, decidió permanecer en el país, aferrado a sus consecuencias culturales: vivir en Cuba (por lo menos mientras se fabrique ron y sigan existiendo tan buenos pintores, le dijo una vez al Conde) era su única condición existencial, aun cuando a

causa de su pasado como redactor de aquel periódico enemigo le hubieran aplicado una castrante «rebaja de firma» y lo sepultaran vivo en una emisora de radio donde su nombre se perdía en un fárrago de palabras lanzadas al éter, etéreo. Su resignación cristiana debió de haberlo ayudado en aquel calvario, pensó el Conde, pues haber vivido durante años en la cúspide de las influencias y verse arrojado de pronto a la mediocridad de las informaciones pasajeras podía ser un castigo demasiado fuerte para alguien acostumbrado a ver estampada su firma, cada día, en un periódico de amplia circulación y sólida influencia. Pero Juan Emilio había aceptado este reto, otra vez sin corromperse: ni el rencor ni el odio hicieron presa de él y mantuvo el orgullo de ser la enciclopedia gratuita de consultas de todo el que quisiera saber algo sobre el movimiento artístico y comercial de la plástica cubana entre los años 1930 y 1960.

—Aquí está el ron —anunció con su regreso a la sala, y entregó a cada uno su vaso. El suyo y el del Conde casi llegaban a los límites superiores.

—Maestro, ¿y los médicos saben que usted todavía toma esta medicina?

Friguens sonrió, con el ocultamiento habitual de su boca, y dijo:

—Chico, hace veinte años que no voy al médico. La última vez fue porque me empezaron a joder los juanetes...

—Salud para mí y para éste, porque a usted le sobra —dijo el Conde, con el vaso en alto, y los tres probaron sus rones.

Juan Emilio bebió por segunda vez antes de hablar.

—Chico, me encanta que hayas venido a verme. Porque ese Matisse me ha tenido intrigado desde hace treinta años. Bueno, no sólo a mí... ¿Sabes que ahora mismo puede valer no menos de cuatro o cinco millones de dólares? Sí, porque es una obra rara, de las últimas del periodo postimpresionista de Matisse, antes de que se convirtiera en una de «las fieras», cuando hizo en 1905 aquella exposición en el Salón de

Otoño de París, con Derain, Rouault y Vlaminck. No sé si tú sabes que fue ahí donde se inventó la tendencia *fauvista*. Ahí es que ellos empiezan a hacer una pintura donde importaban más el dibujo y la composición, y recuperan los colores puros, bastante agresivos a veces. Aunque la verdad es que Matisse siempre le rindió culto a ese trabajo con la luz que había aprendido del maestro Cézanne... Mira, según las noticias que tengo, ese cuadro debió de ser pintado en 1903, por una época en la que el pobre tipo, para decirlo en cubano, estaba en la fuácata, comiéndose un cable, con una mano atrás y la otra sabe Dios dónde, y se vendía baratísimo. Imagínense que él andaba trabajando como ayudante de decorador y fue uno de los pintores de los frisos del Grand Palais. Y en esa baja lo aprovechó Marianito Sánchez Menocal, un sobrino del general García Menocal que andaba de dandy por París, y como lo cogió barato, le compró el cuadro. Después Marianito lo trajo a Cuba cuando su tío era presidente y empezaba la guerra del 14 en Europa, y aquí la familia lo tuvo hasta la crisis del 29, cuando ellos también cayeron en la fuácata y decidieron vendérselo a los Acosta de Arriba, una familia dueña de ingenios en Matanzas que no sabían mucho de arte, pero les sobraba plata y tenían un hijo medio, bueno, medio maricón, un gay, como se dice ahora — y marcó el ahora, con alguna idea maligna en la cabeza—. En fin, el mariconcito quiso comprar el cuadro, porque ya Matisse era famoso y se imaginaba que la pieza debía de ser algo importante. Cuando los Acosta de Arriba se fueron del país, se habló mucho de que la pintura ya estaba perdida, porque ellos no se la llevaron, pero tampoco se supo qué había pasado con ella. Me acuerdo que se comentó que la familia ya no la tenía porque la había comprado un ministro de Batista por el año 54, pero la verdad es que nunca se supo muy bien dónde había ido a parar el Matisse. ¿Me siguen? Bueno, lo que sí se sabe es que cuando el mariconcito que se lo compró a los Sánchez Menocal llegó a Miami, no debía de tener el cuadro, porque a los pocos meses uno de sus amantes lo mató de dos tiros en el pecho y jamás se habló de que hubiera un Matisse

en esa tortilla... El caso es que se formó una nebulosa alrededor del cuadro, y quien lo compró prefirió que no se volviera a ver, ni se hablara de él, por alguna razón. ¿Qué te parece, Conde de Transilvania?

El policía bebió un trago largo y fumó dos veces de su cigarro.

—Truculento.

—Sinónimo de engañifa, y también de artimaña —remató el viejo, y realizó completo su ejercicio de sonreír.

—Ahora habría que saber cómo llegó a esa casa donde lo expropiaron como un bien recuperado por el Estado que nunca llegó a manos del Estado.

—Ay, chico, si te hablo de esas historias...

—Tengo que averiguar entonces de quién era esa casa, a ver si podemos completar la historia del cuadro... Porque en ese lugar había otras telas de los impresionistas y me dijeron que también un Goya y otras cosas más.

—¿No te dijeron cómo era el Goya? —saltó el viejo, picado en su curiosidad profesional y en la médula de su orgullo.

—No, eso no lo sé.

—Porque en Cuba había tres Goyas, y si ése estaba en Miramar tenía que ser el de los García Abreu... ¿Así que fueron ellos los que compraron el Matisse?

El Conde atacó otra vez su vaso de ron. —¿Y tú estás seguro, Juan Emilio, de que en el Matisse hay una mancha amarilla que parece un perro en el medio de la calle?

—Sí, en el fondo. Casi no se ve, pero está allí, como Dios está en el cielo. Segurísimo.

—¿Pero tú lo viste o no lo viste?

—A Dios no, pero no hace falta. Y al perro tampoco.

—¿Y cómo sabes que el dichoso perro estaba allí?

—Porque a mí me contaron el cuadro y me lo aprendí de memoria —dijo, y sonrió, con ocultamiento dental incluido—. Acuérdate de que

yo vivía de eso...

—¿Y cómo es que no vi a ese cabrón perro, si yo veo a todos los perros callejeros del mundo? Dime otra cosa, Juan Emilio, ¿hay más cuadros famosos, de esos que valen millones, que se perdieran en Cuba por esa época?

—Mira, chico, que yo sepa hay tres más que pueden forrar de pesos al que los tenga. Pero yo no creo que todavía existan, porque algunas gentes que se iban, antes de dejar sus cosas, prefirieron esconderlas en cualquier parte o hasta darles candela. Eso fue lo que hizo Serafín Alderete, que era el dueño de medio Varadero, cuando le dio candela tú sabes a qué: a un Tiziano... Mira, nada más de recordarlo me da calambre—dijo, y para conjurar el temblor terminó de un golpe su trago de ron—. Pobre imbécil. Bueno, pero lo que te decía, además de ese Matisse que todavía tengo que verlo para creerlo, hay otras tres piezas de las que nunca se ha vuelto a saber y que hoy deben costar varios millones, con el añadido del misterio de su desaparición durante treinta años. Uno, que yo vi con estos ojos cuando todavía era un boceto, es una mesa de Lam. ¿Tú conoces *La silla*, verdad? Bueno, Lam estaba haciendo un díptico, que eran esa silla y una mesa, sobre la que iba a pintar una especie de naturaleza «viva», según él mismo me dijo. Pero como el chino Lam estaba pasando más hambre que un ratón de ferretería, cuando terminó *La silla* se la vendió a los Escarpentier, creo que por trescientos pesos. La cifra verdadera nunca se supo bien, porque los Escarpentier no lo decían y a Lam se le olvidó a la semana, después de comerse la mitad del dinero, de beberse con los amigos la otra mitad y de deberle a varias gentes como otra mitad... Y ahí fue que empezó a trabajar en el boceto de esa mesa, que iba a ser mejor todavía que la famosa silla. Y yo sé que la terminó, pero Lam nunca dijo adónde fue a parar esa pintura. Nadie la vio terminada, pero yo te aseguro que existe, aunque Lou Lam, la viuda, me dijo la última vez que estuvo en Cuba que él nunca la había acabado. Pero créeme a mí, que sé más que esa muchacha francesa: *La mesa* existe... El

otro es un Cézanne que tenía la familia de los marqueses de Jaruco. Ése yo nunca lo vi, pero María Zambrano, que una vez fue a la casa, sí lo vio y me habló de él: dice Mariita que era un paisaje normando, con un lago sobre el que se reflejaban los árboles que lo rodeaban. En el año 51 denunciaron que el cuadro había sido robado y nunca se volvió a saber de él y el caso es que no está ni en museos ni en colecciones privadas conocidas de ninguna parte del mundo. ¿Te imaginas, chico, un Cézanne perdido por el mundo? Y el tercero es un Picasso del periodo azul que lo tuvo una familia del Cerro porque se lo dio Alfonso Hernández Catá. El chisme es que cuando todavía Picasso regalaba dibujos se lo dio a Hernández Catá en París y que Alfonso, en uno de sus viajes a Cuba, tuvo amoríos de viejo con la muchacha de la familia y para demostrarles que era un tipo de clase, le regaló el Picasso. Luego, cuando esa gente se fue de aquí, se encontró en la casa un cuadro falso de Picasso, que era una copia burda del presunto original: lo extraño es que esa gente, que todavía vive en Miami, nunca vendió el cuadro ni lo ha enseñado más. Mi hermano, el que vive allá, los conoce, y les ha preguntado por el Picasso y ellos dicen que siempre fue falso y por eso lo dejaron acá en La Habana, pero yo no me lo creo. Hernández Catá no era ningún imbécil para andar regalando malas copias de Picasso a una mujer que lo tenía loco, ¿no te parece?

—Sí, eso no suena bien, aunque de los viejos libidinosos se puede esperar cualquier cabronada, ¿no? Ahora otra cosa: ¿qué tamaño podían tener esos lienzos?

Juan Emilio cerró los ojos y al Conde le pareció estar viendo un muerto. Pero sabía que el cerebro del aparente difunto estaba funcionando al máximo de revoluciones posibles.

—Yo no soy ningún viejo libidinoso, ¿sabes?... Bueno, el Lam podía tener dos metros y medio por dos. Sí, más o menos. El Cézanne, por lo que me contó Mariita Zambrano, debía de estar por un metro y algo por un metro, más o menos. Y el Picasso sí era más pequeño: setenta y cinco

por cuarenta centímetros o así...

El Conde calculó tamaños mientras Friguens iba dando proporciones y concluyó:

—El Picasso y el Cézanne se pueden sacar más o menos con facilidad. Pero el Lam es demasiado grande.

—Sí, chico, hasta enrollado es grande —admitió el viejo periodista y preguntó—: ¿Otro roncito?

El Conde se puso de pie y miró las ausencias de su vaso. No le faltaban deseos de reparar ese vacío, pero decidió levantar la bandera blanca de la tregua ética.

—No, Juan Emilio, gracias. Hoy tengo que estar claro porque la pita se sigue enredando... Y a lo mejor tú eres quien me va a ayudar a zafarla. Pero ahora nos vamos —dijo, y en su última voluntad lamentó que Friguens no insistiera en su invitación alcohólica.

Desde que fue ascendido a investigador policial, Mario Conde siempre había huido de aquel tipo de encomiendas: revisar legajos, bucear en archivos, registrar en papeles. Aunque con frecuencia acudía a la rutina investigativa, cada vez más su metodología se basaba en presentimientos, prejuicios y chispazos que en razonamientos estadísticos o conclusiones de lógica estricta, y por eso prefería dejar a sus auxiliares el lado científico de la investigación. Pero la prisa impuesta por el día y medio que le restaba a su plazo lo obligó a encerrarse con el sargento Manuel Palacios en aquel estudio opresivo del Archivo Nacional para zambullirse en la búsqueda de dos datos remotos: la dirección en Miramar de los García Abreu y la constancia del inventario de objetos realizado en aquella casa por los funcionarios de Bienes Expropiados, entre quienes debía estar Miguel Forcade. El itinerario cubano de aquel Matisse traído por Sánchez Menocal, comprado luego por los Acosta de Arriba y supuestamente vendido a un ministro de Batista en el año 54, quizá

podría continuarse si corroboraban que la pieza había estado en aquella casa de Miramar que Friguens le aseguró debía de ser la de los García Abreu, quienes debieron de tener alguna razón para no hacer pública su millonaria adquisición. Además, la incapacidad del Conde para visualizar aquella mancha amarilla que el viejo crítico identificaba con un perro, empezaba a corroerlo con la intensidad de una sospecha malvada.

—¿Tú te fijaste bien en el cuadro, Manolo?

El sargento marcó el expediente que revisaba y miró a su jefe.

—Coño, Conde, yo lo miré. Y creo que ni me gustó mucho, la verdad. Si casi no se ve nada, viejo.

—Eres un salvaje, ignorante y de contra insensible. Eso es el postimpresionismo... Pero ¿tú viste al perro?

—¿El perro amarillo?

—Anjá.

Como el viejo Friguens, Manolo cerró los ojos un instante. El Conde supuso que debía de tener el cuadro en su mente, y al abrir los párpados dijo:

—No, la verdad es que no me acuerdo.

El Conde suspiró y aceptó su derrota.

—Bueno, dale, sigue buscando.

Y volvieron a los legajos. Sólo en momentos así el Conde añoraba la eficiencia de las computadoras, capaces de deglutir un nombre —«García Abreu», quizás— y contar toda una historia, con fotos incluidas. Para lo demás, su incapacidad cibernética le hacía pensar en aquellas máquinas como en una aberración de la inteligencia humana, que había creado con ellas, tal vez, uno de los monstruos de su autodestrucción. La confianza infinita depositada por la gente en el raciocinio electrónico de aquellos aparatos sin sensibilidad llegaba a darle miedo: no era admisible que el hombre trasvasara toda su sabiduría y capacidad de análisis hacia tales engendros desalmados y que tal acto contra natura no tuviera efectos devastadores. Por suerte para el Conde, el subdesarrollo crónico de la isla



y el de su intelecto pre-pos-moderno lo mantenían vacunado contra aquella pandemia mundial indetenible. Aunque, después de todo, pensó otra vez en ese instante, no estaría mal que en aquel archivo hubiera una maquinita salvadora, capaz de contarle toda una historia (con lienzos incluidos) con sólo escribir un nombre: Henri Matisse, por otro ejemplo.

—Aquí hay trabajo para tres días —dijo, desesperado ante aquel desafío, y se puso de pie, mientras encendía un cigarro. Una necesidad física de escapar de allí se le había clavado en el estómago, con la amenaza de perforarlo.

—¿Ya te rendiste? —le preguntó Manolo, sonriendo—. Duraste casi una hora...

—Es que no puedo con esto.

—¿Y yo debo poder...?

El Conde fumó de su cigarro, miró los legajos, y dijo:

—No debías. Es más, nadie debería... pero alguien tiene que joderse y creo que hoy te toca a ti...

—Siempre me toca...

—No empieces, Manolo, que cuando puedo, yo te salvo —dijo, y buscó en su repertorio alguna excusa que sonara elegante y necesaria—. Mira, mientras tú tratas de encontrar algo, yo voy a ver una persona que puede ayudarnos en esto. No sé cómo, pero creo que sí, que va a ayudarnos. Ahora son las once y diez, ¿no? Bueno, a las dos nos vemos en la Central. Si no aparece nada te vas y yo le digo al coronel Molina que mande a otra gente... Porque yo sí que no me meto esto: ni aunque me vuelvan a hacer policía... Es que no puedo: mira, ya me están saliendo ronchas...

La vieja avenida del Puerto, entre la zona del Archivo Nacional y la iglesia de Paula, podía ser el tramo más innoble de La Habana, pensó el Conde, como siempre había pensado: ni siquiera es feo, sucio, horrible,

desagradable, enumeró, descartando otros adjetivos: es ajeno, concluyó, observándolo todo bajo la luz espesa del mediodía más veraniego que otoñal, mientras avanzaba por la calle flanqueada de almacenes antiestéticos de la banda del mar y de edificios inhóspitos del lado de la ciudad: bloques de ladrillo y concreto levantados con la única perspectiva de su utilidad y sin la menor concesión a la belleza, se sucedían formando una muralla ocre e impenetrable a cada lado de la calle, en la que se acumulaba la basura desbordada de los tanques, donde algunos perros hurgaban con más esperanzas que posibilidades. Lo terrible era que en aquellos edificios, despojados de balcón, de soportales y hasta de columnas visibles, vivía gente, quizás demasiada: sus diminutos apartamentos habían sido diseñados en función del placer rápido expendido por las prostitutas a los marineros de paso, a los obreros del puerto y a los habitantes de la ciudad que se arriesgaban a bajar hasta aquella última frontera del viejo barrio de San Isidro, en pleno territorio apache: «los muelles», aquel sitio cargado con toda una historia de piratería moderna, vicio y perdición, aquellas crónicas oscuras por las cuales el Conde sentía la añoranza de lo desconocido, heredada por vía de los relatos escuchados a los viejos que se habían bañado en aquellas lagunas de un mal sin fondo. Luego, muchas de esas practicantes del sexo, redimidas moralmente y recicladas en lo social, se habían quedado a vivir en aquellos cuartones, convertidos así en casas de familias por unas ex putas que ahora tenían hijos, no siempre calificables como hijos de puta por una simple razón de temporalidad: porque, en realidad su clasificación más justa debía depender del momento en que habían nacido: antes o después de la rehabilitación materna... El Conde, que en alguna ocasión había visitado aquellos apartamentos tristes, marcados por su pasado sórdido y donde una buena mañana, hacía treinta años, había dejado de subir el agua, pensó en la añadida tristeza cotidiana de esas personas, atrapadas por un fatalismo urbanístico definitivamente cruel, gentes que al salir a la calle siempre debían ver ese mismo

panorama oscuro y desolador, tan alejado de paisajes posibles de Matisse, de Cézanne, de sillas y mesas tropicalizadas por el chino mulato Wifredo Lam. No, no podía ser agradable echar la vida en aquella zona, con un cubo de agua en cada mano y aquella fealdad congénita a rastras, se dijo mientras bordeaba la antigua iglesia de Paula, dejada en medio de la calle por la utilitaria modernidad, y enfilaba su proa hacia la Alameda en busca de un árbol capaz de dar sombra y de un banco desde el cual observar el mar. Tampoco ése era, en realidad, el mar que él buscaba, pues aquel rincón de la bahía también le resultaba sórdido, con sus aguas envenenadas de miasmas y petróleos derramados, un mar sin vida ni olas, aunque premiado con la dimensión de libertad que él necesitaba a gritos: un espacio abierto, capaz de contrastar con el encierro de archivos y calles tapiadas con paredes desconchadas e historias de putas.

Respirando el aroma pútrido de la bahía, el Conde comprendió por qué había huido del Archivo donde reposaba la memoria legal del país: en realidad no le importaba encontrar nada. Una desidia malsana lo había invadido ante la revelación de tanto pasado muerto, de tanta existencia convertida sólo en actas, declaraciones, planillas, minutas, extractos, protocolos, registros, duplicados y hasta triplicados vacíos de pasión y de sangre: toda aquella depreciada escoria histórica sin la que no era posible vivir pero con la cual resultaba imposible convivir. La denuncia rampante de que todo terminaría reducido a un papel numerado y archivado en las entradas de nacimiento, matrimonio, divorcio y muerte había sido una revelación demasiado apocalíptica para su ánimo de vísperas de cumpleaños y de liberación laboral: la árida estela de nada dejada en treinta y seis años menos un día de vida le revelaba la sofocante inutilidad de sus esfuerzos, como hombre, como ser humano, como animal supuestamente inteligente. ¿Qué hacer para revertir aquel destino lamentable y patético, precisamente él, que consideraba a su memoria, a la memoria, como uno de los dones más preciados? Tal vez el arte, como hacía poco le comentara el dramaturgo Alberto Marqués, tan maricón y

tan persistente, podía ser el remedio más próximo a sus capacidades para escapar del olvido. Pero su arte, ya lo sabía, nunca conocería de la trascendencia capaz de salvarlo (a él y al arte, como un día de desesperación había clamado Martí: o nos salvamos juntos, o nos jodemos los dos). ¿O sí?, se preguntó, recordando a aquel otro genio que se suicidó convencido de su fracaso estético y cuya novela, después, ganaría premios y reconocimientos más que merecidos. No. Él nunca escribiría nada así, para qué engañarse, concluyó, y se deprimió un poco más antes de ponerse de pie y caminar por la vieja Alameda de Paula, el elegante paseo habanero del siglo XVIII, también depreciado por los años y el olvido, con su fuente de leones angustiosamente seca, para poner rumbo hacia la boca de la bahía, aún distante. Sus pasos, era inevitable, lo hicieron pasar frente al bar más mítico del puerto, el Two Brothers, donde una vez Andrés había cogido la borrachera más inolvidable de su vida, y donde había aprendido —y luego comunicado la experiencia a sus amigos— que tener una madre puta no hace del vástago (necesariamente) un hijo de puta, a pesar de haber nacido (éste sí) mientras la progenitura era del oficio... Entonces había algo más que condiciones temporales y laborales para ser (o no ser) un hijo de puta. El Conde, en cambio, había pasado por tantas borracheras de esas que para otros serían inolvidables que las había olvidado, confundiendo sus proporciones e historias, sus causas y consecuencias. Y con los hijos de puta le sucedía algo parecido: había conocido tal cantidad que clasificarlos por una cuestión de oficios maternos y temporalidades natales hubiera sido un esfuerzo cuando menos cibernético. Pero la fachada del bar había conseguido el efecto de activar el imán: el teniente Mario Conde miró sobre las puertas batientes y encontró la barra medio desolada de pleno mediodía, sólo ocupada por unos cuantos insalvables. Sí, definitivamente le gustaba ese lugar. Pero fue el vaho profundo y añejado de un sitio dedicado por más de cincuenta años a vender alcoholes, el que lo propulsó sin remordimientos hacia el interior, fresco y acogedor —o al menos así le pareció— de aquel bar

sucio y magnético.

—¿Qué ron tienes? —preguntó al mulato dependiente como si fuera importante o como si resultara probable escoger marcas y calidades en un bar degradado donde lo único realmente significativo era la existencia (o no) de algún líquido destilado para beber.

—Legendario blanco, Papa —le respondió el mulato, mostrando una parte relumbrante de su dentadura dorada.

—¿A cómo es la línea?

—A caña, Papa...

El Conde metió la mano en las profundidades de sus bolsillos y extrajo todos los billetes y monedas que encontró. Los depositó sobre la madera pulida de la barra y logró reunir tres pesos y diez centavos. Guardó la fracción inservible y miró al mulato.

—Ponme un triple y no me vuelvas a decir Papa que yo no soy ni monaguillo.

El mulato lo miró a los ojos. Tomó la botella de ron y vertió cuatro porciones en un vaso.

—Te dije que tres...

—Pero yo te obsequio una, Papa... Me parece que te hace falta, ¿no es verdad?

El Conde miró el líquido que colmaba el vaso, con su color de perlas falsas y su olor de perdición, y se dijo que aquel mulato, experto en tratar con borrachos, melancólicos, deprimidos y desesperados tenía toda la razón: más razón que mucha gente en el mundo, y por eso aceptó:

—Sí, es verdad, Papa... Creo que me hace falta —y tomó el primer trago antes de escuchar la voz que llegaba de la retaguardia y de un mal rincón de la memoria.

—Ponme a mí lo mismo que a este tipo.

Acodado en la barra, el Conde sintió un temblor maligno mientras el sonido de la voz se hacía imagen en su mente. Y pensó: No puede ser, antes de volverse y comprobar que sí, podía ser y era.

—¿No me vas a saludar, teniente Mario Conde?

El rostro enrojecido del ex teniente Fabricio trataba de armar su risa sardónica de siempre y el Conde se negó a darle el gusto de mostrarle los dientes. La última conversación que habían tenido, seis meses atrás, versó sobre mutuos recuerdos a las respectivas madres, antes de dar paso a la liberación de la violencia: se cayeron a golpes, en plena calle, y todavía el Conde podía sentir el escozor lacerante de la bofetada que Fabricio le diera en la cara.

—¿Qué te pasa? ¿Todavía tienes picazón? —le preguntó Fabricio, y se recostó a la barra, casi tocando el hombro de Mario Conde.

—Eso debía preguntártelo yo a ti. Por lo pronto parece que tienes sarna.

Fabricio olía a alcoholes rancios, fermentados unos sobre otros. Sonreía como adormecido y el Conde, que sabía del tema, concluyó que estaba borracho.

—Tú no cambias, Mario Conde.

—Y parece que tú tampoco —ripostó, haciendo evidente cuánto le desagradaba aquella conversación capaz de malograrle el disfrute del trago.

—Yo sí estoy jodido, Mario Conde, yo no soy nada... Ni pistola siquiera tengo ya, como tú —y al decir esto señaló hacia la cintura del Conde, donde se podía advertir la presencia del arma.

Lo de estar jodido era evidente: el aspecto del ex policía quizá se correspondía con una fase previa al delírium trémens. Lo demás podía ser imaginable para el Conde. El teniente Fabricio, uno de los investigadores de la Central, siempre había sido de aquellos tipos que amaban ser policías por la distinción social y el poder práctico que les confería su labor. Solía vestir de uniforme, siempre con sus grados auestas, y en más de una ocasión había utilizado aquella pistola ahora incautada y añorada. Al final se había descubierto que su estatus policial también le reportaba otras ventajas: más dinero del que venía en el sobre del salario

mensual, entre otros.

—Tú te lo buscaste... —dijo al fin el Conde, intentando concentrarse en su ron.

—Fue una mariconá. Yo no estaba en nada. Es que son unos hijos de puta.

—¿Y por qué te sacaron?

—Nada, tú sabes cómo es eso. Los tipos son como perros de presa: cuando muerden no sueltan, hasta que destripan al que sea.

—¿Pero estabas o no estabas?

—Eso es lo de menos. Lo peor es caer en manos de ellos, así que cuídate.

—Gracias por el consejo —dijo el Conde, y trató de terminar su trago.

Algo en su garganta se lo impidió. Aquel ritual sagrado de tomarse un buen trago de ron, en la barra ennegrecida y sabia de un bar como el Two Brothers, mientras escuchaba al negro desdentado y alcohólico, con cara de ex boxeador derrotado en mil combates, que con una voz sencillamente cristalina había comenzado a cantar un hermoso bolero escrito hacía como cien años, nada tenía que ver con la mala presencia y el peor recuerdo que le traía Fabricio.

—Y me enteré de que también soplaron a tu amiguito Rangel...

El Conde dejó el vaso en la barra, y con el mismo tono lento y menor que había utilizado hasta entonces se dirigió al otro, mirándolo a los ojos:

—Oye, no pongas el nombre de Rangel en tu boca cochina... Por confiar en tipos tan mierdas como tú fue que lo jodieron...

Y tensó sus músculos, dispuesto a aceptar el combate. Sólo que su ética elemental de bebedor de alcohol le impedía tomar la ofensiva: jamás el Conde hubiera empezado una pelea con un borracho y, si no fuera un tipo como Fabricio, petulante y sucio, con el que había dejado cuentas pendientes, hasta hubiera aceptado un primer golpe sin

responder. Pero Fabricio sonrió, con aquel gesto amargo que lo caracterizaba.

—Así que siguen siendo amiguitos...

—Está bueno ya, Fabricio.

—No, si no voy a hablar más de tu socito... Total, está tan jodido como yo. ¿A él también le quitaron la pistola?

Ahora no lo pudo evitar: el Conde sonrió. Fabricio se sentía mutilado por la ausencia del arma que debía de completarlo como hombre y su borrachera era patética y comprendió que aquel personaje estaba tan muerto y castrado como el mismo Miguel Forcade. Con el alivio de esa idea, su garganta volvió a abrirse y pudo terminar el benéfico trago de ron.

—Mira, Fabricio, después de todo ha sido un placer para mí hablar contigo. Me encanta ver lo jodido que estás y saber que no te tengo lástima y que no puedo ni quiero perdonarte. Y me alegra ver cómo pueden terminar los policías hijos de puta como tú... Así que mámatela tú solo y no levantes una mano porque te voy a romper hasta la vida ... — concluyó, soltó el vaso y se alejó de la barra, para gritar, ya cerca de la puerta batiente—: Oye, Papa, gracias por el trago y ten cuidado con ese tipo, que es un chivato y una puta mala, que cuando era policía le gustaba chantajear a los tipos como tú —y salió a la calle, sintiendo que había deshollinado una parte recóndita de su conciencia.

Lo vio venir, con el vaso de plástico y la cuchara de calamina en la mano izquierda, y una indecisión nerviosa en la derecha. Era como si no supiera qué hacer con aquel segundo brazo, que no debía estar desocupado y, en su ocio obligatorio, resultara molesto e incongruente, como si en realidad fuera una tercera extremidad inesperada. Su cara, en cambio, revelaba cierta satisfacción que el Conde atribuyó al almuerzo recién deglutido en el comedor de la fábrica vecina. Adrián Riverón regresaba al fin a su



despacho de la Oficoda municipal, aquel sitio rector del sistema de las libretas de racionamiento y los registros de consumidores que mucha gente, quizá por aguda imaginación poética, solía llamar Oficola, resumiendo en un desesperado neologismo todo lo que allí se engendraba: aquella oficina era la madre creadora de todas las colas, la institución nacional forjada por una demanda que siempre superaba a las estrictas ofertas regidas por una libreta de abastecimientos que se había hecho eterna, y a través de la cual se distribuía desde los cigarros hasta los zapatos, desde el azúcar y la sal hasta los calzoncillos (¿uno o dos por año?, dudó el Conde. ¿O ninguno?).

Cuando Adrián lo vio, toda la satisfacción estomacal visible en su rostro comenzó a evaporarse, mientras su brazo derecho buscaba en el bolsillo de la camisa algo que no encontró a pesar del insistente registro.

—¿Pasó algo, teniente?

Mario Conde musitó un buenas tardes, mientras se colocaba un cigarro en los labios y devolvía la cajetilla a su lugar. Encendió el cigarro, exhibiendo un profundo placer mientras tragaba y expelía el humo, y dijo:

—No, no se preocupe, Adrián, no pasa nada —para agregar, como lamentando su distracción—. Disculpe, no le ofrecí un cigarro —mientras extraía otra vez el paquete.

—No, gracias, yo no fumo —dijo el otro, y tosió, con una profundidad cavernosa.

—Bueno, es que quería hablar con usted. ¿Podemos hacerlo en su oficina? —Sí, cómo no.

Adrián Riverón, por su cargo de director municipal de la Oficoda, tenía el privilegio de un pequeño espacio privado en aquel local donde antes debió de estar una tienda, un bar o una bodega. Era uno de los tantos comercios clausurados en la ciudad por la Ofensiva Revolucionaria de los sesenta, reconvertidos después en casas, oficinas o depósitos. Por eso, aun con la luz fluorescente encendida, el lugar daba sensación de

encierro y agobio. Adrián le ofreció un asiento, del otro lado de su buró y el Conde observó, en una pared, el mapa del municipio, dividido por zonas comerciales, sobre las que había pequeños cartones con el número de la región y la cantidad de consumidores.

—Seguramente tiene mucho trabajo, ¿no?

—Siempre hay trabajo: todos los días se muere alguien o nace alguien o se muda alguien o se divorcia alguien o alguien cumple siete años o sesenta y cinco y todo eso significa que hay que hacer cambios en los registros y dar altas y bajas. Como ve, un trabajo muy creativo.

El Conde afirmó, comprensivo, y apagó su cigarro en el cenicero de barro.

—Adrián, vine a verlo por dos cosas. Miriam me contó que usted había sido su novio hace miles de años, como dice ella —y observó que, a pesar del matiz rojizo de su piel, Adrián se ponía más sanguíneo, definitivamente rojo—. Y, por lo que he visto, ustedes siguen siendo buenos amigos...

—Sí, somos amigos. Hace miles de años... —y tosió.

—Entonces usted quizá me pueda ayudar, porque supongo que sepa bien que Miriam y su hermano, Fermín Bodes, son dos personas difíciles. Por lo menos yo estoy convencido de que saben cosas que pueden ayudar a aclarar la muerte de Miguel y por alguna razón no me las dicen. ¿Me entiende?

Adrián Riverón había recobrado su coloración habitual y, llenándose los pulmones de aire, recostó la espalda a su silla giratoria.

—No sé exactamente qué pudiera decirle, pero en algo usted tiene razón: Miriam y Fermín son dos personas muy complicadas. La misma historia de la boda de Miriam con Miguel es como para escribir una mala novela... Porque prácticamente la obligaron a casarse y me sacaron a mí de circulación. El padre de Miriam es un tipo de esos que dan ganas de vomitar. Tiene como doce o trece hijos, con siete u ocho mujeres y cada vez que se divorcia le deja la casa a la mujer anterior, porque sabe que le

van a dar una casa nueva para la mujer nueva. Es uno de esos que ahora se suelen llamar dirigentes históricos, y de verdad lo es porque lleva treinta años dirigiendo cualquier cosa, siempre mal, pero nunca se cae.

—Conozco a esos históricos.

—Pues bien, ese tipo, que nunca se había ocupado de Miriam, un día se apareció en aquella casa con Miguel Forcade y parece que a Miguel le gustó la muchacha: ella tenía diecisiete años y si ahora cualquiera se vuelve loco con ella, imagínese usted con esa edad.

—Sí, me lo imagino —y en realidad se lo imaginaba.

—Y el viejo Panchín Bodes, como le dicen sus amigos, decidió ahí mismo que ése podía ser un buen matrimonio y casi obligó a la hija a casarse con Miguel.

—Arreglos familiares.

—Más bien desarreglos —rectificó Adrián, mientras tosía—. Pero casaron a Miriam con el viejo y le consiguieron un buen puesto a Fermín, que de milagro había podido terminar la carrera de arquitectura. Lo que ha venido pasando después usted ya lo conoce.

—Más o menos. ¿Y cómo usted los conoció a ellos?

—Por Fermín. Él es dos años mayor que yo, pero estuvimos en la misma beca y practicábamos remos en el mismo equipo. Un día fui con él a su casa y ahí conocí a Miriam.

—¿Así que usted fue remero?

—Lo sigo siendo, aunque ya no compita. Me encanta estar en el agua.

—Eso se ve... por el color de su piel, ¿no?

—Sí, claro.

—Hay otra historia importante en este lío de la muerte de Miguel... Y es que lo castraron. ¿Qué le da a entender una cosa así?

Adrián Riverón volvió a toser, ahora en una secuencia más prolongada. El rojo sanguíneo de su piel se intensificó otra vez, y en sus labios apareció una sonrisa.

—¿Qué voy a saber de eso, teniente? Para mí esas cosas son de negros abakuás y de paleros, ¿no? Una cosa de religión, ¿verdad?

—No, creo que no, que ése no es el camino, porque ni los abakuás ni los paleros hacen eso... ¿Y lo que vino a buscar Miguel Forcade a Cuba? ¿Miriam le comentó algo?

El director municipal de la Oficoda sonrió ahora con más amplitud.

—Teniente, yo creo que en lugar de investigar a Miriam, que ha sido un juguete de los otros, y a Fermín, que no es más que un pobre hijo de su padre, mejor debería tratar de conocer un poco más a Miguel Forcade. Porque si es verdad que regresó para buscar algo, eso no lo sabe ni su madre. Usted no se imagina la clase de personaje que era Miguel Forcade.

—Más o menos tengo una idea...

—Seguramente pálida. Como dicen los muchachos de ahora: ese tipo era la trampa. Miguel Forcade nunca fue legal con nadie... Ese hombre engañó siempre a media humanidad y le aseguro que todavía va a descubrir mucha porquería en el pasado de ese tipo.

—Por lo que veo, usted no lo quería mucho, ¿verdad?

El enrojecimiento de Adrián Riverón volvió a subir a su rostro, mientras su mano derecha, definitivamente perdida, volaba para atrapar el cenicero de barro, que ubicó en el centro mismo de la mesa.

—No, no lo quería nada, pero eso no quiere decir mucho. Yo creo que a Miguel Forcade no lo quería nadie, y cualquiera podía tener una cuenta pendiente con él. Teniente...

—Mario Conde.

—Claro, Mario Conde. Miguel Forcade era uno de los tipos más hijos de puta de este planeta y aunque me esté mal el decirlo, creo que lo mataron como se merecía.

El sargento Manuel Palacios atrapaba los últimos granos de arroz de su

bandeja cuando Mario Conde entró en el comedor de la Central. Como siempre, el teniente se asombró de la voracidad de su subordinado y de aquella habilidad para rescatar las partículas de comida dispersas: las oprimía con el envés del tenedor y se las llevaba a la boca, masticándolas concienzudamente.

—Yo mandé que te guardaran la comida —le anunció Manolo cuando lo vio llegar.

—¿Qué hay?

—Arroz, chícharo y boniato.

—¡Qué bajo vamos cayendo, compatriota! Eso te lo comes tú, así que pide la mía si quieres...

—¿De verdad, Conde?

—De verdad, te regalo el rancho de hoy. ¿Y por qué llegaste tan rápido?

Manolo sonrió, satisfecho ante sus resultados laborales y ante la perspectiva de tragarse otra bandeja:

—Porque encontré lo que buscaba.

—¡No jodas! —exclamó el Conde, con su mejor asombro de cuatro líneas de ron adquiridas por el precio de tres.

—Pues sí. Encontré la propiedad de la casa de los García Abreu en la Calle Veintidós, número cincuenta y ocho, entre Quinta y Séptima.

—¿Y lo otro?

—Eso fue más fácil, con la dirección en la mano. Los García Abreu se fueron de Cuba en marzo del 61 y el inventario de Bienes Expropiados está firmado por Miguel Forcade en mayo de ese año, pero hubo algo que me sorprendió: no anotaron ninguna pintura. Entonces hablé con una muchacha del Archivo, una mulatica flaca, con unas téticas así paraditas, y le pregunté si aquel papel era legal y ella me dijo que sí. Entonces le expliqué que faltaban cuadros importantes y ella me dijo que eso venía en una planilla anexa, porque los cuadros importantes eran cuestión de Patrimonio. Entonces ella me ayudó a buscar la planilla esa y no la

encontramos por ningún lado... ¿Qué te parece hasta ahí la historia?

—Que si no la terminas rápido te mato... Y no digas más «entonces».

—Bueno, entonces, con el número del inventario ella llamó a Patrimonio, para ver si en sus archivos estaba la copia de la otra planilla... ¿Y sabes qué le dijeron?

—Que tampoco la tenían, que nunca existió, que jamás la vieron, que no hay planilla.

—Elemental, Conde.

—Y si no hay planilla es porque nunca la llenaron y porque como mismo le vendieron el cuadro de Matisse a Gómez de la Peña, les vendieron los demás a otras gentes... Favores por vía directa, se llama eso.

—¿Tú crees, Conde?

—Creo eso y creo otra cosa, Manolo: que Miguel Forcade sabía más de pintura de lo que se pensaba Gómez de la Peña y si es como me imagino, el muerto jodió al vivo hace veintiocho años.

—Pero ¿cómo, si le vendió un cuadro de casi cuatro millones por quinientos pesos?

—Porque le vendió en mucho más de quinientos pesos un cuadro que no vale ni diez... Me juego la cabeza a que no hay planilla porque todos los cuadros que se encontraron en esa casa eran falsos y por eso los de Patrimonio no los quisieron. De alguna forma los García Abreu sacaron de Cuba sus pinturas y dejaron en la casa unas copias que podían engañar a cualquier interventor improvisado. Pero Miguel no se tragó la píldora y se aprovechó de la situación y vendió esas copias como originales. Lo más seguro es que daba un precio para el Estado por una pintura registrada como falsa, vendida como un objeto cualquiera, y se cogía para él toda la diferencia por una pintura que entregaba como muy valiosa, y con la que hasta daba el certificado de autenticidad que seguramente dejaron los García Abreu, pero con la exigencia de que no

fuera mostrada en mucho tiempo. Miguel Forcade no estaba loco para vender por la libre ese Matisse, y mucho menos el Goya y el Murillo que todo el mundo sabía que sí estaban en aquella casa. A menos que tuviera una buena justificación... ¿No te acuerdas de que el hijo de los García Abreu era un imitador de pintores famosos? Pues si las cosas son como pienso, lo que tiene Gómez de la Peña en su casa es un García Abreu júnior y si Gómez de la Peña lo descubrió, no dudo que le haya cortado a Miguel Forcade todo lo que le colgaba. Dale, cómete la otra bandeja que salimos en media hora...

Los ojos de Manolo, donde se había instalado su bizquera circunstancial y más admirativa, siguieron con asombro la retirada de su jefe.

—Oye, Conde, ¿y cómo se te ocurrió todo eso?

—Con la ayuda de Baco, del Papa y de la libreta de abastecimientos. Todo por tres pesos —dijo, sin mencionar que la limpieza de ira ejecutada sobre el recuerdo del ex teniente Fabricio también había colaborado.

Pero sin mirar hacia el elevador subió por las escaleras en busca del teléfono con la esperanza de hallar en la emisora de radio al viejo Juan Emilio Friguens: juntos irían a comprobar el chiste macabro del perro amarillo que García Abreu júnior le robó a Henri Matisse.

Enfundado en el pijama de su cómoda condena, Gerardo Gómez de la Peña sonrió a los recién llegados. Esa tarde su peinado parecía un poco menos perfecto — escasez de vaselina, pensó el Conde— pero su confianza en sí mismo permanecía intacta, incluso en pleno crecimiento, cuando el teniente le explicó la razón de su visita:

—Es que queríamos que el amigo Friguens, que es crítico de arte, viera su Matisse.

El ex poderoso sonrió un poco más.

—Lo dejó pensando ese cuadro, ¿verdad, teniente?

—Un Matisse es un Matisse...

—Y más si está en La Habana —añadió cualidades Gómez de la Peña, y los invitó a pasar a su sala recibidor, donde se dirigió a Friguens—. Pues ahí está, profesor.

El Conde observó cómo el cuerpo magro de Juan Emilio recibía una sacudida. Detenido a tres metros de aquella ofrenda final de Matisse al impresionismo y al magisterio de Cézanne, el viejo periodista se mantuvo en respetuoso silencio, embargado quizá por la admiración de tener ante sí, después de varias décadas, aquella obra maestra que consideró perdida para siempre. El Conde, al pedirle que lo acompañara a ver el cuadro de Gómez de la Peña, no le había comentado sus sospechas y esperaba con ansia la valoración final del especialista: que sea falso, rogaba mentalmente, para encontrar un motivo de inculpación a Gómez de la Peña o, cuando menos, para ver su petulancia disminuida por una estafa de veintiocho años...

—Pero siéntense —dijo el anfitrión, y los policías obedecieron.

El viejo Friguens, mientras tanto, dio dos pasos hacia el lienzo, como un tigre envolvente acercándose a su presa. No hablaba, casi no respiraba, cuando dio un tercer paso, y redujo a unos centímetros la distancia que lo separaba del Matisse.

—¿Han sabido algo de la muerte de Miguel? —preguntó Gómez, desentendiéndose de la admiración de Friguens, como si estuviera acostumbrado a ver ese tipo de espectáculos.

—Quizás —dijo el Conde, sin dejar de mirar al periodista.

—Hace calor, ¿verdad? —comentó el antiguo ministro, dispuesto a no permitir el silencio.

—Es que viene el ciclón —afirmó el Conde.

—Sí, debe de ser eso.

—Es eso —dijo, cuando Friguens dio un paso más, como si quisiera seguir avanzando por la calle grabada sobre la tela para disfrutar de la



brisa que peinaba los árboles de aquel pueblito francés.

El interés del Conde obligó a Gómez de la Peña a mirar hacia la pintura, en la que aquel viejo descarnado hundía ahora la cara, como si estuviera dispuesto a tragársela.

—¿Qué le parece, maestro? —preguntó con sorna el dueño accidental del Matisse y Friguens se volvió.

—¿Y usted tiene los certificados de autenticidad? —habló el crítico, y tosió un par de veces, ocultando su boca tras la mano que formaba un paraguas cerrado.

—Con avales de París y Nueva York.

—¿Podría verlos?

—No faltaba más —aceptó Gómez de la Peña, poniéndose de pie, luego de meter sus dedos deformes en las chancletas.

Cuando el hombre salió, el Conde encendió un cigarro, buscando dilatar el instante de su pregunta.

—¿Qué te parece, Juan Emilio?

El viejo crítico miró nuevamente hacia el Matisse, mientras se alejaba para acomodarse en una de las butacas de mimbre.

—Déjame sentarme. Es increíble...

—¿Y eso qué quiere decir?

—Eso: que es increíble —reafirmó Friguens—. Ah, no te lo había dicho, pero creo que encontré el motivo de que los García Abreu compraran en secreto el Matisse. El problema es que en el 52 Fernando García Abreu se metió hasta el cuello en un fraude bancario, aunque salió limpio por su amistad con el presidente Batista. Por eso no le convenía que se supiera lo de la compra de un cuadro tan caro, ¿no? —terminaba de contar cuando regresó Gómez de la Peña, sacando papeles del interior de un sobre marrón.

—Aquí están —dijo, alargándole a Friguens unas hojas presilladas.

Acercándoselas a los ojos, Juan Emilio leyó las certificaciones, mientras una breve sonrisa empezó al fin a formarse en sus labios, hasta

que dijo:

—Ahora sí que es increíble —como si su vocabulario florido se hubiese secado por el impacto estético del Matisse.

—¿Qué es lo increíble? —indagó Gómez de la Peña, con su más segura sonrisa.

—Que los certificados son auténticos pero ese cuadro es más falso que un billete de veinte pesos con la cara del Conde. ¿No es increíble:?

En el espacio reducido de aquel diminuto recinto policial del tercer piso, lejos de los alardes futuristas de la casa que se había autodesignado, Gerardo Gómez de la Peña, calzado con unos zapatos corrientes, incapaces de provocar envidia, parecía un hombre definitivamente envejecido. En realidad, el proceso comenzó desde que Juan Emilio Friguens hizo creíble lo increíble, anunciando con su sonrisa triunfal la impostura de aquel Matisse pintado en La Habana, muchos años después de haber sido creado el original francés. La ausencia del perro amarillo había sido el guiño más evidente del falsificador, que había dejado, además, otras huellas malvadas de su ejercicio de copista, como migas lanzadas para quien deseara hacer el recorrido hacia la verdad. Luego de gritar que aquello era un infundio, Gómez de la Peña había empezado a derrumbarse ante las evidencias que le mostró el Conde:

—Si es auténtico, quizá no haya problemas. Pero eso debemos saberlo con seguridad, así que vamos a llevar el cuadro al Museo Nacional, donde hay dos especialistas esperando por nosotros. Pero si ellos dicen que es falso, me parece que usted tiene un buen motivo para haber matado a Miguel Forcade, ¿no cree?

Gómez de la Peña miró los dedos de sus pies y no respondió. El Conde se congratuló al observar la claudicación del petulante ex ministro y le propuso:

—¿Va conmigo ahora a la Central o espera que vuelva a buscarlo

con una orden de arresto cuando certifiquen que el Matisse es falso?

Gerardo Gómez de la Peña prefirió acompañar al teniente, quien lo llevó a su oficina del tercer piso, donde parecía haberse concentrado el calor de aquella tarde preciclónica. Desde la ventana se veía un cielo ahora agrisado, con una amenaza tangible de lluvia, aunque las copas de los árboles se mantenían perfectamente inmóviles, como advirtiendo de las malas intenciones de aquella calma excesiva, previa a la tempestad más desoladora.

«Huracán, huracán, venir te siento / y en tu soplo abrasado / espero entusiasmado / del señor de los aires el aliento», recitó para sí el Conde, pensando en el ciclón físico y espiritual que desesperó al primer gran poeta de la isla, casi ciento sesenta años antes, cuando nada se sabía de hectopascuales ni de trayectorias pronosticables, pero sí del horror vertiginoso, duramente aprendido, que se encerraba detrás de la palabra huracán. Y Heredia, con su voz de poeta, clamó entonces por el paso del ciclón, de su ciclón, aquel que necesitaba y esperaba casi entusiasmado. ¿Por qué necesitamos lo mismo, poeta?, se preguntó el Conde mientras su excitación crecía porque Manolo se demoraba demasiado en llegar con la respuesta definitiva sobre otro vendaval, imaginado en óleo sobre lienzo. Por eso se volvió, ocupó su silla tras el buró y miró a los ojos de Gerardo Gómez de la Peña.

—¿Y de verdad usted creyó todo el tiempo que ese cuadro era auténtico?

El hombre respiró sonoramente, expulsando todo el vaho que acumulaba en sus pulmones.

—¿Qué piensa usted? ¿Que yo iba a decir que tenía un Matisse verdadero sabiendo que era falso?

—La voluntad de los hombres, como la de los huracanes, también es insondable... Quién sabe... Porque habría que saber además si usted tiene una cuenta en Suiza, engordada por un Matisse verdadero...

—¿Pero es que no entiende que ese hijo de puta me engañó como a

un imbécil? Es que no lo puedo creer todavía...

—Y yo tampoco. Porque ahora mismo puedo seguir pensando que el Matisse verdadero existía, o existe, y que por ese cuadro fue que Miguel Forcade se atrevió a volver a Cuba. Y pienso también que quizá por ese Matisse verdadero, que vale hasta cinco millones y no tres y medio como usted piensa, pudieron matarlo y castrarlo, ¿no le parece?

—No sé de qué me habla.

—De que quizás ustedes dos escondieron la obra buena hace veintiocho años...

—No sea ingenuo...

El Conde sonrió pero, desde su posición, marcó al hombre con su dedo índice:

—Si aquí hay un ingenuo ése es usted. Y ésa sería su única salvación: que hubiera sido tan comemierda que creyera haber comprado un Matisse millonario por algo más de quinientos pesos y la asignación de una casa en el Vedado, aunque total, la casa no era suya, ¿verdad?, y lo mismo se la daba a Miguel que a Jacinto, si Jacinto podía retribuir bien ese favor... Pero si no es un ingenuo y un imbécil al que Miguel Forcade engañó por todos estos años, entonces puede ser un delincuente con varios cargos, incluido quizás el de homicidio. ¿Qué quiere ser, el ingenuo, el imbécil?... Le recomiendo que lo sea, porque todos los otros caminos ahora sí lo van a llevar a la cárcel.

Gómez de la Peña movió la cabeza, negando. Al parecer, todavía le resultaba increíble —Friguens ya lo había dicho— la catastrófica falsedad de aquel cuadro que solía mostrar como su estandarte de victoria sobre los castigos a su fallida gestión económica, cuando al fin se abrió la puerta y Manolo dibujó, como esperaba el Conde, la uve que formaban sus dedos.

—Más falso que la virginidad de una enfermera...

Gerardo Gómez de la Peña escuchó la sentencia y se desmoronó un poco más en su silla, antes de decir:

—Me alegro de que lo hayan matado. Por hijo de puta.

—Bueno, ahora dígame algo de Miguel Forcade que sea capaz de sorprenderme —pidió el Conde, dispuesto a deglutir informaciones más novedosas o reveladoras.

Sin hacer comentarios, el coronel Alberto Molina escuchó toda la historia que le contaba el teniente Mario Conde: la larga pista de un *Paisaje de otoño* falso que existía porque también existió uno verdadero cuyo destino aún se desconocía, y que podían ser —uno o el otro, o tal vez los dos— la causa de la muerte de Miguel Forcade. De pie, fumando su segundo cigarro desde que llegara el Conde, el nuevo jefe de la Central miró los certificados de autenticidad y el comprobante de venta de aquel Matisse, firmado por Miguel Forcade y por Gerardo Gómez de la Peña.

—Y el original debieron de sacarlo de Cuba esos García Abreu..., ¿no?

—Hasta ahora es lo que parece. Pero cuando Forcade supo que éste era falso, se dio cuenta de que tenía un buen negocio en las manos y pensó rápido.

—Este tipo era un diablo —dijo al fin, y regresó a su asiento—. No me extraña que lo hayan matado así.

—Son varios los demonios —comentó el teniente y pensó en el mayor Rangel: «Este país está loco», hubiera dicho el Viejo, como si todavía fuera capaz de asombrarse por algo.

—¿Y piensa que Gómez sea el asesino?

El Conde volvió a calcular las posibilidades de sus prejuicios y prefirió no arriesgarse esta vez.

—Eso no lo puedo asegurar todavía, aunque me encantaría que lo fuera, porque no me gustan los tipos como ése. Pero él dice que nunca supo que el cuadro fuera falso y parece que no miente. Y eso lo deja sin motivos aparentes, ¿no cree? De todas formas lo voy a dejar a dormir

aquí esta noche, en la misma celda donde están el negro y el blanquito violadores. Eso suele ayudar, se lo aseguro...

El coronel volvió a ponerse de pie. Era notorio su desconcierto ante los enigmas que le lanzaba aquella historia de falsedades y engaños en cadena, sostenida durante casi treinta años.

—No sé qué decir... Todo esto es nuevo para mí. Lo que me parece indudable es que se ha revuelto un tanque de mierda... Pero si no fue Gómez, ¿quién coño pudo ser?

—Bueno, por otro lado tengo a Fermín Bodes, el cuñado de Miguel. Estoy convencido de que ese hombre sabía por qué el muerto vino a Cuba y si sabe eso, también puede conocer por qué lo mataron. Y tampoco dudaría que hubiera sido él mismo quien lo matara. Pero a ése no tengo por dónde entrarle. Es otro camaján y tiene agallas.

—¿Y la mujer de Miguel?

—Está buenísima... Y también sabe cosas que no dice y dice cosas sin que se las pregunten. Es la que más me confunde en este lío... Además, creo que no es rubia... Ahora, de lo que cada vez estoy más seguro es que el asesino de Forcade debía saber lo que ese hombre vino a buscar, y por eso lo mató. Aunque lo de la castración sigue sonando como un ruido en el sistema. ¿No le parece?

El coronel apagó su cigarro y miró a su subordinado.

—No sé por qué me dejé meter en esta locura, con lo tranquilo que yo estaba en mi oficina...

—Ya ve usted lo difícil que es resolverlo todo en tres días. Pero voy a prometerle algo... Dígame, ¿qué hora es?

—Las cinco y diez, ¿por qué?

—Porque mañana a esta misma hora le voy a responder su pregunta: y le diré quién fue el asesino de Miguel Forcade... Espero que a esa hora tenga preparada mi baja. ¿Está bien?

—Está bien... por la salud de los dos —y dio media vuelta, sin acordarse siquiera de su saludo marcial. Mario Conde sólo cantaba

boleros en dos situaciones precisas: cuando presentía que podía enamorarse o cuando ya estaba total y desesperadamente enamorado — que era su único modo de enamorarse. Aunque su suerte en amores no había sido especialmente propicia para el cultivo de sus cualidades bolerísticas, varias de esas letras, hechas con las mismas palabras para cantarle al amor o al desengaño, al odio o la pasión más pura, se habían prendido en su mente por la vehemencia de sus fiebres amorosas cíclicas, durante las cuales las había cantado, incluso fuera de la ducha. Y había uno en particular que le gustaba sobre cualquier otro bolero en la faz de la tierra y de la lengua:

Pasarán más de mil años, muchos más,  
yo no sé si tenga amor, la eternidad,  
pero allá tal como aquí, en la boca llevarás,  
sabor a mí...

El sentimiento de posesión encarnizada que revelaba aquella canción conseguía expresar, más que cualquier poema, más que otras muchas palabras febrilmente buscadas y ensayadas, su pretensión de permanencia: siempre deseaba que sus mujeres arrastraran sin remedios la huella de su amor, como un buen sabor en los labios. Ellas, para su desgracia, solían olvidarse de él, mientras el Conde sufría y empezaba a distanciarse de los boleros hasta que comenzaba otro proceso bacteriano de enamoramiento crónico y mortal.

Esa tarde, traicioneramente, el policía sintió deseos de cantar un bolero, aun sabiendo que estaba muy lejos de la posibilidad de enamorarse. Miriam nunca hubiera sido la mujer capaz de provocarle esa sensación de invalidez que le provenía del amor, aunque no habría dudado un instante en revolcarse con ella en cualquier parte si la rubia le daba la más mínima señal de permitirlo o de desearlo. Le gustaban sus muslos, le gustaban su astucia y sus miedos posibles, pero le gustaban sobre todo sus ojos, aquellos ojos de animal depredador que lo hicieron recordar otro viejo bolero —«... por eso es que en las playas / se dice que

hay sirenas / que tienen ojos grises, / profundos como el mar...»— en una situación en la cual, si bien lo recordaba, verso por verso, acorde por acorde, el Conde jamás lo habría cantado: porque no estaba ni iba a estar enamorado de la viuda de Miguel Forcade, que movía sus pestañas mientras decía, al parecer decepcionada:

—No me imaginaba que Miguel hubiera podido hacer esas cosas. ¿Así que vendió un cuadro falso? —preguntó, y se abanicó con la mano, como si la hubiera sorprendido el más intenso calor.

La sala de la casa estaba iluminada por las dos lámparas Tiffanys, que hacían brillar un poco más los ojos grises de Miriam. A su lado, en el sofá, su inseparable amigo Adrián Riverón también había escuchado todo el recuento de falsedades expuesto por el Conde, pues Miriam insistió en que permaneciera allí: sí, Adrián era como su hermano y tenía toda su confianza.

—¿Así que usted tampoco sabía nada de ese cuadro falso?

—No, ya se lo dije. Y tampoco tenía ni idea de que Miguel quisiera volver a Cuba para buscar algo.

—Es encantador: nadie sabe nada, pero a Miguel lo mataron por algo, ¿no le parece?

Ella asintió y fue Adrián Riverón quien tomó de nuevo la palabra, después de toser dos veces para aclararse la garganta.

—Si me permite, teniente... Creo que ya se lo dije esta tarde: ¿por qué no busca en otra parte y deja tranquila a Miriam? Ya ve usted las cosas que podía hacer Miguel, ¿no? Además, ella tuvo que enterrar hoy a Miguel, que era su esposo, a pesar de todo. ¿No le parece que ya ella le dijo lo que podía decirle?

El Conde sonrió. Aquel eterno enamorado de Miriam había salido, adarga en ristre, a salvar el honor de la doncella. ¿Otro ingenuo?

—No, no creo que ella me haya dicho todo lo que podía decirme y además no me creo ni la mitad de las cosas que sí me ha dicho... Pero debo aclararle que no la estoy acosando: sólo quiero que me ayude a



saber quién mató a ese hombre que enterró hoy y que era su esposo, a pesar de todo. ¿Está satisfecho?

—¿Tengo que aguantar que me diga mentirosa? —protestó Miriam, pidiendo con ojos y pestañas el apoyo de su amigo.

Adrián movió la cabeza y tosió, como aceptando lo inevitable.

—Es que me da pena con ella, entienda. ¿Quiere que yo le diga algo más que quizá lo ayude?

El Conde pensó un instante. Hubiera deseado tener una imagen mejor enfocada de Adrián Riverón para entender por qué ramas se movía aquel hombre pero ahora se conformó con escucharlo.

—Por supuesto —aceptó, y buscó un cigarro para él y le ofreció otro a Adrián.

—Gracias, acuérdesse de que yo no fumo —dijo él, con un gesto de rechazo casi exagerado que el Conde seguía sin entender: ¿y a qué se debía si no aquella tos de nicotina y alquitrán? Sin pensarlo más encendió su cigarro y dedicó su atención a Adrián Riverón.

—Mire, yo conozco a Miguel Forcade, bueno, yo lo conocí, antes incluso de que se casara con Miriam, porque tuve la desgracia de trabajar con él. Y una vez se lo dije a ella: una sola vez, pero se lo dije: ese hombre no era bueno. Era un trepador sin escrúpulos y cuando vio que la escalera se le tambaleaba se quedó en España, por alguna razón que no conozco, pero que tampoco podía ser buena. Ya lo ve, un tipo que vendía cuadros falsos que ni siquiera eran suyos... Como ésa, Miguel Forcade dejó otras cuentas pendientes aquí en Cuba, y por eso era que tenía miedo a salir a la calle ahora, que ya no tenía aquí ningún poder. ¿Me entiende?

—Lo entiendo y le agradezco su ayuda, porque usted me está dando la razón: tengo que buscar por todas partes, porque cualquiera de las personas a las que perjudicó puede ser el asesino. Y si Miriam lo quería como me dijo ayer, pues lo mejor sería que me ayudara un poco más.

Ella, que no dejó de observar a Adrián mientras éste desnudaba en público a Miguel Forcade, mostrando las que parecían ser sus carnes

verdaderas, miró ahora al policía, que encontró un brillo añadido en sus ojos. ¿Iría a llorar otra vez? Pero no lloró, sino que habló con una furia al fin desatada:

—Ustedes dos son iguales. Cebándose con un muerto. Todo esto me da asco... ¿Cuándo puedo irme de Cuba, teniente?

El Conde dejó los ojos de Miriam y observó el suelo. ¿Qué pasaba si ella se le iba?

—Deme dos días más.

—Pero sólo dos días. Ya no tengo nada que hacer aquí. Me voy y creo que más nunca vuelvo a pisar este país... Pobre Miguel. Una noche, hace como seis o siete años, Miguel me confesó que el mayor error de su vida había sido irse de Cuba. Me acuerdo que fue a finales de diciembre y en Miami hacía un frío insoportable, sobre todo para él, que empezaba a ponerse abrigos en cuanto soplaban el primer viento del norte. En una noche como ésa él nunca hubiera salido a ninguna parte, pero el dueño de la empresa donde estaba trabajando había organizado un *party* en su nueva casa de Coral Gables, a la que invitó a un grupo de sus empleados, entre los que estaba Miguel. Era como una despedida de año que el dueño le regalaba a sus trabajadores más cercanos por lo bien que le habían ido los negocios y, según Miguel, para que todos nos muriéramos de envidia viendo la casa que se había comprado hacía unos meses y de la que alardeaba constantemente.

Bueno, lo de morirse de envidia podía ser real: la casa estaba en la zona más exclusiva del barrio, en un lugar al que se llegaba por una calle donde había una garita con guardias particulares a los que uno debía enseñarles la invitación impresa y foliada para que te dejaran pasar. Después la carreterita seguía por un bosque, donde había varias casas, entre ellas la del señor Montiel, que era una de esas mansiones que si uno no las ve, no se las imagina ni siquiera en sueños: según Miguel aquella casa había costado como dos millones de dólares y el decorador le había cobrado más de cien mil por arreglarla al antojo de su nuevo dueño.

Cuando yo entré y vi aquella maravilla, llena de cristales y luces y mármoles y alfombras me pareció el dinero mejor gastado del mundo, sobre todo si uno tiene varios millones para gastar y hasta para darse el lujo de comprar una Santa Bárbara de tamaño natural, con espada, corona y caballo, y ponerla en la entrada del jardín, debajo de una pérgola de caoba y rodeada con cestos de príncipes negros y de manzanas rojas... El *party*, la fiesta, era en el patio, alrededor de la piscina, y aunque Miguel se tomó varios whiskies y nos sentamos debajo de un toldo, lo más cerca que pudimos de las barbacoas donde asaban la carne, él no dejaba de temblar y yo le dije: Oye, si quieres nos vamos, pero me dijo que ni se me ocurriera; debíamos resistir por lo menos hasta las doce, para no desairar a aquel cubanazo que era su jefe y que se había hecho millonario aplastando cuanta cabeza se le ponía por delante. Por eso le sonrió a Montiel y lo felicitó cuando el tipo se acercó a nosotros y nos preguntó qué nos parecía su bohío, y Miguel, sonriendo, le comentó que su casa era *super nice* y Montiel le dijo: Bueno, Miguelito, no tan linda como tu mujer, y empezó a reírse y a palmear a Miguel por la espalda. Sin dejar de sonreír, Miguel vio cómo Montiel se alejaba y hacía un chiste a otros empleados y ahí mismo empezó a temblar más fuerte y después de tomarse un trago de whisky me dijo: El mayor error de mi vida fue irme de Cuba, y yo pensé que lo decía por el frío, pero luego supe que lo decía por la envidia.

Nosotros vivíamos en una casita alquilada en el South West que para cualquiera de aquí hubiera sido la mayor aspiración de la vida: estaba bien para nosotros dos, teníamos un patio con césped y barbacoa, aire acondicionado central y un *florida-room* que daba a un jardín con flores y árboles. Cada uno tenía su carro y los fines de semana íbamos a Tampa, a Naples, a Sarasota, a San Petersburgo o a Key West y podíamos darnos el lujo de ir los viernes a comer comida criolla en los restaurantes de la Calle 8 o a cualquier otro de Coconut Grove o del Bayside. Pero todo aquello era sólo el primer escalón de una pendiente que podía llegar

mucho más arriba de donde había llegado el señor Montiel, con su casa de dos millones y pico en Coral Gables. Además, Miguel sabía que contra su ascenso estaba el tiempo: ya tenía casi cincuenta años y, como él decía, todavía no conocía a una persona que trabajando honradamente hubiera llegado a hacerse rica... Por eso la casa de Montiel era como la muestra de todo lo que nunca íbamos a tener, a menos que ocurriera un milagro. Pero lo que más le molestaba a Miguel era su condición de empleado: aquí en Cuba se había movido siempre a cierta altura y pudo sentir en sus manos el poder real que tenía. Ahora, aunque tuviera casa y carro y algún dinero en el banco, Miguel no tenía poder y eso era lo más difícil de aceptar para un hombre como él. ¿Me entiende?

Por eso, muchas veces, cuando nos quedábamos en la casa por la noche o nos íbamos de paseo por La Florida, él se ponía a decir lo que haría si tuviera ocho o diez millones de dólares. Me acuerdo que lo primero, siempre que tocaba ese tema, era montar un negocio propio y tener un despacho privado, donde a veces yo era la secretaria o era una señora vestida con formalidad inglesa, según por lo que le diera ese día... Entonces sería Mister Forcade y exigiría ese tratamiento a sus subordinados, porque aquellos millones soñados imponían una distancia entre él y el resto de los mortales. Pobre Miguel.

En los últimos años, aunque nos mudamos para una casa mejor en Coral Gables, de la que debemos casi la mitad, y Miguel ascendió en la empresa de Montiel y tuvo oficina propia y secretaria que compartía con otro jefe de departamento, cada vez él hablaba más de una posibilidad de cambiarlo todo y vivir como él decía que se merecía. Me hablaba de un gran *business* que podría hacer en cualquier momento y cuando yo le pedía que me dijera cuál era ese negocio, siempre me respondía: Ya te enterarás cuando te bañes en la piscina de la casa que voy a comprar, Mistress Forcade, y se reía solo. Yo sentía cómo su ánimo mejoraba y en los últimos meses, cuando decidió que íbamos a venir a Cuba a pesar de lo que él había hecho, Miguel casi era el mismo hombre seguro y

confiado que conocí aquí y del que me enamoré cuando era una muchachita. Él averiguó y descubrió que lo mejor para volver a La Habana era hacer los trámites por la Cruz Roja, enseñando los certificados de salud de su padre, y empezó a hablar por teléfono con Fermín, que ya había salido de la cárcel, para que le hiciera las gestiones necesarias aquí. Por eso, dos o tres días antes del viaje, yo le pregunté si ya no lamentaba haberse ido de Cuba y él me respondió: Lo que lamento es haberme demorado tanto para decidirme a regresar, y se rió, como se hubiera reído con uno de sus propios chistes el cubano Montiel.

—¿Le gustan las flores caídas, teniente?

La voz salió de un arbusto y sorprendió al Conde en el acto de recoger la diminuta flor blanca, dormida sobre el sendero que conducía a la calle.

—Sí, puede olerla: es de ese saúco blanco que está a su derecha. Su verdadero nombre es *Sambucus canadensis* y pertenece a la familia de las caprifoliáceas. Si se fija bien se va a dar cuenta de que es muy común en los jardines, por lo bueno que es como planta medicinal... ¿Lo sabía? Vamos, huela la flor. Tiene un perfume muy suyo, ¿verdad?

El Conde había avanzado dos pasos hasta entrever la figura disminuida y desecada del anciano, posada sobre un banco de hierro labrado, junto al cual descansaban dos burros de madera. En medio de aquella soledad, rodeado por tantos árboles, flores y silencio, parecía un profeta devaluado por la memoria y el tiempo.

—¿Usted es el señor Forcade?

—Doctor Alfonso Forcade, para servirle —dijo y comenzó el gesto demorado de extender su mano, mientras aseguraba—: Y usted es el teniente Mario Conde, sin ningún tipo de duda.

—¿Y por qué no hay dudas? —quiso saber el Conde, cuando recibió la presión inesperada que brotaba de la mano del anciano.

—Porque Caruca, mi mujer, es la mejor fisonomista que jamás he conocido y ella me dijo cómo era usted.

—Es muy lindo su jardín. También se lo dije a su esposa,

—Sí, es lindo, por eso trato de venir todos los días, para mirar a mis plantas, para verlas crecer... Es una de las pocas satisfacciones que me van quedando. Pero ya hay días que ni eso puedo hacer. No sé qué va a ser de ellas cuando yo me muera, algo de lo que tampoco hay dudas que será bastante pronto... Mire, menos aquel laurel, la ceiba, el mamey y la picuala que está en la cerca del fondo, todos los otros árboles de este jardín los sembré yo con mis manos o los vi nacer, sembrados por la mano de Dios. ¿Sabe qué árbol es ese que está allí, el que parece una ceiba barrigona? Ya me imaginaba que no. Pues es un baobab, o mejor dicho, uno de los tres baobab que existen en Cuba, y ése lo sembré yo... Cuando vine para esta casa todo este terreno era un césped ralo, que yo mismo levanté para plantar estas maravillas de la naturaleza que usted ve.

—¿Por oficio o por gusto?

El rostro del viejo Forcade inició un raro movimiento. Sus dientes, gloriosamente artificiales, mostraron una sonrisa tétrica y unidimensional, que sólo se desplegaba en la línea vertical. Los músculos de su rostro, vencidos por los años o por alguna enfermedad paralizante, se deslizaban como si necesitaran una lubricación urgente, y luego demoraban en regresar a su posición de descanso. Aquel juego facial parecía desbordar las posibilidades físicas del hombre, que permanecía estático mientras esperaba la desaparición de la mueca.

—Las dos cosas —dijo al fin—, las dos cosas. La belleza y el deber pueden ir juntos en algunas disciplinas de la vida, y la botánica tiene esa ventaja. Los policías no son tan afortunados, ¿verdad? Aquí yo tengo un verdadero catálogo de plantas cubanas y cada una de ellas tiene una doble función: la de ser hermosa y la de ser útil a las personas que conozcan sus secretos.

El Conde encendió un cigarro y miró hacia las flores colgantes.

—¿Pero usted ya ha escrito sobre esos secretos?

—He publicado algo, y allá arriba tengo varios catálogos inconclusos, que se entregarán a la universidad cuando pase lo que tiene que pasar... Es terrible que nunca nos alcance el tiempo de la vida, aunque a veces uno se exceda, como estoy haciendo yo. Pero el problema que me preocupa no es ése: es el de las plantas, que se van a quedar solas. Aunque usted quizás no lo crea, cada uno de estos árboles sabe que yo soy su progenitor, o cuando menos su tutor, y que mis manos los han alimentado, limpiado, curado y regado durante treinta años. Que mi voz les ha hablado y que mi presencia los ha acompañado desde que lanzaron su primera hoja. Mi ausencia les va a crear un vacío y usted puede estar seguro de que muchas de estas plantas enfermarán cuando yo muera y hasta varias de ellas morirán detrás de mí, pues van a ser las primeras en saber de mi muerte...

—Nunca había oído decir que esas cosas ocurrieran con los árboles. Con los perros sí... —y con algunas personas, pensó decir, pero se mordió la lengua en el momento justo.

—Pues yo se lo aseguro: cada planta tiene vida y por tanto tiene espíritu y ahí radica el centro de su conciencia: alma y materia, ¿no? No me mire así: son seres vivos, teniendo, y la vida engendra espiritualidad, ¿no le parece? Es una sensibilidad distinta a la nuestra, pero sería cruel y estúpido no admitirla o no respetarla por una simple cuestión de antropocentrismo estúpido... ¿Tiene un poco de tiempo para que le diga algunas cosas sobre las plantas? Pues si es así, oiga esto: se ha demostrado científicamente que cuando las plantas sintonizan con una persona específica, son capaces de establecer una relación permanente con ella, vaya a donde vaya esa persona y aunque esté entre millones de individuos. Pero eso no es lo más asombroso: las plantas son capaces de sentir miedo o alegría y están dotadas para percibir los pensamientos y los propósitos del hombre y hasta de advertir sus mentiras... Pero además

se sabe también que son capaces de tener intención, porque tienen la facultad de percibir y reaccionar a lo que ocurre a su alrededor. Mire, para ponerle un ejemplo que a usted le puede interesar: el regaliz indio, del que lamentablemente no he logrado ningún ejemplar, es tan sensible a todas las formas de influencias eléctricas y magnéticas que se usa como indicador del tiempo atmosférico, porque tiene dispositivos capaces de predecir huracanes, tormentas eléctricas, terremotos y erupciones volcánicas. Sólo una inteligencia y un espíritu muy, muy sensibles, pueden lograr eso, ¿no le parece?

El Conde asintió ante el animismo científico que le proponía el viejo Forcade. Algo en aquel anciano le recordaba los días finales de su abuelo Rufino, cuando Mario se sentaba junto a la cama y le pedía que le contara aquellas pocas historias ya conocidas que, como únicas grabaciones salvadas al fuego del tiempo, el abuelo le repetía a su nieto: la del día en que logró la hazaña de robarse el *home* en un partido de béisbol ganado gracias a aquella acción desesperada; la de la noche en que debió huir de un marido celoso, dejando tres tiras de carne en las púas de una cerca; la de la muerte de aquel gallo giro con el cual ganó la cifra increíble de treinta y dos peleas y de quien hablaba como de un hijo querido al que debió darle un mejor destino, pues seguramente también el abuelito Rufino pensaba que su gallo tenía una inteligencia especial.

—¿Usted sabe algo de espíritus?

—Según lo que se entienda por espíritu, teniente. Si para usted el espíritu es una manifestación de la materia, organizada por una fuerza o poder superior inescrutable, yo creo. Porque no sólo existe lo que es visible y evidente, como usted bien conoce...

—En los manuales de marxismo usted habría caído en la categoría de materialista idealista... Pero ¿sabe por qué le pregunto?

—Creo que sí, pues usted es muy transparente —se adelantó el viejo Forcade—. ¿O no se dio cuenta de cómo le adiviné su intención de oler la flor del saúco que vio en el suelo? Aunque eso era demasiado previsible...



Pero no lo era tanto su deseo de guardársela después en el bolsillo de la camisa. O su preocupación por el huracán que se acerca.

El Conde volvió a sonreír, sorprendido por la eficiencia adivinatoria del anciano.

—¿Cómo hace eso?

—Es lo más simple del mundo, si uno está suficientemente preparado y si tiene, por supuesto, las condiciones necesarias. Además, debe haber dos personas capaces de conectar limpiamente.

—¿Me está hablando de telepatía y de transmisión de pensamientos?

—Digamos que sí.

—En la universidad también nos dijeron que la telepatía era un embuste pseudocientífico...

El viejo Forcade hizo un gesto que cortó la diatriba materialista del Conde pero cayó en una larga pausa, y se mantuvo totalmente estático, con las manos posadas en su regazo. La proximidad de su muerte era en este caso una de esas circunstancias visibles y evidentes, aun antes de que sucedieran.

—Suelo respetar las más diversas opiniones, pero me gusta confrontarlas con las mías... Creo que estaremos de acuerdo en que los impulsos nerviosos poseen su propia carga eléctrica, ¿no es así? Y que esos impulsos tienen un centro emisor, que es la corteza cerebral, ¿verdad? ¿Por qué no admitir que esa materia sea capaz de lanzar fuera de su masa esa carga electro-magnética y que otra masa similar capte las ondas específicas de ese espectro y las descodifique? Claro, si hay toda una serie de condiciones para que eso ocurra... Mire, ¿quiere que le diga lo que usted está pensando ahora?

—Me gustaría.

—Que yo soy un viejo charlatán, ¿no es verdad?

—Casi: pensaba que es usted un buen conversador... y un poco charlatán. ¿Cómo lo supo?

La sonrisa de Forcade se trabó más alto esta vez y el Conde debió

esperar a que el telón de sus labios descendiera morosamente para oír la respuesta.

—Porque mucha gente lo piensa de mí. Je, je —dijo y rió, como si tosiera, sin darse el lujo de soltar sus músculos faciales—. Me ha hecho bien hablar con usted. Casi hasta me olvidé de que está de visita en la casa por la muerte de mi hijo Miguel.

—Lo lamento, doctor —dijo el Conde, incapaz de encontrar una salida más digna que la de una frase común.

—Yo también lo lamento mucho. Quería a mi hijo más que a estas plantas, como se imaginará. Por eso quisiera que usted pudiera descubrir quién lo mató peor que como se mata a un animal rabioso.

—Lo estoy intentando.

—Mi hijo jugaba juegos peligrosos y eso a veces cuesta caro... Cuando lo vi regresar a Cuba tuve la sensación de que algo malo podía pasar.

—¿La telepatía le ha permitido saber algo que pueda ayudarme?

El viejo Forcade permaneció en silencio, como si no hubiera escuchado la pregunta. Pero sus manos abandonaron sus piernas y ascendieron hasta su cabeza, para mesar los ralos cabellos blancos.

—La telepatía no me ha dicho nada, pero la experiencia me advierte que lo asesinó alguien cercano a él.

—Eso pienso yo. ¿Pero de quién sospecha usted?

—No sería justo que le respondiera esa pregunta y lo influyera, porque he comprobado que usted es un hombre que se prejuicia con facilidad... Pero vamos a hacer lo siguiente: avance usted solo hasta donde pueda y si siente que se le cierran todos los caminos, entonces venga a verme y confrontamos opiniones, ¿le parece?

—No creo que sea lo mejor, pero si usted lo prefiere...

—Sí, creo que sí. Usted tiene prisa por resolver este caso, y le sobra inteligencia para hacerlo, eso se ve. Y yo quiero que lo resuelva, porque es la vida de mi hijo lo que se perdió en esta tragedia. Pero prefiero ser

espectador hasta que deba dejar de serlo. ¿Me entiende? Un hombre que está a punto de morirse y pierde a su hijo después de diez años sin verlo no suele tener prejuicios confiables: la pasión puede dominarlo, y sería lamentable que yo lo influyera en un sentido equivocado. Por eso es preferible que su mente trabaje sola, hasta agotar sus posibilidades.

—Pero mi lectura de su cerebro me dice que usted puede ayudarme. Yo necesito saber lo que Miguel vino a buscar y a lo mejor usted puede saber algo que...

—¿Ya cree en la telepatía? —lo cortó el anciano.

—Un poco más... pero quiero tener otra prueba. Voy a pensar en algo muy concreto y voy a tratar de transmitírselo. ¿Lo intentamos?

Alfonso Forcade sonrió, pero a la vez pudo afirmar con la cabeza. El Conde, por su lado, se concentró en un pensamiento, y se propuso enviarlo fuera de su mente.

—¿Ya? —preguntó el policía.

—Un momento, un momento... Ya —dijo el anciano.

—¿Qué es?

—Muy fácil, teniente. Es asombroso, pero sus pensamientos son totalmente transparentes: usted estaba pensando en un cuadro, en una pintura donde se ven unos árboles. Aunque todo estaba como un poco difuso, ¿no?

—Claro, es un paisaje impresionista —confirmó el Conde, sorprendido con su capacidad transmisora.

—Debe de ser lindo ese paisaje. Lástima que yo no lo haya visto.

—Ni yo tampoco —se lamentó el policía, y extendió su mano para tomar la derecha del anciano, otra vez dormida sobre las piernas derrotadas—. Gracias por la conversación —dijo, y soltó la mano del viejo: ojalá Forcade no hubiera adivinado que su mente tembló con la idea de estar tocando los huesos de un difunto.

—No se avergüence, teniente —dijo el viejo, y el Conde debió sonreír.

—Forcade, ¿qué dicen sus plantas del ciclón *Félix*?

El anciano volteó la cara hacia el jardín, y observó por unos minutos sus plantas.

—Aquella salvia tiene miedo, lo sé por sus hojas. Y la flor de ajo, mírela, parece más abrazada al tronco del mamey... Ese ciclón viene, teniente, y va a pasar por aquí. De eso puede estar seguro.

—Menos mal —dijo el Conde y se alejó, sin atreverse a pensar en nada. Así que transparente, ¿no?, y rescató la flor para olerla de nuevo. El sargento Manuel Palacios conducía el auto por la avenida de Rancho Boyeros a una velocidad superior a la que era capaz de resistir el Conde, pero esta vez el teniente lo dejó que coqueteara con la muerte: en definitiva aquella circunstancia —a veces visible y evidente— solía ser esquiva y caprichosa. Mario Conde deseaba estar cuanto antes en su casa y así se lo dijo a Manolo cuando éste le preguntó si haría una escala para ver a su amigo Carlos.

—No, lo que quiero es dormir, y no pensar hasta mañana en Miguel Forcade.

—No sé por qué le dijiste al jefe nuevo que mañana resolvíamos el caso. Yo lo veo difícil.

—Dios proveerá, decía mi abuelo —ripostó el Conde, con un suspiro, cuando ya el auto avanzaba por Santa Catalina y se acercaba a la casa de su más viejo y sostenido amor: la jimagua Tamara.

Habían pasado varios meses desde su último encuentro, al fin materializado en la inmensidad de una cama mullida, con unas hondonadas suaves provocadas por el peso de los cuerpos: el suyo sobre el de Tamara, el de Tamara sobre el suyo, y el Conde todavía era capaz de sentir, en sus brazos y en su piel, la rotunda densidad de aquella estructura femenina, añorada durante quince años, a lo largo de los cuales le dedicó sus mejores masturbaciones. Entonces su cerebro enfebrecido siempre debía ponerlo todo, pues salvo la cara de la jimagua y la certeza de sus muslos tersos y compactos, devorados con la vista en el patio de

educación física del preuniversitario, el resto era pura imaginación poéticopornográfica, elaborada sobre el convencimiento de que lo desconocido debía corresponder con lo imaginado: y el margen de error había sido mínimo: Tamara tenía las nalgas tan duras, el pubis tan encrespado, los pezones tan vigorosos como lo había imaginado, y la sola idea de que quizá fuera posible besar otra vez aquellas carnes cortaba la respiración del policía cada vez que pasaba frente a su casa. Pero dejaron atrás el hechizo de Tamara y el Conde pensó si debería ponerse a la ofensiva para intentar hundir otra vez su pica en aquella envolvente tierra de Flandes. Definitivamente: esa mujer hermosa y superficial, acostumbrada a una vida desahogada y fácil, ¿sería para siempre la obsesión sexual de un tipo tan jodido y desastroso como él, incapaz de garantizar la más mínima seguridad a nada ni a nadie, ni siquiera a sí mismo?

Cuando al fin entró en su casa, el Conde pensó que lo mejor era olvidarse de Tamara para no terminar en otro de sus ejercicios solitarios. En el silencio indeseable de la casa vacía, sintió cómo bajaban sobre sus hombros la acumulación de hambres, dudas, depresiones y cansancios arrastrados durante todo el día. Una laxitud física le recorrió las piernas, desatando músculos, nervios y articulaciones que caían al suelo como chatarra inservible, pero el deseo de tirarse en la cama fue rebatido por el murmullo torpe de sus intestinos, clamantes al borde de la autofagia. La posibilidad de buscar alivio alimentario en la casa del Flaco había sido desechada por la molicie: una necesidad física de estar a solas, él con su hambre y su soledad, lo había empujado hacia la casa desierta, en la que reinaba una insultante sequía gastronómica y donde ni siquiera habitaba ya un pez peleador. Seguramente su amigo querría hablar de fiestas y onomásticos, cuando él apenas sentía dentro rencores y frustraciones, y aquello no era justo: bastante jodido estaba Carlos para que él lo hundiera un poco más con sus depresiones masopoliciacas... En fin, todo pintaba mal, hasta que, al abrir el refrigerador, tuvo una agradable sorpresa:

enrollados, como lombrices benignas, vio los espaguetis dejados varios días antes en el fondo de la cazuela, enrojecidos por el tomate y punteados de oscuro con los restos de un picadillo de presumible origen animal.

Mientras las pastas se calentaban a baño de María, el Conde se metió bajo la ducha y dejó que el agua fría corriera por su cabeza, limpiándola de suciedades externas. Se enjabonó concienzudamente y al insistir en el lavado del pene sintió una tentación llamada Tamara que reprimió con saña policial. Si me hago una paja me muero, fue su conclusión racional, y dejó que el agua fría atenuara los vapores involuntariamente despertados por la advertencia de necesidades físicas demasiado tiempo pospuestas. La remembranza dolorosa de su aventura con la jimagua, siempre le provocaba similares efectos. Pero ahora que el Flaco la había convocado para su fiesta de cumpleaños, la cercanía del encuentro provocó que la mujer se instalara como la reina indiscutida de la memoria erótica del Conde, que se preguntó, retórico y sin respuesta, hasta cuándo iba a seguir enamorado de ella.

Con el cuerpo todavía húmedo y la toalla envuelta en la cintura, fue hasta la cocina y apagó el fuego. Mientras terminaba de secarse la cabeza encendió el televisor, que transmitía a esa hora el noticiero de la noche. Los efectos ascendentes, descendentes y expansivos del proceso contra la corrupción en la policía volvían a tener eco y espacio en un editorial seriamente leído por el comentarista, donde se hablaba de castigos necesarios, medidas ejemplarizantes, actitudes inconcebibles y de pureza histórica, moral e ideológica. Pero lo que nadie sabía era cómo terminaría aquella cirugía radical elevada ya a alturas ministeriales, aunque la perspectiva de escapar ileso de esa purga necesaria, como advertía ahora el editorial, alivió el alma compungida del teniente, que miró con esperanzas la brevedad del tiempo que lo separaba de su liberación: apenas veinte horas... Como se lo había propuesto, el Conde se negó a seguir pensando en las razones posibles de la muerte de Miguel Forcade y

se concentró en el reporte meteorológico especial que, con rostro de circunstancias, ofrecía el Pronosticador Oficial:

—A las ocho de la noche, hace sólo unos minutos, los reportes del satélite ubicaban a *Félix* aquí —y señalaba con su puntero en el mapa, sobre un remolino blanco enloquecido en medio del Caribe—, en los ochenta y dos grados de longitud norte y los veintiuno coma cuatro de latitud oeste, es decir, a unos ochenta kilómetros al norte de la isla Gran Caimán y doscientos cincuenta casi al sur de la porción este de la isla de la Juventud. Se pronostica que este fuerte huracán tropical, el más intenso de las últimas temporadas, seguirá moviéndose en un rumbo próximo al norte, a razón de unos dieciséis kilómetros por hora, por lo que representa ya un peligro inminente para las provincias occidentales de la isla, en especial las de La Habana y Matanzas, por donde podría cruzar entre la madrugada y la mañana del jueves, trayendo lluvias intensas y vientos de más de ciento ochenta kilómetros por hora, con rachas de hasta doscientos cuarenta kilómetros, que incluso pueden ser superiores en zonas cercanas al centro del huracán —dijo, y cedió la palabra al coronel de la Defensa Civil, quien repitió las precauciones a tomar ante la llegada al parecer irreversible de aquel ciclón *Félix* que, como había pronosticado y concluido el Conde, tenía que venir. Y sintió miedo.

Al tiempo que el país se preparaba para resistir los embates del fenómeno atmosférico, el Conde, displicente, fue tragando su plato de espaguetis reblandecidos por los bruscos cambios de temperatura a los cuales fueran sometidos a la proveya edad de seis días después de cocinados. Pero saben bien estos cabrones, pensó, masticando la pasta y sólo lamentando que el clima infernal y ciclónico de la isla no permitiera el cultivo de vides y la fabricación de vinos: porque un tinto, así sin enfriar, hubiera puesto en las nubes aquel bocado de cardenal napolitano, ascendido de jerarquía culinario-eclesiástica por el hambre de un policía la víspera de su jubilación. Lástima que no pudiera añadirle unas yuquitas fritas, y sonrió malvado, ante el dilema del mayor Rangel, monógamo

lamentable, rey destronado y degradado a bebedor de infusiones.

El plato vacío fue a dormir en el fregadero junto con otros platos, vasos y cazuelas allí amontonados, entre la grasa y la desidia. De la sumatoria de suciedades pospuestas, el Conde rescató, sin mojarse los dedos, el jarro de batir el café y, luego de cepillarse los dientes, puso en el fogón la cafetera italiana y aguardó la colada. Con ojos melancólicos observó la manifestación de botellas ejecutadas que se acumulaban en un rincón de la cocina y cuando ya escuchaba los primeros estertores de la cafetera, tuvo la idea más feliz de la noche: en un vaso recogió las gotas de roñes diversos, todos baratos, agazapados allá en los culos distantes de las botellas y consiguió reunir casi un dedo de alcohol en el vaso que convocaba los restos ordeñados. Con una alegría tangible, el Conde batió el café y lo devolvió a la cafetera, para servir un trago largo sobre la convención de rones y conseguir, en una solución única, la comunión de dos sabores tan necesarios para su vida: y hasta sabía bien aquel rocío de gallo con el que se fue hacia el teléfono para marcar el número del flaco Carlos.

—Soy yo, animal —dijo, cuando escuchó la voz de su amigo.

—Dime, salvaje —respondió el otro—. ¿Qué estás haciendo?

—Nada de nada.

—¿Y cómo va tu caso?

—Bien y mal, las dos cosas a la vez... Por cierto, hoy supe que mis pensamientos son transparentes y transmisibles.

—Pues me alegro por tus pensamientos. Y ahora diles que recuerden lo de mañana.

—Claro que me acuerdo... El lío es que no tengo un centavo para comprar nada.

—Olvídate de eso: mañana es tu cumpleaños... Así que ven temprano para acá. Dice la vieja que si quieres no comas en todo el día, que lo que va a cocinar es mucho.

—Esa vieja está loca y va a terminar presa... Oye, pero te llamé por



dos cosas... No sé tú, pero yo estoy preocupado con Andrés. A ese cabrón le pasa algo, yo nunca lo había visto tan agresivo con todo.

—Sí, el tipo está más raro que el carajo. Yo hablé con su madre y dice que con ella también está muy extraño. Algo le pasa a ese príncipe de Dinamarca, ¿no?... ¿Y cuál es la otra cosa?

—Ah, dime tu opinión, tú que eres un hombre inteligente, ¿tú le creerías algo a una mujer que se tiñe el pelo?

—¿De qué color?

—De rubio.

—Ni una palabra.

—¿Por qué?

—Porque las rubias que no son rubias son putas o mentirosas. O las dos cosas a la vez, que es cuando son mejores...

—Sí, es verdad Oye, gracias por el consejo. Dile a tu madre que mañana voy a ayunar en su honor.

—Se lo digo. Pero no te compliques y ven temprano, mi hermano.

—Segurete... Hasta mañana, mi hermano.

El Conde terminó de un trago la mezcla de café con ron y sintió que, a pesar del sueño y el cansancio, debía dar unos golpes con su decrépita Underwood: necesitaba reventar un furúnculo doloroso y decir algo que no se atrevía a expresarle verbalmente al flaco Carlos y quizás aquella historia sobre la amistad, el dolor y la guerra que venía rondando en su cabeza desde hacía varias semanas, al fin estuviera lista para salir, precisamente esa noche. Ahora cargaba en su espíritu una dosis suficiente de amor y escualidez como para trasvasarla al papel y, sin más dilaciones, puso la máquina sobre la mesa del comedor y leyó el último de los papeles que había quedado prendido al rodillo, la remota mañana del día anterior:

*El joven cayó de bruces, como si lo empujaran, y antes que dolor sintió el vaho milenario a pescado podrido que brotaba de aquella tierra*

gris y estéril. El polvo le irritaba los ojos y le tapiaba la nariz, haciendo difícil la respiración, que casi se tornó imposible cuando al fin se desató el dolor: nacía en el centro de la cintura y empezaba a extender sus redes hacia las piernas y sobre el pecho, que apenas sintió húmedo por la sangre que devoraba la tierra enferma y maloliente.

Casi sin pensarlo el Conde puso los dedos sobre las teclas gastadas y sintió que sus manos pensaban por él, mientras las letras se iban grabando en el papel recién envuelto en el rodillo.

*Antes de perder la conciencia comprendió que estaba herido, que no podía moverse y que quizá muy pronto todo habría terminado: la idea le resultó extraña pero congruente, pues aunque sólo tenía veintidós años y no acostumbraba a pensar en la muerte, el hecho de estar en la guerra ponía sobre la rueda de la fortuna aquella posibilidad hasta entonces lejana.*

*Despertó escuchando ruidos de motores y una voz le dijo: Tranquilo, ya vamos para el hospital, y desde su posición, tendido boca abajo, vio copas de árboles fugaces, empequeñecidas por la altura del helicóptero, pero el vaho de mar muerto de la tierra seguía prendido a su olfato, tan tenaz como el dolor que le provocó un nuevo desmayo.*

*En realidad el joven nunca supo de dónde salió la bala que le quebró dos vértebras y le destrozó la médula. Después pudo recordar que, antes de caer al suelo había estado pensando en las cosas que debía hacer cuando regresara a su casa. Eran planes simples, llenos de una ingenua cotidianidad, sostenida, como siempre, sobre dos pies: sueños de amor, de futuro, proyectos de vida pospuestos por la decisión de que él participara en aquella guerra remota. Por eso, cuando volvió a recuperar la lucidez y sintió una inmovilidad de vacío hacia el sur de su organismo, preguntó a la enfermera si le habían cortado las piernas y ella sonrió, asegurando que no, y cuando él le preguntó si volvería a*

*caminar, ella sólo negó con la cabeza y le mesó el cabello, como gesto de posible consuelo para lo inconsolable.*

*¿Por qué a él, precisamente a él, le tocó aquella bala precisa que en menos de un segundo había venido a cambiarle la vida? Sabía que aquél era uno de los riesgos de la guerra pero le pareció demasiado cruel que todo pudiera terminar así. Él, que nunca había pensado en guerras, que siempre detestó el frío pesado de los fusiles, y obedeció desde que tuvo uso de razón, creyendo que aquella obediencia lo llevaría a algún sitio distinto de la cama donde ahora yacía, inválido para el resto de sus días: precisamente él había recibido aquella bala sin remitente, dirigida por un ser sin rostro y disparada por un odio que él nunca había sentido ni compartido.*

Y el Conde se preguntó: ¿es ésta la historia conmovedora que quiero escribir? No, aquello apenas era el prólogo de un episodio que resumía una cruel experiencia generacional y el reflejo quemante de una culpa ajena asumida como propia, pues él siempre pensó que su espalda debió haber sido la que recibiera «aquella bala sin remitente», y no la del flaco Carlos, el mejor hombre que hubiera conocido. Luchaba con la disyuntiva de seguir por aquel rumbo o desgarrar la cuartilla, cuando comprendió la dimensión verdadera de sus dudas: ¿era capaz de decir, sin ocultarse nada, todo lo que sentía, creía, pensaba, deseaba escribir? ¿Sería tan honesto consigo mismo como para confesar sobre aquel papel sus miedos, sus insatisfacciones, su dolor incurable? ¿Podría decir lo que otros callaban y que alguien, alguna vez, debía decir? El Conde encendió otro cigarro, cerró los ojos y aceptó que él también tenía miedo.

Abrió los ojos sin miedo, pero con la certidumbre de haber llegado a la horrible edad de treinta y seis años y de que precisamente aquél sería su último día como policía, y lo que vio ya no fue capaz de sorprenderlo: una pecera vacía, una cama que era ocupada sólo en la mitad más hundida, unos libros cargados de polvo, añoranzas y envidias postergadas, una botella de ron Caney exprimida como un trapo, un futuro nebuloso y temido y, enmarcado en el ángulo estrecho que le ofrecía ahora la ventana, vio también un pedazo de cielo, que volvía a estar puñetera y empecinadamente azul. Pero apenas pensó en el ciclón *Félix*, que quizá ya estaba al doblar de la esquina, disciplinadamente detenido, esperando la invocación del Conde para incorporarse a la vía preferencial de la Calzada y ejecutar su limpieza general, sino que estudió el reloj, donde halló la advertencia de que todavía le faltaban seis horas para cambiar de edad: como si aquello fuera importante, ¿no? Su madre le había dicho que él había nacido a la una y cuarenta y cinco de la tarde del 9 de octubre y cada año que estuvieron juntos ella esperó con paciencia hasta esa hora para acercarse, abrazarlo y darle el tercero de los cuatro besos que intercambiaban en todo el año. Los tres restantes correspondían al cumpleaños de ella, el 15 de abril, al Día de las Madres, siempre el segundo domingo de mayo, y el último beso era el del 31 de diciembre, justo mientras las campanas marcaban los segundos finales del año y tragaban uvas, cuando uvas había: hasta doce, si lograban reunir tantas. Cuando el Conde creció y decidió esperar el Año Nuevo con sus amigos, en fiestas callejeras o en la casa del Flaco, los besos anuales se redujeron a tres, y ahora Mario Conde lamentaba aquella irreversible escasez de afecto y amor expreso que él y su madre establecieron en una relación tímida y profunda, pero incapaz de mostrar físicamente lo que

sentían en su interior. Porque muchos otros acontecimientos de sus vidas hubieran merecido la congratulación natural de un beso: su graduación en el preuniversitario, quizá; la publicación de su cuento «Domingos» en el boletín del taller literario del Pre; el acto de su primera comunión, él, tan puro y tan listo para recibir la carne y el espíritu de Cristo, ella toda de blanco con aquel vestido crujiente de almidones y encajes, que el Conde recordaba más que la circunstancia, ahora puesta en duda, de si ella lo había besado o no. Sin embargo, su madre le entregó otras formas de afecto que él guardaba en el reservorio más sagrado de sus recuerdos: por ejemplo, aquel día en que, sin tocar a la puerta, entró en el baño y la vio desnuda. Mario tendría nueve años y ya creía saber algo de los secretos de la desnudez femenina, y el cuerpo húmedo y brillante de su madre, con aquellos senos pulposos, coronados por unos pezones marrones y pronunciados y la vellosoidad púbica, renegrida y abundante, lo paralizaron por un momento, antes de dar media vuelta para escapar de la visión femenina que sabía prohibida, cuando ella lo llamó y le dijo: Ven acá, Mario, y él se volteó lentamente, mirando a la cara de su madre para no volver a observar sus senos y su sexo oscuro, y ella le repitió, Ven, que yo soy tu madre, y lo tomó del brazo y le colocó la mano sobre el vientre mojado para decirle: Mira bien esa cicatriz, y él vio un cordón rojizo y antiguo sobre la piel, que nacía debajo del ombligo y se perdía entre los vellos del pubis, y ella le dijo: Por esa herida tú llegaste al mundo, y él grabó para siempre en su memoria esa marca eterna de la unidad irrepetible que lo ligaba a aquella mujer, a la cual no volvería a ver desnuda hasta el día de su muerte, cuando, rompiendo todos sus pronósticos, decidió ser él quien limpiara su carne inmóvil con la colonia que ella prefería, y acarició otra vez la herida de su origen y le dio el primer y único beso de aquel año, pues ella había muerto un 16 de enero, tres meses antes de su cumpleaños. La cantidad de besos dejados pendientes fueron tantos que el Conde siempre se preguntó por qué el beso era el signo máximo del amor: pura patraña labial y sexual,

judeocristiana y eurocentrista, se decía entonces, y se dijo ahora, al recordar que en su octavo cumpleaños hubo un beso adicional, entregado después del beso infaltable de la una y cuarenta y cinco, aquel beso vespertino especialmente otorgado para la foto de su último aniversario con cake y refrescos, aquella ocasión en la cual, por última vez, se retrataría con tantos primos luego perdidos en los caminos del exilio y la lejanía, y con el abuelito Rufino, muerto unos años después. Aquellas fotos, confinadas como estigmas al cajón de las nostalgias malignas, que prefería no mirar para esconder la certeza de que alguna vez había sido tan feliz y tan querido, tan miembro de ese concepto perdido llamado familia, recogían aquel beso de su madre y el abrazo al viejo patriarca del clan de los Condes, en cuyas piernas ya vencidas se había sentado él, para sonreír a la cámara de Oliverio, mientras su brazo caía sobre el cuello del anciano que le había enseñado las primeras nociones del mundo real: por ejemplo, la de no jugar si no estás seguro de que puedes ganar. El viejo Rufino el Conde, eterno alardoso de sus proezas de juventud, era en aquella cartulina una presencia todavía sólida, alejada de la imagen final del hombre corroído por una enfermedad capaz de consumirlo, después de haber ablandado sus piernas de piedra, aquellas piernas que al sentirse vencidas decretaron su fin como gallero cuando en medio de una huida le advirtieron de su incapacidad de hacerlo escapar de las redadas policiales decretadas contra los jugadores clandestinos de gallos de lidia. En la última foto memorable de aquel cumpleaños memorable, el Conde recordaba uno por uno los familiares reunidos, todos sonrientes tras el cake con ocho velas, como si supieran que aquella conjunción de la tercera, la cuarta y la quinta generación de la familia de Teodoro Conde, el tráfuga canario llegado a Cuba hacía siglo y medio, sería una imagen alarmante y final: la diáspora, la muerte, la distancia y la desmemoria acechaban a aquella familia fotografiada el nueve de octubre de 1961 y ya predestinada a no volver a reunirse, ni siquiera para el velorio del abuelito Rufino, que vio morir en vida su mayor deseo: salir hacia la

muerte rodeado por todos sus hijos y nietos. Cabrón destino, pensó el Conde, y empujó con violencia aquella imagen ahora prendida en su cerebro para recordar, con la más pequeña sonrisa que era capaz de formar, la celebración particular de sus once años, hecha en la soledad del baño de su casa. Para él y para sus amigos de entonces era un axioma irrefutable que sólo a los once años, justo a los once años, exacta y puntualmente a los once años el pene empezaba a servir para algo más que expulsar orina varias veces al día: ahora el pito, el pajarito, la pichita, la cosita, se convertía, por obra y gracia de la edad alcanzada, en un instrumento de combate llamado pinga —o morronga, o caoba, o tranca, o cabilla, o verga, casi siempre así, de sexo gramatical opuesto al sexo que encarnaba— y podía lanzar unas gotas blancas llenas de funciones inéditas, entre ellas la de provocar placer. Y Mario Conde, siguiendo consejos sabios, se encerró en el baño con aquella vieja revista de su tío Maximiliano, confiscada por su primo José Antonio, en la que varias mujeres se habían dejado fotografiar mostrando tetas y culos y hasta bollos peludos (y uno pelado). José Antonio, experto pajero si los había en el universo, practicante de la paja del fantasma, de la capuchino, de la ambidextra, de la jabonosa, de la mixta y de siete modalidades más (incluida la suicida paja del murciélago, aquella que únicamente se consigue colgándose del alero de una casa con un brazo, mientras se otea por la ventana de un baño y la otra mano ejecuta la frotación), le había aconsejado que el mejor modo de hacerlo (sobre todo si era la primera vez) era mojándose con saliva: la saliva es caliente y resbala como si se la hubieras metido a una mujer o una puerca... Pero al Conde le preocupaba la falta de otras señales complementarias para su debut sexual: ni en sus axilas ni en su pubis había brotado aún un solo vello, su voz seguía siendo infantil y aflautada, y —lo que sin duda era peor— todavía le interesaba más jugar pelota que mirar a las mujeres. Pero tenía once años, justamente once años y su momento había llegado: contemplando las cálidas fotos de las mujeres desnudas, sintió un leve

corrientazo en los genitales y un certero endurecimiento en el pequeño miembro, sobre el cual dejó caer un par de salivazos antes de comenzar la precisa frotación, atrás, adelante, atrás, adelante, que endureció más su ex pito, ya convertido en pinga adulta y masculina, que se endureció más, y más, y creció como una serpiente llamada por flautas mágicas, atrás, adelante, más saliva, hasta que algo se removió en un lugar de su cuerpo que no pudo ubicar y unas gotas de ámbar blanco corrieron por su mano apestosa a saliva y sudor, para dejarlo vacío e interrogante: ¿y esta mierda es lo que debe ser tan bueno?, dudó aquel día de su undécimo cumpleaños y sólo comprendió su gravísimo error de apreciación cuando, casi un año después, entrevió los senos de su vecina Caridad, asomados por un escote descuidado, que le removieron el escroto y lo obligaron a correr hacia su casa, encerrarse otra vez en el baño y, olvidado de la saliva por una prisa nunca antes sentida, empezar a frotarse con los senos de Caridad en los ojos de la mente —dos protuberancias duras, él lo sabía, inflamadas en la punta por aquellos pezones color de tierra— y casi sin darse cuenta sentir la sacudida brutal, el calor proveniente de todos sus poros, el escozor que emanaba de sus testículos y ascendía por su espalda, y el derrame blanco, brillante, autopropulsado, que salió de su pene para incrustarse contra los azulejos de la pared, y saber, ahora sí, por qué su primo José Antonio era un pajero con diploma: aquello era la vida misma..., concluyó y, después de fumarse un cigarro que lo hizo toser, acudió ahora sí a la saliva y disfrutó de su segunda masturbación adulta. Desde entonces empezó a practicarla dos y tres veces por semana, hasta descubrir, muy cerca del día en que cumplía los veinte años, que había una sobrevida: provocar ese mismo derrame en un sitio mejor que los azulejos del baño: la vagina de una mujer.

—La vagina de una mujer —dijo en voz alta, vuelto a la conciencia de policía en su presunto día final: quizá la muerte de Miguel Forcade no tuviera nada que ver con sublimes obras de arte cuya falsedad conocía, sino con algo más cercano, mundano y a veces importante como la vagina



de una mujer. O, al menos, por aquel camino escabroso, húmedo, codiciado y fatal, tal vez podría llegarse a la verdad. Fue una revelación inesperada, adornada con unos ojos de un gris letal (¿no eran verdes?, ¿o azules?), medio ocultos por unas pestañas rizadas como el mar cuando un ciclón se aproxima.

La orden del coronel Molina brotó del interfono y la suboficial que fungía como nueva jefa de despacho y había estudiado con ojos críticos la facha del teniente investigador se puso de pie para abrirle la puerta. El Conde, que había disfrutado de la insatisfacción de la mujer ante su deplorable porte y aspecto, se levantó con un lamento y, sin que ella lo percibiera, tiró hacia abajo de su viejo *blue-jean* y la pistola que llevaba en la cintura cayó en el suelo, sonoramente. Sin embargo, el Conde siguió caminando hacia la puerta de la oficina, como si no hubiera notado la pérdida del arma y la mujer, cuyo asombro había progresado geométricamente, le gritó:

—Pero teniente, se le cayó la pistola.

Frente a la puerta de la oficina del coronel, el Conde se volvió hacia la jefa de despacho y le sonrió, con toda la beatitud convocable en un rostro como el suyo.

—¿Qué pistola?

—La suya, la de usted —e indicó hacia el arma abandonada.

—Mira eso, ya estoy que la dejo dondequiera —comentó el Conde y bostezó, antes de recoger el arma y devolverla a la cintura del pantalón.

Ya sin sonreír avanzó hacia el despacho del jefe y musitó Gracias, mientras pasaba delante de la suboficial que seguramente pensaba en el encabezamiento del informe que le haría por abandono negligente del arma de reglamento.

—Pase, teniente —dijo el coronel, sentado tras su buró, con un cigarro entre los dedos.

—Buenos días, coronel. Vengo a verlo porque necesito que me repita algo que me dijo hace dos días.

—¿Qué cosa le dije?

—Que tenía carta blanca en este caso.

—Pero también le dije que tuviera mucho cuidado, que fuera cauteloso, que no se excediera. Recuerde que debemos evitar un escándalo en los medios internacionales...

—Todo eso está muy bien, pero dígame lo que le pedí...

El coronel Molina se puso de pie y rodeó el buró, hasta quedar frente a Mario Conde.

—¿Qué es lo que quiere hacer, teniente?

—Resolver el caso.

—Pero ¿qué va a hacer que necesita oír otra vez mi autorización?

—Sacudir a algunas gentes que me están diciendo mentiras...

El coronel movió las cejas, como dudando de lo que había escuchado, y se volvió un instante para apagar su cigarro.

—Teniente, entre ustedes, los policías viejos, ¿qué cosa es sacudir?

El Conde se preparó. A este novato también lo había alarmado sin necesidad de montar el complicado *show* de la pistola olvidada.

—No sé, eso depende de... —y se detuvo en el borde del precipicio.

Quizás arriesgaba demasiadas cosas por un chiste, incluida su carta de licenciamiento, y prefirió no hacerlo: aunque lo lamentó. Le hubiera gustado ver la cara de Molina mientras enumeraba aparatos medievales de tortura empleados como sinónimos de sacudir.

—¿De qué depende, teniente?

—De lo que uno quiera saber, coronel. Y en este caso quiero saber dos cosas: primero, lo que vino a buscar Miguel Forcade a Cuba, algo que no pudo llevarse hace diez años y que podría hacerlo rico en dos días... y después, saber quién lo mató, y si fue por esa cosa capaz de enriquecer a un hombre.

—¿Y a quién va a... sacudir?

—A una rubia que quizá no es rubia y que es ciudadana norteamericana pero tiene pasaporte cubano, a un bateador que puede dar jonrones y a un hombre que me robó los zapatos de mi vida... ¿Me repite eso de que tengo carta blanca?

El coronel parecía dudar. Miraba al Conde, se estudiaba las manos, pensaba qué decir cuando el teniente agregó:

—Coronel, para llegar a la verdad no siempre se puede ser ortodoxo y paciente: a veces hay que dar contracandela y sacarla de donde esté metida esa verdad. Y esta rubia, a pesar de mis esfuerzos por aguantarla aquí, regresa a Estados Unidos en dos días. Y si se va, se jodió la verdad. ¿Me entiende? Además, me quedan nueve horas para darle este caso envuelto en papel de regalo. Ahora quiero oírlo, por favor.

Molina sonrió levemente y encendió otro cigarro, después de brindarle uno al Conde.

—Teniente, o usted está loco o el que está loco soy yo por decirle esto: adelante, tiene carta blanca... Y que Dios me agarre confesado.

Si el tiempo hubiera estado a su favor, el Conde hubiese preferido una representación diferente: por ejemplo, tener a Miriam un par de horas en el cubículo caluroso, como si se hubiera olvidado de ella y bajo la supuesta vigilancia de dos hombres uniformados que no le responderían nada si ella preguntaba. Después todo hubiera sido más fácil, pensaba, mientras veía a Miriam sonreír, tranquilamente, luego de haberle preguntado:

—¿Qué, me va a meter presa?

El sargento Manuel Palacios, que la había traído hasta la Central, miró al Conde por encima de la mujer y movió una mano, advirtiéndole que se preparara: de seguro él ya se había llevado su parte cuando le pidió a la viuda de Forcade que lo acompañara hasta allí.

—Nadie la va a meter presa —dijo al fin el Conde—, a menos que

haya hecho algo por lo que deba estarlo, ¿no?

—¿Y qué pude haber hecho? —volvió ella a la carga, con la acritud decidida que el Conde ya le conocía.

Tenía agallas aquella mujer, se dijo, casi alegrándose de no haber sido atrapado por los barrotes de sus pestañas. ¿O valía la pena haber probado aquel fruto maduro del Paraíso? Quizá todavía estuviera a tiempo, se consoló, siempre goloso.

—Eso es lo que no sé, Miriam, pero de algo estoy seguro: usted sabe más, pero mucho más de lo que me ha dicho.

—¿Y qué se supone que sepa?

—Ya le dije: qué vino a buscar su marido a Cuba...

—Y ya yo le dije: vino a ver a su padre. ¿O es que se equivocaron al permitirle venir?

Otra vez el Conde lamentó no haber tenido tiempo de ablandar a Miriam, aunque también pensó que aquellas técnicas suaves quizá no hubieran dado resultados con una mujer así, hecha en la guerra. Lo peor era que si Miriam le cerraba sus accesos, él se quedaba sin caminos por donde adelantar el caso: Fermín seguiría sin decir nada que pudiera inculparlo y Gómez de la Peña, lloroso, había sido devuelto a su casa al amanecer, después de jurar cien veces que desconocía la falsedad de su extraordinario Matisse y el rumbo seguido por Miguel Forcade la noche fatal en que lo visitara. Para rematar, el eficiente Candito lo había llamado esa mañana con una confirmación que el Conde esperaba: aquella muerte y castración no parecían tener relación alguna con las movidas del hampa habanera. ¿Y por qué le cortaron el rabo, Rojo? Eso averígualo tú, Conde, que para eso eres el policía de esta historia, ¿no? ¿Para despistar, para remarcar la venganza, por celos, o pudiera ser otra historia de mariconería? Quién sabe... Y ahora, ¿qué le quedaba? Tal vez tentar la suerte con algún electrón suelto, como Adrián Riverón, sospechoso del delito patético de ser un fumador vergonzante, viejo novio y amigo de Miriam y quizás hasta su confidente; volver a hablar

con la madre del muerto, que no parecía tener la menor idea del mundo en que vivía. ¿Y el viejo Forcade?, se preguntó, sintiendo en su conciencia la certeza de tener todos los caminos cerrados. Al fin y al cabo, todo el mundo aseguraba que Miguel había regresado a Cuba para ver a su padre y esa aparente mentira podía ser la única y verdadera verdad.

—¿Entonces vino a ver a su padre?

—Ya se lo he dicho como diez veces. ¿Por qué no quiere creerme?

—No, si yo le creo, Miriam, pero dígame ahora una cosa, ¿cómo anda la mente de su suegro?

Ella pareció sorprendida por la pregunta que la sacaba del círculo de negaciones y rechazos en el cual se había parapetado.

—Desde que lo conozco está un poco loco. Y ahora que tiene ochenta y seis años creo que se le han quemado más cables...

—Pero no está esclerótico, ¿verdad? —preguntó para tensar la cuerda, y la cuerda sonó.

—Bueno, para mí que sí, que el pobre ya ni sabe en el mundo en que vive... —dijo, después de un titubeo inicial y el Conde supo que podía haber dado en el blanco. Sonriendo, el policía aprovechó la llegada de su momento.

—Me va a perdonar, Miriam, pero necesito que se quede aquí en la Central. Será cosa de una hora o así. Yo regreso enseguida y continuamos la conversación. ¿Puede ser?

—¿Estoy obligada?

El Conde sonrió un poco más: quería parecer amable, incluso despreocupado y alegre, cuando le dijo:

—Creo que sí —y salió al pasillo, antes de que ella pudiera lanzar los reproches civiles, consulares y democráticos que elevaría sin duda hasta el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Manolo, que lo había seguido con la velocidad propulsada por el miedo que sentía de quedarse solo con Miriam, le preguntó alarmado.

—¿Pero qué tú vas a hacer, Conde?

—Salir contigo ahora mismo para casa de los Forcade. Pero antes busca a dos gentes que se queden vigilando a Miriam. Diles que la pongan en otra oficina, y no la dejen sola y no hablen con ella... Y apúrate, que el Zorro ataca de nuevo —dijo y extrajo la espada vengadora del defensor de los humildes, y con tres golpes al aire, zas, zas, zas, dejó grabada la zeta indeleble del justiciero enmascarado.

La madre de Miguel los recibió con una sonrisa confusa en los labios y su habitual acumulación de magnesita en las comisuras. Tal vez se alegraba de verlos, pues podían ser portadores de la magra satisfacción de anunciarle la captura del asesino de su hijo. Nerviosa, la anciana los invitó a pasar y el Conde se aprovechó de la posible confusión para tocar un tema pospuesto.

—Son hermosas esas lámparas, señora —y se acercó a las seguras Tiffanys y dejó correr sus dedos por las venas emplomadas de la lámpara de pie que imitaba un árbol frutecido en sus vidrios, hasta hallar la firma que la autentificaba: ésta sí— . Nunca había visto una como ésta...

Ella asintió, orgullosa, y se acercó también a la lámpara.

—Es que esa Tiffany es un objeto raro. De ese tipo sólo se construyeron cinco. ¿Se imagina? Lo sé porque varias veces han venido a vernos para comprarlas. Mi esposo es el que sabe más de eso, pero él siempre se negó a vender nada si Miguel no lo autorizaba, porque mi hijo le pidió que tratara de conservarlo todo...

—Porque todo esto era de Miguel, ¿verdad?

—Sí, él lo consiguió todo.

—De verdad no me explico cómo pudo abandonar tantas bellezas... —soltó el Conde, por ver si saltaba la liebre.

La anciana se frotó las manos, quizás humedecidas por el sudor y admitió:

—Yo tampoco.

El Conde la miró, con toda la amabilidad que era capaz de colocar sobre su mirada, y se lanzó a fondo:

—Caruca, todavía no sabemos qué pasó con su hijo. Tenemos alguna idea, y necesitamos que usted nos ayude en algo...

—¿Pero en qué?

—Nos hace falta hablar ahora mismo con su esposo.

Ella volvió a frotarse las manos, sorprendida por aquella forma de ayuda que debía ofrecer. Sus ojos, ahora, se habían humedecido, como irritados por una imprevista corriente de humo.

—Pero él está inválido y no sale de la casa hace mucho tiempo. Él vive en su mundo, qué puede saber...

—No importa. Yo hablé ayer con él y es evidente que su mente funciona muy bien y nos interesa hablar de cosas que ocurrieron hace algunos años. ¿Podemos?

—Es que a él lo afectó mucho lo de Miguel... —susurró, tratando de levantar un último parapeto para proteger a su marido de la resaca interminable de la historia sórdida fabricada con la muerte de su hijo.

—Caruca, peor es que él nunca sepa quién fue el salvaje que mató a Miguel, y peor todavía que esa persona quede impune, ¿no le parece? Díglele al doctor Forcade que mi mente agotó todas las posibilidades y sólo me queda confrontar opiniones con él. Díglele exactamente eso.

La anciana dudó unos segundos más, pero el Conde sabía que sus defensas eran vulnerables, como sus digestiones, culpables de la devolución de aquella pasta blanca hacia sus labios. El policía pensó insistir sobre la llaga, pero la mujer asintió con la cabeza.

—Espérese un segundo. Voy a prepararlo y a decirle que ustedes quieren verlo, porque su mente agotó todas las posibilidades y sólo le queda confrontar opiniones con él, ¿es así?

Y sin esperar respuesta buscó las escaleras que conducían a las habitaciones superiores. Sus pasos eran cortos pero visiblemente seguros.

—¿Y cuánto vale una lámpara como ésta, eh, Conde? —preguntó Manolo cuando la anciana escapó de su vista.

El policía encendió un cigarro y lamentó, como siempre que le ocurría, no encontrar un cenicero de barro o de metal. Sólo vio objetos quizá dignos de figurar en algún museo: porcelanas, vidrios tallados, piezas de estilo rococó, que corrían el peligro de morir en las manos torpes de Mario Conde.

—No sé, Manolo, pero son unos cuantos miles... ¿Qué tú harías con una lámpara así que se pudiera vender en cincuenta mil dólares?

—¿Yo? —se sorprendió el otro, y sonrió—. Pues venderla y formar después una gozadera que ni amarrándome me controlaban. ¿Y tú?

—Yo soy un artista, Manolo, acuérdate de eso... Pero también la vendería y tendrían que amarrarme junto contigo. Te lo juro por lo que me queda de hígado...

Casi diez minutos dedicaron los dos policías a mejorar o destruir sus vidas con cincuenta mil dólares tan fácilmente ganados, hasta que, asomada a la baranda del piso alto, Caruca les dijo:

—Ya pueden subir.

Al llegar junto a la mujer, el Conde le preguntó, en voz baja:

—¿Cómo está hoy?

—No sé, un poco cansado, pero dice que sí, quiere hablar con ustedes.

—Gracias, Caruca, usted verá que esto es importante —aseguró el Conde, y entró en la habitación.

Sobre un sillón de madera y mimbre el Conde encontró al anciano mustio que, lejos de sus plantas, parecía más seco y vulnerable. A sus espaldas el Conde observó un altar empotrado en la pared, en el que encontró la imagen central y rectora de una coronada Virgen de la Caridad del Cobre, flanqueada por un San Lázaro llagado y escoltado por sus perros y una muy negra Virgen de Regla. Aquel altar, recordó el Conde y de inmediato maldijo su memoria, era casi una réplica del que



siempre hubo en la casa de sus padres, justo en la pared contra la cual ubicaban la cuna de los recién nacidos. Una Virgen de la Caridad del Cobre como aquélla, con su capa azul y su corona dorada, flotando sobre un mar encrespado desde el que le imploraban los tres hombrecitos que navegaban en un bote, bien pudo ser la primera imagen que retuvieran las pupilas del Conde y de su hermana, la misma hermana que para acceder al carnet rojo de la Juventud Comunista convenció a su madre de la conveniencia de desmontar el altar que siempre estuvo allí, en la mejor pared del cuarto donde ellos habían sido concebidos y en el que recibieron las primeras nociones del amor. El Conde sintió un reflujo de ira y miró otra vez a la Virgen de la Caridad antes de volver alarmado a su tiempo real, pues algo debía de haber hablado con su esposa el viejo Forcade en los diez minutos que ella tardó en volver, porque el rostro del anciano, casi inmutable, se humedecía ahora con las lágrimas que corrían libremente desde unos ojos fileteados de rojo vivo, como si la piel cansada se negara a admitirlos allí por más tiempo. Su pijama de ese día, pulcro y cerrado hasta el cuello, contribuía a acentuar aquella imagen de un final tan deseado como cercano, aunque asumido con entereza.

—Buenos días, doctor Forcade —dijo el Conde, y se atrevió otra vez a tomar una de las manos muertas del viejo.

—Mal día, mal año —respondió el anciano, y sus lágrimas fueron tragadas por el pozo sanguíneo de los ojos.

—Lamento tener que molestarlo otra vez, pero usted sabe tan bien como yo que es importante que hablemos un poco más.

—¿De verdad se le cerraron ya todos los caminos?

El Conde soltó la mano vencida.

—Usted sabe que siempre estuvieron cerrados. Y que usted, que es capaz de saber lo que yo pienso, no me va a negar la posibilidad de confirmar mi certeza de que sólo usted tiene esa llave.

—Ni que yo fuera san Pedro... Pero digamos que sí, que la tengo. ¿Y por qué supone que yo lo voy a ayudar?

—Eso es más fácil de explicar: porque a usted sí le interesa que encontremos al que mató a su hijo. Y ahora estoy más seguro, desde que su esposa me contó que en todos estos años no vendió ni una sola pieza de las que él dejó cuando se fue. Y puedo suponer que a lo mejor en algún momento pudo hacerle falta...

—Es verdad, más de una vez. Y también tiene razón en lo que piensa que debo de pensar: sí, quiero que encuentren al que le hizo eso a Miguel. ¿Sabe una cosa que no le dije ayer? Yo soy cristiano, como está viendo, aunque en mi trabajo me consideraran un científico y mucha gente dijera que la ciencia y la religión son inconciliables. Pero no es así: yo me pasé casi setenta años estudiando las plantas y creo que sólo se puede entender la espiritualidad de esos seres si uno los asume como criaturas creadas por Dios, porque de muchas maneras son más perfectas que los seres humanos... De muchas maneras. Y como cristiano debería creer en el perdón, más que en el castigo terrenal, pero como hombre de este mundo también creo que hay culpas que deben empezar a pagarse desde aquí abajo. ¿No le parece? Y que luego Dios perdone a quien quiera perdonar...

El Conde negó con la cabeza y estuvo a punto de tomar nuevamente las manos de pellejo gastado y huesos finos que el viejo tenía ahora sobre los brazos del sillón. Por segunda ocasión la evidencia de que la muerte podía ser un trámite demasiado próximo lo estaba conmoviendo, pensaba, mientras miraba al anciano que tanto le recordaba a su abuelo Rufino, cuando Caruca avanzó hasta su esposo y le colocó un brazo sobre los hombros.

—¿Te sientes mal, Alfonso?

El hombre levantó sus ojos, ahora más enrojecidos, y sonrió. Cuando sus labios regresaron a su sitio y pudo recuperar el habla, dijo:

—Y eso qué importa ya, Caruca.

—No hables así, chico —lo reprendió ella y le acarició el cuello, con un gesto que sólo podía ser del más profundo y verdadero amor.

—¿Y qué quieren que yo les diga? —preguntó entonces el anciano, con su voz definitivamente clarificada, mirando a los dos policías.

El Conde no lo pudo evitar y miró otra vez a la Virgen de la Caridad, mientras pensaba que seguramente su exigencia iba a ser cruel, y puso en la balanza la crueldad y la verdad. Convencido de su falta de opciones, decidió lanzarse en la pregunta que sólo aquel oráculo, dotado para hablar con las plantas y para registrar las gavetas mentales del policía, podía responderle:

—Doctor, si usted lo sabe, dígamelo de una vez. ¿Qué fue lo que su hijo vino a buscar después de tantos años?

¿Alguno de ustedes ha oído hablar del Galeón de Manila? Claro, no me extraña, porque ese barco parece un sueño perdido en la memoria de los historiadores, aunque hiciera todos los años, por más de dos siglos, una travesía tan atrevida como la de Cristóbal Colón, con la única diferencia de que en este galeón sí se iba en busca del Oriente navegando hacia el poniente... Pero la historia de los viajes de los españoles a Filipinas no empieza hasta después de 1571, cuando Miguel López de Legazpi fundó Manila, y por supuesto, se inicia el tráfico con América, pues era más fácil llegar hasta allí desde México o Panamá que desde España, bordeando África por el Cabo de Buena Esperanza. Por eso enseguida hubo un comercio importante desde México, Panamá, Guatemala y Perú con esas islas, adonde se llevaban productos de América y de Europa que eran muy bien vendidos, en plata, pero ese dinero muchas veces no llegaba a los tesoreros del monopolio de Sevilla. Por eso fue que la corona española debió restringir aquel comercio semiclandestino y sólo quedó con autorización para hacer el viaje hasta Manila el puerto de Acapulco, en el Pacífico mexicano. A partir de 1590 salían de allí dos barcos que demoraban trece o catorce meses en ir y regresar, y luego salían otros dos con el mismo destino, en un tráfico constante y muy

vigilado... Imagínense, ese negocio con Filipinas era uno de los más ventajosos de esa época, tanto que los barcos zarpaban con doscientos cincuenta mil pesos en mercancías y podían volver con más de medio millón en plata, porque desde mucho antes de la llegada de los españoles a Filipinas, aquellas islas eran un centro comercial donde se reunían comerciantes chinos, japoneses y de otros puertos asiáticos, y aquél era uno de los lugares más ricos del mundo... Pero como los reyes de España no querían que otras gentes que no fueran ellos se enriquecieran demasiado, en el siglo diecisiete los dos barcos fueron reducidos a uno solo, de mayor tonelaje, y mucho más controlado, que se conoció desde esa época como el Galeón de Manila: este barco solitario zarpaba de las Filipinas en junio, antes de que comenzara la época de los tifones, y atravesaba el Pacífico en tres meses, para volver en diciembre a Manila y regresar a Acapulco otra vez en junio, cargado de más ganancias. Imagínense si este negocio marchaba bien, que a finales del siglo diecisiete la capitanía de este galeón era el cargo más codiciado de todos los que dependían del gobernador de Acapulco, y para obtenerlo había que pagar unos cuarenta mil pesos, porque cualquier trato que se hiciera en Manila daba beneficios entre un cien y un doscientos por ciento... Por supuesto, las piezas más inconcebibles para la imaginación occidental podían venir en las bodegas del Galeón de Manila: joyas, oro, objetos de porcelana, jade y mucha plata. Luego, el cargamento que desembarcaba en Acapulco cruzaba a lomo de mulos todo el istmo de Chapultepec, para ser guardado en Veracruz, hasta que los buques de la flota española del golfo pasaran por allí para trasladarlo a La Habana, casi al comenzar el invierno... Lo que entonces ocurría en esta ciudad, entre los meses de diciembre y marzo de cada año debía ser algo impresionante: todos los barcos de la flota real, tanto los que venían de la Nueva España como los que habían ido a la Tierra Firme del Sur, y que volvían cargados de oro, plata, joyas, perlas, pieles, y de cuanto tesoro fuera posible rapiñar, anclaban en la bahía de La Habana y los marineros y funcionarios de la

corona se alojaban aquí, y esta ciudad se convertía en una verdadera feria de la lujuria, el placer, el juego y la incontinenencia, provocada por aquella reunión de gentes de todas las layas y categorías, enriquecidas en dos días y dispuestas a empobrecerse otra vez en una sola noche. Acuérdense de que aquellos hombres sabían que cada viaje por el Atlántico podía ser el último de sus vidas, pues los tesoros que conducían a Europa siempre fueron la meta mayor de los corsarios y piratas que los acechaban tranquilamente a la salida del mar Caribe, pues ellos ya sabían que sólo en primavera la flota zarpaba hacia Sevilla. Los tesoros, mientras se esperaba la salida de los barcos, eran almacenados en tierra, con una custodia digna de sus valores. De eso se encargaban el Veedor General, el Capitán General de la Flota y un personaje muy bien llamado el Cancerbero Real, que era designado por el mismísimo rey de España para cuidar de sus intereses económicos.

Pero el caso es que la historia que les voy a contar, y que quizá tenga una relación con la muerte de mi hijo, no empezó por esa época de las flotas, sino mucho antes. Porque el verdadero principio de todo está en la dinastía T'ang, la casa real que gobernó en el sur de China entre los siglos séptimo y décimo después de Cristo y fue la gran impulsora del budismo en esa región de Asia... Bueno, ya desde la época de los Han el budismo se conocía en China y los artistas de esos tiempos habían empezado a representar la imagen de Buda, gracias a la influencia traída por monjes y peregrinos que venían del oeste, sobre todo de la ciudad perdida de Gandhara, donde por primera vez se le había dado una imagen concreta al creador de aquella religión. Porque, aunque ahora nos parezca raro, al principio la imagen de Buda tenía una representación simbólica y no corpórea, y fue en la época de los Han cuando los chinos le dieron una representación física en sus pinturas, en sus porcelanas y también en sus esculturas, casi todas hechas en piedra. Pero en la dinastía T'ang, más de cinco siglos después, el budismo alcanzó un auge religioso y un esplendor artístico en el país, y se dice que la capital de este imperio del

sur, llamada Chang-an, llegó a ser la metrópoli más culta del mundo en su momento, más que Roma o que Bizancio, y tenía un verdadero ambiente cosmopolita: por eso los monasterios budistas eran abundantísimos y en todos ellos había imágenes, pinturas, murales, objetos de culto y ornamentos finísimos, y algunos de enorme valor material... Pero este magnífico esplendor del budismo en China empieza a declinar con la gran persecución de los años 843 al 845, cuando se destruyen miles de templos y se confiscan los objetos budistas. Lo que en esos años pasó en Chang-an todavía se considera una de las peores catástrofes de la historia cultural de la humanidad, que ya ha visto tantas... Los templos fueron arrasados, las figuras de piedra y de madera fueron destruidas y muchas imágenes de Buda, hechas en bronce o en oro, fueron fundidas y el metal se convirtió en monedas y adornos profanos...

Muchos años después, ya a principios del siglo diecisiete, y por una vía que nunca se supo, los españoles entraron en posesión de una figura de oro de Buda, creada en tiempos de la dinastía T'ang y que de algún modo había sobrevivido a la catástrofe del siglo noveno. Aunque la costumbre de ese tiempo era fundir muchas joyas y trasladar a España sólo el oro y la plata, aquella pieza debió de impresionar tanto a sus nuevos propietarios que el gobernador de Manila decidió conservarla y enviarla intacta al rey de España, para que engrosara sus tesoros del modo que más le conviniese: o bien como simple metal o como la singular obra de arte que sin duda ya era, pues, aunque aquel gobernador no se lo imaginara, el estilo de aquella pieza era sin duda alguna del periodo T'ang, y debió ser una de las pocas representaciones de Buda que se hicieran en oro puro, pues lo más común fue utilizar la madera, la piedra y hasta el bronce, y no el oro...

Ahora, para que tengan una idea, voy a tratar de describirles la figura: en la estatua, Buda aparecía de pie, cubierto con una capa que lo envolvía y formaba pliegues a su alrededor. Las manos del dios estaban en posición de plegaria, y sus pies descansaban sobre una hoja de loto,

con una delicadeza tal que parecía haber bajado del cielo para posarse sobre ella. A sus espaldas se abría un halo oblongo, así, totalmente surcado por líneas que formaban verdaderos laberintos. El cuerpo de Buda era enjuto, como se le solía representar por ese tiempo, y tenía un rostro casi cuadrado, capaz de expresar toda su fuerza. Pero en su cara había una pequeña sonrisa, que acentuaba sus rasgos, muy levemente achinados. Esa estatua extraordinaria, creada mil años antes por un artista cuyo nombre nunca conoceremos, tenía un peso neto en oro de catorce kilogramos y cuarenta y cinco centímetros de alto, según las medidas actuales. ¿Se la pueden imaginar?...

Con más cuidados de los habituales, la pieza al fin atravesó el océano Pacífico, desembarcó en Acapulco, cruzó México, llegó a Veracruz y fue nuevamente embarcada con destino a La Habana, de donde debía ir ya directamente hacia Sevilla y de Sevilla a Madrid, como ofrenda real a un Felipe IV que empezaba a ver la decadencia del imperio y que como cualquier rey español andaba bastante necesitado de dinero. Sólo por su peso en oro aquella escultura ya tenía un valor especial y especiales fueron los cuidados y vigilancias que le prodigaron sus curadores, convencidos de que su majestad apreciaría aquella pieza en un momento en que el gran arte oriental empezaba a ser conocido y valorado otra vez en Europa. El único riesgo para la supervivencia de esa obra era precisamente lo que representaba: en tiempos de Contrarreforma e Inquisición, tal vez una imagen de Buda no tendría una suerte favorable, y el propio rey o alguno de sus consejeros económicos o espirituales podía recomendar su destrucción por el fuego y convertirla en un todavía valioso montón de oro...

Por el momento aquí termina la historia y comienza la especulación: porque la última noticia fidedigna del viaje desde Manila hacia Europa de la pieza de oro de Buda es que llegó a La Habana, el 3 de diciembre de 1631, en plena época de guerra entre España y Francia, y fue trasladada a las arcas de la Capitanía General de la Isla, donde sería almacenada junto

a otros tesoros venidos de México, Perú, Bolivia y Guatemala hasta su salida definitiva hacia España... que nunca se produjo. El misterio de la desaparición del buda da margen a cualquier elucubración y las sospechas del robo caen sobre varios personajes: desde don Juan Bitrián de Viamonte, que era el gobernador de la isla, hasta el comandante de la Flota, pasando por el mismísimo Cancerbero Real y el Veedor que contabilizaba las riquezas enviadas a España. También fueron sospechosos del robo el jefe de la guardia de la Capitanía, y varios de los funcionarios de la burocracia imperial que tenían acceso a la noticia de que existía aquella pieza fabulosa, y sabían además cuánto costaba y dónde se hallaba guardada. Toda la investigación del robo la realizó un teniente de la guardia real, un tal Fernando de Alba, que dos años después escribió un memorial al Rey dando todos los detalles de esta historia, y disculpándose por su fracaso. Porque lo cierto es que la estatua de oro desapareció, y no sólo del lugar de donde la habían guardado, sino hasta de la memoria de las gentes. Y cuando regresó no hizo más que traer desgracias, engaños, decepciones y muertes, como si ejecutara una venganza propia de un dios oriental...

La sonrisa rígida del doctor Alfonso Forcade marcó una pausa larga, que ninguno de los oyentes se atrevió a romper. El viejo respiraba ahora con cierta dificultad, mientras esperaba el reordenamiento de sus músculos faciales. El Conde, sentado en el borde de su asiento, notó que, a pesar de la ansiedad que lo corroía, se había olvidado de fumar. Entonces mostró un cigarro y esperó la aprobación del anciano. Sólo al levantar el mechero, el policía sintió el temblor de sus manos: ¿adónde llegaría aquella historia perdida e insólita, aderezada con la sorprendente erudición del viejo Forcade? A la muerte de su hijo, claro; y la certeza de que sólo por aquel objeto capaz de enriquecerlo Miguel Forcade hubiera regresado a Cuba le demostró al Conde que sus dudas no eran infundadas



y le reveló de inmediato un peligro.

—Doctor, perdóneme que lo interrumpa... ¿Está seguro de que nadie más sabía esta historia?

El viejo Forcade, liberado al fin de la sonrisa paralizante, miró a su esposa.

—Caruca, tráeme agua, por favor.

—¿Y no quieres una de tus pastillas? ¿O un tilo?

—No, agua —insistió, y mientras su esposa salía, el anciano miró al fin a los ojos del Conde—. No se desespere, teniente, que vamos a llegar hasta mi hijo Miguel, pero todavía falta bastante.

—No me desespero, creo que hasta disfruto la historia, pero no me gusta el final que estoy imaginando.

—El final es previsible, a estas alturas... Lo sorprendente son los caminos por donde fluye todo a partir de ahora. Pero no se preocupe, que el final no es exactamente el que usted se está imaginando. Todavía va a oír algunas cosas admirables.

—¿Y usted sabe dónde está ahora ese buda? —intervino Manolo, inclinándose hacia delante. La curiosidad lo halaba como un anzuelo bien prendido.

—Creo que sí, aunque no estoy seguro. Pero ya vamos a llegar hasta allá... Y usted, teniente, fume cuando quiera. Me encanta el olor del tabaco. Yo fumé durante cuarenta años y hace veinticinco que no fumo y todavía siento deseos de hacer lo que hace usted.

El Conde cabeceó comprensivo ante aquella confesión de fumador converso y miró a su alrededor en busca de un cenicero. En un ángulo del cuarto descubrió un hermoso buró en el que casi no había reparado, atrapado por la historia del buda perdido.

—Un lindo mueble, doctor —dijo, indicando aquella mesa, ideal para alguien que se dedicara a la escritura.

—Sí, es lindo. ¿Le sugiere algo?

El Conde depositó la ceniza en la palma de su mano.

—¿Qué debía sugerirme? —preguntó y, casi sin pensarlo, agregó—: ¿alguna relación con el buda?

El anciano volvió a sonreír, cadavéricamente, y cuando recuperó el habla extendió una mano hacia Mario Conde.

—Teniente, ¿por qué usted se malgasta en ese trabajo que hace? Con esas intuiciones tuyas...

El policía volvió a mirar el hermoso escritorio, de donde parecía provenir una extraña llamada del destino y movió la cabeza antes de decir:

—Ojalá lo supiera, don Alfonso. Y ojalá supiera de verdad cómo termina esa historia... que usted debió habérmela contado ya.

—No, no era el momento todavía. Primero debía saber quién era usted y cómo pensaba y si de verdad lo que quería era descubrir quién mató a mi hijo y por qué...

—¿Y usted también sabe quién lo mató?

—Lamentablemente no lo sé. Por eso estoy rompiendo una promesa, contándole la historia del buda. Porque espero que usted sí lo pueda descubrir... Gracias, Caruca —dijo y bebió el agua que le entregaba su mujer—. ¿Dónde nos quedamos?

De aquel buda de oro no se volvió a saber nada hasta dos siglos y medio después, en plena guerra de Independencia, cuando regresó a la vida dispuesto a enloquecer a más gentes... Todo empezó cuando uno de los hombres más ricos de la isla, propietario de tierras e ingenios en Matanzas, llamado Antonio Riva de la Nuez, trató de sacar la estatua hacia Nueva Orleans, quizá por temor a una confiscación o un saqueo de sus propiedades por parte de los revolucionarios independentistas, con sus tropas llenas de antiguos esclavos negros: el síndrome haitiano todavía estaba en la mente de muchos hacendados cubanos y varios sacaron de aquí una parte de sus riquezas, para así poder salvarse de la

ruina total que sorprendió a los colonos franceses de Santo Domingo. Es la misma historia que siempre se repite, ¿verdad, teniente? El miedo eterno a los bárbaros depredadores... Pero, para fatalidad de don Antonio Riva de la Nuez, por aquella época se había decretado un registro de todas las cargas que entraran o salieran de los puertos cubanos, motivada precisamente por la guerra, y al hallar aquella estatua de Buda, el oficial de la Aduana Real le comunicó al Capitán General la existencia y posible salida de una pieza valiosísima hacia México y cuando éste investigó sobre el origen de una joya tan singular, alguien debió descubrir que aquel buda tenía que ser el mismo que había sido robado al rey de España en el año de 1631... Y la estatua fue confiscada, en beneficio de la corona española, que seguía siendo su legítima propietaria, ¿no? Es una verdadera lástima, pero nunca se pudo saber a ciencia cierta por qué vías don Antonio Riva llegó a poseer aquella estatua, perdida por más de dos siglos, y que fue sustraída del cuarto del tesoro de la Capitanía General. Porque él siempre afirmó en los pleitos que estableció contra la Corona que la había heredado de su padre, quien a su vez la había comprado en Santiago de Cuba a un terrateniente francohaitiano, arruinado por la guerra de la antigua colonia francesa. ¿Sería cierta esa compra? Probablemente no, pero con aquella pieza nunca hubo nada seguro...

Así fue como el buda de oro volvió al cuarto del Tesoro del nuevo edificio de la Capitanía General, esperando una ocasión propicia para terminar su viaje interrumpido hacia España. Y en agosto de 1870 fue embarcada en el velero *Las Mercedes*, que partía hacia Cádiz, luego de una escala en Matanzas, donde recogería a varias personas que viajaban a la península. En las actas de la Capitanía consta que el buda fue embarcado en *Las Mercedes*, y puesto al cuidado del confiable capitán de la nave, un tal Nataniel Chavarría, vasco por más señas, y oficial retirado de la Armada Real, donde tuvo una excelente hoja de servicios y en la que se le estimaba un buen conocedor de la navegación trasatlántica.

El 23 de agosto, en contra de ciertas predicciones meteorológicas

que hablaban de la cercanía de un huracán como el que ahora viene, el capitán Chavarría levó anclas con la decisión de que si la tormenta amenazaba la seguridad del barco, podría guarecerse y esperar en la bahía de Matanzas, donde necesariamente debía recalar por dos días. *Las Mercedes* zarpó en la mañana y esa misma noche, al llegar a Matanzas, la tormenta pareció esperarlo en la boca de la bahía, y a pesar de la reconocida experiencia marinera del vasco, el velero zozobró en un peñón de los que están en la entrada misma del puerto. Tres nuevos misterios se plantearon entonces en la historia del buda de oro: el primero, la razón por la que Chavarría no quiso esperar dos o tres días, hasta que pasara el ciclón, para dirigirse a Matanzas; segundo: que los buzos encargados de examinar los restos hundidos de la nave en una zona de poco calado, muy cerca de la costa, jamás encontraran el famoso buda que pesaba treinta libras; y tercero: que en el naufragio sólo desaparecieran dos de las personas que viajaban en *Las Mercedes*: un marinero andaluz llamado Alberto Guarino, dueño de un largo currículum delincuencial, y el mismísimo capitán Chavarría, cuyos cadáveres, por cierto, nunca fueron devueltos por el mar.

Y el buda volvió a desaparecer, como si ése fuera su destino cíclico. Nadie supo de él por mucho tiempo, aunque en las averiguaciones que hice durante años sobre la historia de aquel buda he llegado a pensar muy mal del capitán Nataniel Chavarría... Porque sucedió que un día, hablando de genealogía vasca con un botánico uruguayo de apellido Basterrechea, que vino a Cuba hace unos quince años, me comentó de la existencia, en un pueblo de Uruguay llamado San José de Mayo, de unas ricas estancias ganaderas donde había hecho investigaciones de los suelos, a petición de sus propietarios, la familia Chavarría, lógicamente de ascendencia vasca. Con esa información le pedí que me averiguara cuál era el origen de la fortuna de esa familia y me escribió poco después, contándome que el bisabuelo del actual propietario había llegado a Uruguay hacia 1880 con una cantidad notable de dinero que rápidamente invirtió en tierras, para

evitar perderlo todo en las farras nocturnas que, a pesar de sus sesenta años, solía correr en los lupanares de Montevideo y Buenos Aires. Yo le sugerí que averiguara si aquella familia tenía noticias de la existencia de un buda de oro de la dinastía T'ang y que si sabían cuál había sido el origen de la fortuna del bisabuelo y a qué se dedicó antes de emigrar al Uruguay. Y la respuesta fue sorprendente y reveladora: no sabían nada de ningún buda ni del origen de la riqueza de Nataniel Chavarría, aunque sospechaban que no había sido precisamente por una herencia o por su genio comercial, pues el viejo era un segundón pobre que sólo había sido marinero militar y luego civil, hasta unos pocos años antes de su llegada a aquel rincón perdido de Suramérica, con los bolsillos cargados de oro y... acompañado por un compadre andaluz que tenía dos nombres: Alberto Guarino, o Federico del Barrio.

La treta de Chavarría estaba demostrada y, alguien que no tuviera la información que yo logré reunir, podía pensar en dos alternativas: o que el vasco había vendido el buda en alguna parte de Europa o América, o bien que lo había fundido, lo cual era más seguro para él, y había liquidado los catorce kilos de oro puro y se había largado a un pueblo remoto del Uruguay... Pero la segunda posibilidad nunca tuvo sentido, pues treinta años después del naufragio de Matanzas se supo que el buda seguía existiendo, tan saludable y sonriente como siempre, y hasta había regresado a las manos de Don Antonio Riva de la Nuez...

Porque después de la independencia de Cuba, en 1902, cuando las leyes españolas dejaron de tener efecto en la isla, un hombre llamado Manuel Riva Fernández, hijo de aquel don Antonio que había perdido y sin duda recuperado el buda de oro que también sin duda le vendiera por una muy buena cantidad el capitán vasco Chavarría o su secuaz de apellido Guarino, mostró a unos amigos aquella reliquia familiar y hasta dejó que fuera fotografiada por la prensa. Por entonces se habló de que la pieza podía costar más de dos millones de dólares, por su valor artístico indudable, pues fue autenticada como una escultura T'ang,

sobreviviente de la catastrófica prohibición del budismo decretada en el siglo noveno, y obviamente era una de las más extraordinarias joyas de esa época de que se tuviera noticias. Y si quedaba alguna duda de su verdadero origen, se pudo descartar luego de que Manuel Riva fuera invitado a una exposición en París para que mostrara su pieza en medio de otros tesoros del antiguo arte chino. Porque París cayó a los pies de aquel magnífico buda, tan singular en muchos sentidos.

La hija de Manuel, Zenaida Riva y Ponce de León, heredó el buda a la muerte de su padre, en 1936. Zenaida, que se había casado con el banquero cubano Alcides Guevara, uno de los hombres más ricos de Cuba, llevó el buda a su casa de Miramar, y lo colocó en una vitrina de vidrio irrompible y con cierre de seguridad, construida especialmente en Londres por encargo de Guevara. Sé de varias personas que vieron allí la pieza, durante los años cuarenta, y era sin duda el orgullo de la familia, que podía darse el lujo de exhibirla y no venderla, pues si algo le sobraba a los Guevara-Riva y Ponce de León, era precisamente el dinero... que no le sirvió de nada cuando en 1951 unos ladrones desactivaron las alarmas, violaron el cierre de seguridad y sustrajeron la pieza de la casa de Miramar. Toda esta parte de la historia es fácil de rastrear, porque la prensa de la época habló muchísimo del caso, se circularon fotos del buda, y hasta le encargaron la investigación del robo a un famoso detective, parece que medio especialista en chinerías, un tal Júglar Ares. Pero ni la policía ni el detective pudieron dar con el buda ni con sus ladrones, y el caso se fue olvidando, sobre todo con los acontecimientos que se suceden a partir de 1952: el Golpe de Estado de Batista, el asalto al Moncada de Fidel y su grupo, el desembarco del *Granma* en Oriente, el levantamiento de Santiago de Cuba, el magnicidio fallido del 13 de marzo, la guerra en la Sierra Maestra y el triunfo de la Revolución, que por cierto no sorprendió a Alcides Guevara y a Zenaida Riva, pues en septiembre de 1958 tuvieron la previsión de sacar hacia Suiza todo su capital y en febrero del 59 se fueron a vivir a Zúrich con toda su familia,

que por allá debe de andar todavía, quizá metida en el negocio de los bancos.

Pero del buda ni una palabra. El robo no podía ser una farsa como la de Chavarría, pues desde la independencia de Cuba los Riva se habían convertido en los dueños legales de la joya y no tenían necesidad de ocultarla, sino que, para su desgracia, hacían todo lo contrario.

Pues sí, triunfó la Revolución y desde el mismo primero de enero del 59 la burguesía cubana empezó a emigrar hacia Estados Unidos, España, México, Puerto Rico, llevándose con ellos cuanto podían. Algunos se demoraron un poco más y ese titubeo les costó caro: podían salir de Cuba, pero todo lo que el gobierno considerara un bien del patrimonio cultural y nacional era confiscado y pasaba a manos del Estado. Por eso mucha gente debió dejar tras sí verdaderas fortunas: pero no siempre las entregaron, sino que buscaron los modos posibles de guardarlas para sacarlas después por alguna vía alternativa o recuperarlas, si la Revolución no se sostenía por mucho tiempo, como ellos esperaban... Pero no pasó lo que usted se está imaginando, teniente: Miguel no se la robó de esa forma... Espere un poco, que todavía falta lo mejor... o lo peor, no sé bien.

Una de esas familias de la burguesía cubana era la de los Mena y Carbó, que casualmente vivían a sólo tres cuadras de la antigua residencia de Alcides Guevara y Zenaida Riva... En octubre de 1960 salieron de Cuba, dejando en la casa a una tía solterona del señor Patricio Mena. Pero aquella tía, que sólo tenía cincuenta y seis años y vivía cómodamente de la renta que le asignaran por las confiscaciones de la Reforma Urbana, murió de repente en enero de 1962 y sin dejar herederos en la isla, por lo que la casa también fue intervenida por el gobierno y los objetos de valor que había dentro fueron expropiados como bienes del Estado, de lo cual sí se ocupó mi hijo Miguel... En realidad, eran pocos los objetos de alguna importancia que se encontraron en la casa: los muebles de caoba, unos cuantos jarrones de porcelana china de poco

rango, y ese hermoso escritorio que a usted le llamó la atención, que sí tiene un valor especial, aunque poco conocido entre los profanos: es una obra de un discípulo de Boulle, el famoso ebanista francés que creó toda una escuela en la construcción de armarios y escritorios, que eran especialmente notables por la existencia de compartimentos ocultos apenas perceptibles si se comparan las medidas exteriores y las interiores del mueble.

Como para todo el mundo éste era un escritorio más y Miguel sabía que yo necesitaba uno para mis papeles, decidió comprarlo y regalármelo, y lo trajimos a esta casa y lo acomodamos en ese rincón... Como ustedes ya saben, yo soy un científico y les dije además que creo en Dios y en la Virgen, ¿verdad? Pues esa combinación fue la que me llevó a buscar referencias sobre el estilo de mi extraño escritorio y ahí di con Boulle y, por él, con su costumbre de fabricar compartimentos secretos prácticamente invisibles. Y pensé que si este mueble era de esa escuela, quizá tuviera ese compartimento y me dediqué a localizarlo. ¿Saben una cosa? Tuve que buscarlo durante tres días, tanteando, midiendo, dando golpes en los fondos, y cuando casi estaba convencido de que no existía tal escondite, decidí colocar en su sitio una pestaña interior que apenas sobresalía en el fondo de la gaveta de la izquierda y al golpearla, sentí un levísimo murmullo en la madera: casi sin quererlo había encontrado el resorte que levantó las dos tablas del fondo de la gaveta, donde habían construido una pequeña cavidad en la cual encontré dos papeles: un poema de amor manuscrito, sin título ni autor, y por cierto, literariamente lamentable, y algo que obviamente era un plano donde había referencias a una casa, una fuente, una verja y una mata de aguacates, y la distancia en pies de cada uno de esos lugares hacia un punto marcado con una cruz, al lado de la que había escrita una palabra para mí tan enigmática como desprovista de sentido en aquel momento. ¿Se lo imaginan ya? Por supuesto, ahora es fácil: la palabra escrita era «Buda».



Esa misma noche llamé a Miguel a esta habitación y le mostré el plano. Él se rió y me dijo que debía de ser del tesoro de unos piratas, pero que de todas maneras iba a comprobar de qué se trataba. Como a los tres días fue que lo volví a ver. Por esa época los dos teníamos muchísimo trabajo, yo en la universidad y él en la dirección de Bienes Expropiados, y cuando le pregunté me dijo que el famoso tesoro había resultado ser el cadáver de un perro que a lo mejor se llamó *Buda*. Y comentamos que seguramente la tía solterona, muerta por el infarto, había enterrado allí su perro y guardó la localización junto a ese poema, escrito por ella o dirigido a ella por algún viejo enamorado. Y olvidé el asunto.

Lo olvidé de tal manera que aquel día de abril de 1978, cuando Miguel me pidió subir aquí y me preguntó si me recordaba del plano, yo tuve que hacer memoria para rescatar aquella historia del perro *Buda* y el poema de amor. Entonces Miguel me contó la verdad: lo que marcaba la cruz era el enterramiento de la estatua de un buda, de oro macizo, que él suponía debía de ser especialmente valiosa, no sólo por el oro sino por la obra misma, y que en una base de mármol tenía grabado un nombre: Riva de la Nuez. Y después de pedirme que no le contara aquello a nadie, me confesó que gracias al plano del escritorio, él había sacado la estatua de la casa de los Mena y Carbó, y que desde esa época estaba enterrada aquí, en el jardín de esta casa. Y me entregó un plano tan rudimentario como el que yo había encontrado dieciséis años antes. Me pidió que lo guardara otra vez en el escritorio y que sólo si a él le pasaba algo muy grave por lo que fuera necesario utilizar aquel tesoro, lo desenterrara y tratara de venderlo. Y me contó también su idea de quedarse en España cuando regresara de Moscú y fue cuando me dijo que si alguna vez alguien me preguntaba por el buda del escritorio de Boulle, ésa era la señal para que le diera el plano y lo desenterraran, pues esa persona debía sacarlo hacia donde él estuviera. Y que en caso de que yo muriera y muriera Caruca, el escritorio debía heredarlo mi sobrino Agustín, el primo de Miguel, para que el buró con el plano no saliera de la familia.

No viene al caso lo que discutimos él y yo aquella noche, ni mi molestia por el delito que había cometido mi hijo y por el que planeaba cometer. Él había confiado en mí y yo no podía traicionarlo, y eso era suficiente para que me mantuviera en silencio. Lo que sí hice fue investigar durante años sobre un buda de oro que había pertenecido a un tal Riva de la Nuez y pude armar toda esta historia, desde que montó en el Galeón de Manila hasta que los Mena y Carbó lo robaron o lo mandaron a robar en 1951 y lo enterraron en su patio antes de irse de Cuba...

Durante todos estos años estuve esperando que alguien viniera una noche y me hablara del buda del escritorio de Boulle, pero nunca pensé que fuera otra vez Miguel quien me lo mencionara, hace una semana. Me explicó que había venido a preparar la salida del buda hacia los Estados Unidos y que Fermín, el hermano de su mujer, iba a ser el encargado de sacarlo en una lancha, aunque todavía Fermín no sabía qué cosa era lo que debía sacar ni dónde estaba. Y me dijo que aquel buda tan esquivo iba a ser su verdadero salvador...

¿Está satisfecho, teniente?... Creo que le respondí lo que deseaba saber: eso fue lo que vino a buscar Miguel a Cuba: la forma de sacar un buda que tiene quince siglos y debe costar varios millones de dólares en cualquier mercado de arte... Por favor, teniente, abra esa gaveta, sí, la de la izquierda y toque la protuberancia del fondo. ¿No se hunde? Apriete más fuerte. Así, ya sonó el resorte del buda del escritorio de Boulle. Bueno, creo que al fin voy a ver con mis propios ojos esa escultura que ha enloquecido a tanta gente durante tantos siglos... incluido a mi hijo Miguel.

El teniente investigador Mario Conde no recordaba muchos casos en que la perspectiva de una solución visible le produjera aquella emoción nerviosa que lo sorprendió cuando el viejo Alfonso Forcade le indicó el

escritorio cuya belleza le había provocado una premonitoria admiración, y que, quizás impulsado por la mente incisiva de Forcade, el policía supuso relacionado con la historia del buda perdido. Por eso ahora buscaba otras razones más simples para aquella exaltación: quizá la cercanía de su liberación; tal vez la certeza de que las intuiciones volvían a ser su mejor aliado científico, agregó a sus pensamientos buscando más razones. Sin embargo, el policía estaba convencido de que llegar a la información capaz de conducirlo a un magnífico buda de oro, fundido quince siglos atrás por un artista cuyo nombre ya nunca conocerían, pero cuya obra había desafiado todos los riesgos de la codicia y de la historia, era una causa suficiente para sentir aquel alborozo que había hecho que sus manos temblaran mientras palpaba sin éxito en el fondo de la gaveta e imaginaba el entusiasmo histórico del Conejo cuando le contara aquella relación de engaños y rapacidades, cuyo devenir fue moldeado por las más simples decisiones humanas, con la ambición como abanderada. Por eso había respirado, tratando de expulsar el nerviosismo, y entonces insistió sobre el fondo mudo de la gaveta, hasta escuchar al fin la liberación del resorte escondido por un discípulo de Boulle.

El plano extraído del fondo imperceptible de la gaveta había sido dibujado en un papel que, a pesar de los años, mantenía una brillante palidez, desde la cual gritaban su millonario secreto unas marcas, letras, números y líneas grabadas con tinta negra, convergiendo hacia aquel punto preciso del patio —casi bajo un falso laurel seguramente centenario— donde ahora cavaban Crespo y el Greco, a una profundidad que ya empezaba a preocupar al Conde.

—¿Y eso está tan abajo, teniente?

—Sigan bajando, sigan bajando —insistió mientras encendía otro cigarro y miraba al cielo, que se había tornado un manto plomizo por donde corrían hacia el norte unas nubes esponjosas y sucias, cargadas de agua, electricidad y malas intenciones.

Un aire húmedo y caliente del sur rizaba ya las copas de los árboles,

como preludio de las furias que podían envolver a la ciudad esa misma madrugada o, a más tardar, a la mañana siguiente. El ruido del pico y la pala, abriendo, removiendo, extrayendo la tierra, lo hizo volver a la conciencia profunda de la acción que presenciaba, pero la idea del dramático fracaso final de Miguel Forcade, luego de prepararse durante casi treinta años para dar el salto hacia la fortuna montado sobre un buda de oro, se impuso en su mente, a despecho de lo que parecían observar sus ojos. Desde que había entrado en posesión de aquel buda que seguía sin emerger, Miguel Forcade debió de haber vivido sólo en función de esa estatua dotada de suficiente esplendor como para cambiar su karma del modo más radical: dinero y poder fluirían por sus manos, debió de soñar el hombre ahora muerto, mientras vivía en eterno estado de hipocresía, esperando por su momento en un país donde ya no existían millonarios y donde el poder, para un hombre como él, era sólo un juego de decisiones que desbordaban su voluntad: hoy lo tienes, mañana no... El Conde imaginó la cantidad de posposiciones que debieron de alterar aquel destino deseado y asequible, mientras el presunto millonario vivía una vida reducida, siempre a la espera de la ocasión para ampliarla, del modo más retumbante. La fortuna como infierno en vida. En realidad su miedo al mar debió de ser algo enfermizo: porque una lancha bien equipada pudo ser el camino más recto entre aquel hoyo en la tierra y la gloria monetaria, por la que había traicionado todas las confianzas y fidelidades. Luego, los años que Fermín pasó en la cárcel, mientras él trabajaba en una oficina de Miami para un cubano enriquecido por sabía Dios qué medios y que se moriría de envidia cuando llegara a saber de los millones potenciales de su empleado, debieron de ser la peor estancia en el infierno terrenal que el buda le había preparado a Miguel Forcade, desesperadamente confinado en una casita del South West, cuando su sueño lo ubicaba en las mejores mansiones de Nueva York, París o Ginebra... Aquel hoyo, que seguía sin parir, había sido, en realidad, la tumba de la vida de Miguel Forcade, y al parecer, también la de su

muerte: entre aquel buda que el Conde rogaba a todos los dioses del Oriente y hasta a la Virgen de la Caridad del Cobre, que apareciera al fin y el cadáver encontrado en el mar cinco días antes, existía una línea recta, y para la mente del Conde el único capaz de haberla trazado era el hermético Fermín, el hombre en quien había puesto toda su confianza —o una parte de ella— el difunto millonario que nunca llegó a serlo y que, por causa de aquel buda esquivo, había entrado de una forma muy poco amable y físicamente incompleta en el estado perfecto del Nirvana: lo que profana y vulgarmente se llama la muerte.

—Yo creo que aquí no hay nada, Conde —protestó Crespo, secándose el sudor que le corría desde la cabeza cada día más desprovista de pelo.

—¿Ustedes midieron bien? —quiso saber el Greco, recostado al borde de la fosa, con la respiración entrecortada.

El Conde volvió a mirar el plano, ubicó otra vez cada una de las referencias, tomó la lienza y la colocó entre las raíces del falso laurel y midió por tercera vez. El centro del foso cayó en la marca de dos metros con ochenta escrita por Miguel Forcade.

—A ver, coño, salgan de ahí —le dijo a sus subordinados, sintiendo que el temblor regresaba a sus manos húmedas de sudor—. Manolo, dale, ayúdame aquí —pidió el teniente, y se lanzó a la fosa y comenzó a hundir el pico en la tierra, con un ritmo frenético, como si su única función en la vida fuera cavar, hasta el otro lado del mundo que en los muñequitos de Disney siempre quedaba, precisamente, en la remota China.

Manolo, con la pala, extrajo la tierra removida por el Conde y éste volvió a alzar el pico, cuando el sargento le dijo:

—¿Y si ya alguien lo sacó, Conde?

—Nadie lo sacó, coño, ¡nadie! —gritó el teniente, y levantó el pico hasta la máxima altura posible y lo descargó con todas las fuerzas que le restaban sobre la tierra húmeda por la profundidad y sintió cómo la punta de metal recibía el corrientazo del choque con algo sólido, compacto,

definitivamente metálico, quizá divino. La pala del sargento se apresuró, reclamada cada vez por la insistencia del Conde, hasta que una superficie sintética mostró su fulgor opaco, manchado por un contacto de veintisiete años con la tierra. El Conde metió la mano en el fango y empezó a sacar de las entrañas del mundo el envoltorio de nailon, que contenía a su vez un envoltorio de tela, bajo el cual dormía amarrado un objeto casi redondo, pesado: el Conde logró sacar la bolsa y cortó las amarras que aseguraban la protección de la tela, y allí, en el fondo de la fosa, retiró la gasa que empezó a deshacerse, para dejar ante los ojos de los policías un brillo amarillo capaz de deslumbrar al mundo. Sí, era enjuto pero fuerte, como un verdadero Buda dispuesto a distanciarse de toda materialidad intrascendente, y la sonrisa de su rostro parecía expresar una socarrona satisfacción: razones tenía para ello, pensó el Conde, pues aquel dios pagano había vencido las más increíbles peripecias durante quince siglos, superando siempre el riesgo de la muerte por fusión que lo amenazó varias veces. Su cuerpo, cubierto por una bata en la que el metal hacía pliegues asombrosos, limpiamente torcidos, debía de superar los cuarenta centímetros, desde los pies, posados sobre la hoja de loto, hasta la última curva del tocado hindú que cubría su testa. Varios hombres, por años casi incontables, lo habían arriesgado todo por aquella figura sonriente, capaz de enloquecer, enriquecer y hasta matar a quienes pretendieron retenerlo, como si pudiera atrapar lo inasible: tenía razón el viejo Forcade cuando comentó que la imagen de Buda era apenas un reflejo ilusorio de una verdad situada más allá de todas las dimensiones y categorías, pues aquel creador de una poderosa religión siempre supo que su fuerza y permanencia radicaban en su última esencia espiritual, lejos del mundo de lo terreno y lo tangible, fuera del reino de la apariencia: por eso sonreía, triunfante. El muy cabrón, se dijo el Conde, sin dejar de observar la estatua sardónica, pero sintiendo cómo su cintura se resentía mientras recuperaba la vertical. Dolorosamente se volvió hacia la casa y vio en el balcón del piso superior al anciano, sentado en su sillón de madera y

mimbre, y a la mujer que, a su lado, también observaba la búsqueda. Entonces el policía gritó, con volúmenes capaces de recorrer todo el barrio:

—¡Aquí está el buda de oro!...

Miró el reloj y se asustó con la hora: sus plazos se acortaban porque iban a dar las doce y, aunque tenía a un buda, casi seguramente de oro, posiblemente de la dinastía T'ang, presumiblemente valiosísimo, le faltaba lo que más necesitaba: un asesino confeso. O una asesina, quizás. Por eso decidió mover sus piezas con rapidez: mientras enviaba a Crespo y al Greco a localizar y llevar a la Central a Fermín Bodes —esté donde esté, le insistió a los policías—, llamó al coronel Molina y le pidió que viniera hasta aquella casa del Vedado, pues habían descubierto algo demasiado importante. Luego encargó a Manolo comunicarse con los de Patrimonio que habían certificado la falsedad del Matisse para que enviaran a su mejor especialista en estatuaria china de la Antigüedad. Por último, dejó al sargento junto al buda, dormido aún en el fondo del hoyo, pero siempre sonriente, y montó en el auto que le habían enviado para regresar de inmediato a la Central.

—Apúrate si quieres —le dijo al chofer y, sin transiciones, el Conde descubrió cómo lo embargaba la incómoda sensación de estar perdiendo su propia piel, de poder verse en tercera persona, al tiempo que se hundía en la sangre hirviente de un personaje admirado y terrible, vivo en una historia ya escrita...

Desde que se había aficionado a la lectura y sintió aquella envidia corrosiva hacia las personas capaces de imaginar y contar historias, el Conde aprendió a respetar la literatura como una de las cosas más hermosas que podía engendrar la vida. Quizá la primera causa de aquel respeto era su propia incapacidad para lanzarse al ruedo y vivir en función de la literatura. Porque siempre su deseo de escribir fue más un

reto que un sueño y la posposición prolongada de su vocación tuvo en la lectura el único alivio posible. Al fin y al cabo, la dulce envidia sentida por los escritores que lo hacían bien era una enfermedad menos dura que la convicción de que tal vez él nunca lograra hacerlo, ni siquiera mal.

Aquella parte literaria y sublime de su vida, sin embargo, pocas veces tenía que ver con su existencia real y cotidiana, tan aplastada y descolorida, a la cual trataba de sumergir en ron para hacerla más llevadera y por eso le resultó extraña aquella sensación cálidamente estética de estar encarnando un personaje literario: aunque en realidad le faltó haber comprobado, con una pequeña cuchilla, si el buda era de oro o sólo de plomo, como ocurrió con el pájaro del mal en la historia que sentía estar viviendo.

Recordó entonces a Washington Capote, aquel enfebrecido compañero de la universidad que, a diferencia de él, se asumía a sí mismo como un personaje literario, gracias a su memoria insólita para las citas y su capacidad para la representación, que le permitía el teatral desdoblamiento en narrador y personaje de una novela. Porque a Washington le hubiera encantado estar ahora en el lugar del Conde, repitiendo segura y enfáticamente las ocho razones que Sam Spade tenía para enviar a la cárcel a Brigid O'Shaughnessy: «Escucha. Lo que voy a decirte no tiene nada de bueno», y Washington ascendía por el soliloquio cínico y afilado del detective hasta llegar a la razón que más le gustaba: «Séptimo: no me agrada la idea de que exista una posibilidad entre cien de que puedas haberme tomado por un imbécil», decía aquel loco literario y sonreía, cinematográfico y hasta mejor que Bogart.

Una posibilidad entre cien de que puedas haberme tomado por un imbécil, repitió la mente del Conde, capaz, como pocas veces, de recuperar aquella frase de un tirón, para comprender que en realidad no tenía derecho a sentirse un personaje de novela sino que debía asumirse como un imbécil: pero la utilidad de la literatura para explicar la vida volvía a quedarle demostrada al policía que rabiosamente sospechaba una



cosa: existía más de una posibilidad, casi cien entre cien, de que varias gentes lo hubieran tomado por un imbécil.

El oficial de guardia lo esperaba con la mejor de las noticias: diez minutos antes habían entrado Crespo y el Greco con un detenido llamado Fermín Bodes. Bien, bien, susurró el Conde y comprendió que al fin empezaba a sentirse totalmente atrapado por aquel caso, y no sólo por el desafío que le habían lanzado a su inteligencia. Desde la historia primera de una imagen del Buda que debió de ser escondido o transfigurado más de mil años antes por unos fieles que tuvieron que abjurar en público de su fe, sólo para garantizar la supervivencia de la imagen de su dios, hasta los personajes que ahora lo esperaban, tristemente contemporáneos y movidos por ambiciones menos altruistas, la sucesión de engaños de todas las especies que había venido a dar en sus manos resultaba fascinante. Traiciones, fraudes, persecuciones, mentiras e imposturas de todo tipo se habían enredado en una farsa a la que, justamente él, Mario Conde, podía poner fin. ¿Sería el fin?... Pero cuando repasó en su mente a los protagonistas del último acto, volvió a sentir la ira del insulto a su inteligencia —y hasta a sus premoniciones—: un Miguel Forcade que temía al mar y había jugado con todas las posibilidades depravadas del poder que tuvo en sus manos; un Gerardo Gómez de la Peña, con aquellos pies tan feos, y su petulancia de predestinado, su oportunismo blindado y su cinismo casi invencible; la bella Miriam, rubia tal vez, peón coronado en dama y dotado de una voracidad y una velocidad de movimientos que la hacían verdaderamente temible, mujer armada con todos los recursos histriónicos precisos para vivir en la falsedad y capaz, incluso, de lanzar al fuego hasta a su propio hermano y al mar a su querido esposo; y aquel Fermín Bodes, gimnástico y sarcástico, siempre a medio camino en todo, burlador burlado una veces, burlante otras, apenas condenado por sus múltiples delitos y pecados... Con gentes así había convivido el Conde, en

la misma ciudad, en el mismo tiempo, en la misma vida, viendo a los Forcade, los Gómez, los Bodes desde la perspectiva diminuta a la cual los habían confinado a él y a otros tantos pobres tipos como él, ellos arriba, los otros abajo, ellos entre lámparas de Tifannys, cuadros de Matisse que hasta podían ser auténticos, residencias intercambiadas como libros de uso —y lamentó el símil bibliográfico—, millones potenciales y reales en sus manos y actuando como jueces implacables en los tribunales de la pureza ética, ideológica, política y social (donde casi siempre los juzgados solían ser «otros»); y esos «otros», maniatados y silenciados, sufriendo la enfermedad crónica e incurable de vivir en un solar, como Candito el Rojo, o postrados para siempre jamás en una silla de ruedas, como su hermano del alma, o perseguidos entre matorrales por creer que la verdad de la vida está en las espuelas de un gallo, como su difunto abuelo Rufino; o definitivamente emputecidos por querer tocar algo de allá arriba, como su viejo conocido Miki Cara de Jeva, pecador sin salvación, que vendió su escaso talento literario escribiendo historias encomiásticas y oportunas. ¿Y tú, Mario Conde? Mejor no hablar, habló consigo mismo, cuando se abrieron las puertas del elevador.

Antes de entrar al cubículo, el Conde inhaló profundo y reparó en su facha: su *blue-jean* estaba manchado de fango desde los bajos a las rodillas, sus zapatos podían ser de cualquier color entre el marrón y el negro, y su camisa, con salpicaduras de tierra, había perdido uno de los botones. Pero entró sin llamar y sonrió, como si estuviera muy contento, al ver los rostros de Miriam y Fermín, que se volvieron a mirarlo.

—Usted me va a decir... —empezó Fermín, con un acento de agresividad en su voz, a la que el Conde debió imponerse.

—Le voy a decir muchísimas cosas, y usted y su hermana me van a decir a mí otras tantas. Para empezar, les voy a decir que los dos están oficialmente detenidos por las investigaciones de un asesinato. Su caso —y señaló a Miriam— ya va a ser comunicado al consulado norteamericano, así que no se preocupe. Como ven, están detenidos hasta

que se demuestre su inocencia o hasta que se pudran en una cárcel —y miró al ex recluso Fermín Bodes, en quien advirtió un leve temblor por su conocimiento de lo que la noción de pudrirse en una cárcel podía significar—. ¿Todo claro?

—Pero ¿por qué estamos ahora? —fue ella quien preguntó, y el Conde advirtió que sus ojos no brillaban como antes.

—Como sospechosos del asesinato de Miguel Forcade... Porque, para empezar, ya sé lo que vino a buscar su esposo a Cuba... Ahora mismo estamos investigando la autenticidad y valor del buda de oro que estaba enterrado en el patio de su casa.

—¿Un buda de oro? —el asombro de Miriam pareció real y el silencio de Fermín fue coherente con su estilo.

El Conde dejó de mirarlos, mientras encendía su cigarro.

—¿No lo sabía? ¿Un buda de más de mil años y de treinta libras de oro? ¿Una estatua que vale unos cuantos millones de dólares?

—No sé, no, no sé de qué cosa está hablando —negó ella, con las pestañas en movimiento por alguna razón que el Conde no pudo definir: miedo, o perplejidad, o decepción, quizás. El policía quiso ser crédulo y creyó en el asombro nervioso de la mujer ante la fortuna incautada de que él le hablaba. Pero tiró de la sogá.

—Miriam, no puedo creer que usted no lo supiera. Por favor, no me diga más mentiras que no resisto a los mentirosos, y menos a los que tratan de hacerme pasar por imbécil.

—Pero si no sé... —insistió ella, a punto de llorar con sus propios ojos, y solicitó la atención de su hermano—. ¿De qué está hablando este hombre, Fermín? ¿Qué buda es ése?

—Dígale, Fermín —propuso el Conde, y el hombre lo miró: clásicas centellas de odio brotaban de sus ojos, cuando dijo:

—Debe de ser una cosa que valía mucho dinero y que el imbécil de tu marido quería que yo sacara de Cuba. Pero yo no sabía ni qué era ni dónde estaba.

—¿Piensa que le voy a creer eso?

Fermín volvió a mostrar sus púas afiladas y pareció recuperar parte de su seguridad.

—Usted piense lo que quiera, pero ésa es la verdad: yo nunca supe qué cosa era ni dónde estaba... Me entero ahora por usted.

—Ay, Dios mío, un buda de oro, de oro... —susurraba Miriam, pero el Conde prefirió estudiar al hombre y pensó que tal vez estaba diciendo la verdad. Era coherente con su carácter y con el de sus compinches que Miguel hubiera mantenido hasta el final su secreto, como la mejor defensa contra una posible traición que lo despojara de su fortuna. Pero entre aquellos embusteros profesionales cualquier justificación era probable, se dijo, temiendo que ninguno de ellos fuera el asesino de Miguel Forcade y el caso volviera a escapársele de las manos. Entonces decidió cambiar de táctica, con la esperanza de llegar a alguna verdad.

—Vamos a ver —propuso, mirando alternativamente a los hermanos, hasta que dejó sus ojos en Fermín—. Si usted no supo qué cosa vino a buscar su cuñado a Cuba y si no lo mató, pues está libre de cualquier cargo. Planear en su mente una salida clandestina del país no es un delito. Y usted, Miriam, si tampoco sabía nada del buda de oro y sólo acompañó a su esposo a Cuba, tampoco hizo nada punible y podrá irse a llorar a Miami en cuanto todo esté claro. Pero óiganme bien: para que yo crea eso tienen que contarme algo que me convenza y no creo que ninguno de ustedes tenga lista esa historia, ¿o sí?

Cuando Miguel se quedó en España, la idea era que mi hermana y yo saliéramos después en una lancha. Yo debía buscar el dinero para comprar el motor, la embarcación y todo lo que hiciera falta, y Miguel me mandaría una carta diciéndome dónde había guardado algo que nos iba a hacer ricos a los tres. Y aunque Miguel siempre fue un tramposo, yo sabía que a mí no me iba a engañar: nos conocíamos hacía muchos años,

habíamos trabajado juntos y tuvo la confianza en mí de decirme que se iba a quedar en Madrid cuando volviera: y eso era algo tan grave que la mayoría de la gente no se lo dice ni a su sombra, y ni siquiera Miriam podía saberlo. Pero ahí fue cuando yo tuve el problema que tuve y caí preso. Miguel después me contó que por poco se vuelve loco cuando se enteró, aunque no le quedaba más remedio que esperar y lo que hizo fue sacar a Miriam de Cuba con una visa que consiguió por Panamá. Como se imaginará, los diez años que estuve preso fueron como quinientos, porque yo sabía que de estar en la calle, de haber llegado a los Estados Unidos, podía estar viviendo como un millonario, porque eso que Miguel quería sacar de Cuba tenía que valer millones: por las manos de él pasaron cosas que usted ni se imagina, y lo que fuera tenía que ser mucho más valioso que todo lo que él tenía en su casa. Para resistir sin volverme loco me pasé los diez años haciendo ejercicios y portándome como un preso modelo, para ganarme el derecho a la reducción de la condena, hasta que al fin salí, hace tres meses. Entonces llamé a Miguel y él me dijo que en cuanto le dieran la visa humanitaria que había solicitado cogía un avión y venía para ayudarme a preparar otra vez mi salida. Y así fue. Cuando llegó nos sentamos debajo del laurel que hay en el patio de su casa y me dijo que había traído dinero suficiente para que yo comprara una lancha y saliera de Cuba con eso que valía millones. Yo le pregunté qué era y él me dijo que algo que estaba muy cerca de nosotros y por lo menos valía como cinco millones de dólares, pero que no me lo podía decir hasta que yo lo tuviera todo preparado. Y fue ahí cuando le propuse buscar a una tercera persona para que me ayudara. Yo le expliqué que por haber estado preso y por la vigilancia que había después que cogieron a los policías con el tráfico de drogas y todas esas cosas, a lo mejor me costaba más trabajo moverme y era más seguro si otra gente se encargaba de buscar la lancha, el motor y lo que hiciera falta. Además, le recordé que puede ser muy arriesgado lanzarse uno solo a cruzar el estrecho de La Florida, por muy buena que esté la embarcación. Lo de cruzar el mar uno solo lo

convenció, y aunque seguía sin gustarle la idea de que hubiera alguien más, llegamos a un acuerdo: el valor de lo que yo iba a sacar se repartiría con el cincuenta por ciento para él, el cuarenta para mí y el diez para el hombre que yo buscara. Si era cierto lo que él decía, a mí me seguían tocando como dos millones de dólares y no me importaba darle quinientos mil al otro. Estuvimos de acuerdo y le dije en quién había pensado: Adrián Riverón... Yo sabía que ellos dos habían tenido sus problemas hacía tiempo, pero también estaba seguro de que el único en quien yo podía confiar era él, porque lo conozco casi desde que nació, y hasta fue el primer novio de Miriam. Además, de muchacho él fue remero y como vivió un tiempo en Guanabo, sabía algo de navegación y tenía amigos en la playa que podían conseguirle un buen yate. A Miguel no le gustó mucho la idea, porque el lío de ellos fue precisamente por Miriam, y Miguel siempre estuvo celoso de Adrián. Y también estaba la historia de la cabronada que él le hizo a Adrián para sacarlo de circulación cuando trabajaban en lo de Planificación. ¿No le contaron eso? Pues Miguel hizo un informe diciendo que Adrián era católico y no resultaba confiable. Y eso, firmado por él, bastaba para desaparecer a cualquiera en este país. A Moa lo mandaron, como se puso de moda, para que se purificara con la clase obrera. Y él sabía que Adrián no se había olvidado de eso, como tampoco se había olvidado de Miriam. Y por eso mismo yo pensé que si le daba la posibilidad de estar cerca de ella, en Estados Unidos, Adrián era capaz de hacer cualquier cosa, porque sigue enamorado de ésta como si fuera un imbécil y porque además nunca volvió a tener un cargo importante a pesar de que es un economista de respeto... Bueno, costó trabajo, pero Miguel por fin aceptó que fuera Adrián el tercer hombre de la historia y quedamos en que yo hablaría con él. Yo le expliqué a Adrián lo que queríamos hacer y él aceptó, sin pensarlo. Me dijo que él conocía gentes en Guanabo que le podían vender lo que nos hiciera falta para salir de Cuba y nos pusimos de acuerdo para vernos con Miguel en la casa de Adrián, el jueves pasado por la noche...

Pero pasó algo raro: habíamos quedado en vernos a las nueve, y Miguel no apareció ni a esa hora ni nunca. Como él le había dicho a Caruca que iba a ver a Gómez de la Peña, yo llamé a las nueve y pico a casa de Gómez y el viejo me dijo que Miguel había salido de su casa como a las siete y media, diciendo que iba a ver a un pariente por un asunto importante. Aunque ya era tarde, pensamos que estaría al llegar, pero a las diez y media seguía sin aparecer y fue cuando llamé otra vez a Caruca y ella me dijo que Miguel no había regresado a la casa. Bueno, parecía que se lo había tragado la tierra... aunque después se supo que fue el mar quien se lo tragó. ¿Lo convence esa historia? ¿O puede pensar todavía que yo lo maté, sabiendo ya lo de ese buda y fui tan comemierda que lo dejé donde mismo él lo había escondido, a riesgo de que usted o alguien como usted terminara por descubrirlo? Piense un poco, teniente, porque yo tampoco soy un imbécil...

Y pensó: claro que no, no tienes un pelo de imbécil, pero se abstuvo de entregar su veredicto. Aquello de que hubiera un tercer hombre le parecía encantadoramente cinematográfico, sobre todo porque siempre había disfrutado esa película oscura, sórdida y llena de trampas, como la historia en la cual andaba envuelto... Y el Conde siguió pensando y pensó que no tendría sentido preguntarle a Miriam cuál era su relación actual con el omnisciente Adrián Riverón: la mujer, que había dejado de llorar mientras oía a su hermano, levantaría su eterna coraza y daría cualquier respuesta, de validez improbable y esquivas justificaciones. Por eso pensó todavía un poco más y le resultó inquietante lo que pensaba: entre el eternamente engañado Gómez de la Peña y el siempre enterado a medias Fermín Bodes, estaba ahora Adrián Riverón, preñado con el odio y los celos acumulados durante años, y a cuya casa debió llegar Miguel Forcade, ¿y no llegó? Otra vez un presentimiento, se dijo el policía, pero ahora fue más incisivo, clavado como un dolor perforante en el pecho,

justo debajo de la tetilla izquierda. Me van a matar estos cabrones, concluyó y se puso de pie.

—Ustedes esperen aquí —le dijo a los hermanos y, dirigiéndose a los policías—. Crespo, ven conmigo. Tú quédate, Greco.

Y salió al pasillo, en busca de la puerta más cercana. Abrió y entró en el archivo, anunciando:

—Voy a usar el teléfono —y marcó el número del mayor Rangel. El timbre sonó tres veces antes que su antiguo jefe dijera Aló, aló, como siempre decía—. Soy yo, Viejo. Tengo que hacerte una pregunta.

—A ver, ¿qué te duele ahora?

—El pecho, debajo de la tetilla izquierda.

—Y eso. ¿No será un infarto?

—No. Tengo un presentimiento que me duele en el pecho. Pero duele de verdad, ¿qué hago?

—Tienes dos opciones: o vas al cardiólogo o le haces caso al presentimiento.

—Ésa me gusta más. Gracias por el consejo. Luego te veo y acuérdate que hoy es mi cumpleaños —dijo y colgó. Pero el dolor seguía allí, punzante, y empezó a buscarle alivio—. Crespo, pide allá abajo una orden de registro para la casa de Adrián Riverón. Después busca a alguien que se quede allá arriba con los hermanitos y dile al Greco que venga con nosotros. Yo voy a llamar a Manolo. Pero vamos a salir en diez minutos, ¿anjá?

—Claro que sí, Conde. Oye, ¿y de verdad te duele?

—Por mi madre que sí. Mira, aquí —y se tocó el sitio donde le dolían los presentimientos fuertes.

La ciudad parecía estar en pie de guerra o en vísperas de carnaval. ¿O era que volvían a la villa de San Cristóbal de La Habana las naves prodigiosas de la Flota Real, cargadas de oro y de lujuria? Las últimas



noticias hablaban del paso inminente del huracán *Félix*, que a esas horas de la tarde andaba por los mares al sur de Batabanó y que, con toda seguridad, azotaría a la capital de la isla a la mañana siguiente, con rachas de vientos superiores a los doscientos kilómetros por hora y diluvios reblandecedores que comenzarían a producirse desde el final de la noche, según repetían las emisoras de radio, intercalando su mensaje entre una guaracha festiva y un bolero lacrimoso. Los centros de trabajo habían recesado sus labores a las dos de la tarde, para que la gente pudiera prepararse y recibir, del mejor modo posible, a aquella maldición meteorológica que los había puesto en su mirilla infalible.

Una cultura ciclónica, adquirida por siglos de convivencia con aquellos depredadores fenómenos atmosféricos, salía a flote cada vez que un huracán se acercaba al país. Desde que Colón tuviera noticias de ellos, y escuchara su nombre pronunciado por los temblorosos arahuacos aquel mes de octubre de 1492, miles de huracanes habían barrido el Caribe, cambiando su topografía, destruyendo las obras divinas y las humanas, alterando la configuración de sus costas, transformando campos fértiles en lagunas interminables, y la gente había aprendido a vivir con ellos como con un mal vecino, del que es imposible librarse. Cada año los cubanos esperaban al ciclón como a los catarros de invierno o a las infecciones estomacales del verano: era algo seguro, inevitable y cíclico, con lo que se debía pasar unos días, por puro e inalterable fatalismo geográfico. La recurrencia de aquellos fenómenos poseía la virtud singular de reactivar la mala memoria de unas gentes acostumbradas a olvidar cualquier acontecimiento: y recordaban el paso del mítico ciclón del 26, del horrible ciclón del 44, y del inolvidable ciclón *Flora*, gracias al cual se produjo una reducción de la cuota de café que veinticinco años después aún se mantenía. Pero ningún huracán, después de todo, había logrado llevarse a la deriva a la isla —como soñaban algunos— ni había conseguido cambiar el carácter de su gente —como hubieran deseado otros. Por eso, algo de ambiente festivo, de expectación malsana ante la

llegada del huracán se desataba en las personas, que en las calles se gritaban: Oye, tú, ¿dónde vas a pasar el ciclón?, como si sólo se tratara de escoger un sitio para cenar en Nochebuena. La devastación sería inevitable, ya lo sabían, ya lo habían aprendido por la repetición ancestral de las lecciones, y los cubanos trataban de sacar al paso del ciclón las mejores dosis de emociones fuertes, compartidas y socializadas. Después habría tiempo para llorar las pérdidas y para olvidarse de los ciclones hasta la próxima temporada.

Definitivamente, el macabro carnaval parecía haber comenzado: algunas personas, sobre las azoteas, amarraban las tapas de los depósitos de agua; otros cortaban árboles, con una furia y una intensidad anticipada a la del huracán; otros más cargaban colchones, televisores, cajones desbordados de objetos con la magra esperanza de salvar algo que de lo contrario demorarían años en volver a recuperar, y lo hacían con una increíble sonrisa en los labios; y otros más, sabiamente precavidos, y para desasosiego nervioso de Mario Conde, se dedicaban a comprar las existencias de ron en los mercados y bodegas, convencidos de que anegarse en alcohol era el mejor modo de esperar la llegada de *Félix* o como se llamara el ciclón de mierda que ahora les tocaba. La actividad era frenética y el Conde, mientras su auto avanzaba hacia la casa de Adrián Riverón, en el viejo barrio de Palatino, recordó el miedo cerval de su padre a los ciclones. Era un temor irreprimible que, al parecer, lo había contaminado en la cuna (era un decir), pues a los diez días de haber nacido, la ciudad fue atravesada por aquel ciclón de 1926, el más memorable en todas las crónicas meteorológicas y catastróficas de la ciudad. Abuelito Rufino contaba cómo la casa de madera donde ellos vivían había sido arrancada de cuajo por la fuerza del viento y la familia se había salvado gracias a aquel varaentierra, pequeño y bien afincado en el suelo, que él había construido en el patio para guardar el maíz de los gallos de pelea y el palmiche de los puercos que también criaba. El Conde siempre trataba de imaginarse cómo habían podido acomodarse en

aquel diminuto recinto sus dos abuelos con seis hijos, dos perros, veinte gallos finos, la chiva lechera, la mula de carga y tres cochinos, mientras fuera del refugio el huracán alteraba la faz de la tierra y hasta los dejaba sin un sitio donde vivir.

«De las más terribles tormentas que se cree haber en todos los mares del mundo, son las que por estos mares destas islas y tierra firme suele hacer», había escrito el padre Las Casas, medio milenio antes, asombrado por los embates del primer ciclón caribeño descrito por un europeo, y el Conde pensó que el fraile tenía razón: la supremacía de las tormentas terribles la ostentaba el huracán tropical, artero e insistente, repetitivo y empecinado... Y yo venir te siento, se dijo, porque lo sentía aproximarse, por dentro y por fuera, y ya deseaba su llegada: Acaba de venir, coño, repitió en voz baja y encendió un cigarro.

En la casa de Adrián Riverón hallaron una paz exterior ajena a la festividad trágica de los preparativos ciclónicos. Mientras se acercaban al portal, el Conde volvió a preguntarse qué era exactamente lo que esperaba hallar en aquel sitio, y todavía no pudo darse respuesta. Algo, pensó, cuando se abrió la puerta y Adrián Riverón mostró una sonrisa aderezada con tos al ver a los cuatro policías. A pesar de que el aire ya soplaba en rachas húmedas, el hombre sólo llevaba un *short* y parecía tranquilo y relajado, cuando dijo:

—¿Y qué hace por aquí, teniente? —y tosió otra vez, con la persistencia acostumbrada, que nuevamente hizo dudar al Conde de la filiación de Adrián al club exquisito de los no fumadores.

Mario Conde lo miró casi con ternura: una sensación de alivio le corrió por el pecho, aunque lamentó que fuera precisamente Adrián Riverón el posible ejecutor de Miguel Forcade. En su fuero más interno, en su fuero medio e incluso en el externo, hubiera preferido poder inculpar a un tipo como Gómez de la Peña o, en su defecto, a un personaje como Fermín Bodes, ambos cargados de culpas antiguas nunca cabalmente pagadas. ¿Y a Miriam?, dudó por un mínimo instante y se

decidió por preferirla a ella antes que a su eterno enamorado, víctima de aquella vieja pasión. Injusta justicia.

—Venimos a hacer un registro en su casa —le respondió al fin, y la sonrisa de Adrián Riverón murió con las palabras del policía.

—¿Y a qué viene eso?

—Según Fermín Bodes usted iba a preparar una salida clandestina del país. Queremos ver si ya había empezado las compras. Mire, ésta es la orden de registro. Y ahora vienen dos vecinos para que sirvan de testigos.

—Pero esto es una locura...

—Es un presentimiento —ripostó el Conde, y le indicó un butacón de su propia casa a Adrián Riverón—. Manolo, ve hablando tú con él, a lo mejor te cuenta algo bueno —agregó el teniente y, cuando llegaron los vecinos, les explicó las causas del registro y penetró en la casa seguido por Crespo y el Greco.

—¿Qué buscamos, Conde? —el Greco parecía confundido y el teniente detuvo su marcha. Miró al policía, en silencio unos instantes, hasta que respondió:

—Cualquier cosa, no sé. Algo que se pueda usar para salir clandestino del país, pero sobre todo alguna señal de que Miguel Forcade haya estado aquí el día que lo mataron.

—¿Pero qué cosa puede ser ésa, Conde?

—Ya te dije que cualquiera, coño. Vamos a buscar y olvídense de lo demás. Usen la cabeza... Ah, y miren a ver si encuentran alguna caja de cigarros.

Mientras sus ayudantes registraban el garaje, el Conde se metió en la habitación de Riverón. Buscó en el closet, debajo de la cama, y revisó algunos libros de economía socialista, durmientes y empolvados en un pequeño estante, tan abandonados como el ideal planificado que proponían como futuro real, cercano, dialécticamente histórico. Después abrió las gavetas de la cómoda: Adrián Riverón era un hombre

organizado a pesar de su prolongada soltería, y el Conde sintió envidia por aquella cualidad que él nunca llegaría a poseer. Pullovers, calzoncillos y pañuelos aparecían doblados y limpios, y las medias incluso puestas una dentro de otra, formando pequeñas pelotas flojas. Toallas y sábanas, también limpias y dobladas, casi se diría que planchadas, fueron miradas displicentemente por el policía envidioso, que advirtió un brillo leve en el fondo de aquella segunda gaveta. Levantó las telas y extrajo dos fotografías alarmantes y antagónicas: la mayor era una ampliación, en blanco y negro, de una pareja de jóvenes en una segura fiesta de quince: ella, con un vestido largo, claro, de muchos encajes, ya tenía aquellos ojos provocadores que el Conde había contemplado con temor y deseos. Junto a Miriam —fruta verde, pero ya comestible a los quince años— sonreía su compañero de baile, un Adrián Riverón lastimosamente flaco, con el pelo peinado sobre la frente y más abajo de las orejas, enfundado en el traje peor cortado y más horriblemente llevado que jamás hubieran visto los ojos de Mario Conde. Todo resultaba cándido, juvenil, remoto y hasta un poco escuálido en aquella foto de la inocencia perdida. Porque la otra instantánea sí era un grito de osadía: en una cartulina de 5 por 4, a todo color, estaba Miriam desnuda, mirando un poco sorprendida a la cámara, quizá preparada por ella misma. La mujer aparecía con los brazos sobre la cabeza, levantados para conseguir la pose más provocativa y que contribuyera con más éxito a proyectarle los senos, coronados por unos pezones que desbordaban los cálculos del Conde. Mientras, sus piernas estaban levemente abiertas, para que la oscuridad contundente de su sexo llegara hasta los ojos del destinatario. Yo lo sabía, pensó el Conde, esta cabrona no es rubia, y volteó la cartulina para leer: hasta que me vuelvas a tener, de carne y hueso. tu miriam, y al pie una fecha: 12-7-84. Sin poderlo evitar el Conde volvió a mirar a la mujer desvestida para la foto y pensó que era una lástima no haber tenido mejores opciones con ella: decididamente era un manjar de dioses, como se lo advirtió el endurecimiento progresivo que

sintió entre las piernas y lo obligó a voltear las fotos y dejarlas sobre la cama, con la sensación de haber mirado por el ojo de la cerradura un acto de amor y entrega destinado a otra persona.

—Nada en el garaje, Conde —advirtió Crespo, y él respondió:

—Uno vaya para la cocina y otro para el baño. Yo voy a empezar en el patio.

Salió en busca de la puerta trasera de la casa y, al ver a Adrián, le comentó:

—Son bonitas esas fotos —y siguió hacia el patio, imaginando lo que podía pensar el hombre.

Al fondo de la casa encontró una terraza techada, con lavadero, y un pequeño closet para los instrumentos de limpieza. El resto del patio había sido cubierto con cemento, salvo las circunferencias de tierra donde se levantaban dos matas de mangos, al parecer muy viejas. En el fondo, contra el muro que separaba el patio de Adrián y el de sus vecinos, se levantaba una pequeña caseta que el Conde supuso ideal para guardar herramientas y objetos de uso doméstico. Un candado abierto, colgado de una argolla, le advirtió que quizás allí se guardaba algo de cierto valor y el policía respiró antes de abrir. Frente a sus ojos aparecieron unos estantes tan organizados como las gavetas del cuarto, ocupados por cajas con puntillas, tornillos, piezas hidráulicas y eléctricas: lo normal en un sitio así. En un rincón encontró dos guantes y un casco de jugar pelota. Así que éste también era pelotero, pensó y sin poder evitarlo recogió uno de los guantes, se lo acomodó en la mano y lo golpeó con la otra, como preparándolo para seguros fildeos de largos batazos. Con las añoranzas alborotadas por el recuerdo de sus días felices de jugador callejero de pelota, el teniente dejó el guante en su sitio y se puso en cuclillas para mirar el contenido de unos sacos de yute, cuando a sus espaldas llegaron los dos policías.

—Nada de nada, monada: ni cigarros —dijo el Greco y, desde su postura el Conde se volvió a mirarlo.

—Más monada será tu... quien tú sabes. Bueno, parece que aquí tampoco hay ni cuero. Los sacos tienen guata de cojines —admitió, poniéndose de pie, sintiendo en sus rodillas el peso de la derrota.

Después de todo no era lógico que allí apareciera algo capaz de vincular a Miguel y su muerte con Adrián Riverón —más de lo que podían vincularlos aquellas fotos de la nostalgia, el deseo y el odio más seguro y aquellos guantes que delataban una peligrosa afición beisbolera que compartís con millones de cubanos— y su premonición dolorosa tendría que contenerse hasta encontrar mejores derroteros. Pero ¿cuáles? A su vista no había ninguno transitable y casi tembló ante la perspectiva de volver a encerrarse con Miriam —ahora que la conocía mejor y podía asegurarle su condición de rubia apócrifa y hasta pornográfica—, con Fermín, con Gómez de la Peña e insistir en busca de una luz, pensaba, cuando abandonó el pequeño cuarto de desahogo y agarró la puerta para cerrarla.

—Espérate, Conde —pidió el Greco y asomó la cabeza al cuartico, para luego mirar a su jefe—: ¿con qué cosa dice el forense que le golpearon la cabeza al muerto?

El Conde lo miró y el dolor de la premonición desapareció como por ensalmo mágico, pues a toque de vara prodigiosa le sonaron las palabras de aquel muchacho a quien debía proponer como el Policía Más Inteligente del Mes, para que el Sindicato lo consignara en su mural de méritos laborales y lo tuviera en cuenta en la próxima repartición de equipos eléctricos: sí, un refrigerador y una semana en la playa se merecía aquel policía genial que lo hizo exclamar:

—Cojones, Greco, ¿tú viste el bate?

—Bueno, veo un bate, teniente: mire para arriba —dijo el policía y el Conde alzó la vista: entre las tejas del techo y las vigas de hierro había un bate de madera, agazapado y definitivo como la muerte.

La última vez que Mario Conde había jugado a la pelota fue en la universidad. Estaba en el tercer año de la carrera y, como siempre, se presentó para formar parte del peor equipo de béisbol de que tuviera noticias la historia deportiva universitaria cubana. Era como si la científica y centroeuropea planificación de la economía y la vida social del país propuesta por Gómez de la Peña también hubiera llegado a aquellos recodos de la organización estudiantil y se consideró necesario, un buen día, reestructurar —otra vez— las universidades y facultades del país. Por eso una mañana resultó que la Escuela de Sicología, siempre integrada a la facultad de ciencias, se convirtió, por algún misterioso designio administrativo en facultad independiente, como las demás y rigurosas facultades universitarias. Entonces, para satisfacer todos los requisitos de obligatorio cumplimiento, la facultad debió participar en los Juegos Deportivos Universitarios con equipos propios, en los cuales necesariamente se repetían los nombres de los atletas por la escasa matrícula de aquella nueva facultad, más dada a actividades intelectuales que a rudas competencias físicas. Y aquel último año en que jugara pelota, el Conde fue también portero del once de fútbol, defensa del *team* de básquet, miembro del relevo 4x400, además de primera base y tercer bate del equipo de béisbol... ¡Tercer bate el Conde!... Porque la única virtud deportiva de los Sicólogos siempre fue su entusiasmo: aunque estuvieran condenados al último lugar en casi todas las competencias, ellos se ufanaban de sostener en alto el lema olímpico de que lo importante era competir, más que vencer —pues casi nunca vencían, entre otras cosas por el cansancio que acumulaban sus deportistas en una semana de actividad ininterrumpida.

El último día que jugó a la pelota, el Conde sentía que casi no podía levantar los brazos y había fallado en tres veces al bate cuando debió ocupar su turno en el final del octavo *inning*, con el juego dos por cero a favor de los Tigres de Filología. Por un error, una base y un *deadball*, el Conde tuvo la ocasión histórica de entrar al cajón de bateo con la



posibilidad de la ventaja en primera base, aunque había dos *outs* y fue en ese instante cuando sufrió uno de sus primeros presentimientos memorables: como todos sus compañeros, ahora el Conde prefería utilizar uno de aquellos bates de aluminio recién estrenados, considerados más eficaces y sólidos que los antiguos bates de madera. Pero su presentimiento le advirtió que quizás aquel viejo y depreciado bate de majagua que nadie utilizaba podía ser el único capaz de lograr el milagro de salvar aquel último juego del campeonato —que, sin él imaginarlo, sería a la vez el último que jugara Mario Conde—. Ante los ojos asombrados de sus compañeros y bajo los gritos de alarma del flaco Carlos, que todavía era flaco y casi se lanza desde las graderías para evitar aquel desatino de su amigo, el Conde lanzó a la tierra el bate de aluminio y fue hasta el banco en busca del bate de madera y se dispuso a batear. Después de ver pasar dos *strikes*, a los que ni siquiera hizo el intento de tirarle, a pesar de los gritos del Flaco, que le advertían «Tírale, coño», el Conde miró hacia Carlos y ejecutó con toda su parsimonia el dramático ritual practicado en sus años de jugador de placeres y maniguas: pidió tiempo al árbitro y se separó del *home-plate*, recogió tierra con una mano y se escupió la otra, para frotarlas las dos y luego limpiarlas en las nalgas del pantalón. Después colocó la maza del bate entre sus piernas y la despojó de impurezas, haciéndola correr sobre la tela, antes de volver a escupir en el suelo y entrar en el cajón de bateo, donde ejecutó el acto final de la puesta en escena: rascarse los huevos mirando a la cara del Perro, el mejor *pitcher* de los Tigres de Filología... Sólo quien ha sentido en sus muñecas el beso sólido de la pelota maciza contra la madera compacta, producido en una microfracción de segundo, y que puede provocar el vuelo de la esférica blanca hasta distancias asombrosas, está dotado para saber lo que percibió Mario Conde en aquel instante en que tomó impulso, realizó el *swing* y la maza del bate chocó con la bola y la proyectó a las últimas profundidades del jardín derecho, para que él corriera enloquecido sobre las bases, como si no hubiera

jugado béisbol, fútbol, básquet y atletismo, casi durante las veinticuatro horas del día a lo largo de toda una semana, y llegara quieto a la tercera base, acompañado por los gritos de júbilo del flaco Carlos, que se había tirado al terreno y gritaba: «¡Cojones, aquí lo que hace falta es tener cojones!», y se abrazaba con los tres compañeros del Conde que habían anotado gracias a su batazo, que ponía el juego tres por dos a favor de los Sicólogos, los cuales por fin pudieron ganar ese único partido aquel día en el que Mario Conde jugaría por última vez a la pelota, durante los Juegos Universitarios de 1977.

—¿Y qué hubo con ese bate?

El sargento Manuel Palacios asintió y el Conde notó cómo un leve temblor lo recorría: las dosis de esperanza de que ese bate contara toda una historia terminada en las manos de Adrián Riverón, bateador de bolas prohibidas, eran similares a las dosis de que fuese otro el culpable y no aquel enamorado útil. Otra vez su oficio de policía lo enfrentaba a evidencias sórdidas, a tramas humanas que rebasaban los límites de lo permisible y rompían para siempre las vidas de la gente: y él volvía a funcionar como coreógrafo de aquella representación, dándole su última estructura, encontrándole un final tristemente satisfactorio a la caída definitiva del telón.

—Fue ese bate —dijo Manolo, y se dejó caer en la butaca donde antes había estado Miriam.

El sargento, siempre ágil, ahora parecía cansado o aburrido o decepcionado.

—¿Qué te pasa, Manolo?

—Que contraste al que mató a Miguel Forcade. Y por fin te vas de la policía. Oye, ¿de verdad quieres irte?

—Anjá —murmuró Mario Conde después de un instante y trató de enderezar los rumbos de la conversación—. ¿Qué encontró el

laboratorio?

—Para empezar, las huellas: todas son de Riverón, así que nadie más ha cogido ese bate. Para seguir, la sangre: aunque le pasaron un paño con alcohol por la maza del bate, había células de sangre entre las fibras de la madera. Y la sangre era del grupo O, el mismo de Forcade. Para terminar, en el suelo del cuarto de desahogo aparecieron otras huellas de sangre que no se fueron con el agua y que también son O, y que es casi seguro que pertenecieron al muerto.

El Conde abandonó su butaca y miró por la ventana: las rachas de aire empezaban a peinar las copas de los árboles, como presagio de males mayores por venir. En el patio de la iglesia, al otro lado de la calle, las monjas, con sus faldas y cofias batidas por la brisa, clavaban tablas en las puertas del recinto sagrado, para impedir que los tentáculos del maligno penetraran, en forma de lluvia y viento, en la casa del Señor. Aquél era un paisaje de otoño distinto al imaginado por Matisse, en la racional y mesurada Europa: el signo otoñal del trópico nada tenía que ver con hojas caídas por el cambio preciso de estación ni con luces filtradas entre nubes altas. Aquellos árboles que veía el Conde practicaban la avaricia de jamás soltar sus hojas si no eran arrancadas por una fuerza superior a la gravitación, y la luz del país sólo tenía dos dimensiones reales: o el azul intenso del cielo despejado, capaz de aplanar los objetos y las perspectivas, o el gris profundo de la tormenta, que manchaba la atmósfera y adelantaba la noche. Pero el huracán que ya empujaba la costa sur de la isla con intenciones de llevársela a la deriva era el clímax otoñal más trágico de aquella parte del mundo donde todo lo prodigado por la naturaleza se dispensaba en dimensiones exageradas: la lluvia, el viento, el calor, los truenos, las olas, y donde las hojas perennes de los árboles sólo caían bajo el peso de esas razones catastróficas. Era una naturaleza que periódicamente se encargaba de demostrarle al hombre su incapacidad para controlarla y le advertía de sus infinitas posibilidades de venganza.

—Lo que no acabo de entender es cómo ese comemierda no desapareció ese cabrón bate... Bueno, se jodió Adrián —fue el juicio emitido por el Conde, y le pidió a Manolo que trajera al hombre que había sido el primer novio de Miriam, su gran amor por más de quince años, para pedirle que le contara la verdad. Una verdad quizás ajena a cuadros falsos y estatuas auténticas, capaces de mover la ambición y el engaño: porque tal vez Adrián sólo había matado por amor. Al fin una miserable verdad.

Adrián Riverón, pálido y sudoroso, tosió, como siempre tosía, y le preguntó al Conde:

—¿Qué quiere saber?

—¿De verdad no quiere un cigarro?

—Ya le dije que nunca fumo...

—Menos mal.

—Bueno, dígame...

—No, dígame usted: ¿cómo y por qué lo mató?

El hombre todavía tuvo fuerzas para sonreír, y levantando la cajetilla le pidió permiso al teniente para tomar un cigarro. El Conde asintió, sabiendo que al fin se acercaba a la verdad, y él también llevó un cigarro a sus labios.

—Es que a Miriam no le gusta que yo fume. Me hace daño, ¿sabe? Por culpa del cigarro tuve que dejar el remo —hizo una pausa y agregó —: lo maté porque él quiso golpear a Miriam.

—No trate de justificarse, Adrián. Mejor dígame la verdad, por favor.

—Ésa es la verdad: Miguel y Fermín iban a estar en mi casa a las nueve de la noche. Fermín habló conmigo de la posibilidad de salir del país en una lancha, llevándonos algo por lo que me iban a pagar como cien mil dólares en Miami. Y yo le dije que sí. Y se lo dije por dos

razones: porque si me iba podía estar cerca de Miriam y porque, desde que Miguel Forcade me botó de la Dirección de Planificación, más nunca he podido levantar cabeza en este país. No importa que Miguel se quedara después en España y que a Gómez de la Peña lo hayan defenestrado: mi expediente dice que no soy confiable, y ningún jefe de empresa importante se va a arriesgar conmigo, ¿me entiende? Bueno, ya usted vio en lo que trabajo... Por eso no me importó si tenía que tratar otra vez con Miguel Forcade y volver a verle su cara cínica, si él era el medio para lograr lo que yo quería.

»Pero mi destino parece que está marcado por ese hombre. Si no, a ver, ¿cómo es posible que él llegara a mi casa una hora antes, él solo, precisamente el primer día en que Miriam y yo volvíamos a estar juntos después de tantos años? Lo único que puedo imaginar es que viniera a proponerme alguna forma de traicionar a Fermín, porque ése era su estilo. El caso es que Miriam sabía ya lo de la reunión con Miguel a las nueve, y como Fermín había quedado en estar en mi casa a las ocho y media para hablar antes conmigo, pues ella pensó que si algo se complicaba y su marido la veía allí, podía decir que había venido con su hermano. Por eso, cuando Miguel salió a ver a Gómez, ella vino para mi casa y después de tantos años volvimos a acostarnos... Porque ella estaba eufórica de saber al fin lo que Miguel quería sacar de Cuba.

—¿Entonces ella lo sabía?

—No, no, lo supo ese día. Ella llevaba tiempo insistiendo para que Miguel le dijera qué cosa era, y esa tarde, antes de salir a ver a Gómez de la Peña, por fin le contó que lo que iban a sacar era un cuadro de Matisse que le había guardado Gómez de la Peña.

El Conde no lo pudo evitar: sonrió.

—¿El cuadro de Matisse?

—Sí, uno que Miguel le había dejado al otro sinvergüenza ese...

—Cada vez me convenzo más: Miguel Forcade era un hombre con muchos recursos.

—No era más que un tremendo hijo de puta, teniente.

—De eso ya estaba convencido. Siga contándome, Adrián.

—Esa noche Miriam me juró que si yo iba para los Estados Unidos ella dejaba a Miguel, porque ya no podía más con sus depresiones, su envidia y hasta su impotencia, y me propuso algo que era una locura: robarnos el cuadro después de que Miguel y Gómez hicieran el negocio. De eso estábamos hablando cuando Miguel llamó a la puerta... Mire, cuando vi por la ventana que era él, sentí que el mundo se me venía abajo. No era lógico que supiera que Miriam estaba allí y por eso le dije a ella que se escondiera en el baño, hasta ver cómo la podía sacar de la casa, quizá con la ayuda de Fermín. Pero cuando le abrí lo primero que Miguel hizo fue preguntarme dónde estaba la puta traidora de Miriam y me empujó y entró en el cuarto. No sé si estuvo espionando por las ventanas, o si la oyó hablar, no sé, pero él sabía que ella estaba conmigo, y entró en el cuarto llamándola. Y ahí pasó algo que me nubló la vista, me quitó la razón, pero de pensar que Miguel podía tocar a Miriam me volví como loco y agarré el bate que estaba en el cuarto y le grité que no diera un paso más. Entonces creo que él trató de irme para arriba y yo lo golpeé en la cabeza. Fue horrible: el tipo cayó en el suelo y empezó a tener convulsiones, a echar espuma por la boca y a mearse, casi sin soltar sangre, hasta que empezó a ponerse rígido y se quedó quieto. Miriam había salido del baño y vio el final del espectáculo. Los dos nos quedamos sin hablar un rato y ella me dijo que lo mejor era esconder el cadáver y hacer como si Miguel no hubiera llegado nunca. Lo primero que decidimos fue esconderlo y ella me ayudó a llevarlo al cuarto de desahogo y después se fue en el carro de Fermín que estaba usando Miguel y lo dejó en La Habana Vieja.

»Yo me quedé en la casa esperando a Fermín, que llegó a las nueve menos cuarto y hablé con él como si no hubiera pasado nada. Lo que él quería decirme antes de que llegara su cuñado era simple: si de verdad lo que íbamos a sacar de Cuba valía varios millones, no teníamos por qué

compartirlos con Miguel Forcade, pues al fin y al cabo seguramente él se lo había robado cuando trabajó en Bienes Expropiados. Por supuesto, yo le dije a todo que sí, sin mentar que ya sabía lo del cuadro, y como a las diez, Fermín empezó a llamar para ver por qué Miguel no venía, y como no aparecía por ningún lado, decidió irse como a las diez y media.

»El problema era cómo sacar de mi casa el cadáver de Miguel. La única solución que se me ocurrió fue usar el carro de Fermín y llamé a Miriam. Ella me dijo dónde lo había dejado y que había tirado las llaves en un latón de basura que estaba en la esquina. Esperé hasta las doce y me fui a La Habana Vieja y en un momento en que no vi a nadie en la calle viré el latón y recogí las llaves. Traje el carro hasta mi casa y fui hasta el cuarto de desahogo para sacar el cadáver y envolverlo en unos sacos. ¿Y sabe qué fue lo que más me molestó de todo aquello? La peste a mierda que tenía aquel hijo de puta y que se me quedó impregnada en las manos. Mire, creo que todavía puedo olería...

El Conde, que iba imaginando los pasos de la tragedia protagonizada y ahora contada por Adrián Riverón, pudo colegir el resto: el cadáver envuelto en sacos, arrastrado hasta el garaje, colocado en el maletero del carro... ¿Y la castración?

—¿Y por qué lo mutiló antes de tirarlo en el mar?

—No sé, creo que se me ocurrió que eso los podía despistar a ustedes si el cadáver aparecía... Fue algo que se me ocurrió así, de pronto, pero parece que lo tenía metido en el cerebro hace años, porque lo hice con gusto —dijo, y aplastó la colilla del cigarro que ya le quemaba los dedos—. Después volví a llevar el carro para La Habana Vieja, lo limpié bien y lo dejé donde ustedes lo encontraron. Y vine para mi casa y me acosté a dormir... ¿Puedo coger otro cigarro?

—Adelante —dijo el Conde, que escuchó a través de la ventana el silbido poderoso del viento.

Parecía que el huracán hubiera llegado. Y miró hacia el cielo, sobre las torres de la iglesia, con miedo de ver el paso de una monja voladora.

—Adrián, todo lo que usted hizo fue muy inteligente... Lo que no entiendo es por qué guardó ese bate...

El hombre tosió, mientras tomaba otro cigarro que se llevó a los labios. Cuando fue a encenderlo se detuvo, como avergonzado de lo que hacía.

—Ese bate llevaba veinte años conmigo... Me lo regaló Miriam cuando éramos novios y estaba en el cuarto porque yo se lo había enseñado... Yo no podía botarlo, ¿me entiende?

—Creo que lo entiendo. Pero no sé si una gente como Miriam lo entendería... Mire, quédese con esos cigarros y fume si quiere —susurró el Conde, y salió del cubículo.

Apagó la grabadora justo cuando Adrián Riverón afirmaba «Yo no podía botarlo» y observó los ojos de Miriam: y comprobó que seguían siendo hermosos, con aquel color variable y difuso, recubiertos por esas pestañas venenosas que habían perdido a dos hombres. Pero eran unos ojos demasiado secos.

—La parte que yo vi fue como dice Adrián. Lo demás no lo sé —afirmó ella, y el Conde no se asombró de que siguiera siendo la mujer fuerte y segura con la cual lidiaba desde hacía tres días. Por eso miró a Manolo, para encargarle el remate.

—¿Seguro no planearon matar a su marido para quedarse con el cuadro? —empezó el sargento, encorvado en su silla hasta casi pegar su cara a la de Miriam.

—No, porque yo me iba a separar de él... en cuanto tuviera el cuadro. —Que resultó ser falso.

—Sí, el cuadro con que me engañó a mí también.

—¿Y por qué trató de que sospecháramos de su hermano Fermín?

—Porque él era inocente. A él no lo iban a poder enredar en esto, y a mí me daba tiempo de irme y era difícil entonces que ustedes pensarán en



Adrián.

—¿Pero ya usted sabía lo del buda de oro?

—Pero cuántas veces voy a decirles que no lo sabía. Miguel me engañó porque no confiaba en nadie. ¿O es que no se da cuenta de que no tenía ni siquiera un amigo?

—El pobre —susurró el Conde, y regresó al mutismo que le correspondía.

—¿Y de qué pensaban vivir usted y Riverón en Estados Unidos?

—Del dinero que él ganara con lo que iba a sacar de Cuba... con el del cuadro ¿no? Pero al final eso no me importaba mucho. Aunque tuviera que vivir debajo de un puente yo iba a dejar a Miguel. Nadie se imagina lo que es vivir con un hombre como ése... Lástima que todo haya pasado así.

—¿Por quién siente lástima? —volvió a participar el Conde, incapaz de contenerse.

—Por Adrián... y por mí.

Y el policía vio cómo el escudo de mil combates caía de los brazos de Miriam, la de los ojos perversos. Ahora sí iba a llorar, con sus propios ojos y por una razón verdadera. Y era mejor que llorara, mucho y hasta con gritos si quería, por la muerte de la última oportunidad que había tenido de ser feliz.

—Déjala, Manolo —dijo, aburrido, el teniente—. Déjala que lllore. Eso es lo mejor que puede hacer.

Tuvo que correr y encerrarse en el baño. Abrió la llave del lavamanos y observó cómo se fugaba el agua transparente y pura, antes de meter las manos en el chorro y humedecerse la cara, una y otra vez, tratando de arrancar la suciedad opresiva del desasosiego: la certeza de haber asistido al derrumbe definitivo de varias vidas le había puesto ante los ojos la más rotunda evidencia de por qué había sido incapaz de escribir aquella

historia escuálida y conmovedora con la que soñaba desde hacía años: sus verdaderas experiencias solían andar por otra parte, muy lejos de la belleza, y comprendió que debía vomitar primero sus frustraciones y sus odios para luego ser capaz —si lo era, si alguna vez lo había sido— de engendrar algo hermoso. Sólo entonces supo la envergadura del miedo que le había impedido soltar sobre el papel, hacer real, vivo, independiente, y quizás hasta imperecedero, aquel río de lava oscura que había arrastrado su vida y la de sus amigos, hasta convertirlos en lo que eran: menos que nada, nada de nada, sólo la nada. Candito tenía razón: el cinismo se había convertido en el anticuerpo que le permitía seguir con vida, y también Andrés había descubierto sus dobleces: la ironía, el alcohol, la tristeza y ciertas dosis de escepticismo funcionaban como una coraza, mientras el convencimiento fabricado de su incapacidad para escribir lo que deseaba le servía como balsámica y eficiente muralla de autoengaño.

Se atrevió al fin a levantar la mirada y observarse en el espejo: y otra vez no le gustó lo que sus ojos veían. No era su cara, que empezaba a cuartearse; ni su pelo, que empezaba a escasear; ni sus dientes, que empezaban a mancharse: no era ninguno de aquellos comienzos con desenlaces previsibles, sino una sensación de final ya concretado y una convicción dolorosa: sólo un milagro podía devolverlo a su verdadero camino —si los milagros existían, y si existía ese camino— y sólo una decisión podía colocarlo en el sendero de la redención: o nos salvamos juntos o nos jodemos los dos: simplemente tenía que escribir, exprimir el grano, reventar el absceso, vaciar los intestinos, escupir aquella saliva amarga, ejecutar aquella operación radical, para empezar a ser él mismo.

Y no lo pensó: con las dos manos lanzó agua contra el espejo y su imagen se hizo esquiva y difícil de retener: ésa había sido su verdadera cara, transfigurada e imprecisa, sin perfiles definidos y siempre medio oculta, la cara de policía con la que hacía diez años andaba por el mundo: y con ella debía terminar aquella historia de ambición y de odio, hasta

poder soltar las últimas amarras de su maltrecha coraza.

El Conde miró otra vez su reloj: ahora marcaba las cinco y veinticinco.

—Quiero que me disculpe, coronel. Le prometí que le entregaba el caso a las cinco y diez y me pasé quince minutos. Pero es que a la máquina de escribir se le trabó la cinta.

—¿Todo está ahí? —preguntó, goloso, el nuevo jefe de la Central, y Mario le extendió la carpeta con los resultados preliminares del caso.

—Nada más falta el certificado de autenticidad del buda. La gente de Patrimonio necesita hacer más consultas, pero seguro que es de oro, que es chino y que es bastante antiguo. Y también que vale mucho más de los cinco millones de dólares que Miguel les decía a los demás.

—Pero esto es increíble, más de cinco millones —dijo el coronel Molina, con una risa nerviosa.

Quizá, pensaba el Conde, su nuevo jefe ya saboreaba las felicitaciones que recibiría por su indiscutible eficacia como responsable de eficaces investigadores criminales.

—¿Está satisfecho?

—Pero cómo no iba a estarlo, teniente. Me alegra mucho no haberme equivocado cuando lo mandé a buscar y le di este caso con toda la libertad que usted necesitaba. Es que parece increíble: en tres días descubrió un cuadro falso, encontró una escultura perdida hace cuarenta años y que vale ni sé cuántos millones y resolvió hasta la historia de un asesinato que al fin y al cabo no tenía nada que ver con esa escultura millonaria.

—Yo no diría eso —matizó el Conde.

—Bueno, no directamente —admitió el coronel, y volvió a sonreír.

Si le miento la madre también le va a dar risa, pensó el Conde y se

puso a la ofensiva:

—Ahora espero que cumpla su promesa, pues yo cumplí la mía.

La amplia sonrisa de Alberto Molina se fue reduciendo, hasta desaparecer.

—Pero, teniente, ¿usted lo ha pensado bien? Yo creo que su futuro está aquí —y el gesto, que indicó la oficina de la jefatura, fue rápidamente ampliado, hacia otros límites dentro del edificio, menos puntuales—. Usted me ha demostrado que es un excelente policía, y eso yo lo voy a elevar, claro que sí.

—No insista, coronel. Quiero mi baja y no mi elevación. Esto se acabó para mí. Y Molina seguía sin entender.

—Pero ¿por qué?

El Conde abrió en su mente el abanico de posibilidades y decidió escoger las menos agresivas.

—Porque no me gusta resolver casos como éste: la persona más limpia de toda la historia resultó ser el que va a pudrirse en la cárcel... Porque no quiero seguir revolviéndome en la mierda, en la mentira, en la falsedad. Porque no resisto la idea de que la mitad de los policías que fueron mis compañeros durante diez años, entre los que había gentes en las que yo creía, hayan sido expulsados justa o injustamente. Y porque quiero tener una casa frente al mar para ponerme a escribir. Quiero escribir una historia escuálida y conmovedora.

—¿Escuálida?

—Y conmovedora —agregó el Conde, respondiendo—. Porque quiero hablar de ese amor entre los hombres. Eso es lo que quiero. Por favor, coronel.

—Por mi madre que no entiendo. ¿Amor entre los hombres, teniente?

Molina dejó la carpeta sobre su buró y estiró su esplendorosa chaquetilla de oficial. Bordeó la mesa y abrió la gaveta del centro.

—Aquí tiene —dijo, y extendió el pliego sobre la mesa.

El otro se puso de pie y lo tomó. Leyó las primeras líneas y se sintió satisfecho, pero continuó hasta el final: se otorgaba el licenciamiento, pedido por razones personales, al teniente Mario Conde, de quien se afirmaba, en un segundo párrafo de la carta, que en diez años de servicio había mantenido una actitud ejemplar, demostrando con su eficiencia que había sido el mejor investigador de la Central y un excelente compañero de trabajo, entre otros elogios mecanografiados a un solo espacio. El Conde tragó en seco, no sabía si por la emoción o por las dudas, y se atrevió a preguntar:

—Coronel, ¿por qué dice usted esas cosas de mí?

—¿Qué cosas? —preguntó el otro.

—Lo que está debajo de la concesión de la baja...

Molina volvió a sonreír y se dejó caer en su cómoda butaca.

—¿Vio la fecha de la carta?

El Conde miró y entendió aún menos.

—Dice cuatro de octubre, y hoy es nueve...

—Sí, dice cuatro. ¿Y vio las firmas? Devolvió su mirada al papel y le pareció increíble lo que leía: allí, en la misma línea horizontal, estaban las firmas del coronel Alberto Molina y la del mayor Antonio Rangel. No, no era posible, pensó.

—Cuando usted me dijo que en una hora me entregaba el expediente con el caso ya resuelto, me di cuenta de que era una lástima perderlo como policía, pero que no tenía derecho a retenerlo. Lo pensé bastante, pero me decidí y fui a ver al mayor Rangel para que él redactara esta carta, con fecha de una semana atrás, y que pusiera dos pies de firmas. Esos elogios se los debe a él. Lo mío es otorgarle el licenciamiento que me pidió.

El Conde se sorprendió: sentirse halagado era algo que ya casi nunca le ocurría y aquel oloroso coronel, en componenda con el Viejo, lo halagaba y hasta lograba emocionarlo. Así que había sido un buen policía, ¿no?

—Gracias, coronel —dijo, y empezó a armar su mejor saludo, sabiendo que jamás satisfaría las normas reglamentadas. Al carajo, se dijo, y extendió la mano sobre el buró, dispuesto a salir corriendo de allí. Como Miriam, aunque por otras causas, el Conde tenía deseos de llorar. Verdaderos deseos de llorar: y con sus propios ojos.

Los violines, pianísimos, acompañaron al oboe, se recrearon soñolientos en la agonía del pasaje, antes de dejar sitio al vigoroso *crescendo* instrumental y al coro alborozado que cantaba los versos de Schiller a la alegría. Por algún milagro fonético o poético, las voces alemanas estaban muy distantes del ríspido rugido que siempre se atribuye a ese idioma, y armaban una cantata ascendente que, como pocas creaciones humanas, lograba transmitir con exaltada plenitud la emoción de la vida, la certeza de la esperanza, la posibilidad del optimismo: por primera vez el Conde pensó que aquella oda era como un canto primitivo a la fertilidad, una invocación a los dioses ocultos del cielo y de la tierra para alcanzar su favor.

El viejo Alfonso Forcade, con sus ojos vueltos hacia el jardín, parecía ajeno a la música que proyectaba la grabadora colocada sobre el banco de hierro y puesta a todo volumen, para que la melodía llegara hasta el último recodo del vergel. Sin embargo, cuando el Conde lo observó con detenimiento, descubrió leves temblores en el cuello del anciano, que seguramente llevaba por dentro toda la orquesta y el coro, quizás a las órdenes del mismo Beethoven: el viejo trataba de transmitir a las plantas su propia emoción, para hacerlas partícipes de un ánimo redentor. Por eso el Conde esperó la salida del coro para interrumpir la audición.

—¿Le gusta Beethoven?

—A ellas les gusta... Y también Wagner, Mozart, Vivaldi. Se sabe que el trigo es especialmente sensible a las sonatas de Bach. Y no es un

secreto que las plantas crecen y producen más cuando se les hace escuchar música sinfónica.

—Sería una crueldad que el ciclón acabe con todo esto, ¿no?

—No, usted se equivoca. La naturaleza nunca es cruel, porque no sabe serlo. La crueldad es un triste privilegio de los seres humanos. Por eso es que las culturas prehispánicas del Caribe personificaron al ciclón y le dieron figura humana. Para ellos era el terrible dios de la Tempestad, y lo llamaban huracán, yuracán o yoracán, según sus dialectos, pero en todos los casos la palabra siempre significaba Espíritu Maligno, más o menos como lo es el diablo para los cristianos, y por eso, para apaciguarlo, le brindaban cantos y danzas... como hago yo ahora... Lo que no deja de ser lamentable es que se produzcan estos desastres: quizá mañana no quede nada de todo este jardín que he plantado y cuidado durante casi treinta años. Y eso también da deseos de llorar.

Apoyado en sus burros de madera, con pasos demorados, el viejo Forcade se levantó y avanzó entre los senderos del jardín por donde ya corría una brisa amenazante, mientras Mario Conde fumaba de su cigarro. El policía esperó a que terminara la sinfonía para contarle el desenlace de la investigación. Pero la noticia de que su hijo había muerto a manos de Adrián Riverón y a causa de Miriam, no pareció sorprenderlo demasiado. ¿Acaso lo había leído en la mente de alguno de ellos?, se preguntó el Conde, sabiendo que al final cualquier respuesta sería intrascendente. Como científico, el doctor Forcade sabía que la muerte de Miguel era un hecho irreversible y sólo había comentado:

—¿Sabe algo? Hice bien en dejarlo pensar a usted solo, pues es mucho más inteligente que yo... Yo creí que Miriam podía haberlo hecho todo... Y mire quién fue, pobre hombre. Bueno, me alegra haberlo ayudado en algo. Y que se haga justicia. Que Dios los perdone...

Luego habían emprendido un lento regreso al banco de hierro labrado, como recorrido final por un paisaje que sería definitivamente distinto después del paso del dios de los Vientos.

—Al fin y al cabo con estas plantas pasará lo mismo que va a pasar conmigo: y ahí sí compartimos la idéntica suerte de nacer y morir. Lo terrible es ver morir, antes que uno, a los seres que uno ha engendrado y querido.

El Conde sintió deseos de recordarle que entre Miguel y aquellas plantas había otras muchas diferencias, pero asumió que sería demasiado cruel de su parte. Un privilegio de la naturaleza humana. Y también pensó que Alfonso Forcade sabía exactamente la clase de hombre que había sido su hijo. Y decidió no pensar más: el viejo podía volver a leer sus ideas.

—Pero la ceiba, el baobab y el laurel van a resistir. Quizá pierdan algún gajo, pero van a resistir —comentó el anciano, desentendido de los pensamientos del Conde, y en su voz había también una música triunfal. Incluso sonrió, y sus dientes quedaron a la intemperie, mientras caía el telón labial.

—Será porque son árboles sagrados, ¿no?

—No, yo no creo en eso... Ellos van a resistir porque son más fuertes y esa es otra ley de la naturaleza. Sobreviven los más fuertes y los más hábiles. Los demás se van a la mierda, teniente.

—Dale suave, Manolo —pidió el Conde, aunque no tenía intenciones de mirar por la ventanilla.

Si el ciclón llegaba, muchos de aquellos edificios dejarían de existir, como los árboles melómanos del viejo Forcade, y ya su carga de emociones acumulables para un día parecía estar desbordada.

—Es que estoy nervioso, Conde.

—¿Y eso?

—No sé, me pone nervioso que te vayas de la policía.

—Pues yo tengo un remedio para eso: hazte dos pajas, párate de cabeza y tómate un diazepam con un cocimiento de tilo y tú verás como te



relajas.

—Vete al carajo, tú siempre con tu misma bobería —protestó el otro, mientras doblaba en la esquina para detener el auto ante la casa del mayor Antonio Rangel.

Mientras Manolo desconectaba la antena, el Conde se dedicó a observar aquella imagen idílica: en primer plano una hoguera donde ardían ramas secas seguramente cortadas ante la inminencia del ciclón y, al fondo, subido en una escalera, el hombre que tapiaba con unos paneles de madera las ventanas de vidrio que cubrían todo el frente de la casa. Y el Conde se preguntó: si todavía fuera el jefe, ¿quién coño hubiera hecho esto?, pues el Mayor habría estado todavía en la Central, dando órdenes, supervisando, escuchando historias y atando todos los cabos en movimiento para que el nudo final quedara justamente en sus manos.

—¿Quieres que te ayude?

—Estate quieto, Mario, mira que estoy cabrón —dijo Rangel, desde su escalera, sin volverse a mirar a los recién llegados y abandonó la tarea hogareña, casi satisfecho de hacerlo—. Vamos para adentro, después termino esta cosa.

—Ana Luisa te va a matar —le advirtió el Conde, y el Mayor al fin sonrió.

Quizás era la primera ocasión en que le veían los dientes por pura alegría. Tal vez en apenas cinco días fuera de la policía, el temible mayor Rangel había recuperado aquella capacidad al parecer perdida para siempre.

—Pues mira, que está de lo más contenta con todo lo que yo he hecho hoy en la casa. Y como en la bodega adelantaron el aceite por el lío del ciclón, hoy almorzamos yucas fritas... Vamos, entren —dijo, y les cedió el paso hacia la biblioteca—. Siéntense.

El Conde y Manolo ocuparon las butacas y el Viejo abrió su pequeño humidor, casi desbordado de tabacos.

—A ver, escojan uno. Con cuidado, que son Davidoff Cinco Mil

Gran Corona.

—Ahora sí te volviste loco —aseguró el Conde, que en diez años sólo había logrado arrancarle un Davidoff al Viejo: su tacañería de fumador de habanos tenía en los Davidoff Cinco Mil el colmo de sus egoísmos.

—Pero hay más —aseguró Rangel, y abrió una de las gavetas del buró y extrajo lo impensable: el brillo de la etiqueta negra de aquel Johnny Walker era algo capaz de rebasar las expectativas del Conde y todas las costumbres del mayor Rangel. El Viejo colocó tres vasos sobre la mesa, puso hielo en cada uno y sirvió tres generosas porciones del líquido ambarino. Entregó un vaso a cada uno de sus invitados y levantó el suyo, para decir—: Felicidades, Mario Conde.

El Conde lo observó y se dijo otra vez que era una suerte haber trabajado con un tipo así.

—Gracias, Viejo —y chocaron los vasos, bebieron y dieron fuego a sus habanos, para que el techo de la biblioteca se cubriera con aquella nube azul y perfumada que sólo podía formar un trío de Davidoff Cinco Mil bien fumados y acompañados por un whisky añejado.

El Conde terminó su bebida del segundo trago y pidió más combustible.

—Pero es el último que te doy. Mira que esta botella me la mandó mi hija desde Viena y no la voy a gastar en un rato con ustedes... Bueno, ¿qué te pareció la carta? —preguntó incisivo Rangel, permitiéndose otra sonrisa que desbordaba todos sus límites. Aunque esta vez no fue posible verle los dientes.

—Que por poco me haces llorar.

—Molina parece un buen tipo. Fue idea de él.

—Pero lo que decía lo pusiste tú. ¿Por qué lo escribiste ahí y no me lo dijiste nunca?

—Para que no te echaras a perder... más de lo que estabas. Porque déjame decirte una cosa, Mario Conde, antes de que te emborraches y

empieces a hablar sandeces. En mi vida de policía me han pasado muchas cosas y una de las peores fue tener que soportarte a ti. Tú no te imaginas las ganas que me daban de matarte cada vez que hacías una barbaridad o llegabas a la Central con una facha como la que tienes hoy o te desaparecías dos días por estar borracho... Yo pude haberte botado cien veces, y creo que hasta haberte mandado a fusilar por irresponsable, indisciplinado y malcriado. Pero decidí que era mejor aguantarte como eras, porque también me demostraste algo que no se encuentra todos los días: que eres un hombre y un amigo, y sabes lo que eso significa, en cualquier circunstancia y lugar. Y me gustó tener un amigo así.

El Conde pensó que esa declaración de amor ya era demasiado. Nunca imaginó que aquel hombre temible, excesivamente responsable con su trabajo, y monógamo por más señas, pudiera distinguirlo sólo por aquellas cualidades que creía ver en él. ¿Sería verdad que él era así?, se preguntó y bebió otro trago de whisky, para ser un poco más crédulo.

—Y voy a decirte algo más... —volvió el Viejo a la carga, y el Conde lo detuvo con un gesto de la mano.

—No sigas, porque voy a tener que darte un beso.

—¿Ves? A eso mismo iba yo... Quería decirte que me alegro de que dejes la policía. Si quieres yo mismo hablo con un amigo mío y te consigo trabajo en un circo.

—No es mala idea. Ya lo había pensado: el payaso policía. Siempre he dicho que eso suena bien, ¿verdad? ¿O es mejor el policía payaso...?

—No jodas más, Conde. Lo que iba a decirte es bien sencillo: es mejor que te vayas de la policía antes de que no tengas remedio. Ahí vas a terminar siendo un cínico, o un insensible, o un mal tipo al que le da igual ver un muerto que tomarse un refresco. Si de verdad quieres escribir, ponte a hacerlo, pero no vuelvas a decir que no tienes tiempo. Hazlo y ya, y olvídate de todo.

—Ahí sí estamos jodidos, Viejo. Nada más me olvido de todo cuando me embalsamo en alcohol.

—Pues no te olvides de nada, pero haz tu vida. Todavía tienes tiempo.

—¿Tú crees?

—Yo sí, pero lo demás es asunto tuyo. Bueno, ¿qué te parece ese tabaco?

—El mejor del mundo.

—Casi casi, porque ahora los Davidoff son dominicanos, hechos con tabaco del Cibao. Éstos me los mandó mi amigo Freddy Ginebra... ¿Y el whisky?

—El mejor que me he tomado en el día.

—Eso sí es verdad.

—¿Y también es verdad que no me vas a dar otro trago más?

—También es verdad.

—¿Y para qué quieres tanto? Mira, queda más de media botella.

—Sí, pero es mía. ¿O cómo tú crees que yo voy a esperar el ciclón?

Sólo cuando el Viejo lo felicitó, el Conde recuperó la abrumadora certidumbre de que había cambiado de edad. La hora precisa de la mutación, la una y cuarenta y cinco de la tarde, había pasado en medio de la vorágine de su investigación apresurada, y las horas siguieron de largo sin que él sintiera nada especial, ni siquiera físicamente. La evidencia de que se acercaba a su liberación, sin embargo, resultó más reconocible desde que tuvo aquel presentimiento capaz de conducirlo a la verdad. Pobre Adrián Riverón, pensó otra vez, deseando olvidarse ya de aquella historia de un bate asesino conservado por amor, mientras abría la puerta de su closet, ya bañado, afeitado y perfumado, y comprobaba que no tenía nada para estrenarse aquel día de cumpleaños. Su madre, aun en los tiempos más difíciles, cuando la libreta de productos industriales apenas asignaba un pantalón, dos camisas y un par de zapatos por año, siempre se las había arreglado para que él tuviera alguna prenda nueva, lista para

usar en la fecha memorable del aniversario. Pero en los últimos tiempos el Conde había maltratado aquella costumbre y la escasez de opciones ofrecida por su ropero constituía la muestra más evidente del largo abandono en el cual había sumido el cuidado de su vestimenta. En el piso, enroscado como un perro viejo con frío, estaba el *blue-jean* que prefería entre todos sus pantalones, y el Conde lamentó otra vez que el fango oscuro donde dormía el buda lo hubiera manchado de un modo tan radical que le hiciera clamar el paso por el lavadero antes de estar listo para nuevas batallas.

Como se trataba de una ocasión notable, el Conde decidió usar esa noche el pantalón del único traje que había tenido en su vida adulta, comprado para el acontecimiento cada vez más lejano de su matrimonio con Maritza, siete años antes. Aun cuando olía a guardado por el largo descanso a que lo sometiera, quiso creer que no estaba demasiado mal, y lo batió varias veces, con la esperanza de mejorar su estado odorífero. En lo que no pensó siquiera una vez fue en darle unos golpes de plancha para eliminar las arrugas del perchero. Se enfundó el pantalón frente al espejo para comprobar que en realidad no estaba tan mal: todavía alguna gente usaba pantalones con pinzas y pliegues, y si lo ajustaba bien en la cintura casi no se notaría que el dueño original de la prenda pesaba unas quince libras más que el casi seco usuario actual. El resto de la vestimenta fue más fácil de escoger: descolgó la única camisa limpia existente en el closet, conservada en su pulcritud empolvada por el hecho de que nunca le había gustado, y recuperó sus zapatos de todo el día, opacos por la película de magnesia grabada por el agua con que le desprendiera las manchas de fango. Eres la elegancia misma, mira esa estampa, Mario Conde, se alentó, observándose en el espejo: un apetecible soltero de treinta y seis años, ex policía, prealcohólico, pseudoescriptor, cuasiesquelético y posromántico, con principios de calvicie, úlcera y depresión y finales de melancolía crónica, insomnio y existencias de café, dispuesto a compartir su cuerpo, fortuna e inteligencia con mujer

blanca, negra, mulata, china o árabe no musulmana, capaz de cocinar, lavar, planchar y, tres veces a la semana, aceptar sus buenas faenas de amor.

Encendió un cigarro y se otorgó una segunda dosis de perfume y salió a la calle para enfrentarse con unas rachas de viento, calientes y húmedas, heraldos negros de *Félix* el Desolador, que ya lanzaba claras advertencias de su previsible destrucción de la ciudad. Las farolas ciegas de la Calzada, las puertas atrancadas de las casas, la soledad de las calles barridas por el aire y la lluvia fina lo acompañaron hasta la parada del ómnibus, donde estuvo a punto de rompersele el corazón con la presencia de un perro lanudo y sucio que dormitaba sobre un montón de basura, bajo uno de los bancos de espera, afortunadamente sin conciencia de la tempestad que se acercaba. El Conde miró al perro y sin saber por qué, le silbó. El animal alzó la cabeza y desde su sueño hambriento miró al hombre. Dime, *Basura*, le dijo, y el animal movió el rabo, como si aquél fuera su único y verdadero nombre. Tú no sabes que viene un ciclón, ¿verdad, *Basura*?, siguió, mientras el perro se levantaba y daba dos pasos hacia aquel ser parlante, sin dejar de menear la cola. Y es un ciclón del carajo, continuó, y el animal se acercó un poco más. Tenía los ojos redondos, como nueces brillantes y dulces, y el pelo empegostado de churres le caía hacia la cara, como si alguna vez se hubiera peinado sobre la frente. El Conde le sonrió cuando el perro se paró ante él y tocó su pierna con el hocico caliente y ya no pudo evitarlo: dejó correr su mano sobre la cabeza mugrienta del animal, repitiéndole el epíteto que lo definía: *Basura*, ¿qué me cuentas de tu vida?, inquirió, pensando que quizás el animal había sido expulsado de una casa por unos dueños crueles y venáticos, de esos que prefieren botar al perro antes de quitarle un par de garrapatas. El animal, agradecido por el gesto de cariño, movió la cabeza para lamer la mano del hombre y el ex policía sintió cómo aquel calor húmedo derrumbaba todas sus pobres defensas antiperros callejeros. Fue un desmoronamiento irreversible e irreflexivo, que lo

obligó a decir: Dale, vamos conmigo, y empezó a desandar las tres cuadras que lo separaban de su casa, con *Basura* como compañero de viaje. Cuando llegaron, el Conde abrió la puerta y el perro penetró como si siempre hubiera estado allí y él sospechó que *Basura* se había reído. Casi con miedo de haberse equivocado, el Conde buscó en el refrigerador y tuvo la alegría de encontrar, dormido e invernando, a un pescado oscuro, de edad incalculable, y lo depositó en una cazuela que contuvo restos de arroz, para colocarla al fuego. El olor de la comida imprimió un nuevo ritmo a la cola de *Basura*, que incluso le ladró un par de veces al Conde, exigiéndole más rapidez. ¿Qué, estás herido?, le preguntó y volvió a acariciarle la cabeza, hasta que vio brotar el humo de la cocción sobre la cazuela y apagó el fuego. Con un tenedor y un cuchillo sacados del fondo del fregadero, el Conde desmenuzó lo mejor que pudo el pescado y desprendió el arroz pegado a las paredes de la cazuela. Bueno, *Basura*, disculpa que no te ponga mantel limpio, pero esto es una emergencia, le advirtió y sacó la cazuela a la terraza y vertió la comida en una lata abandonada. Oye, ten cuidado con las espinas, ¿eh?, y sopla primero, que está caliente. La alegría del perro fue tan manifiesta que la cola parecía a punto de desprendérsele y, entre bocado y bocado, levantaba la cara para mirar al ser extraterreno que lo había salvado del hambre, la lluvia y la soledad. Mientras el perro deglutía su manjar, Mario Conde buscó un trapo viejo debajo del lavadero y lo acomodó junto a la puerta de la terraza, donde el animal estaría bien guarnecido de la lluvia y el viento. Cuando *Basura* terminó de sacarle brillo a la lata, le indicó el trapo y el animal obedeció: limpiándose los bigotes con la lengua, el perro dio tres vueltas sobre el trapo para echarse, con las patas delanteras cruzadas. Mira, le explicó con lentitud el Conde: yo tengo que salir. Tú quédate aquí si quieres. Pero si quieres irte para la calle otra vez, sales por ese pasillo. Haz lo que más te guste. Te advierto que aquí no siempre hay comida, que si te quedas voy a tener que bañarte, que yo me paso el día en la calle y que a veces estoy más solo que tú, pero como

hace una pila de años que no tengo un perro, a lo mejor contigo vuelvo a la perritud... ¿Se dirá así, *Basura*? Bueno, me voy. Tú haz lo que te dé la gana, y ¡que viva la libertad!, concluyó su discurso y cerró la puerta, con el agradecimiento vivo de *Basura* puesto en la mirada con que lo acompañó hasta que el hombre y el animal se perdieron de vista. Estoy loco de ingreso, se autodiagnosticó el Conde y salió corriendo, pues eran casi las ocho y media y hacía más de dos horas que no se tomaba un trago: precisamente ese día en que cumplía treinta y seis años, volvía a ser dueño de un perro y había dejado de ser policía.

—Por fin, salvaje. ¿Qué tú te piensas de la vida? —fue el saludo del Flaco, desde su sillón de ruedas. El Conde vio la ansiedad cabalgante en el rostro de su mejor amigo, asomado en el portal para escrutar el horizonte en busca del homenajeado que tanto tardaba—. Llamé dos veces a tu casa y tú no aparecías.

—Es que me estaba comprando un perro —dijo el Conde mientras atravesaba el jardín de Josefina, sembrado de picualas, malangas, violetas y vicarias blancas, ideales para cualquier enfermedad de los ojos, y con las cuales se prometía tener un diálogo con música una de esas tardes, ¿Les gustaría a las picualas un cha-chachá de la Aragón o preferirían una balada de The Mama's and the Papa's?

—¿Un perro? ¿Comprando?... Mario, no hables más mierda y dame un abrazo. Felicidades, mi hermano —dijo el Flaco, que hacía tiempo ya no era flaco, y abrió sus tentáculos obesos para estrujar el esqueleto de Mario Conde.

—Gracias, mi hermano.

—Pero, dale, vamos, que allá adentro ya tienes a tu público.

—Espérate, Flaco, déjame preguntarte una cosa, y dime la verdad: si escribo sobre ti, y sobre mí, y sobre esos socios que están allá adentro y digo algunas cosas jodidas, ¿tú te pondrías bravo?



—¿Cuáles cosas jodidas?

—No sé... Cómo te quedaste inválido por ir a la guerra, por ejemplo.

El flaco Carlos miró hacia sus piernas y sonrió cuando devolvió la mirada a su amigo:

—Eso no es lo más jodido, Mario. Lo peor es lo que viene después: pensar cómo sería uno si esto no hubiera pasado... Pero pasó, y no jodas más, que hoy no estoy para eso. Tú escribe lo que te salga, pero procura hacerlo bien. Dale, vamos para allá adentro.

Con la experiencia de los años, el Conde se colocó tras el sillón de ruedas y lo hizo girar para penetrar en la casa. Avanzaron por el corredor, escuchando ya la música de los Beatles con que los amigos del Conde empezaban a alborotar sus nostalgias, y entraron en el comedor, donde los esperaban los últimos fieles de la tierra. Josefina fue la primera en felicitarlo y darle un beso en la frente, que en su mejor estilo reprodujo el Conejo, que dio paso al abrazo de Andrés, al apretón de manos fuerte y preciso de Candito, al beso en la mejilla casi infantil de Niuris —la novia que ese día estrenaba el Conejo—, a la palmada competitiva de Miki Cara de Jeva y a la mirada líquida de Tamara la jimagua, a la que el Conde besó con un roce mesurado, que expresaba su temor a la cercanía con aquella piel, siempre dispuesta a alarmarlo, hasta la última hormona masculina de su organismo.

—¿Y ese milagro? ¿Qué te dio por venir? —la interrogó el Conde, mirando los ojos como almendras húmedas de la mujer.

—¿No podía venir? Carlos me llamó y me dijo que no faltara y yo...

—Claro que podías, Tamara. Gracias.

—Bueno, rompan limpio —gritó el Flaco, entregándole un vaso al Conde—. Si se quieren enamorar, váyanse para el parque.

—Oye, celestino, deja ya los chistes —lo amenazó el Conde, apuntándole con el dedo índice entre las cejas—. ¿O es que tú nunca vas a crecer?

—¿Yo? No. ¿Y tú?

—Bueno, como hoy es un día especial no me puse a inventar mucho y decidí hacer la receta ortodoxa de filetes de ternera con bacon y queso gruyere, que dice así: se compran en el mercado unos filetes frescos, más bien alargaditos y cortados todos del mismo tamaño. Los filetes se extienden y se salan ligeramente y en el medio se le coloca una tira de bacon, y arriba del bacon se le pone el queso gruyere. Y todo eso se espolvorea con hierbas: yo le echo tomillo, yerbabuena, orégano, romero... Luego el filete se dobla, como si fuera una empanada y se unen los bordes con unos palillos de dientes, que hoy sí conseguí, por cierto, para que el relleno no se vaya a salir, ¿me entienden?

—Anjá —dijo el Conde, mientras sufría la proletaria rebelión de todos sus jugos gástricos—. Anjá, anjá, con palillos de dientes, pero sigue...

—Bueno, entonces se les deja reposar para que los olores del queso, la carne y el bacon se contaminen entre ellos y se impregnen con los de las hierbas. Después es que se pone a calentar en la sartén el aceite y la mantequilla, a partes iguales, y se fríen los filetes así, a fuego vivo durante un par de minutos por cada lado, para que se doren, y se les deja unos ocho minutos más, pero a fuego lento... Luego los filetes se ponen en una fuente, y se meten en el horno, pero con la llama en mínimo, para que no se enfríen ni se cocinen mucho más. Mientras, se separa la grasa que quedó en la sartén y se pone mantequilla sola, mezclada con jugo de naranja agria, que es mejor que el limón de la receta ortodoxa. A esa salsa de mantequilla y naranja, cuando ya está caliente, se le retira el fuego y se le agregan dos cucharadas de nata. Ahí es cuando se sacan los filetes del horno y se les echa por arriba bastante perejil y se cubren con la salsa, y ya está listo para servir o se puede dejar otro ratito en el horno, siempre muy bajito, hasta que llegue el invitado de honor, que incluso puede llamarse Mario Conde.

—Que ya está aquí, Jose. Oye, ¿y qué más hiciste?

—¿Pero todavía quieres más...? Pues sí, hay más, porque los filetes

se sirven con puré de papa, hecho con la grasita aquella de aceite y mantequilla que había separado después de freír los filetes, ¿se acuerdan?... Pero, conociendo el paño, yo tomé mis precauciones: toca un solo filete por cabeza, se lo advierto: pero arroz desgranado, frijoles negros dormiditos, yuca con mojo, plátanos verdes fritos a puñetazos, cebollas rebozadas, ensalada de tomate, berros, lechuga y aguacate, cascotes de guayaba con queso blanco y dulce de coco en almíbar con queso amarillo hay todo el que quieran.

—No lo puedo creer, no lo puedo creer: ¡caballeros, llegó la abundancia! — sentenció el Conejo.

—¿Y no hay café? —quiso saber Andrés.

—Café oriental, tostado y molido por mí misma —aseguró la mujer, mirando a los ojos enfebrecidos del Conde, cuyo estómago, acostumbrado por treinta años a las normas estrictas y medidas del racionamiento alimenticio, se negaban a creer que fuera posible lo que sus oídos habían captado.

—Oye, Jose, pero dímelo de una vez, ahora que ya no soy policía: ¿de dónde coño tú sacas todas esas cosas?

La madre de Carlos miró al Conde, luego a su hijo y pasó la mirada por los otros amigos, hasta volver al Conde, que ya no tuvo dudas: Josefina se comportaba como el mago de circo que hace aparecer, de la nada, un elefante vestido de marinero.

—¿De verdad tú quieres saberlo, Condesito? Pues lo saco de aquí —dijo, después de una pausa, y se tocó el sentido—: de la imaginación que tengo.

Desde el primer trago la experiencia etílica del Conde le había advertido que aquella mezcla de ron, con amigos y viejas canciones de los Beatles, podía ser explosiva. La cena ideal que les había servido Josefina preparó los estómagos para admitir cantidades mayores de bebidas y las botellas

se fueron vaciando a velocidades peligrosas. Después de la comida, el Flaco había insistido en pasar a la entrega de los regalos que cada invitado debió traer, junto a las dos botellas de ron de presentación obligatoria —impuesto del que sólo se había liberado a Candito el Rojo, por su nueva filiación religiosa—. El Conde, sentado a la cabecera de la mesa, fue recibiendo los presentes de sus amigos, que iban satisfaciendo cada una de sus carencias, deseos y necesidades físicas, espirituales y materiales. El primero fue Carlos, que le entregó una pequeña pecera con un pez peleador, pues ya se había enterado de la muerte del último *Rufino*.

—Qué bien, ahora tengo un perro y un pescao —lo recibió el Conde, observando el vuelo lento y violáceo del pez.

Candito el Rojo le obsequió una Biblia, de tapas negras y empastadas que, según él, tenía más comentarios y mapas que ninguna otra publicada en castellano. Tamara, tan material y sutil, le regaló una camisa de cuadros que el Conde siempre quiso tener: parecía sacada de una película del Oeste, y era de una lana suave, precisa para el invierno que se acercaba, y en el bolsillo, detrás del sello de Levis, llevaba prendida una pluma Sheaffer, ideal para alguien que pretendía ser escritor. Miki Cara de Jeva, pagando tal vez todas sus deudas tabaqueras adquiridas con el Conde, le dio una rueda de veinte cajetillas de cigarros Populares, con la que, según él, se iba completa la pensión mensual de uno de los varios hijos que había diseminado por la faz de la tierra. Niuris, gentil, con su frescura de los dieciséis años y obviamente asesorada por el Conejo, le obsequió dos cassettes que contenían los *Greatest Hits* de Chicago, que el Conde leyó por arriba: desde *Make me Smile* a *Biginigns*, de *Saturday in the Park* a *Colour my World*, los títulos sonaron como gritos de alarma por las enormes cantidades de años transcurridos entre los días en que oyeron juntas aquellas canciones y esa huracanada noche de cumpleaños. El Conejo, siempre amante de los detalles, desplegó ante los ojos del Conde el cartel de Marilyn desnuda,

acostada sobre un paño rojo que hacía resaltar el vapor de su pelo amarillo (teñido, por cierto), la ondulación precisa de sus nalgas de negra y el rosado magnético del único pezón visible. Andrés, que había esperado pacientemente su turno, fiel a su profesión médica, puso en las manos del Conde dos potes de pomada china —una del tigre, otra del león— y un sobre con cien duralginas, que en su combinación de ungüento y pastilla, salvarían al Conde de morir de cefalea en sus próximas resacas. Josefina, la última de la cola, llegó ante aquel hombre de treinta y seis años al que conocía desde hacía veinte, cuando su hijo era flaco y andaba sobre las dos piernas y se encerraba con el Conde a oír música a todo volumen y a soñar con un futuro en el cual no figuraba la guerra, y, sin pronunciar palabra, lo tomó por las mejillas, haciéndolo sentir la aspereza de sus manos devastadas por fregaderos, cocinas y lavaderos, y le puso un beso en la frente.

—Gracias, Jose —apenas pudo decir el Conde, conmovido por la carga de ternura que llevaba aquel beso.

El rescate esta vez vino del Conejo, que insistió en oír los pormenores del último caso policiaco del Conde. Mario trató de negarse, pero los gritos del público lo obligaron. Antes de comenzar miró a Tamara, sentada en el ángulo opuesto de la mesa, y trató de imaginar cuánto de aquella historia que debía contar le recordaría el episodio en el cual ambos se habían envuelto por la desaparición y la muerte de Rafael Morín, aquel hombre al parecer inmaculado que se casó con la jimagua y destrozó en mil pedazos el corazón de Mario Conde.

—Érase una vez en la antigua China, hace por lo menos quince o veinte siglos... —dijo el Conde, dispuesto a empezar por el principio y habló durante una hora ante el mejor auditorio que había tenido en su vida.

—Conde, Conde, ¡qué maravilla! —exclamó el Conejo cuando escuchó el final de la confesión asesina de Adrián Riverón—. ¿Te imaginas que si los monjes hindúes no van a China, Miguel Forcade no se

hubiera muerto de esa forma?

—Condenado, ¿y por qué tú no escribes eso? —propuso y preguntó Miki Cara de Jeva, el único escritor édito entre los viejos conocidos del Conde.

—A lo mejor un día —dijo el ex policía, pensando que sí: quizás hubiera allí una historia, si no escuálida, al menos conmovedora.

Pero ahora, ahora mismo, coño, quería escribir sobre un hombre herido y sobre otras cicatrices hechas por balas menos sólidas pero igualmente mortales.

—Más ron, más ron —clamó entonces el Flaco, desde su silla de ruedas y después de servirse, preguntó—: ¿Y qué coño hacemos ahora?

—Seguir bebiendo —propuso el Conde.

—No, mejor yo voy a hacerles un cuento, otro cuento —afirmó Andrés, desde su silla, pero con tal convicción en su voz que los demás hicieron silencio por un instante, y el médico aprovechó para rematar su proposición—. Es un cuento que empieza hace mucho tiempo, pero que ahora es cuando se los puedo hacer... porque hoy dije en mi trabajo que quiero irme de Cuba...

Soltó los dados de un golpe, y los vasos chocaron en la mesa, las bocas perfumadas de alcohol se abrieron de asombro, los corchos regresaron a los picos de las botellas y, más allá de las paredes, las rachas de viento cesaron, como detenidas por un mandato superior.

Hace veintiséis años, cuando mi padre se fue y mi madre no quiso seguirlo, hubo algo que se rompió para siempre dentro de mi casa. Tú te acuerdas, Conejo, mi hermanita Katia se había muerto dos años antes y si aquella muerte injusta pudo tener alguna solución, la salida del Viejo se la llevó: nunca íbamos a ser la misma familia que una vez habíamos sido y lo mejor que pudimos hacer fue empezar a repartirnos culpas por lo que había pasado y por lo que ya no iba a pasar... El más culpable de todos

siempre fue el Viejo, que nos abandonó cuando más falta hacía que siguiéramos juntos, y dejó su país y se convirtió en un gusano despreciable, viviendo en Miami... A mí la vida se me jodió y me llené de miedos y de reproches, y si algo me salvó fue encontrarme con un grupo de amigos como ustedes, que se convirtieron en algo tan importante como la familia y nunca me criticaron la decisión de mi padre. Después las cosas empezaron a enderezarse por un camino que casi parecía el mejor: a mi madre se le metió en la cabeza que yo debía estudiar medicina y pensé que debía complacerla y fui un tipo feliz cuando pude coger la carrera y hacerme médico y creo que hasta he sido un buen médico, ¿verdad? En el camino me casé correctamente con una mujer que todavía me gusta, tuve dos hijos, me hice especialista y todo parecía tan ideal que hasta ustedes empezaron a tenerme envidia: decían que todo me había salido bien, que tenía un buen trabajo, una buena familia, y hasta un buen futuro... Pero había cosas que no eran como yo quería y no sé si tengo razón o tengo derecho a pedir esas otras cosas. Yo quería que mi vida fuera algo más que levantarme por la mañana, ayudar a vestir a los muchachos, irme para el hospital, trabajar todo el día, regresar por la tarde y sentarme a ver cómo mis hijos hacían la tarea mientras mi mujer cocinaba, para bañarme después, comer, ver un poco de televisión y acostarme para levantarme al otro día por la mañana y hacer lo mismo que había hecho el día anterior, y el otro y el otro y el otro... Quizás alguno de ustedes crea que la vida es exactamente eso, pero si es eso, entonces la vida es una mierda. Porque es una rutina que no tiene nada que ver con lo que yo quiero, o con lo que creo que quiero... Lo peor es que si uno se pone a pensar, descubre cómo esa rutina empezó mucho antes, cuando otras gentes, otras necesidades, otras coyunturas decidieron que la vida de uno fuera de una forma y no de otra, sin que uno tuviera verdadero derecho a escoger y escribir la historia que uno deseaba escribir, ¿no es verdad, Conejo?... ¿Qué hubiera pasado si yo no hubiera dejado que Cristina se fuera, si la hubiera buscado y hubiera seguido con

ella, aunque tuviera diez años más que yo, y hasta ustedes pensarán que era una puta porque había tenido varios maridos? ¿O si no hubiera dejado la pelota para dedicar más tiempo a la escuela y ser un buen estudiante de medicina, como debía ser? ¿Quién sería yo ahora si hubiese hecho lo que quería hacer y no lo que se suponía que debía hacer y entre todos me obligaron a hacer?... Porque también, hace como diez años, pasó algo que me removió y empecé a preguntarme algunas de esas cosas: mi padre me escribió una carta, después de mucho tiempo sin saber nada de él, donde me pedía perdón por haberme abandonado y donde me explicaba por qué se había ido: me decía que hubo un momento en el que necesitó cambiar su vida después de que se murió mi hermana y que hubiera preferido hacerlo junto con nosotros, pero la vieja Consuelo se opuso y se empeñó en quedarse antes que seguir con él a donde él fuera. Para mí aquella justificación no justificaba nada de su egoísmo, aunque por primera vez vi a mi padre de una forma distinta al culpable que habíamos creado mi madre, yo y el medio ambiente... Ahora parecía un hombre, con sus propias necesidades, sus angustias y sus esperanzas, un hombre cualquiera que sacrificó una parte de su vida para tener otra vida, la que él pensó que necesitaba y había decidido escoger, ¿no?... Quizá todo eso sea un disparate, pero yo lo sentí así, y así se lo dije, y él me respondió diciéndome que si de alguna forma me podía ayudar, que siempre contara con él, que a pesar de todo lo que me había hecho, él era mi padre. Aquello me hizo sentirme mejor con respecto a él, pero nada más, porque mi vida seguía pareciendo perfecta y casi inmejorable, hasta que una mañana me levanté sin deseos de ir al trabajo, ni de vestir a los niños, ni de hacer nada de lo que siempre se suponía que debía hacer y sentí cómo toda mi vida había sido una equivocación. Eso te suena, ¿verdad, Conde? Ese saber que algo torció el rumbo que uno debió coger, que algo te empujó por un camino que no era el tuyo. Esa sensación horrible de descubrir que no sabes cómo has llegado hasta donde estás, pero que estás en una parte que no es la que tú querías. Me cago en la mierda, ¿por



qué pasan esas cosas? Y mi primera idea fue salir corriendo de la casa, como hice cuando me enamoré de Cristina y terminé borracho en un solar de La Habana Vieja: pero ahora hubiera tenido que correr más lejos, para perderme de mí mismo, de aquella sensación de rutina y de encierro que no podía soportar un minuto más. Y una cosa me contuvo: ver a mis dos hijos vistiéndose solos para ir a la escuela. Si yo me iba, los estaba dejando igual que mi padre me dejó a mí y yo no quería que ellos pasaran por lo mismo. Pero si no rompía mi propia rutina los estaba condenando a vivir como yo, enseñándolos a obedecer y a ser unos mandados por el resto de sus vidas, a convertirse en la segunda promoción de la generación escondida. ¿Te acuerdas de eso, Miki, la generación escondida? Al final iban a ser tipos tan jodidos como yo, sin cara y sin expectativas y sin nada que decirle a sus propios hijos. Y ese mismo día tomé la decisión de que debía irme, para cualquier parte, pero junto con ellos, y cuando regresé del hospital por la tarde se lo dije a mi mujer, y ella me dijo que yo estaba loco, no entendía un carajo, que qué coño íbamos a hacer y yo le dije: No sé, pero estoy decidido, y le pregunté: ¿Tú vienes conmigo? Y ella me dijo que sí. No lo pensó más y me dijo que sí... Entonces le escribí al Viejo y le expliqué que ahora necesitaba la ayuda que me había prometido... Sólo así podía irme lejos, tratar de cambiar mi vida y, si me equivocaba, equivocarme en grande, ¿no?, equivocarme por mí mismo alguna vez en la vida. Eso fue hace un año y medio, y durante este tiempo he estado haciendo las gestiones para salir, sin que nadie se enterara hasta que no fuera algo seguro. Ni siquiera podía decírselo a ustedes, que son mis hermanos y que me van a entender, y si no me entienden no me van a condenar, ¿verdad, Carlos? ¿verdad, Rojo?, ¿y tú, Miki, te atreverías a escribir esta historia en uno de tus libros?... Hoy, cuando fui a ver al director del hospital, uno que fue compañero mío de la facultad, el hombre no me podía creer y hasta trató de convencerme, pero cuando yo le dije que era una decisión sin marcha atrás y hasta tenía ya las cartas de reclamación para la salida, se puso las

manos en la cabeza y me dijo: Andrés, tú sabes que esto tengo que elevarlo, y hasta miró hacia arriba, cuando en realidad debió mirar hacia abajo, pues sé que ahora debo ir a un policlínico de barrio hasta que me den la carta de liberación, así mismo como suena, la carta de liberación, y me permitan salir, y eso va a demorar como uno o dos años, no sé cuántos, pero no me importa: es mi decisión, es mi locura, es mi culpa, y por primera vez me siento dueño de mis decisiones, mis locuras, mis culpas y también de haber sido un mierda con ustedes por no haberles dicho antes lo que quería hacer, pero ustedes saben que no se los podía decir, más por el bien de ustedes que por el mío, porque ustedes se quedan y yo, si Jehová quiere, como dice Candito, quizás en dos años estoy en casa del carajo... Pero ahora mismo, aunque me siento tranquilo, tengo también un miedo que me cago, porque a lo mejor estoy haciendo con mis hijos lo mismo que hizo mi padre conmigo, pero al revés. Y porque sé que los voy a extrañar a ustedes, porque los quiero con cojones —dijo y empezó a llorar, como correspondía, como necesitaba, como quería, y arrastró en su llanto a Tamara y a Niuris, provocó una lágrima en los ojos del flaco Carlos, una blasfemia en la boca de Candito que se cagó en Jehová y un suspiro en el Conde, que se puso de pie y abrazó la cabeza de Andrés, para decirle:

—Y nosotros también te queremos, maricón —y lo apretó fuerte contra su pecho, donde se revolvía un amasijo de historias compartidas, mezcladas con prejuicios políticos, miedos al futuro, reproches al pasado y muchos tragos de ron: la suma terrible de sus vidas equivocadas.

La confesión de Andrés cortó los efectos del alcohol en el cerebro del Conde. Una lucidez malsana se instaló en su mente, con una interrogación sobre su propia vida, puesta en el espejo de la vida de Carlos que él pretendía escribir y en el de la vida de Andrés, que el mismo Andrés acababa de dibujar: sus propias frustraciones tomaron más

clara dimensión y figura con las palabras del amigo, y el Conde comprendió cabalmente por qué había dejado la policía: porque él también necesitaba huir, aunque fuera incapaz de moverse de lugar. Demasiadas nostalgias lo ataban a la casa donde nació y donde vivía, al barrio en el cual creció y creció su padre y su abuelo Rufino, a los amigos que le quedaban y a los que jamás podría abandonar, a ciertas pestes y olores, a muchos miedos y euforias: su ancla estaba encallada de un modo en que casi no hacía falta ni saberlo: simplemente estaba trabada, sin más remedio, por una necesidad fisiológica de sentir que pertenecía a un lugar.

El peso amargo de las palabras de Andrés había decretado el fin de la fiesta, y la diáspora comenzó, triste y con la sensación común de haber asistido a algo irremediable y final. Hoy podía ser la partida de Andrés, y mañana podía ser la muerte de Carlos, condenado a aquella infame silla de ruedas; otro día llegaría la traición de Miki, otro la locura del Conejo y así hasta el apocalipsis, pensó, mientras el auto de Tamara avanzaba por Santa Catalina en dirección a la casa de la mujer. El Conde, que había deseado tanto que ella le pidiera aquella compañía ansiada, apenas se sorprendió cuando la mujer le dijo:

—¿Me acompañas a la casa?

—Claro, claro —fue lo que él aseguró, convencido de que era Andrés quien provocaba todo aquello y no la posibilidad de que Tamara lo hubiera deseado desde mucho antes, quizá tanto como él. El viento ha arreciado desde que oscureció y una lluvia fina, oblicua, se estrella contra el parabrisas del carro, cegando los ojos de la pareja.

—Se va a acabar el mundo.

—O ya se acabó —rectifica ella, y gira el timón para apuntar hacia la entrada del garaje.

—Yo abro —él se ofrece y sale a la lluvia para dar paso al automóvil, que proyecta la potencia de sus luces contra las figuras fundidas que recuerdan el

bestiario de Lam y de Picasso, unos animales híbridos, ahora dispuestos a saltar, amedrentados por la máquina que los embiste.

—¿Te mojaste mucho? —pregunta ella cuando abandona el carro después de cerrar sus puertas.

—No, casi nada. —Ven, voy a colar café —ella le propone y abre la puerta de la casa.

Él recuerda la última vez que estuvo allí: esa mañana habían hecho el amor con la sensación fatal de que entre ellos se interponía un pasado divergente y un futuro que difícilmente podrían congeniar: porque nadie quiere a los perdedores, porque ella sería incapaz de compartir su vida de triste policía, porque él no podría vencer al fantasma de un marido muerto llamado Rafael Morín durmiendo quizás entre los dos, pensó aquel día y piensa todavía hoy, cuando se pregunta por qué está allí, aunque sabe la respuesta.

Tamara regresa a la sala con dos tazas en las manos y se acomoda en el sofá, muy cerca de él.

—¿Por qué no me volviste a llamar, Mario?

Él sonríe y prueba su café.

—En eso mismo estaba pensando... Porque creí que era mejor para ti.

—Pero no me lo preguntaste.

—Estaba seguro.

—Quizá te equivocaste.

—¿Tú crees?

—Dije quizás... —y bebe también.

Él mira la inmensidad de la casa y supone que ella llevó a su hijo con la abuela. Todo lo que había en esa casa podía ser para él, esa noche, como colofón a su cumpleaños.

—Seguramente me equivoqué, como siempre. Pero es que no quiero enamorarme, Tamara. Y menos si es de ti...

—¿Por qué?

—Porque ya me enamoré una vez. Porque después sufro... y porque me da por cantar boleros.

—No jodas, Mario.

—Te lo juro. Piensa que debe protegerse, porque le gusta demasiado aquella mujer y el café que hace, y lo peor es que ella lo sabe, piensa también, mientras observa sus ojos siempre húmedos, la forma de sus senos que ya una vez ha besado, y ahora trata de recordarla desnuda, como la tuvo el día en que consumó aquel sueño aplazado durante quince años. Pero una levedad de ausencia entre las piernas le advierte que aquél ha sido un día demasiado largo y cargado de revelaciones como para pretender cerrarlo de aquel modo glorioso, en el cual debía exhibir sin la menor duda sus potencialidades amoratorias. Por eso, con el alma adolorida, se pone de pie y termina el café antes de colocar la taza en la mesa de centro.

—¿Qué te pasa, Mario?

—Déjame explicarte: de verdad me gustas mucho, me gustas más que nadie, me encanta acostarme contigo, sería capaz de casarme por la Iglesia y quisiera tener ocho hijos contigo, pero hoy es un mal día. Hasta viene un ciclón... Lo de Andrés me ha desarmado. Imagínate, si él piensa así de su vida, ¿qué voy a decir yo de la mía? Por eso mejor me voy... ¿Puedo venir otro día?

Ella mueve la cabeza y sobre los ojos le cae un mechón de pelo, impertinente.

—¿Dentro de diez años...?

—O dentro de diez horas.

—Mejor dentro de diez horas... o no te aseguro nada —dice ella y se pone de pie. También deja su taza en la mesa y sin transiciones pega su boca a la del Conde y suelta su lengua tórrida entre los dientes del hombre. Cuando al fin puede hablar, el Conde la mira:

—Gracias por la invitación. Seguro vengo, y lo primero que hago es cantarte un bolero.

—No seas tan estúpido, Mario: ¿no te das cuenta de que estoy sola, de que me haces falta? Alguna vez deberías ser menos egoísta y pensar en las cosas que le pasan a los demás. Entonces no te asombraría tanto lo que dijo Andrés... Tú no eres el único que está jodido. Te estoy diciendo que me haces falta y...

—No hables así, Tamara: no estoy acostumbrado a hacerle falta a nadie. Ni a mí mismo —y es él quien la besa, con la brevedad impuesta por una despedida indeseable pero necesaria—. No te preocupes, mañana vengo. Después que pase el ciclón.

Cuando puso el primer pie en la calle, tuvo la convicción de que se había equivocado, como de costumbre, y debía correr en busca del árbol de la autoflagelación para patearse las nalgas. El sabor de frutas maduras que el aliento de Tamara había puesto en su boca era algo sostenido y tangible, como la presión de los senos de ella al apretarse contra su pecho: se iba y dejaba atrás a aquella mujer repleta de ansiedades, que hasta decía necesitarlo, para meterse en la humedad hostil de la lluvia y el viento, mientras ponía a flote sus melancolías y se preguntaba cuántas veces más se iba a equivocar en la vida. Todas. Ahora, se dijo, lo que hacía falta era que ya pasara aquel huracán, para ver si su devastación permitía crear después una nueva cara a tanta imagen de fracaso y frustración y desacierto y dolor. Con todo el cuerpo mojado por una lluvia que le hería los brazos y la cara con la fuerza de la caída, el Conde corrió por el centro de la calle, sintiendo cómo el agua y el aire lo purificaban en la madrugada ciclónica que debía dar inicio al primer día de su nueva vida. Corrió, percibiendo cómo la velocidad hacía que su cuerpo dejara atrás a su alma, siempre pesada y pretenciosa, que ahora lo perseguía sin poder darle alcance. Una sensación desconocida de pureza y libertad total empezó a colmarlo, después de tantos actos, ideas, planes y deseos de sentirse libre. Corrió por la calle solitaria, saboreando la lluvia que rodaba por su rostro, rompiendo el aire con el pecho y sin querer pensar: sólo anegarse de esa libertad, pero su cerebro le niega aquel deseo

y tiene que pensar. Y piensa: ya no soy el mismo. ¿Ya no?

—Sí, coño, acaba de venir —gritó entonces hacia el cielo amenazador, sin detener la carrera y convencido, por primera vez en muchos años, de que estaba haciendo justamente lo que quería y debía hacer: correr, y ya con el último aliento, recitar contra la noche:

Al fin, mundo fatal, nos separamos,  
el huracán y yo solos estamos.

El fin del mundo había llegado: un golpe de viento, sólido y empecinado, estuvo a punto de arrancar la ventana de la habitación y el Conde abrió los ojos, con la lentitud del miedo aferrada a sus párpados. Ningún dolor físico lo acechaba, pero el malestar de su conciencia apenas había recibido algún alivio durante las escasas horas de sueño y olvido. Por los cristales de la ventana se filtraba una luz enfermiza y lenta, impropia de aquella hora de la mañana, y el empuje del viento batía sin cesar contra la ciudad abrazada por las aspas aceradas del huracán, mientras la lluvia caía en oleadas compactas, como un ariete empeñado en abrirse paso derribando todos los obstáculos, todo lo que pretendió ser permanente.

El Conde se sorprendió con la olvidada sensación de estar preocupado por alguien que dependía de sus cuidados. Se levantó y, sin calzarse, caminó deprisa hacia la puerta del fondo, abriendo apenas una rendija por temor a que *Félix* aprovechara aquella fisura para penetrar allí, en su propia casa. Silbó, y la figura mojada y temblorosa de *Basura* apareció ante él, con la cola perdida entre las patas. Vamos, entra, le dijo, y antes de cerrar el Conde aprovechó su rapto de valentía para mirar hacia el patio. La vieja mata de mangos sembrada más de cincuenta años atrás por su abuelo Rufino, yacía en el suelo, con sus gajos dislocados y cubiertos por ramas ajenas, de hojas incongruentes, venidas de cualquier parte. El Conde imaginó el dolor físico que debió sufrir el árbol, sin tener siquiera unos acordes del *Réquiem* de Mozart en el instante de su muerte. Pero las copas de los árboles que aún seguían en pie también parecían dispuestas a volar, como deseosas de irse lejos del sitio donde alguien los había plantado. El mundo se inclinaba, vencido, ante la presencia de la maldición que había enviado sus elementos incontenibles sobre la ciudad.

Puso al fuego la última cucharada de café que le quedaba, mezclada



con la borra que extrajo de la cafetera. Mientras esperaba la ebullición oscura de aquel líquido que quizá supiera a café, se dedicó a secar la pelambre sucia de *Basura* con un trapo que encontró en el closet de la cocina. El animal seguía asustado y miraba con insistencia hacia las ventanas, removidas cíclicamente por el empuje del agua y el viento.

Al fin coló la infusión y bebió una taza del líquido pardo. No está tan mal, se dijo, y lamentó no tener un poco de leche para brindarle a su perro. Te lo advertí, mi socio, y acarició la cabeza del animal, refugiado bajo la mesa. Entonces la fuerza del aire tomó proporciones de estruendo y se escuchó una explosión. El barrio estaba siendo demolido por el empuje de un viento que corría a más de doscientos kilómetros por hora y era poco lo que se podía hacer contra aquella perversidad celestial, salvo rezar y esperar.

El Conde, que había olvidado hacía treinta años la primera de aquellas opciones, pensó si lo mejor no sería regresar a la cama y cubrirse la cabeza mientras la naturaleza realizaba su macabra maniobra purificadora. Sabía que dos horas después sobrevendría la calma, incluso cesaría la lluvia y saldría el sol, para alumbrar mejor el desastre. ¿Qué quedaría de aquella ciudad castigada y envejecida que el Conde llevaba en su corazón a pesar de no tener correspondencia en sus proporciones amorosas? ¿Qué sobreviviría de aquel barrio del cual no podía ni quería escapar, el único sitio en el mundo donde sentía la posibilidad de tener un mínimo lugar donde caerse muerto —o donde seguir con vida? Posiblemente nada: en realidad, la devastación había empezado mucho antes, y el huracán sólo era el rematador feroz enviado para concretar las condenas ya iniciadas... Quedaría, si acaso, la memoria, sí, la memoria, pensó el Conde, y la certeza de aquella posibilidad salvadora, lo hizo abandonar la cama, caminar hasta la mesa de la cocina y acomodar en su superficie manchada de quemaduras de cigarros, ácidos de limón y erosiones de rones vertidos, su vieja máquina Underwood. Sí, ya era tiempo de empezar. Entonces colocó contra el rodillo aquella hoja de una

blancura prometedora y comenzó a mancharla con letras, sílabas, palabras, oraciones, párrafos con los que se proponía contar la historia de un hombre y sus amigos, antes y después de todos los desastres: físicos, morales, espirituales, matrimoniales, laborales, ideológicos, religiosos, sentimentales y familiares, de los que sólo se salvaba la célula originaria de la amistad, tímida pero insistente como la vida.

Y el Conde escribía, confiado de que aquella historia de un policía, un joven herido, un muchacho que quiso ser un gran pelotero y se enamoró de una mujer diez años mayor que él, de un tipo empecinado en rehacer la historia, de una mujer bella, leve, pero con unas nalgas pétreas, de un escritor prostituido por su ambiente, y de toda una generación escondida, resultaría tan escuálida y conmovedora que ni siquiera el desastre de ese día de octubre y de todos los otros días del año, podrían vencer el acto mágico de extraer de su cerebro aquella crónica de dolor y de amor, vivida en un pasado tan remoto que la memoria trataba de dibujar con tintes más amables, hasta hacerlo parecer casi bucólico. *Pasado perfecto*: sí, así la titularía, se dijo, y otro estruendo, llegado de la calle, le advirtió al escribano que la demolición continuaba, pero él se limitó a cambiar de hoja para comenzar un nuevo párrafo, porque el fin del mundo seguía acercándose, pero aún no había llegado, pues quedaba la memoria.

*Mantilla, noviembre de 1996-marzo de 1998*

*Paisaje de otoño*  
Leonardo Padura

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Ilustración de la portada: casa del barrio habanero de El Vedado. © Robert Polidori.

© Leonardo Padura, 1998.

Reservados todos los derechos de esta edición para  
© Tusquets Editores, S.A. - Diagonal 604, 1º 1ª - 08021 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2013

ISBN: 978-84-8383-725-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.